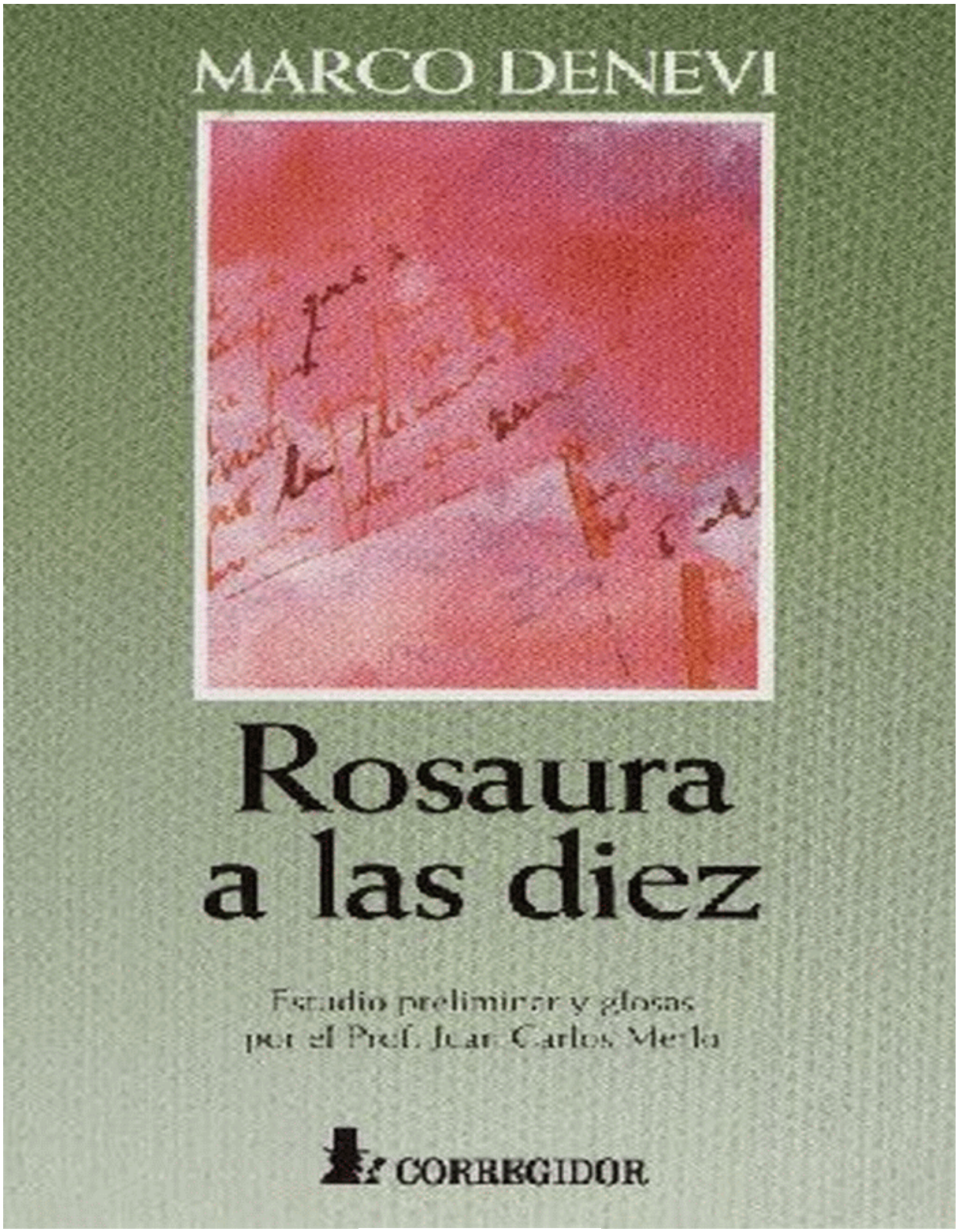
ROSAURA A LAS DIEZ

Marco Denevi



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN A LA LECTURA DE "ROSAURA A LAS DIEZ"

por Juan Carlos Merlo

El autor y la época

Rosaura a las diez, *primera obra literaria de Marco Denevi, fue escrita en el segundo semestre de 1954, y, presentada para optar al Premio de Novela Argentina, instituido para obras inéditas por la Editorial Guillermo Kraft, obtuvo esa distinción por el voto unánime del Jurado integrado por Rafael Alberto Arrieta, Roberto F. Giusti, Alvaro Melián Lafinur, Manuel Mujica Láinez y Frida Schultz de Mantovani.*

Por entonces, el acceso a lo literario en el ámbito comunicacional argentino se daba a través del libro y la revista, en primer lugar, y luego a través del cine, la radio y la televisión, en ese orden. La lectura de novelas mantenía su prioridad en las preferencias del público, pese a la irrupción del nuevo lenguaje de la televisión que, a fines de aquel año de 1954, cumplía su tercero de inserción en el universo comunicacional de la sociedad argentina. Su incidencia en el tiempo libre de la vida familiar era todavía escasa.

Los anuncios de novedades relativas a los libros que se editaban, daban idea del tipo de lecturas narrativas que se proponían al público argentino. Hacia fines de 1955 y comienzos de 1956, se anunciaban Una pasión conyugal, *de Ricardo Bacchelli,* El peregrino, *de Joyce Cary,* El que pierde gana, *de Graham Greene,* Lo que hizo Dídimo, *de Upton Sinclair,* La noche de Don Juan, *de Alberto Moravia, y* El país de las sombras largas, *de Hans Ruesch. En literatura hispanoamericana, se anunciaban* Los adioses *de Juan Carlos Onetti y* Corral abierto, *de Enrique Amorim, ambos uruguayos,* El pecador, *del hondureño Arturo Mejía Nieto y nuevas obras de narradores argentinos ya conocidos: de Jorge Luis Borges,* Historia universal de la infamia; *de Enrique Larreta,* En la pampa; *de Antonio Di Benedetto,* El pentágono *y de Enrique Wernicke,* La ribera. *Casi contemporáneamente, otros escritores nuevos buscaban ubicarse con perfiles propios en nuestras letras: David Viñas, con* Cayó sobre su rostro; *Beatriz Guido, con* La casa del ángel; *María Angélica Bosco con* La muerte baja en el ascensor; *y Denevi con la novela que comentamos.*

Se vivían momentos de grandes tensiones en la sociedad argentina. Después de haberse producido un grave conflicto institucional entre miembros de la jerarquía eclesiástica católica y el Gobierno del General Juan Domingo Perón, un sector mayoritario de las Fuerzas Armadas, con el apoyo de grupos de civiles organizados en "comandos revolucionarios", protagonizaron un conato de rebelión el 16 de junio de 1955, y un segundo y definitivo golpe de estado los días 16, 17 y 18 de septiembre.

El Gobierno peronista fue desalojado, su jefe se asiló en una cañonera paraguaya surta en el puerto de Buenos Aires, y se formó un Gobierno de facto cívico-militar, presidido por el General Eduardo Lonardi hasta diciembre de 1955, y luego por el General Pedro Eugenio Aramburu, de orientación liberal.

En esos momentos de tensión política y de duros enfrentamientos entre los partidarios del "régimen depuesto" y los de la "revolución libertadora", vio la luz pública en el mes de septiembre de 1955 esta novela de un autor hasta ese momento desconocido.

Abogado y funcionario de la entonces llamada Caja Nacional de Ahorro Postal, hombre de amplias y profundas lecturas, frecuentador de los clásicos, pianista de cuidadosa formación, aficionado al cine y al teatro y con nunca satisfechas inclinaciones políticas, Denevi se reveló (y autorreveló) como un escritor maduro, dueño ya de una rica gama de recursos expresivos.

Verdadero artesano de la literatura (él mismo se ha definido como un "ejercitador de las letras"), su obra ha mantenido en más de tres décadas una infrecuente unidad de concepción estética y un definido estilo de escritura.

Le ha preocupado la búsqueda de la verosimilitud de lo insólito, de lo infrecuente, de lo extraño. Los temas recurrentes de su obra —la realidad de los sueños, la eterna tensión entre el mundo físico y el mundo espiritual y la necesidad de destrozar las apariencias— ya están presentes en su primera obra.

Sus convicciones estéticas y filosóficas, aplicadas a la literatura, se convirtieron en una tendencia hacia la desmitificación de los grandes personajes de la historia y la ficción, y hacia la revisión de las lecturas canónicas de ciertos clásicos.

Hoy es moneda corriente hablar de las "varias lecturas" de un texto, y de las "lecturas diversas" de la realidad, sea que se la conciba como un fenómeno global al modo del realismo socialista, sea que se la entienda desde otras concepciones idealistas.

Más allá de las doctrinas, sabemos ya que lo que llamamos "realidad" o "realidad presente" es un continuo inasible que emite signos y señales. Estos, al ser percibidos por cada individuo, se convierten en "datos", esto es, en un conjunto de elementos discretos y mensurables (lo opuesto a lo continuo). Esos datos se pueden comparar, calcular, procesar y manipular, de resultas de lo cual se transforman en "información".

Hacia 1954, estas ideas, todavía poco divulgadas a partir de la teoría de la información, eran entendidas como una variante de las antiguas concepciones del escepticismo y el realismo. Lo cierto es que estos términos han estado presentes desde los años cincuentas en la crítica y los comentarios acerca de las obras denevianas. Veamos con qué acierto.

¿Escepticismo o realismo?

Se llama por lo común "escéptico" a aquel que es incrédulo y duda de la verdad de lo que se dice, de la sinceridad de los procederes, o de la eficacia de ciertos remedios o procedimientos. Con tal generalidad, el escepticismo ha llegado a ser, para el común, una manera de ser y de obrar muy difundida. De allí que la literatura narrativa haya venido recogiendo desde antiguo esta concepción de la vida, en la visión de personajes de obras

famosas.

Creo que no es la incredulidad, sino la duda aquello que define la actitud del escéptico, mal que les pese a las definiciones diccionariles.

La palabra "escéptico", más de dos veces milenaria, reconoce su origen en la filosofía de los presocráticos. Y es un hecho que con el uso, hemos ido dejando jirones del sentido primero que el vocablo tenía. Por eso, aunque hoy sea corriente usarlo para ensalzar o depredar a otros (según sea la visión del que juzga), hemos olvidado que para los griegos, "escéptico" era "aquel que observaba sin afirmar" (del verbo sképtomai*, que significa "observar").*

Sexto Empírico, aquel médico y filósofo del siglo III, calificó como "escéptico" a los que —en la búsqueda de la verdad— continúan investigando sin aceptar nada como cierto. Frente a ellos, el investigador de la filosofía griega situaba a los "dogmáticos", que creían haber descubierto la verdad, y a los "académicos", que, en los tiempos posteriores a Platón, suponían que la verdad no podía ser conocida.

A lo que parece por la lectura del "Teéteto" *de Platón, la posición escéptica habría tenido su origen —entre los filósofos griegos, se entiende— en las ideas expuestas por Protágoras, el de Abdera (480-410 a. J. C), en un libro que se nombra allí como* "Alétheia" *(La verdad). Sócrates cuenta en su diálogo a sus interlocutores —Teéteto y Teodoro—, que el pensador, buen amigo de Eurípides y protegido de Pericles, había escrito:*

"El hombre es la medida de todas las cosas: de la existencia de las que son, y de la no existencia de las que no son."

Sócrates, que refuta en el diálogo la doctrina de Protágoras, dice que el de Abdera habría escrito:

"Las cosas son, con relación a mí, tales como a mí me parecen, y con relación a ti, como a ti te parecen". *Lo que supone decir que la realidad —y la ciencia que la estudia— no son más que la sensación que producen en cada uno, sometido a las circunstancias de tiempo y de lugar en que se experimentan.*

La refutación socrática consiste en sostener que el principio del "homo mensura" *reduce el ser de las cosas a su apariencia, de lo cual puede inferirse que nada es verdad. Pero también implica que toda formulación, en tanto sea dicha por un hombre, es verdad, lo que transforma en inútil e inoperante la enseñanza y aún la propuesta de pensamiento del mismo Protágoras.*

Por cierto que los pensadores escépticos, desde entonces hasta hoy, no han caído en trampas socráticas tan bien urdidas. La vertiente más coherente del escepticismo ha sido la que sostiene que todo conocimiento que alguien tenga de algo o de alguien está influido por circunstancias internas, (del sujeto que conoce) y externas (del sujeto conocido).

Ésta vertiente, la del "relativismo", se manifiesta en buena parte del pensamiento contemporáneo, que reconoce que la validez del juicio depende en gran parte, de las condiciones y circunstancias en las que se lo enuncia. Por este camino, la duda de los escépticos como actitud ante el mundo y como visión de la vida, se traslada, en tanto relativismo, al plano de los

enunciados, de las verbalizaciones de la "realidad": esos productos del lenguaje que son el mito, la leyenda, el cuento, la poesía épica, la novela y la historia.

En Rosaura a las diez, *Denevi crea un mundo de ficción que el lector reconstruye a partir de la visión que cada circunstante tiene (según las apariencias que ha podido percibir) de los enigmas o complicaciones del relato: la personalidad de Camilo Canegato, sus relaciones con Rosaura, la personalidad de ésta, y el inesperado desenlace o resolución del enigma.*

Pero en esta novela hay más que la historia de un crimen, con su trama de episodios, el marco y los sucesos que evolucionan hacia una complicación de la situación y su resolución final. Hay una estructura profunda que se descubre en tanto se avanza por la lectura en la construcción de la estructura superficial. Junto con la "realidad presente" que se deja ver en la historia externa, se muestran otras "realidades alternativas". Y la del sueño es una de ellas.

Primero por indicios, y luego explícitamente, se van manifestando los "datos" de las "otras" realidades.

En el singular diálogo de la tercera parte, Canegato le dice al Inspector Baigorri:

"El que durante la vigilia se dedica a la acción, de noche no sueña. Si un día usted hace algún trabajo físico intenso, a la noche duerme como un tronco. De ahí saque la ley general. Se sueña de noche, cuando de día no se realizan los actos que deberían realizarse."

Y agrega:

"El sueño es una contrapartida de la acción. El sueño es actividad transformada, convertida en humo, liberada, desahogada."

Canegato da testimonio de la prolongación del sueño en la vigilia.

"Digo que estoy despierto —s*eñala*—, pero sueño. Los sueños continúan pareciéndome realidad."

*Como "*dos mundos que se entrelazan", *como* "dos realidades distintas, pero igualmente poderosas", *el sueño y la realidad comparten su cerebro. Se integran en él como dos alternativas posibles.*

Con estas disquisiciones, el personaje deneviano tercia en la secular discusión, que el doctor Otto Rank hace protagonizar —por encima del tiempo y la distancia— a Nietzsche, Hauptmann, Chaucer, Shakespeare, Hoffmann y Hebbel en torno de las relaciones entre el sueño y la vigilia. Me refiero al ensayo "El sueño y la poesía", *publicado como apéndice a* La interpretación de los sueños, *de Sigmund Freud.*

La estructura

La materia narrativa de Rosaura *pudo haber sido estructurada linealmente, como una clásica novela policial o como un relato de suspenso. Hubo quienes, desatendiendo las señales del autor, la han leído como tal y han equivocado el camino.*

Es verdad que esta obra tiene algunos elementos comunes en las obras de

aquel género. La prescindencia casi total de anticipaciones y el escalonamiento de los elementos de la intriga a lo largo del texto son estrategias propias de la estructura de la novela policial, que se pueden verificar en Rosaura. *Pero estas formas no son definitorias (y menos aún características) de esta novela. Toda la escritura de* Rosaura, *desde los puntos de vista adoptados hasta la misma estructura narrativa, constituyen un conjunto orgánico de señales que orientan al lector hacia una semiosis harto diferente de la que proponen las novelas policiales.*

Denevi ha pretendido mostrar las varias y diferentes visiones que cada protagonista tiene de una secuencia de sucesos en la que todos han tenido alguna participación. Para ello ha ideado un procedimiento singular: la transcripción de los testimonios de cuatro testigos y la copia de una carta. Cinco partes o capítulos, que simulan los textos de las declaraciones e interrogatorios de un sumario policial y la probanza de un documento.

La materia de los hechos, el contenido del relato es parcialmente recurrente. La información que aporta cada nuevo declarante no crece con la revelación de nuevos hechos. Sí, en cambio, crece la novela con las interpretaciones que de los hechos (narrados detalladamente por la primera declarante) hace cada nuevo testigo. Tanto así que hasta el mismo acusado ignora la verdad de lo ocurrido. La única información nueva, desconocida por los testigos, la aporta el documento final que resuelve la intriga.

Los títulos de las partes —harto significativos, como en toda la obra de Denevi— son un indicador explícito de la expectativa que el autor pretende generar en el lector.

Denevi quiso que este texto se leyera como un conjunto de probanzas sumariales reunidas en sede policial. Cada parte o capítulo corresponde a una probanza distinta, y tiene un expositor diferente. Y ello con un fin también planificado cuidadosamente por el autor: que cada parte tuviera una función distinta en el contexto comunicacional que plantea la novela.

Hay dos "declaraciones", así tituladas. Una, la de Doña Milagros, se reproduce in extenso *en la primera parte tal como se supone la efectuó. Otra —la cuarta parte—, el testimonio de Eufrasia Morales, de la que se transcribe solamente un "extracto".*

Hay otra "declaración" —la segunda parte— que Denevi enmascara con el título de "David canta su salmo". *En ella se transcriben también* in extenso *los dichos de Réguel.*

El texto agrega —como tercera parte— un interrogatorio del Inspector Julián Baigorri a Camilo Canegato, transcripto también in extenso. *Denevi lo enmascara con el título anticipatorio de* "Conversación con el asesino".

Finalmente completa el sumario (parte V) una carta inconclusa que, sin título orientador, está precedida por una aclaración del narrador.

El trabajo de Denevi ha consistido en organizar la materia informativa de las declaraciones, del interrogatorio y de la carta asignándole a cada protagonista un lenguaje, un modo de hablar inconfundible; pero también una visión de los hechos acorde con el temperamento y el carácter personal que se muestra en ese modo de hablar. La ficción también crece por la evaluación tácita que el autor hace del testimonio de cada testigo. Las

palabras de cada uno significan por lo que dicen; pero, además, porque son un dibujo expresivo de su personalidad.

Doña Milagros Ramoneda y el Hospedaje "La Madrileña"

Esta primera parte está escrita en primera persona, como una visión fiel de lo declarado por la propietaria del Hospedaje. Una verdadera transcripción que bien podría haber sido extraída de un magnetófono de cinta, de los que ya se comenzaban a difundir por entonces.

Su forma es la propia de un monólogo teatral, en la que el actor se dirige a un oyente (todavía incógnito), con reiterados vocativos y apelativos: "señor mío", "sabe usted", "dice usted", "le diré", "como le decía", *y otros semejantes. En ningún momento Doña Milagros nombra al interlocutor mudo. Por momentos, el lector que no haya reparado en el titulo, podría pensar que la exposición está dirigida a él mismo como oyente del monólogo.*

El texto de esta extensa primera parte (poco menos de tres horas de lectura o de representación del monólogo) se divide en diez capítulos (o sesiones, o respiros de la declarante).

Se trata de un monólogo de la mejor estirpe hispana, digno de ser representado por una gran actriz de carácter.

Locuaz, sentenciosa, intencionada, graciosa, Doña Milagros se muestra espontánea y parlanchina, como tantas emigradas españolas; más concretamente, madrileñas de las de antes. Sus decires no están tan alejados del Madrid de las primeras décadas del siglo como para haber olvidado dichos, refranes, frases y ese tono..., esa graciosa cadencia que añoramos al escuchar el habla desmañada del madrileño de hoy.

Doña Milagros (cuyo retrato literario no figura en ninguna parte de la obra) está presentada de cuerpo entero sólo por su modo de hablar, por su vocabulario, por la originalidad de sus dichos. Tan fiel es el dibujo de su singular personalidad, que pasada una hora de lectura, ya conocemos a Doña Milagros: sabemos de su edad, de sus modales, de su educación, de sus ideas morales, de sus sentimientos.

¿Quién que no fuera una madrileña de entonces (no de ahora) podría decir: "damiselas", "a izquierdas y derechas", "menear la cabeza", "quedarse quietecito", "¡hala!", "regañar", "sopesar", "oliscar", "muy tenorio", "pudibunda", "jaleo", "gastar unos anteojos", "dejarle el pellejo a tiras", "andar lo más pimpante", "darle una buena felpa", "hablar quedo", "contestar alguna fresca", "bajar la cresta", "mesarse los cabellos", "asomar el pico", "que si pitos, que si flautas", "no decir ni pío", "empurpurar la cara", "salirse de quicio", "musitar", "quedarse lelo", "decir paparruchadas", "buscarle pelos a la leche", "andar alegre como unas castañuelas", *y otros modismos de la mejor habla española?*

Algunas expresiones merecen aclaración para el lector de hoy, y asi lo hacemos en las Glosas *que se agregan al final de estas páginas.*

El monólogo de Doña Milagros, verborreico por momentos, era el lugar adecuado para la pintura —bien que parcial y subjetiva— de los personajes de la novela. Comenzando por la prosopografía del protagonista principal,

Camilo Canegato.

"Era el mismo hombrecito pequeñín y rubicundo que usted conoce, porque, ahora que caigo en ello, le diré que los años no han pasado para él. La misma cara, el mismo bigotito rubio, las mismas arrugas alrededor de los ojos. Tal cual usted lo ve ahora, tal cual era en aquel entonces. Y eso que entonces era poco más que un muchacho, pues andaría por los veintiocho años."

Y tras él las hijas de Doña Milagros:

"Matilde, la mayor, quiso emplearse por las tardes como dactilógrafa en una oficina. Ésta tiene carácter independiente. Clotilde, la segunda, se recibió de bachiller, y ahora está por decidir qué carrera seguirá. A mi me gustaría de médica. Ella dice que de abogada. La materia prima, que es la labia, no le falta. Y Enilde, la menorcita, estudia música. Ya ejecuta en el piano (el piano se lo compró Camilo) la jota de *La Dolores*."

Y a continuación la señorita Eufrasia Morales:

"No es que sea mala persona, no señor. Pero la verdad es que tiene una gran desgracia, y es que no se ha casado, ni se casará, porque anda por los cincuenta y pico, y agregue a eso los muchos disgustos que le dejaron sus años de enseñanza, porque es maestra jubilada, años que, como ella misma dice, le sirvieron para convencerse de que los niños son todos malvados y perversos hasta más no poder, así que espere usted algo de la humanidad, de modo que la pobre tiene el carácter un poco agrio y la lengua no le digo nada, pero fuera de esas pequeñeces es una bellísima persona, bellísima desde cierto punto de vista, porque, fisicamente, la pobre, con ese cuerpo lamido, y sus anteojos..."

Después aparecen Júpiter Coretti y David Réguel, "los dos muy tenorios, cada uno en su género"*. El joven Coretti era* "empleado de banco, un hombrón corpulento, que a veces fatiga con su manía de interesarse por todo y hacerse el simpático"*. En cuanto a Réguel, dice Doña Milagros:* "Hace dos años que vive en mi honrada casa. Estudia para abogado y al mismo tiempo trabaja como corredor de seguros [...l Desde el punto de vista de la inteligencia es un fenómeno. Y eso que tiene nada más que veintidós años. Lástima que sea feo. Bueno, si es o no es feo, nadie lo sabe, porque gasta unos anteojos, tan enormes [...l, que le borran la fisonomía..."*. Luego son introducidos* "el señor Gavina, un viejo jubilado que no habla nunca" *y Hernández,* "un fifi que le arrastraba el ala a Matilde".

Y Elsa, la mucama, "mejor sería decir una mula, según es de torpe la pobre, y coja y medio sorda, por añadidura"*.*

Y, finalmente, Rosaura, introducida por sus cartas y descubierta por un retrato que pintó y mostró Camilo antes de que ella apareciera. Doña Milagros cuenta su impresión a partir del retrato:

"Era hermosa, era hermosísima. En suaves tonos rosas y azules, con reflejos dorados, el cuadro reproducía la imagen de una muchacha rubia, de ojos celestes, de boquita pequeña y roja, y con una expresión tan dulce en toda la fisonomía, de tanta bondad, de tanta pureza, que parecía esas madonas que nos contemplan desde la cúspide de los altares".

Valiéndose de la enjundia verbal de Doña Milagros, Denevi da una

primera visión de los pensionistas de "La Madrileña" y de Rosaura. En todos los casos, el dibujo verbal es poco convincente por lo subjetivo; pero es verosímil en tanto surge del espíritu espontáneo, apasionado y autoritario de la hospedera.

*En lo demás, el extenso testimonio muestra la viva imagen de una típica casa de dos patios (de las muchas construidas a comienzos del siglo en el viejo Buenos Aires), y los recuerdos de mínimos detalles, que Doña Milagros relata, aunque poca relación tengan con el tema de su declaración. Denevi lo comprende así, y se siente obligado a justificar a la declarante ante un lector que puede dudar de la verosimilitud del relato. "*Gracias a mi memoria, señor *— dice a su mudo interlocutor—* puedo repetirle todas estas vueltas y revueltas de su diálogo".

En suma, un esquema estructurado como una totalidad dentro del cuerpo de la novela. Una prueba de este carácter independiente de la primera parte está dada no sólo por su extensión, que supera largamente a la suma de las otras cuatro. También por la forma en que puede funcionar aisladamente como un texto íntegro, que no depende para su comprensión cabal de ninguna de las otras partes. Y también porque, sin modificación alguna, puede separárselo del papel, y trasladarlo a la representación teatral de un solo actor, sin que se resientan su significación y su verosimilitud.

Una posibilidad de transpolación del texto escrito al hablado o representado, que se verificará luego con muchas otras narraciones denevianas, y que —de hecho— se verificó parcialmente en la versión cinematográfica de esta obra.

David Réguel, estudiante de derecho

La segunda parte es otro monólogo, de algo más de una hora de duración. En él se descubre la identidad del silencioso interlocutor, citado como "inspector"*; esto es, el sumariante.*

Como en el primer monólogo, el texto es reflejo de la personalidad del estudiante. En este caso no solo por el vocabulario y las frases, cargadas de citas de un saber tan exterior como intrascendente, sino también por la macroestructura del texto, sin párrafos ni respiros, la que acentúa la impresión de una secuencia inorgánica y desmañada.

Soberbio, ostentoso, fatuo, con aires de sabelotodo y actitudes pedantescas inocultadas, Réguel aporta escasa información útil para el crecimiento lineal del relato. En cambio, ofrece notables variantes de interpretación de los mismos hechos narrados por Doña Milagros.

Toda su declaración está teñida por el incontenible odio que siente hacia Canegato. En los momentos en que habla de él, ya no caben citas, ni frases latinas, ni mal repetidas teorías sobre literatura, filosofía o psicología. Sólo afloran los adjetivos despectivos respecto de Camilo: "el resentido"*,* "el neurótico"*,* "ese gurrumino, ese feto"*,* "con su metro y medio de estatura, con su cara de otario, con toda su falsa decencia"*. El odio pone de manifiesto sus verdaderos sentimientos y hasta su contradictoria personalidad.*

Y cuando el torrente de la memoria parece arrastrarlo, Réguel se rehace

rápidamente, cambia el tono de sus dichos y vuelve a sus citas y a sus teorías, arrojadas como dardos hacia aquel "inspector", al que imaginamos atónito y apabullado.

Para mejor aclaración de la estrategia narrativa empleada aquí por Denevi, compare el lector —después de haber leído la totalidad de la obra— las dos descripciones de la llegada de Rosaura: la que hace Doña Milagros, y la de Réguel. Otra comparación reveladora surge de la visión que Réguel tiene de los personajes que antes había pintado la hospedera. Un ejemplo: "Coretti será un tipo macanudo, no le digo que no, un gran muchacho. Pero tiene un espíritu con una sola cara, un carácter monovalente, de un solo matiz. Hay momentos en que usted le festeja las bromas, pero usted no puede festejárselas las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana"*. Otro ejemplo, las hijas de Doña Milagros:* "Son unas chicas preciosas, vivarachas, aunque claro, se han criado en un ambiente que no es el más a propósito"*.*

Importa señalar que Denevi se vale de estas visiones antitéticas para mostrar dos maneras de interpretar una misma realidad. Doña Milagros y Réguel habían convivido por igual con Canegato, con Coretti, con las muchachas; habían compartido la misma mesa de la pensión; habían participado en los mismos diálogos. Los datos que manejaban la una y el otro eran muy similares. Hasta tenían, en el momento de sus respectivas declaraciones, recuerdos coincidentes: las mismas palabras de Camilo y Rosaura, las mismas actitudes de Coretti. Sin embargo, las respectivas lecturas de los hechos —esto es, las interpretaciones de los datos— resultaban diferentes a los ojos de la una y el otro.

Canegato descubre su intimidad

En la tercera parte, Denevi adopta la forma del diálogo. Para personalizarlo, devela en la primera línea la identidad completa del interlocutor: el Inspector Julián Baigorri.

Denevi utiliza una vez más una forma teatral. En esta parte presenta, con sus propias voces, a dos actores de diferente protagonismo: Canegato —centro y motivo de la novela— y Baigorri, que era el interlocutor mudo de los dos primeros monólogos. Sólo quedará la duda de si este interlocutor (Baigorri) esconde o no al mismo autor.

El inspector se manifiesta aquí como un hábil interrogador. Hombre de cultura mediana, que se expresa en correcto lenguaje rioplatense, une con singular sagacidad las piezas sueltas de un rompecabezas en el que todavía las visiones parciales no dejan ver la trama de los sucesos.

De Calegato, el interrogado, sólo conocemos hasta aquí las prosopografías que de él han hecho Doña Milagros y Réguel, en sus respectivos monólogos.

Por lo que ellos han contado, sabemos que habla poco y casi titubeando. Que repite la palabra "este…"*, como una muletilla que lo ayuda en sus inseguridades, y que suele intercalar en su discurso una suerte de sonido, mezcla de sonrisa burlona y de tic nervioso, que sus dos retratistas han verbalizado con un* "Je, je".

En el diálogo, el Inspector le ofrece la posibilidad de hablar de él mismo,

de la pintura, de ese mundo de la creación pictórica en el que ha vivido en su papel de servidor, de esclavo del artista, como todo restaurador que vive de la creación ajena. Y ante esa posibilidad, Camilo se explaya, expresa sus pensamientos íntimos como nunca lo hizo antes. Piensa y dice cosas "que nunca hasta ahora —*confiesa*— me las había revelado a mí mismo"*.*

Poder hablar de su mundo interior ante aquel extraño le causa asombro. Su actitud de constante sumisión ante los prestigios ajenos, su conformismo ante las opiniones canonizadas y tradicionales le habían puesto mordaza a sus propias opiniones. Y las tenía. ¡Vaya si las tenía! Porque él conocía el último secreto de cada paleta, la intimidad de cada pincelada, de cada trazo.

Así, develando su artesanía, descorriendo los velos de sus miedos, comienza a poner palabras a su soñada realidad. Es casi la exposición de una filosofía de la vida, de una estética de la creación. Hasta de una ética del artesano, del copista, del reproductor de obras ajenas. Por la meditación acerca de su oficio, comprende las razones de su aislamiento, de su soledad, de su carácter introvertido, del sentido último de sus sueños. Porque el sueño —ya lo recordamos— "es actividad liberada de la opresión, libre de la carga de la vigilia"*.*

Y él, Canegato, el tirifilo, el contrahecho, el resentido, estaba descubriendo en su "confesión" cómo era posible vivir inmerso en la realidad alternativa de los sueños. Por eso, ahora reivindica a todos los jorobados, a todos los enanos, a todos los tirifilos de la historia y de la literatura. Y, por qué no, también a Giovanni, el contrahecho, víctima del engaño de su mujer, aquella Francesca de Rímini condenada por sus amores con Paolo, su cuñado. Se entusiasma imaginando una historia en la que el amor de Giovanni importe más que la belleza de Paolo. "Sí, señor, je, je, me he dejado entusiasmar. Pero quise reivindicar para Giovanni el papel principal de la tragedia, porque yo lo comprendo, porque yo siempre me he sentido, je, je, un Giovanni sin joroba"*.*

Estos párrafos constituyen una de las claves fundamentales para la comprensión de la obra narrativa y aforística de Denevi.

El tema de Francesca, Giovanni y Paolo reaparece varias veces en la obra deneviana. Por lo menos en "La verdad sobre Paolo y Francesca"*, incluido en* Falsificaciones *(1966; 1969; 1977); y en* "El juego de las partes"*, que integra el* "Concilio universal del amor"*, del volumen* Parque de diversiones *(1970; 1978). Ambas son prolongaciones de la visión de Canegato: una suerte de sobrevida del hombrecito, nuevamente verbalizada por la mano de Denevi.*

Una prueba de que, en esta primera novela, Denevi deja fijadas varias líneas de pensamiento estético que serán constantes de toda su obra.

Eufrasia Morales, "espontánea y confidencial"

Denevi cambia nuevamente, en esta cuarta parte, el punto de vista. Ahora un narrador (¿acaso el mismo sumariante?) escribe en tercera persona un "extracto" de la declaración de la maestra jubilada.

Quizá convenga recordar aquí la presentación que de ella hizo Doña Milagros: "No es que sea mala persona, no señor. Pero la verdad es que tiene una gran desgracia. Y es que no se ha casado, ni se casará"*.*

La maestra muestra habitualmente su mal talante. En su permanente vigilia, todo lo ve desde su cuarto, a través de los vidrios sin cortinas, pero cubiertos de "papel inglés" y con pequeños agujeros cuidadosamente distribuidos. Y lo que no puede ver, lo imagina. Desde su mirador, había podido ver los movimientos sigilosos de Elsa, la mucama. A través del muro, había escuchado los términos entrecortados de una discusión entre Rosaura y Camilo.

Como su interpretación del incompleto rompecabezas le pareció importante, se presentó a declarar "espontáneamente".

Los oídos creativos y los largos ojos de Eufrasia captaron datos con los que pudo urdir tramas imaginarias, pero posibles. De ellas hace partícipe al sumariante.

Aquí la narración se carga de información que proviene de una nueva fuente: el mismo autor, que por primera vez asume su propia voz. "Unos días más tarde"*, dice el texto,* "dos policías efectuaban en *La Madrileña* la visita que ya conocemos"*.*

Esta narración en tercera persona, hasta este momento bien podía haber sido escrita por el Inspector (como otro testimonio del sumario). Sin embargo, algunas expresiones impropias del estilo de un escrito policial, algunas alusiones, ciertas frases (que glosamos más adelante) podrían fundar la sospecha de que Baigorri había entregado su pluma a Denevi. Y ahora podemos decirlo con certeza. El punto de vista es el de Denevi, conocedor del proceso sumarial; pero también de los secretos vericuetos de aquellas criaturas, que sólo el novelista puede conocer.

Es él quien "ve" temblar a Elsa, quien "oye" las preguntas de Eufrasia, quien "contempla" la salida de los novios para el registro civil, quien "ve" llorar a Elsa, quien "sabe" lo que piensa y dice Eufrasia.

Ahora sabemos que Denevi ha estado agazapado tras el Inspector Baigorri, el mudo oyente de los monólogos de Doña Milagros y Daniel Réguel, el hábil interrogador que dialoga con Camilo. En esta cuarta parte, Denevi toma distancia del Inspector y aparece como narrador omnisciente, aportando a la novela otro punto de vista.

Una carta inconclusa

La parte quinta consta de una explicación narrativa del autor en tercera persona, y del texto de una secreta e inconclusa carta de Rosaura. Ese texto devela el misterio de la historia.

La distancia entre Denevi (autor) y el Inspector es aquí más clara.

"Elsa Gatica"*, dice el texto,* "con dignidad y en silencio, condujo al Inspector Julián Baigorri hasta su dormitorio…"*. Esto sólo puede haberlo escrito el autor.*

Este modo de ocultar (o demorar) la manifestación del punto de vista para el lector será, en adelante, una de las características de la escritura deneviana, una exigencia más para la comprensión del lector. Para algunos, una trampa del autor para evitar un tránsito simplote y lineal por el texto narrativo; una burla a los lectores de lo fácil. Para otros, una novedosa

experiencia novelística, en la cual habrá de insistir el escritor. Yo me inclino por esto último.

En cuanto a la carta, dechado de realismo idiomático, es una muestra primera de la forma en que Denevi deja que los personajes se muestren tal como son a través de su modo de hablar; en este caso, de su modo de escribir. Rosaura, tan callada, de tan pocas palabras en el texto novelístico, aparece en la carta con su verdadera personalidad. Y ello así, no porque narre hechos de su vida pasada, sino por su lenguaje, por sus expresiones, y hasta por sus errores. La carta muestra frontalmente el conflicto entre la Rosaura de las apariencias y la de la realidad.

Así ocurrirá en casi toda la obra deneviana posterior. La personalidad de sus muñecos no será declamada ni explicada en descripciones etopéyicas. Sólo se mostrará como aquí, en el habla de los personajes. Porque todo está en las palabras. Todo se reconoce por las palabras. Por las dichas o por las escritas. Por los diálogos o por las cartas. Por los monólogos o por los silencios.

Años después, Denevi encontrará en el teatro el género literario apto para las grandes síntesis. Aquel en el que todo se dice con las palabras y los gestos de los personajes.

Denevi aprende, desde la narrativa, a descubrir en las palabras la intimidad, la singularidad de los seres humanos (por los dichos, más que por los hechos). A mostrar hechos reales por la reproducción de las palabras que los envuelven, que los cubren de apariencias. Datos. Indicios. Intenciones. Pero, siempre, palabras y silencios. En una musical, única e intransferible sucesión, que es propia de cada individualidad retratada.

El narrador, el novelista sólo pueden valerse de las palabras y de los silencios. Los que son peculiares de los personajes soñados, imaginados, metamorfoseados en los "laberintos de la memoria". Esos caminos insondables donde se produce ese "feroz metabolismo", del que surgen — como después veremos— los personajes denevianos.

Los personajes mudos

Toda novela tiene personajes que no hablan. Se los describe. Se habla de ellos. Se relata lo que hacen. Pero no dicen nada.

Júpiter Coretti, buen mozo, "muy tenorio"*, según Doña Milagros;* "un tipo macanudo"*, pero que se pasa* "la vida haciendo chistes y riéndose"*, según Réguel. Es el más citado del coro de pensionistas.*

Hernández, otro joven buen mozo, sólo es recordado por sus flirteos con Matilde; y porque, con ello, despierta celos y sospechas.

Gaviña transcurre casi inadvertido.

Elsa Gatica, la mucama coja, pasa por la novela como un ser sin palabras: "no habla sino cuando se la interroga y, todavía, lo hace mediante estrictos y a veces insuficientes monosílabos"*. Sólo se perciben (y se describen) sus movimientos. Pero ella también fue capaz de amar. Con su automatismo cerril, su amor ató los nudos de la intriga.*

Sarkis Abulaf, alias "el Turco Estropeado", es el dueño del sórdido "Hotel

La Media Luna" en el que sucede el asesinato.

Alicio Pereyra, alias "Ministro", es ayudante del Turco en el tugurio del bajo.

Y, por último, Rosa Chinca, la desconocida destinatario de la carta que nunca fue recibida.

El laberinto de los mundos posibles

Esta novela, considerada globalmente, es una descripción de lo que —tiempo después— los semiólogos llamaron los "mundos posibles". Son los que, a diferencia de la "realidad presente", muestran otras "realidades alternativas".

La del sueño es una de ellas.

En un soñado diálogo que dice haber mantenido con Syria Poletti y con el Laurel de su vieja casona del pueblo suburbano de Sáenz Peña (Provincia de Buenos Aires), Denevi desentraña algunos entretelones del proceso íntimo que da nacimiento a sus personajes.

"Se me ocurre"*, dice,* "que [ellos entranl por los laberintos de la memoria. Sólo que la memoria, la mía, a lo menos, es una máquina que primero devora datos, después los mastica, los tritura, los modifica, los somete a qué se yo cuántos procesos de reelaboración, de combinación y de transformación, y al fin me los devuelve quiero creer que siempre verosímiles y hasta dignos de ser confundidos con recuerdos fieles de la realidad. Pero entre la realidad real y la realidad de las ficciones literarias se ha interpuesto ese nuevo orden de la memoria, ese feroz metabolismo". *(*Araminta o el poder*, Crea, Bs. As., 1980, pág. 119).*

Ahora sabemos (estoy escribiendo en los días finales de 1987) que estos intrincados mecanismos que Denevi caracterizaba metafóricamente en 1980, son reales: se los ha verificado científicamente mediante una extrapolación del mecanismo de las computadoras al del cerebro humano. Las hipótesis metafóricas que dieron origen hace cuarenta años a la cibernética, retoman ahora como nuevas hipótesis para clarificar, desde el funcionamiento de las máquinas, el de la memoria de los humanos.

Los personajes denevianos, Camilo Canegato de Rosaura a las diez*, Lepnides Arrufat de* Ceremonia secreta, *Adalberto Pascumo de* Un pequeño café*, los hermanos de* Los asesinos de los días de fiesta*, Ramón Civedé y Sidney Gallagher de* Manuel de historia*, y la "extinguida familia Argento" de* Enciclopedia de una familia argentina *(para no aludir más que a los de las novelas), resultarían el producto del metabolismo de la memoria. El "output" resultante del proceso ocurrido en ese "laberinto de la memoria".*

"Pero"*, dice Denevi,* "habían entrado siendo otros. Siendo, cada uno, varios, o muchos. Entre esos muchos, yo mismo. Después, a medida que recorrían el laberinto, se metamorfosearon, intercambiaron nombres, rasgos, estatutos, caracteres, virtudes, vicios, manías. Hasta vestidos y zapatos. Mi orgullo (mi vanidad, más bien) consiste en creer que, luego de haber sufrido todas aquellas transformaciones, salen vivitos y coleando y que el lector no advierte en ellos ningún artificio, ninguna inverosimilitud"*. (*Araminta o el poder*, Crea, Bs. As., 1980, pág. 120)*

Así se entiende que, tras el "feroz metabolismo" que se produce en la memoria, surjan esas nuevas realidades transfiguradas, que se expresan, se verbalizan en una obra literaria.

Así se entiende también que las maneras de concebir el mundo y la vida de cada autor aparezcan reflejadas en cada una de sus obras literarias (cuando merecen el adjetivo), como si se tratara de sucesivas etapas de una sola y misma obra que se escribe y se reescribe, cambiando nombres y situaciones, pero siempre sustentada por una misma cosmovisión.

Denevi es un auténtico creador de caracteres y un hábil diseñador de situaciones. Las ideas del "laberinto de la memoria" y de las metamorfosis que se producen al recorrerlo, son una forma metafórica de mostrar en qué consiste el proceso de percepción de datos y la elaboración de información que ocurre a partir de ellos. Pero no son sólo eso. También hay en esta metáfora una descripción de los fundamentos de la narrativa y el teatro denevianos.

Para hurgar en los modos de actuar, de hablar y de pensar de los personajes de la obra de Denevi, habrá que desandar los caminos del laberinto del que han salido. No es poca la tarea si se piensa que, en cada cuento y en cada novela de Denevi, están dibujadas con palabras una o más personalidades de singular densidad de vida.

En esta "Introducción" esperamos haber aportado algunas claves para desandar ese camino en la lectura de Rosaura a las Diez.

Juan Carlos Merlo

NOTA: En las páginas que siguen, comento en forma de glosas las frases, expresiones, alusiones y citas de cada uno de los protagonistas que monologan o dialogan en las cuatro partes primeras de la novela. El número entre paréntesis indica la página en que aparece la frase o expresión reproducida en negrita y que da motivo a la glosa.

J.C.M.

Nota del revisor digital: Las glosas, en el original acumuladas al principio del texto, se han colocado como notas al pie para facilitar su consulta.

abur_chocolat
abur_chocolat@yahoo.com.ar

ROSAURA A LAS DIEZ

I

DECLARACIÓN DE LA SEÑORA MILAGROS RAMONEDA, VIUDA DE PERALES, PROPIETARIA DE LA HOSPEDERÍA LLAMADA "LA MADRILEÑA", DE LA CALLE RIOJA, EN EL ANTIGUO BARRIO DEL ONCE

Todo esto comenzó, señor mío, hará unos seis meses, aquella mañana en que el cartero trajo un sobre rosa con un detestable perfume a violetas.

O quizá no, quizá será mejor que diga que empezó hace doce años, cuando vino a vivir a mi honrada casa un nuevo huésped que confesó ser pintor y estar solo en el mundo.

Aquéllos eran otros tiempos, ¿sabe usted? Tiempos difíciles, sobre todo para mí, viuda y con tres hijas pequeñas. Los pensionistas escaseaban, y los pocos que habían eran, hablando mal y pronto, de culo mal asentado, quiero decir, que hoy estaban en una pensión y mañana en otra y en todas dejaban un clavo, o, apenas usted se descuidaba, le convertían su honrada casa en un garito o alguna cosa peor, de modo que a los dueños de hospederías decentes nos era necesario, si queríamos conservar la decencia y la hospedería, un arte nada fácil, ahora desconocido y creo que perdido para siempre: el arte de atraer, seleccionar y afincar, mediante cierta fórmula secreta, hecha a base de familiaridad y rigor, una clientela más o menos honorable.

Había que estar en guardia con los estudiantes de provincias, gente amiga de trapisondas, muy alegre, sí, muy simpática, pero que después de comerle el grano y alborotarle el gallinero, se le iba una noche por la ventana y la dejaban a una, como dicen, cacareando y sin plumas; y también con esas damiselas que, vamos, usted me entiende, que se acuestan al alba y se levantan a la hora del almuerzo, y usted se pregunta de qué viven, porque trabajar no las ve; y aun con ciertos caballeros solos y distinguidos, como ellos mismos se llaman, de los que prefiero no hablar. Y todavía me dejo en el buche otros peligros más frecuentes, aunque menos disimulados, como, pongamos por caso, los artistas de teatro, y líbreme Dios si andaban de gira, peligros, sin embargo, que a la fin resultaban menos temibles que los otros que le dije, porque llevaban la luz roja encendida al frente y era posible esquivarlos a tiempo y desde lejos.

Pero el hombre que aquella mañana vino a llamar a la puerta de mi honrada casa me pareció, a primera vista, completamente inofensivo. Era el mismo hombrecito pequeñín y rubicundo que usted conoce, porque, ahora que caigo en ello, le diré que los años no han pasado para él. La misma cara, el mismo bigotito rubio, las mismas arrugas alrededor de los ojos. Tal cual usted lo ve ahora, tal cual era en aquel entonces. Y eso que entonces era poco más que un muchacho, pues andaría por los veintiocho años.

La primera impresión que me produjo fue buena. Lo tomé por procurador, o escribano, o cosa así, siempre dentro de lo leguleyo. No supe en un primer momento de dónde sacaba yo esa idea. Quizá de aquel enorme sobretodo

negro que le caía, sin mentirle, como un cajón de muerto. O del anticuado sombrerito en forma de galera que, cuando salí a atenderlo, se quitó respetuosamente, descubriendo un cráneo en forma de huevo de Pascua, rosado y lustroso y adornado con una pelusilla rubia. Otra idea mía: se me antojó que el hombrecito estaba subido a algo. Después hallé la explicación. Calzaba unos tremendos zapatos, los zapatos más estrambóticos que he visto yo en mi vida, color ladrillo, con aplicaciones de gamuza negra, y unas suelas de goma tan altas, que parecía que el hombrecito había andado sobre cemento fresco y que el cemento se le había quedado pegado a los zapatones. Así querría él aumentarse la estatura, pero lo que conseguía era tomar ese aspecto ridículo del hombre calzado con tacos altos, como dicen que iban los duques y los marqueses en otros tiempos, cuando entre tanto lazo y tanta peluca y tanta media de seda y encajes y plumas, todos parecían mujeres, y, como yo digo, para saber quién era hombre, harían como hacían en mi pueblo con los chiquillos que por los carnavales se disfrazaban de mujer.

Además se veía que el hombrecito andaba como un obispo *in partibus*, quiero decir, sin casa y sin comida. En efecto, traía consigo una valija de tamaño descomunal, toda llena de correas, de broches, de manijas, y tan enorme, pero tan enorme, que en un primer momento sospeché que algún otro se la había traído hasta allí, dejándolo solo con ella, como a un enano junto a una catedral. Una persona que anda por la calle con semejante armatoste a cuestas se mete en cualquier parte, de modo que deduje que mi candidato no sería hombre difícil.

Con una vocecita aguda, quebrada de gallos, me preguntó:

—¿Aquí, este, aquí alquilarían un cuarto con pensión?

Y esto me lo preguntaba debajo de un gran letrero rojo que decía: Se *alquilan cuartos con pensión*.

—Sí, señor —le contesté.

—¡Ah! —dijo, y se quedó callado, dando vueltas al sombrerete entre las manos y mirando para todos lados, como si buscase quién viniera a proseguir la conversación por él.

Como no estábamos más que él y yo, al cabo de unos minutos opté por ser yo la que continuase hablando:

—¿Usted quiere alquilar una pieza?

—Este, sí, señora.

—¿Toda la pieza para usted?

—Este, sí, señora.

—Quiero significarle, ¿sin compañero? —esto por pura fórmula, ya que en aquel entonces tenía varios cuartos desocupados.

—Este, sí, señora.

—¡Ah! —dije, y aquí me pareció oportuno quedarme a mi vez callada y mirarlo fijamente.

Él puso cara de intenso sufrimiento e hizo como que miraba a una y otra esquina de la calle. Pero a mí con ésas. El revoleo de ojos a izquierdas y derechas era sólo un pretexto para poder pasarme rápidamente la vista por

Librodot

la cara y espiar qué es lo que yo haría. Pero yo no hacía nada, sino mirarlo. Así nos estuvimos un buen rato, los dos de pie, él en la vereda, yo en el umbral de la puerta, sin hablar y estudiándonos mutuamente. "Vamos a ver quién gana", pensaba yo. Pero el hombrecito seguía mudo y vigilando las esquinas, como si deseara irse y yo no lo dejase. La galera giraba entre sus manos. Y aunque la mañana era fría, el sudor comenzó a correrle por la frente. Cuando su cara fue ya la cara de un San Lorenzo que empieza a sentir el fuego de la parrilla donde lo asan, tuve piedad.

—¿Su profesión? —le pregunté.

Dio un larguísimo suspiro, como si durante todo aquel tiempo hubiera estado conteniendo el aliento, y:

—Pintor —contestó.

Vea usted, jamás habría sospechado yo que un hombrecito vestido con aquel sobretodo negro pudiese ser pintor.

—Pero —dije—, ¿pintor de cuadros o de paredes?

—Este, ah, de cuadros —y lanzó una risita nerviosa, como si hubiera confesado una picardía.

Su respuesta no me gustó nada. Un pintor de paredes es un pintor, y éste es un honrado oficio. Pero un pintor de cuadros se piensa que, además de pintor, es artista y, lo que es más grave, se piensa que ha de vivir de su arte. Y usted ya sabe el mucho daño que han causado a las hospederías el arte y los artistas.

Él debió de leer en mi cara, porque no soy persona que disimule sus sentimientos, la poca gracia que me había producido conocer su profesión, pues la risita se le cortó como por ensalmo y se puso más rojo que una grana.

—¿Es usted solo? —continué, a ver si por ese lado le hallaba alguna cosa buena.

—Sí, señora.

—Soltero, claro está.

—Sí, señora —y otra vez enrojeció.

—¿No tiene parientes?

—No, señora, no.

—¡Cómo! ¿Ni un pariente?

—Oh, no, señora.

—Vamos, vamos, alguna tía vieja, ¿eh? Algún primo lejano, ¿no es cierto?

—No, no, nadie. Estoy —se miró las uñas—… estoy solo en el mundo.

Y otra vez puso cara de sufrimiento. Vamos, saberlo solo en el mundo algo mitigaba el mal efecto que me había causado su malhadada profesión. Y él debió de comprenderlo así, porque se puso a negar que tenía familia, amigos, hasta simples conocidos, con tanta vehemencia, como si negase haberme robado la cartera o asesinado a mis hijas. El pobre, evidentemente, deseaba conquistarse mi simpatía, y una dueña de casa de huéspedes tenía

en aquellos tiempos tan pocas ocasiones de sentirse objeto de ninguna conquista, que su actitud me conmovió.

—Y dígame una cosa —le pregunté, para tirarle un poquito de la lengua—, ¿por qué dejó la otra hospedería?

Abrió tamaños ojos.

—¿Cuál otra?

—Hombre, la hospedería donde ha estado usted viviendo hasta ahora.

—¡Oh, no! —y meneó la cabeza y pestañeó repetidamente, como una solterona a la que le han preguntado si sale de noche—. Jamás he vivido en hospederías.

¡De modo que era primerizo! Tanto mejor. Aunque usted no lo crea, yo prefiero estos primerizos a los otros, a los que se han pasado la vida de pensión en pensión y conocen todas las triquiñuelas y las trampas y las mañas del oficio de huésped, y le juegan a una unos ajedreces, que llámese contento el que les hace tablas. En cambio éstos, los inocentes, los virginales, aunque en los primeros tiempos fastidien un poco con la idea de que siguen viviendo en una casa, son muy fáciles de manejar, y tan educados, tan sin picardía que, como le dije antes, se termina por preferirlos.

—¿Y dónde ha vivido usted hasta ahora, si puede saberse? —continué.

—Este, en mi casa.

—¿Vivía solo?

—No, no, con mi padre.

—¡Pero por las llagas de Cristo! ¿No acaba de decirme que estaba solo en el mundo? Y ahora resulta que tiene padre.

—Acaba de fallecer —murmuró.

—¡Ay, perdóneme usted! —entonces caí en la cuenta de que llevaba corbata negra y un brazal de luto en la manga del sobretodo. Claro, eran estos crespones los que habían hecho que lo tomase por procurador—. Lo acompaño en el sentimiento —y le di la mano.

—Muchas gracias.

—¿Y cuánto hace que murió su padre?

—Un mes.

—Dios mío, está todavía caliente el cadáver, como dicen. ¿Y de qué murió?

—De apoplejía.

—¡Ah! ¿Tomaba mucho?

—¡Oh, no!

—Dígamelo a mí. Mi marido murió de lo mismo, y había que ver cómo le gustaba empinar el codo.

—Pero, este, pero mi padre…

—Está bien, a usted le costará confesarlo ahora, por el luto reciente. Y dígame, ¿fue una cosa repentina?

—Sí, señora.

—Como a mi marido. Seguro que ocurrió después de una mona.

—¡Oh, no, le juro!

—Bah, aunque usted no lo diga. Habrá empezado a gritar, a hacer escándalo, y de golpe, ¡paf!, se pone amoratado, los ojos le dan vueltas, tambalea, cae al suelo…

Como vi que se llevaba el pañuelo a los ojos, me pareció prudente cambiar de conversación.

—Bien, bien —dije, para distraerlo—. Si usted está dispuesto a alquilar la pieza, le diré las condiciones.

—Sí, señora.

—Ochenta pesos al mes. Pago adelantado. La pensión comprende desayuno, almuerzo y cena. El almuerzo se sirve a las doce y media y la cena a las nueve. En punto. El que no está a esa hora, pues no come. El uso del baño es común. Está prohibido tener luz encendida en los cuartos después de las once de la noche. También está prohibido tener radio, fonógrafo y animales. Yo tengo un gato, pero ése no es un animal, como usted tendrá ocasión de comprobarlo. El lavado y planchado de la ropa puede dármelos a mí, si quiere, por un pequeño precio extra. Lo mismo las bebidas. Pero esto de las bebidas lo digo por pura fórmula, ya que a mis huéspedes no les permito beber sino agua, que como dicen, ni enferma ni adeuda. Aquí no entra una gota de alcohol, así me la paguen a precio de oro. Bastante he sufrido con mi difunto esposo a causa de eso. Acuérdese usted de su padre. Bien, creo no haberme olvidado de nada.

Ni chistó. Al contrario, a cada una de mis palabras hacía una reverencia, como si yo estuviera dándole órdenes.

—Además —proseguí— es bueno que sepa que si tiene la dicha de venir a vivir a mi honrada casa, vivirá en un hogar decente, no en una fonda. Aquí, señor mío, reina la más estricta moralidad. De modo que ciertas visitas, y ciertas jaranas, y ciertas libertades de lenguaje o de costumbres, aquí no están permitidas. Es que, hágase cargo: tengo tres hijas pequeñas, la mayor de las cuales no pasa de los doce. Yo y ellas y mis huéspedes formamos todos una gran familia, comemos en la misma mesa, yo soy para todos como una madre, todos son para mí como unos hijos, y no es cuestión de que venga un don Juan de afuera a echarse sus ternos[1] de compadrito o de arrabalero o a hacer lo que no haría en su casa, si la tuviese.

El hombrecito no tenía trazas de don Juan, pero nunca se sabe. Él comprendió perfectamente a dónde yo iba. Y tanto lo comprendió, que se puso rojo como un tomate. Le diré que es hombre de enrojecer a cada tres por cuatro, como pronto lo comprobé, pero se ruboriza con tanta frecuencia que esos tornasoles son ya el color de su cara.

—Finalmente —dije, y aquí hice una pausa—… finalmente, señor. No es

[1] Pronunciar votos, juramentos o amenazas.

que yo desconfíe de usted. Líbreme Dios de ello. Al contrario, al contrario. Usted parece persona de bien, seria y respetable. Dicen que la cara es el espejo del alma, y usted tiene cara de bueno. Pero ni la cara de usted, desgraciadamente, me salva de ser viuda, ni de tener tres hijas a mi exclusivo cargo, ni de vivir en los calamitosos tiempos en que vivimos, con las Europas en guerra[2]. Sin un hombre que mire por mí, he tenido que salir a la arena, como dicen, a pelear por mi sustento y por el de mis tiernas hijas, y en tales lides, donde la natural debilidad de la mujer no encuentra sino desventajas, mucho es lo que llevo padecido, porque yo soy la del refrán, que duelos me hicieron negra, que yo blanca me era[3], así que excusado será que tenga la piel sensible quien de cicatrices anda vestido.

—¡Es cierto, es cierto! —aprobó calurosamente el hombrecito, al parecer muy impresionado por mis palabras, de las que estoy segura no entendió ni jota.

—Bien, señor —continué, lánguidamente, sin dejar de darle, en este capítulo de nuestra conversación, el trato de "señor"—. A fin de evitar disgustos y pleitos y dolores de cabeza, que yo soy la primera en aborrecer, y para mayor tranquilidad tanto de una parte como de la otra, mis huéspedes suelen ofrecerme, antes de instalarse en mi honrada casa, alguna garantía, alguna prueba de solvencia o, en su defecto…

No me dejó terminar. Con agradecimiento y veneración, y con una prontitud que me hizo sospechar que esperaba la cosa, metió la mano en un inmenso bolsillo del sobretodo y extrajo una libreta. Después de abrirla en una de las últimas páginas me la entregó con una reverencia. Era una libreta del Banco Francés. La página mostraba, en grandes números azules, lo que debía de ser el saldo de la cuenta de ahorro del hombrecito. Con sorpresa y —no le miento— con alivio, leí allí: $58.700.- m/n. La suma era tan respetable, que en seguida quedé reconciliada con las pintorreas artísticas del nuevo huésped.

No esperé más. Le devolví la libreta, me hice a un lado, le mostré el interior de mi honrada casa, le dije:

—La pieza es suya, señor. ¿Gusta seguirme?

Y me dispuse a presenciar cómo se las arreglaba con la valija.

El hombrecito se inclinó sobre el monstruo, lo tomó con ambas manos, hizo un terrible esfuerzo que le empurpuró toda la cara hasta convertírsela en una sola mancha roja sin facciones, consiguió levantarlo, se lo echó delante, y sosteniéndolo tanto con los brazos como con el resto del cuerpo, curvada la espalda, comenzó a andar detrás de mí.

Entramos. Mientras atravesábamos la primera galería, algunos huéspedes empezaron a asomarse a la puerta de sus respectivas habitaciones y a observar con descaro al hombrecito, y hasta a hacer sus comentarios, ellos creerían que en voz baja, pero el otro los oiría, como los oía yo. El pobre sudaba como un caballo. A cada paso que daba las rodillas le golpeaban en la valija, y la valija se encabritaba como un buque en alta mar. Para colmo, los zapatones le chillaban escandalosamente. Parecía que iba aplastando

[2] Una de las escasas alusiones que sitúa los sucesos en una época real: la de la Segunda Guerra Mundial.
[3] Refrán que da a entender lo mucho que afectan las penas.

caracoles.

Uno, un sinvergüenza que no trabajaba desde hacía años, porque decía que esperaba un nombramiento en no sé qué ministerio, pero que no lo nombraban porque decía que el ministro le tenía rabia, y que entre tanto me debía ocho meses de pensión, cuando el hombrecito pasó a su lado lo miró de arriba abajo, y sin quitarse siquiera el cigarrillo de la boca lo llamó:

—¡Señor! ¡Señor!

Y como el hombrecito se detuviese y lo mirase, agregó, lo más fresco:

—Disculpe que no le ayude a llevar la valijita, pero ¿sabe?, tengo la hernia.

Y todavía el pobre Cristo que le contesta:

—Muchas gracias, no faltaba más.

Imagínese la carcajada de todos.

Por fin salimos del vía crucis de la galería y llegamos al comedor. Allí estaban mis tres hijas, que interrumpieron sus juegos para ponerse a contemplar al nuevo huésped. Me acuerdo que las tres lo miraban en silencio, muy seriecitas, y en eso la más chiquitina apuntando con un dedo a los pies del hombrecito, sentenció:

—No pagó los zapatos.

Yo me volví y le dije, tanto como para disimular

—Cosas de criaturas.

Pero él tenía otra vez la cara de San Lorenzo mártir, y no me respondió.

Salimos del comedor y seguimos por la segunda galería hasta llegar al cuarto que yo le tenía ya destinado, un cuarto un poquito oscuro y algo húmedo pero tan tranquilo, que me pareció de perlas para un artista. Hay allí un par de camitas de bronce, un ropero y una mesita de luz, todo reluciente, todo hecho un espejo. Y en las paredes, retratos de Carlos Gardel y de Rodolfo Valentino.

Abrí la puerta y lo invité a que entrase. Entró haciendo reverencias con el cuerpo y con la valija.

—Mire a ver si le gusta —le dije.

—Está muy bien, está muy bien —murmuró.

Pero no miraba nada. Había colocado el baúl en el suelo y se enjugaba el sudor de la frente con un gran pañuelo orlado de negro. Parecía muerto de cansancio. No vería el momento de quitarse aquellos horribles zapatones.

—Pues entonces —le dije— no hay más que hablar. El cuarto es suyo. Aunque tiene dos camas; no le pondré compañero mientras usted no desee lo contrario y pague lo que corresponda. Aquí lo dejo.

Pero no lo dejé. Me quedé mirándolo. Él, a su vez, en los últimos estertores de su agonía, me observaba de reojo.

—Ya sabe usted el reglamento —continué—. El almuerzo a las doce y media, la cena a las nueve.

—Sí, sí, gracias.

—Y el pago adelantado.

Con la palma de la mano se dio un golpe en la frente, que no sé cómo no se la partió en dos; susurró un rosario de disculpas, y ahuecando el pecho y con un ademán como si fuera a rascarse el sobaco, pescó de un bolsillo interior del traje la cartera, una cartera que reventaba de papeles de toda índole, y me abonó los ochenta pesos.

—Una última formalidad —dije, y el hombrecito cerró los ojos—. ¿Su nombre, si me hace el obsequio?

Otra vez anduvo a la pesca de la cartera, separó una tarjeta y me la entregó. Leí:

CAMILO CANEGATO

PINTOR - RESTAURADOR DE CUADROS
PERITO EN ARTE
ESPECIALISTA EN RETRATOS AL ÓLEO

Los títulos me gustaron mucho, pero el nombre me hizo la mar de gracia. ¡Mire usted que llamarse Canegato un hombrecito de aspecto tan pacífico! Delante de él me contuve, pero al saludarlo y retirarme para dejarlo solo, ya la cara me temblaba de risa. Cuando llegué al comedor no pude aguantar las carcajadas. Mis hijas también se pusieron a reir, aunque no sabían de qué. Después me arrepentí, porque sé que desde su cuarto se oye todo cuanto ocurre en el comedor.

Pues así como le digo lo instalé en mi honrada casa, sin sospechar, qué iba a sospechar yo, que lo instalaba por doce años. Doce años, casi una vida, casi los años de vida de la menor de mis hijas, que ahora anda por los quince. Fue el huésped modelo. Calladito, modosito, no molestaba ni para pedir un vaso de agua. Durante los primeros tiempos, hablaba apenas. A la mesa quedábase quietecito, la nariz en el plato, mirando de reojo a los demás, sin meter bazas[4] en la conversación. Pero si alguien le dirigía la palabra..., y había que ver cómo empezaron a burlarse de él aquellos desalmados en cuanto cayeron en la cuenta de su timidez; le hacían la comedia de tratarlo con toda cortesía, lo llamaban "señor restaurador", le preguntaban si el apellido Canegato le venía de herencia, y otras guasadas por el estilo. Y como el pobre se lo tomaba todo en serio, los otros se excitaban más todavía... pues si alguien le dirigía la palabra, repito, se apresuraba a contestar con tanto afán que se atragantaba y tosía, mientras hacía reverencias sobre la silla y se le encendían los tornasoles de la cara.

En un principio lo tomé por persona de poca salud, porque se venía a la mesa con no sé cuántos frascos, jarabes, píldoras, pastillas y polvos, que colocaba muy ordenadamente frente a su plato.

—¿Y para qué es toda esa farmacia? —le pregunté un día, los dos a solas.

—Para el, este, para el cerebro —me contestó.

—Vamos, ¿anda usted mal de la cabeza? —Jesús, a ver si me resultaba un prójimo medio trastornado...

[4] Intervenir en la conversación de otros.

—Sí, este, no, un poco de fatiga.

—Oh, déjese de historias. Como si la cabeza fuese una pierna o un brazo para fatigarse. ¿Y quién le ha dicho que tiene fatiga? ¿El médico?

—No, este, en realidad, nadie.

—¿Nadie? Y entonces ¿cómo sabe que es fatiga?

—Porque, porque a la noche tengo la mente… Sueño mucho.

No pude menos que echarme a reír.

—¡Sueña mucho! ¿Y qué se le da que sueñe o que no sueñe, si total está dormido? Por otra parte, es la primera vez que sé que soñar es malo. Todos soñamos. Pero oiga: si no ha ido a ver al médico, ¿cómo toma todas esas medicinas?

—Ah, este, por los avisos de propaganda que leo en los diarios.

—¡De modo que usted traga los menjunjes que ve anunciados en los diarios! Estamos lucidos. Cuidado no lea por allí que la cicuta es buena para la memoria. Quítese esas ideas, señor Canegato. Comer bien, eso es lo que usted necesita. Si se nota que es piel y hueso. Diga, ¿quién cocinaba en su casa?

—Este, yo.

—¿Usted? ¡Válgame el cielo! ¿Y qué cocinaría usted, hombre de Dios?

—A mi padre, a mi padre le gustaba una sola cosa.

—Sí, ya sé.

—No, no, digo que le gustaban los tallarines, nada más.

—¿Y de eso no salían, de los tallarines?

—No, no salíamos, no, señora.

—Y ya ve las consecuencias. Pero no piense que se va a fortalecer con los brebajes que toma, que sólo servirán para dañarle el hígado. Hala[5], tire todos esos frascos a la basura y no pruebe otros remedios que los que yo le prepare en la farmacia de mi cocina.

Un poco por mis consejos y otro poco por el jaleo que levantaban los demás huéspedes cuando lo veían, todo atareado, embucharse entre plato y plato los jarabes y las grageas y los polvos efervescentes, dejó de llevar a la mesa su colección de medicamentos. Aunque es capaz de haber seguido envenenándose a escondidas. ¡Mire usted, como si porque usted le echa píldoras al estómago, el cerebro va a darse por enterado!

Pues como le decía, el hombrecito daba muy poco que hacer. De lunes a sábado lo veíamos apenas a la hora del almuerzo y de la cena, ya que se pasaba el resto del día en su taller de pintura, ubicado, este taller, en un sótano de la calle San Martín. Al poco tiempo de venir él a vivir a mi honrada casa fui a inspeccionarle el tallercito, a ver qué tal era. Luego he ido por lo menos cada quince días, a ponerle un poco de orden en todos esos cacharros y botellas y cosas raras que tiene allí metidas, porque si lo dejo a él, aquello terminaba hecho un caos. Viera usted la cantidad de objetos curiosos que

[5] Interjección que se usa para infundir aliento o meter prisa.

guarda. Hasta agujas y jeringas para inyecciones tiene. A ratos usted cree hallarse en un laboratorio o en un hospital, con aquel olor a alcanfor y a éter y a trementina.

Ciertamente, el hombrecito tenía un oficio de provecho, que le dejaba sus lindas ganancias. Él no era de esos pintores que pintan paparruchas que ellos dicen que valen millones, pero que nadie quiere ni regaladas, y entre tanto tienen que pasarse la vida a pan y cebolla. No, él cobraba sus buenos pesos, y casi por nada, por ir a la mansión de un ricacho a ver si un cuadro tenía cuarenta o cuatrocientos años, que daba lo mismo, porque el ricacho no entendía una jota, o por quitarle a otro cuadro la suciedad de encima, que si era yo lo tiraba y compraba uno nuevo, o por algún otro trabajo de morondanga por el estilo. Hay gente para todo, como yo digo. Porque mire que pagar cientos y hasta miles de pesos nada más que para que un hombrecito como Camilo Canegato le pase unas cuantas pinceladas a un monigote pintado que se cuartea de puro viejo, es cosa de no creerlo. Pero, vamos, con su pan se lo coman. A nosotras, digo, a mí y a mis hijas, nos hizo un gran retrato al óleo, ese que usted habrá visto en el comedor de *La Madrileña*. No nos cobró nada, aunque sólo la tela y el marco valen unos pesos. Ni siquiera debimos posar. Bastó darle una fotografía de cada una de nosotras, y él se las ingenió, no sé cómo, para hacer un gran cuadro donde estamos las cuatro juntas, y tan igualitas que no nos falta sino hablar.

Los domingos, en cambio, los pasaba en casa, porque no era hombre de andar por allí tirando el dinero en diversiones. Yo comencé a cobrarle afecto, porque pronto me di cuenta de que era un pan de Dios, sin ninguna malicia, inocente como un niño. A mí me trataba con mucho respeto. "Señora" para todo, desde el primer día hasta hoy. En cambio, a los otros huéspedes les escapaba. Les tenía mucho miedo. Le diré, los huéspedes de entonces no eran como los de ahora. No se podía ser tan exigente. Pero, con todo, él exageraba. Su timidez, especialmente con las mujeres, era casi una enfermedad. Recuerdo que tenía yo una pensionista, mujer de rompe y rasga, artista de teatro. La Chelo, le decían. ¡Ay, Jesús! El terror que infundía en Camilo la sola presencia de la Chelo es cosa de no creerlo. Y la descocada se aprovechó de ello, según lo supe después, para sacarle algún dinero. Seguro que él se lo daría temblando. Y pedírselo de vuelta, jamás. Antes se hubiera cortado la lengua con sus propios dientes, como dicen que hizo no sé qué filósofo de Egipto.

Pues yo, como le contaba antes, empecé a encontrarle, tras su cáscara de infeliz, sus vetas de buen metal, sí, señor. Además, noté que no parecía huésped golondrina, sino que llevaba trazas de afincarse. Arregló él mismo su cuarto muy cucamente, puso cuadros en las paredes (sin quitar los que yo había colgado, porque no iba a permitirle que desalojase nada menos que a Carlos Gardel y a Rodolfo Valentino, para que pusiera sus estantiguas[6]), colocó libros en una repisa y hasta compró una estufa eléctrica, esa que usted habrá visto en el comedor de mi honrada casa. Conforme advertí todas estas buenas señales, disminuí con él la dosis de rigor y aumenté la de familiaridad. Claro que sin mengua para el recato y reserva de nuestras relaciones. Pero la aclaración está de más, porque ni él era hombre de propasarse un milímetro, ni yo mujer de consentírselo. Por otra parte, yo ya

[6] Estantiguas: Fantasmas, figuras que causan pavor y espanto.

había traspuesto mis abriles, así que no estaba el alcacer para zampoñas[7], como dicen. La dosis de familiaridad se la aumenté, si no directamente, al menos por mediación de mis hijas. Porque las pequeñas, Matilde, Clotilde y Enilde (un capricho de mi difunto marido, ponerles estos nombres en verso), pronto tomaron confianza con él, empezaron a llamarlo "Camilo" a secas, a tutearlo, a hacerlo partícipe de sus juegos, y a la fin lo convirtieron en el compañero y en la víctima de sus travesuras. Usted sabe lo que son los niños cuando encuentran una persona mayor que les lleve atadero a sus cosas y los trate con seriedad y deferencia. Que así las trataba Camilo. Y ellas terminaron por tiranizarlo.

—¡Camilo, llévame al Jardín Zoológico!

—¡Camilín, cómprame caramelos!

—¡Camilito, ayúdame a hacer los deberes!

Y Camilo a todo que sí. Yo le decía:

—Don Canegato, usted me las está malcriando.

Pero no había forma de impedirlo.

Y bien, mi querido señor. Como usted comprenderá, con el correr del tiempo Camilo dejó de ser un huésped más y pasó, casi casi, a integrar la familia. Pero en un sentido como nunca había tenido aquello que yo decía siempre, que mis huéspedes y yo y mis hijas formábamos todos un hogar. Eso no pasaba de ser una frase. Con él era distinto. Él era, para mí, como un hijo. Para mis hijas, como un hermano mayor. Y no se trataba sólo de la confianza, de las conversaciones, del hábito de verse y de tolerarse. Era el corazón. Eran los sentimientos. ¡Qué quiere usted! Doce años no son un día. Cuente los días que forman doce años, sume los momentos vividos, las penas y las alegrías compartidas, aunque no sea más que porque se comparte el mismo techo, y dígame si quien ha trenzado y destrenzado con uno esa larga madeja puede sernos indiferente, el huésped extraño que hoy se tiene y mañana se olvida. No, señor. Camilo Canegato no, señor.

Cuántas veces, al hacer el recuento de mis pensionistas, me olvidaba de incluirlo a él, pues, vamos, porque no pensaba en él como en un pensionista, sino, qué sé yo…, como en un pariente. A la recíproca, nosotras cuatro fuimos para él la familia que no tenía. Porque era verdad que estaba solo en el mundo. La primera vez que me lo dijo se lo creí a medias, pero no había mentido. Ni parientes, ni amigos. Correspondencia, no recibía ninguna. Visitas, jamás. Hace algún tiempo venía una mujeruca que le planchaba los cuellos duros, y ésa fue la única persona que parecía saber en todo el mundo que en mi honrada casa vivía un hombre llamado Camilo Canegato. Hasta que incluso la mujeruca dejó de venir, y ya nadie quebró la orfandad y la soledad del pobre hombrecito. De los clientes no hablo, porque eso no es compañía, eso no es amistad. Así que nosotras éramos las que cerrábamos, como dicen, el círculo de sus afectos. Hágase cargo del cariño que nos cobraría. A mis hijas, sobre todo, que apenas lo veían aparecer en la puerta de calle corrían a hurgarle los bolsillos en busca de caramelos, que lo llamaban con mil apodos a cual más tierno, que lo llevaban al cine con ellas,

[7] Refrán que se usa para indicar que ha pasado la ocasión de lograr un propósito. *Alcacer* es la cebada verde, y *zampoña*, la flautilla que se hace con la caña del alcacer.

que se le acurrucaban a los pies, como gatitos mimosos, para oírle referir unas largas historias de artistas y de pintores de otros tiempos, que las encantaban. Y a mí también me quería, a mí también, que terminé siendo como una madre para él, la madre que lava y plancha la ropa y prepara la comida, y limpia el cuarto, y cuida de la salud de sus hijos, y da consejos, y tiene alguna palabra afectuosa, y a veces regaña, sí, pero con amor, por el bien de todos.

Yo le decía, pongo por caso:

—Don Canegato, usted no piensa en el futuro. Usted ya no es un pollo. Aquí veo en su libreta que este mes no ha depositado sino unos pocos pesos. ¿Qué ha hecho de la plata, vamos a ver? Alguna locura, ¿no es cierto? Alguna calaverada.

—No, señora —me contestaba, hecho un salmón—. Es que este mes tuve poco trabajo.

—¡Zarandajas[8]! Como si yo no supiera que por pasarle un plumero a un cuadro, nada más, ya se gana un dineral.

Otras veces le decía:

—Don Canegato, lo que usted necesita es casarse.

—¿Casarme? ¿Casarme? —repetía, mirándome todo azorado, como si yo le propusiese alguna inmoralidad.

—Sí, señor, casarse, que es, si no me equivoco, lo que hacen los solteros.

—¡Oh, yo…!

—Sí, usted.

—¿Con quién quiere que me case yo? —murmuraba tristemente, meneando la cabeza.

—Con quién, con quién. Eso corre por su cuenta. Mujeres no faltan. Aunque, como dicen, quien más mira menos ve.

Pero por lo que más tenía que pelearlo era por lo que gastaba en chucherías para las niñas.

—Don Canegato —le suplicaba yo—, por el amor del cielo, ¿no ve usted que me las acostumbra mal? Yo soy una pobre viuda que no puede costearles ningún lujo, y viene usted y me las consiente en esa forma, y luego ellas pretenden que yo siga el mismo tren, ¡y yo no puedo, don Canegato, no puedo!

—Por favor, señora —me respondía, juntando las manos—. Si yo lo hago con gusto.

—Ya sé que lo hace con gusto. Pero…

Pero no podía seguir riñéndolo. ¡Claro que lo hacía con gusto! Así le parecería que no era uno de afuera. Así se haría la ilusión de que tenía en verdad familia. Y por eso yo, aunque a regañadientes, lo dejaba hacer. No quería privarlo de la satisfacción de tener a quién agasajar y obsequiar.

Lo dicho: Camilo no fue un huésped más, sino menos. Un amigo fue; un

[8] Cosas menudas, sin valor, sin importancia.

pariente al que le damos cama y comida a cambio de una pequeña suma, una bagatela que le aceptamos tanto como para que no se sienta humillado o como de limosna. En su habitación de la segunda galería vivió siempre, ¡y tan feliz!

Los tiempos poco a poco fueron cambiando, tanto para mí como para él, pero entre yo y él nada cambió. Los huéspedes proliferaron. Las hospederías, asediadas, se elevaron a las nubes. Conocí la bonanza. *La Madrileña* se hizo célebre, no diré en toda la República, porque sería exagerar un poco, pero sí en todo el barrio del Once. Tomé a mi servicio a una mucama (mejor sería decir una mula, según es de torpe, la pobre, y coja y medio sorda, por añadidura), para que hiciese los trabajos pesados y pudiera yo dedicarme a menesteres más sutiles. Admití sólo huéspedes selectos. Investigué sus antecedentes, sus profesiones, sus currículos, como dicen, y hasta me di el lujo de rechazar candidatos nada más que porque no me gustaban sus caras. Fui la "Señora Milagros" para profesores de colegio, para maestras jubiladas, para altos empleados de banco. Y Camilo siempre en su rinconcito.

Mis hijas crecieron, se convirtieron en mujeres hechas y derechas. Matilde, la mayor, quiso emplearse por las tardes como dactilógrafa en una oficina. Ésa tiene carácter independiente. Clotilde, la segunda, se recibió de bachiller, y ahora está por decidir qué carrera seguirá. A mí me gustaría de médica. Ella dice que de abogada. La materia prima, que es la labia, no le falta. Y Enilde, la menorcita, estudia música. Ya ejecuta en el piano (el piano se lo compró Camilo) la jota de *La Dolores*. A mí es oírla y ponérseme la carne de gallina. Y él, que antes había sido como un hermano mayor, después fue como un tío soltero de todas ellas, o como el padrino de un lejano bautismo ya olvidado. Ellas siguieron tratándolo con la misma honesta confianza de cuando eran niñas, y llamándolo "Camilo". Pero un día dejaron, ellas y él, de tutearse. Y yo ese día miré a mis hijas, miré a Camilo, me dije: "¡Han pasado doce años, Milagros, doce años!", y me sentí vieja.

Pues bien, señor mío. Así las cosas, una mañana (hace aproximadamente seis meses, como le dije al principio), ocurrió algo insólito. Déjeme que se lo cuente despacio.

Estaba yo en el comedor, haciendo no sé qué, cuando oí al cartero que voceaba en la calle. Inmediatamente la señorita Eufrasia Morales salió de su cuarto como una tromba y corrió hacia el vestíbulo. La pobre cree que nadie se da cuenta, pero todos sabemos que recurre a ese medio de ir a esperar personalmente al cartero, nada más que para enterarse de qué correspondencia recibe cada uno y de ahí sacar hilo para la madeja de sus chismes. No es que sea mala persona, no, señor. Pero la verdad es que tiene una gran desgracia, y es que no se ha casado, ni se casará, porque anda por los cincuenta y pico, y agregue a eso los muchos disgustos que le dejaron sus años de enseñanza, porque es maestra jubilada, años que, como ella misma dice, le sirvieron para convencerse de que los niños son todos malvados y perversos hasta más no poder, así que espere usted algo de la humanidad, de modo que la pobre tiene el carácter un poco agrio y la lengua no le digo nada, pero fuera de esas pequeñeces es una bellísima persona, bellísima desde cierto punto de vista, porque, físicamente, la pobre, con ese cuerpo lamido, y sus anteojos… Pues como le contaba, la señorita Eufrasia,

Librodot

de acuerdo con su costumbre, corrió a la calle a esperar al cartero. El cartero le puso en la mano un sobre. La señorita Eufrasia tomó el sobre, lo miró, lo leyó atentamente, lo olió, lo sopesó, le buscó las señas del remitente, lo examinó al trasluz, volvió a olerlo (a mí no me extrañaba que oliscara tanto[9], porque es mujer que anda sintiendo malos olores por todas partes. Usted le pone un plato delante, y ya empieza que tiene olor a querosén, o a desinfectante, o que la manteca huele a rancio, o que la carne hiede. Yo la oigo como quien oye llover). Después de media hora, lo menos, de estar manoseando el sobre, se acordó de traérmelo a mí, que estaba espiándola desde el comedor.

Cuando se acercó, yo arreglaba inocentemente la mesa. No la miré. Aguardé a que me dijese, como suele: "Otra cartita para Fulano"; o: "Un sobrecito para ese buena pieza de Mengano". Pero esta vez no. Esta vez se me puso al lado, en silencio. De pronto, un fuerte y, para mi gusto, horrible perfume a violetas me envolvió. No tuve más remedio que levantar la cabeza. La señorita Eufrasia me miraba severamente, y con un mudo gesto de repugnancia, como si me alcanzase un gato muerto, me presentaba el sobre. Era un sobre color rosa, apaisado. Y despedía tal olor, que no parecía sino que acababan de echarle encima un frasco entero de perfume. Ese olor, y el color del papel, hacían pensar a cualquiera que se trataba de correspondencia femenina. Femenina y amorosa. Así se explicaba la actitud de la señorita Eufrasia. Aposté a que era carta para Coretti, o para David Réguel, los dos muy tenorios, cada uno en su género. De todos modos, dije con inocencia:

—Ah, ¿vino el cartero? ¿Y para quién es?

La señorita Eufrasia no despegó los labios. Seguía mirándome acusadoramente. ¿Pero qué demonios le pasaba a aquella mujer? Tomé, ya un poco alarmada, la rosa a la violeta que me ofrecía en la punta de los dedos y leí el sobrescrito. Casi me caigo de espaldas. Allí decía, bien claro:

Señor Camilo Canegato
Hospedería La Madrileña
Calle Rioja Nº…
Buenos Aires

Y todo con una letrita redondita, pequeñita, prolija. Vamos, una letra de mujer.

—¡Hombre, qué raro! —no pude menos que exclamar.

La señorita Eufrasia, sin dejar de mirarme, frunció los labios y sopló ruidosamente por la nariz. Es lo que ella llama "una sonrisa irónica".

Sí, señor. Raro. Rarísimo. En tantos años, Camilo jamás había recibido una carta, ni siquiera una tarjeta de agradecimiento o de despedida de duelo, ni siquiera algún volante de propaganda de alguna sastrería o de un líquido para matar cucarachas. Y vea ahora cómo se estrenaba. Con una carta íntima, personal, misteriosa, secreta. Casi casi sospechosa. Porque una persona que perfuma su correspondencia en esa forma, francamente, da que pensar. Por el peso se notaba que el sobre contenía varias hojas de papel. Pero ¿qué diablos tendría que decirle nadie a Camilo para escribir una

[9] Que averiguara, que inquiriera.

carta tan larga? Señas del remitente, mejor dicho, de la remitente, ni por pienso. Querría permanecer oculta. ¡Y aquel perfume, Dios santo, aquel perfume! Juro a usted que le traía ideas de pecado, y de alcobas a media luz, y de francesas desnudas. Y se veía que se conocían bien. Ella había escrito, con toda claridad, sin equivocarse: "Camilo Canegato", y el nombre de mi honrada casa, y la calle y el número.

La señorita Eufrasia interrumpió mis reflexiones.

—Señora Milagros —dijo, siempre de pie a mi lado y siempre mirándome como un fiscal—, todavía no se inventó el medio de leer una carta sin abrir antes el sobre.

Como yo me había quedado con el sobre en la mano, observándolo atentamente, mientras pensaba lo que le dije, aquella víbora había creído que yo…

—Si lo dice usted —le respondí—, que viene ensayando desde hace tanto tiempo…

Comprendió que aludía a su costumbre de esperar al cartero.

—Señora Milagros —silabeó, mirando para todos lados, como si se le hubiera perdido alguna cosa, mientras se arreglaba el pelo con una mano y se concomía[10] nerviosamente, señales todas de que estaba furiosísima—. Señora Milagros, la única forma es abrir el sobre. Pero cuando el sobre no nos viene dirigido, se comete el delito de violación de correspondencia. Y si hay testigos…

Capaz era aquel basilisco[11] de ir a contar a todo el mundo que yo abría la correspondencia de mis huéspedes.

—¡Ah! —dije, con toda candidez— De modo que por eso usted no lo ha hecho todavía —y antes de que tuviese tiempo de contestarme, murmuré:—. Permiso —di media vuelta y salí del comedor. Todavía a veinte pasos de distancia le pude oír la respiración escandalizada.

Me encaminé al cuarto de Camilo. Le dejaría allí el sobre. No quería entregárselo en su propia mano. Cuando estuve a solas, procuré… digo, que lo puse sobre la mesita de luz, bien visible, como un reproche por tanto misterio y tanta letrita femenina y tanto perfume a violetas. Al mediodía, cuando él llegó a almorzar, se estuvo un buen rato encerrado en su habitación. Está leyendo la carta, pensé. Tendrá para media hora, con todo el rollo de papeles que parecía haber dentro del sobre. Pues como no se siente a su hora a la mesa, almorzará el perfume a violetas que le han mandado por correo. Pero no, no demoró. Después de doce años lo tengo bien amaestrado. Apenas apareció, lo miré fijo, pero él no levantó la vista. Entonces le dije:

—Don Canegato, ¿vio el sobre que le dejé en la mesita de luz?

—Sí, sí, gracias —balbuceó, y esa incordio de la señorita Eufrasia ¿no lanza otra de sus "sonrisas irónicas"?, como queriéndome significar: "¿Qué preguntas lo que ya sabes?". Con el agravante de que se sonrió mientras se llevaba a la boca una cuchara llena de sopa, así que el resoplido de la nariz

[10] Se consumía de impaciencia.
[11] Aquel energúmeno. El *basilisco* era un animal fabuloso que mataba con la vista.

dio en la sopa, que burbujeó y se derramó sobre el mantel. Ella sabe mucho de etiqueta, pero vea cómo se porta en la mesa.

¿Y el otro? "Sí, sí, gracias", y nada más. Parecía excitado. Los tornasoles de la cara le chisporroteaban como nunca. Las manos eran un puro temblor. Y a mí, qué quiere que le diga, a mí me parecía seguir oliendo el bendito perfume.

En fin, el episodio habría sido olvidado, quizá, si a la semana siguiente no hubiera llegado otro sobre rosa, y a la otra semana otro sobre, y después otro y, otro y otro, uno cada miércoles, todos dirigidos a Camilo, ostentando todos la misma letrita redonda y antipática, metiendo por toda la casa aquel olor indecente. Semejante diluvio epistolar terminó por alarmarme.

—No sé qué pensar —les dije una noche a mis hijas, las cuatro reunidas en mi dormitorio, como solemos antes de irnos a dormir—. Estoy preocupada.

—¿Preocupada por qué? —preguntó Enilde, con su vocecilla cantarina.

—Por qué, por qué… Me parece que esas cartas no anuncian nada bueno.

—Vaya —dijo Matilde, calmosamente—, no veo motivos. El recibir cartas no es una cosa del otro mundo. Y en última instancia, es asunto de Camilo.

—De Camilo y mío —le contesté—, que para algo soy como una madre para él. Si un hijo recibe cartas que a la legua se ve que son pecaminosas, la madre no va a quedarse lo más tranquila, cruzada de brazos.

Matilde y Enilde rompieron a reír como locas.

—¡Pecaminosas! ¡Pecaminosas! —repetían, entre carcajadas.

—¿De qué se ríen? —preguntó Clotilde, la bachillera de la familia, abandonando la revista que leía. Tiene esa costumbre. Mientras nosotras conversamos, ella se pone a leer cualquier cosa, como si no le interesara lo que decimos, y de pronto alza la cabeza, pregunta de qué hablamos, y hay que estar repitiéndole todo otra vez. Así cree ella hacerse la difícil.

—Mamá dice que las cartas que recibe Camilo son pecaminosas —la instruyó Enilde.

—¡Mamá, por Dios! —me reprochó ella, en un tono como si me reprochase estar borracha—. ¿De dónde saca usted eso?

—Pues entonces —dije— serán cartas de algún cliente, que para pedirle que le retoque un cuadro le manda todos los miércoles veinte pliegos perfumados. Como si hasta un ciego no viese que son cartas de mujer. Y quién sabe quién. Una novia no es, porque los sobres están puestos en el correo en una sucursal de aquí de la ciudad, lo he visto por el matasellos. Así que si fuese una novia, ¿para qué va a tenerlo loco a correspondencia? ¿Qué necesita decirle todas las semanas? No, no, será alguna aventurera, alguna que le saca dinero.

Aquí se echaron a reír a todo trapo.

—¡Mamá, mamá! —chillaban, doblándose en dos como si tuviesen arcadas. Si usted las veía en ese momento, creía que yo acababa de decir el disparate más grande—. ¡Camilo enredado con una aventurera! ¡Sí, con Mata Hari!

Librodot

—¡Pero mamá! —dijo Enilde, un poco más calma, mirándome compasivamente—. ¿Usted cree que Camilo, a su edad…?

Como ella tiene quince años, piensa que el que tiene dieciséis ya es viejo.

—¡A su edad! —le repliqué—. Oigan a la sabia. No sabes tú lo que es un hombre a la edad de Camilo.

—Pero no —terció Matilde, calmosamente—, Camilo no está hecho para esas cosas.

—¿Y para qué cosas crees tú que está hecho cualquier hombre? —le contesté. Pero no hubo forma de convencerlas.

A la que más afectaron las cartas rosas y el misterio que las rodeaba fue a la señorita Eufrasia. La pobre es de las que, si pudieran, castrarían a todo el mundo para que nadie pensase en "esas cosas", como decía Matilde, y poder ellas verse así acompañadas en su celibato. Las cartas terminaron por enfermarla. Apenas los miércoles quedaron marcados por la llegada de aquella sospechosa correspondencia dirigida a Camilo, la señorita Eufrasia aguardaba ese día con una mezcla de excitación y de furor. Le aseguro a usted que hasta se levantaba más temprano y, después de tomar el desayuno, iba a sentarse en una silla en el vestíbulo, esperando al cartero. Yo, si hubiese tenido humor para eso, habría reventado de risa viéndola atenta al menor ruido, trémula, nerviosa, como el enfermo la mañana del día en que van a operarlo. Era tal la ansiedad que la dominaba, que ni leer el diario podía, cosa desusada en ella, que quiere ser siempre la primera en leerlo y se está tres horas espulgándole hasta los avisos. A mí me hacía acordar a esos chicos que, aguardando alguna cosa fuera de la rutina de todos los días, ir a una fiesta o tomar el purgante, no hacen sino pensar en esa cosa y todo lo demás les parece momentáneamente inútil, aburrido o estúpido, y no quieren ni comer.

Hasta que, fatal, fatal, el cartero llegaba con el sobre rosa y perfumado para el señor Camilo Canegato. Entonces la pobre se venía al suelo. Repentinamente ojerosa, me traía en silencio la carta y luego se encerraba en su habitación hasta el mediodía. Pero nunca me dijo una palabra. Cada vez que me ponía el sobre en la mano me miraba fijamente, rencorosamente, como si me recordase una desgracia de la que yo tenía la culpa y de la que no pudiera hablar por pudor o por dignidad. Pero no me preguntaba nada.

Entre tanto, el increíble destinatario de los sobres no soltaba prenda. Se quedaba con ellos y nada más. Y eso que debía de pensar que yo tenía que estar intrigada. Lo hacía aposta[12]. Lo que más me enfurecía era que me obligase a recibir en mi propia casa aquellos anuncios a todo color de que andaba en una aventura, y no me dijese nada, me dejase fuera de su secreto como a una sirvienta. ¿Por qué no se hacía mandar las cartas al taller? Pero no, dejaba que la otra escribiese en el sobre, confianzudamente: "Hospedería La Madrileña". Y yo tenía que tomar el sobre, y oler su perfume a violetas, y llevárselo a su cuarto, y darme por enterada de que allí iba una carta amorosa, y, como pago, tenía que callarme la boca. Y esto después de doce años de sacar los bofes por él, esto después de doce años de servirle de madre. Yo no podía creer en tanto engreimiento repentino. Le tiré algunas

[12] Lo hacía adrede, con intención de producir un efecto.

indirectas:

—¡Jesús, qué olor a violetas! —decía yo, delante de él—. Se ve que hoy es miércoles.

Se ponía como un geranio, pero ni una palabra. O le preguntaba:

—¿Qué? ¿Buenas o malas noticias tuvimos hoy, don Canegato?

—Así, así —contestaba, y vuelta a enrojecer.

Pero lo que yo quería que me contase, nada, para qué. Ah, no, mi estimado señor. De mí no se burla nadie, y menos en mis propias narices.

Un día, la señorita Eufrasia salió a cobrar su jubilación, y como la mucama andaba un poco remolona, decidí hacer yo misma la limpieza del cuarto de Camilo. En un cajón del ropero, bajo dos camisetas, los sobres rosas refulgían. Los tomé apresuradamente, llamé a mis hijas y las cuatro nos encerramos en mi dormitorio. En un primer momento no nos enteramos de nada, con la excitación. Parecía que lo único que queríamos era tener todos los sobres violados, todas las cartas desplegadas. Pero después que me calmé, digo, que nos calmamos, empecé a leer detenidamente, comenzando por la carta de fecha más antigua. Las firmaba una tal Rosaura y eran, como yo había sospechado desde el primer día, cartas de amor. Dicen que se han perdido, que no fueron halladas en el equipaje deCamilo. No importa, señor, no importa. Yo las tengo todas en la memoria. Me las sé de cabo a rabo. Podría repetírselas como el padrenuestro.

En la primera, la tal Rosaura lo llamaba “señor Camilo” y lo trataba con mucho miramiento y circunspección. “Ya ve usted”, le decía, “cumplo mi promesa de ayer. Le escribo para expresarle, por intermedio de estas líneas, lo que personalmente no podría ni sabría. No se burle de mi timidez”. Sí, bueno estaba él para burlarse de la timidez de nadie. De modo que se habían juntado dos tímidos, por lo visto. “Además”, seguía la tal Rosaura, “ya sabe que estamos bajo vigilancia”. Yo y mis hijas nos miramos extrañadísimas. ¿Qué diablos quería decir aquello de que estaban bajo vigilancia? La cosa despuntaba interesante. Continúo con la carta: “He estado reflexionando largamente acerca de nuestra conversación de ayer, mejor dicho, acerca de sus palabras de ayer. Palabras hermosas y nuevas, para mí. Palabras que nunca había escuchado antes. Palabras que trastornan el universo de juicios y de conceptos”, ay, mi Dios, cómo hablaba aquella mujer; yo no entendía nada, no entiendo nada aún hoy, pero como tengo tan buena memoria, puedo repetírselo, así, vamos, como un loro, “el universo de juicios y conceptos en que yo había vivido hasta ahora. Ahora sé que era un universo falso. No, falso no: era vacío. Era como un cuarto a oscuras. Usted ha venido, ha encendido la luz, y de pronto veo cosas nuevas, raras, desconocidas. Veo todo un mundo que antes, en la oscuridad, parecía no tener color, ni forma, ni sentido”. Y así, en este tono, cuatro carillas.

En la segunda carta Rosaura escribía: “Camilo”. Basta de “señor”. “Camilo: se lo ruego, tenga cuidado. Usted no ignora que, en mi casa, hasta las paredes oyen. Y no confíe demasiado en el sueño de mi tía. Quizá juzgue excesivas mis precauciones. Pero algún día lo sabrá todo, algún día le explicaré la razón de mi cautela de ahora. No crea, eso no, que no me agrada oírlo hablar. Al contrario, amigo mío, al contrario. Estaría horas escuchándolo. Usted tiene un medio que habría mantenido viva la sonrisa de

Librodot

la…", aquí un nombre estrafalario[13]. Lástima que no esté Clotilde. Clotilde lo sabe. Es una dama a la que un pintor, para que se sonriese mientras le pintaba un retrato al óleo, le ponía delante enanos y saltimbanquis y músicos y bailarines. La hubiera pintado seria, como yo digo. Me gustaría ver la tal sonrisa, a ver si valió el gasto.

—De modo —dije, todavía con la carta en la mano—, de modo que se entrevistan en casa de ella.

—¿Y por qué no podrán hablarse a gusto? —preguntó Enilde, a quien ese lado intrigaba mucho.

Clotilde creyó hallar la respuesta:

—Porque ella será casada, y tendrán miedo al marido.

Solté la carta como si fuese una víbora. Válgame el cielo, lo que faltaba. Que Camilo se me convirtiera en un adúltero.

—Enilde, déjanos solas —dije, pero mi hija se hizo la sorda y se quedó.

Otra carta nos sacó del error. Leímos: "Usted me preguntó ayer", y dale con ayer. Todas las cartas decían: ayer esto, ayer aquello, ayer me dijo, ayer me preguntó. Consultamos un calendario. Las cartas estaban fechadas en días martes. Así que los ayeres eran lunes. Luego, el lunes era el día de los encuentros. Sigo con la carta. "Usted me preguntó ayer por qué no me casé. No sé. Quizá sea porque tenía del matrimonio una idea equivocada, que me hacía verlo repulsivo. Pero ha venido usted, ha encendido la luz, ¿recuerda?, y la imagen se ha trocado en otra y es ahora encantadora. Y sin embargo, no sabe usted que, al hacerlo así, otra imagen que antes, en la oscuridad, me parecía…", espere, aquí venía una palabra difícil. Lástima que no esté Clotilde. Esta Rosaura, para hablar no serviría, pero lo que es para escribir… Bueno, tanto monta. "Otra imagen que antes, en la oscuridad, me parecía tatatá, ahora, a la luz de usted, la veo horrible. Algún día le explicaré".

De modo que no era casada. Respiré más tranquila. Bien, señor. De carta en carta, Rosaura tomaba más confianza. El tono que empleaba se hacía menos estirado. Hasta que, en la última, la que había llegado esa misma semana, se desataba. Quiero decir, no me interprete usted mal, quiero decir que dejaba a un lado las palabras difíciles, tuteaba a Camilo, lo llamaba "querido", le confesaba quererlo como él la quería a ella, le juraba no amar a ningún otro, le ensartaba mil ternezas unas tras otra y terminaba enviándole unos besos, que no sé cómo el papel no aparecía allí chamuscado.

—En suma —dije, cuando terminé de leer todas las cartas—, que el señor Camilo Canegato, a quien en adelante vamos a tener que llamar "el moscamuerta", anda en amores con una mujer, unos amores llenos de vigilancias, obstáculos, cuartos oscuros, loas que duermen, amenazas y peligros, como de novela, y no nos ha dicho nada, nada, después de doce años que come en mi mesa y vive en mi casa.

Mis hijas se miraron entre ellas, como poniéndose de acuerdo. No quiera usted saber de cuánta malicia están asistidos los jóvenes. Después de un

[13] Se refiere a la sonrisa de *La Gioconda* de Leonardo da Vinci. Se trata del célebre *Retrato de Mona Lisa del Giocondo*, acerca de cuya sonrisa se ha repetido y popularizado el testimonio de la biografía de Leonardo escrita por Giorgio Vasari.

Librodot

minuto de silencio, y como si asumiera la representación de sus otras dos hermanas, Clotilde, balanceando lánguidamente una pierna y sin mirarme, dijo:

—Esa Rosaura debe de ser una solterona.

La contemplé con la boca abierta. Pero antes de que pudiera salir de mi asombro, Matilde corrió en su auxilio:

—Claro, alguna vieja.

Enilde trajo tropas de refresco:

—¿Y qué otra cosa quieren que sea?

Y todo esto en un tono, señor mío, en un tono como si se tratase de algo que no admite duda, de algo que ya es bastante decirlo en voz alta como para que encima piense nadie en discutirlo. Yo, que hasta allí había estado tan entusiasmada, me quedé de una pieza ante aquellas salidas de mis hijas.

—¿Pero de dónde sacan ustedes que esa Rosaura es una solterona? —les pregunté.

—¡Mamá, por Dios! —me contestó Matilde, muy seria, como quien quiere disimular el atrevimiento de contradecir a otro o el bochorno de tener que hacerle ver lo que hasta un niño vería—. Si se ha enamorado en esa forma de Camilo…

—¿Ah, sí? ¿De modo que sólo una tía vieja puede enamorarse de Camilo? Vean a la Venus de Milo, aquí…

—Además —terció Clotilde, también ella muy seria (sí, las tres estaban serias. Pero si las conoceré yo. Estaban que se morían de ganas de reírse, al comprobar que yo pudiera haber creído otra cosa que lo que ellas daban por cierto)—. Además, la propia Rosaura lo dice.

—¿Que Rosaura lo dice? ¿Dice qué?

—Que es, bueno, que es una mujer madura.

—¿Dónde lo dice, vamos a ver? Yo no recuerdo.

—Aquí, mamá, lea: “Usted me preguntó ayer por qué no me casé”.

—¿Y qué hay con eso?

—Una mujer joven no lo hubiera escrito. Una mujer joven hubiera escrito: “Usted me preguntó ayer por qué todavía no me he casado”. Pero si emplea el tiempo pretérito indefinido, “casé”, es porque el tiempo de la acción ya pasó para siempre, o sea que ya le pasó para siempre el tiempo de casarse.

Vea usted. Para eso la he hecho estudiar. Eso es lo que ha aprendido en sus libros.

—Y no te olvides —dijo Matilde, desdeñosamente, dirigiéndose a Clotilde, no a mí, porque yo la había ofendido con aquello de la Venus de Milo—, no te olvides que una mujer moderna no escribe cartas de amor.

—Y menos perfumadas, y en ese color rosa insufrible —dijo Enilde.

—Oh, y esas frases cursis —siguió Clotilde, mientras torcía la boca como si se sintiese descompuesta. Andan las tres todo el santo día riñendo, pero

Librodot

cuando hay que despellejar a una mujer, están que muerden en un confite.

—Vean, aquí lo llama "amado mío", como una heroína de teatro, y aquí, ¡qué horror!, "chiquillo adorado". Y después de escribir todo un folletín, todavía tiene ganas de agregar una postdata: "Olvidaba decirte todo lo que te quiero", y después otra más: "Vuelvo a abrir la carta para agregar un último beso"…

Se miraron un minuto entre ellas, y de pronto se pusieron a reír a todo trapo. No aguanté más:

—¡Basta! —grité—. ¡A callar! Que no las oiga seguir diciendo barbaridades, porque comienzo a darles tantos de esos mojicones, que no sabrán dónde tienen la derecha y dónde la izquierda.

Me miraron estupefactas:

—¡Madre! ¿Qué le ocurre a usted?

Comprendí que me había excedido un poco. Así que opté por recoger en silencio las cartas, colocarlas cada una en su sobre y devolverlas al escondite de donde las había sacado.

Por dentro sentía un extraño desasosiego. Anduve malhumorada. A la noche, cuando aquel desalmado se sentó a la mesa, no pude sino mirarlo largamente. Las frases de Rosaura me daban vueltas en la cabeza. Algo, no sabía qué, me escocía[14] por dentro, como si hubiese espiado por el ojo de alguna cerradura y hubiese sorprendido a alguien, a Camilo, en cueros. Las muchachas también lo miraban, y se miraban entre ellas, y andaban muy risueñas. Con cualquier pretexto lanzaban grandes carcajadas. Yo, que las conozco como a mí misma, entendía perfectamente el significado de tanta hilaridad. Y tanto se rieron, que al cabo la señorita Eufrasia empezó a observarlas, a sospechar algo malo y a ponerse rígida. Pensaría que se reían de ella.

Camilo, en cambio, comía sin levantar la cabeza. Claro, sus pensamientos estaban lejos. Nosotras ya no éramos, como antaño, todo su mundo. Nosotras ya no cerrábamos el círculo de sus afectos. Ahora el centro de su vida se había ido a posar lejos, lejos, en el corazón de una desconocida llamada Rosaura.

—¿Qué le pasa, señora Milagros? —oí que me preguntaban. Era el señor Coretti, otro de mis huéspedes, empleado de banco, un hombrón corpulento, que a veces fastidia con su manía de interesarse por todo y hacerse el simpático.

—¿A mí? ¿Por qué? —le dije, lánguidamente.

—Eh, como está tan callada y con esa cara de Viernes Santo…

La señorita Eufrasia se volvió a observarme. Sentíase desconcertada, porque mi tristeza casaba mal con el buen humor de mis hijas.

—Nada —contesté—. No me pasa nada.

¡Ah, Rosaura, Rosaura! En mis propias narices… no, peor aún, a mis espaldas, ignorándolo yo, ella, una recién conocida, una extraña, había

[14] Producía una sensación desagradable.

puesto la semilla del fuego en aquel hombrecito sosegado, y ahora él estaba iluminado como una vidriera de Navidad, y yo lo contemplaba. Rosaura. ¿Quién sería Rosaura? "Chiquillo adorado", lo llamaba ella. Y no se avergonzaba de quererlo, no. Le había visto su lado bueno. Otras buscan un Apolo, aunque sea un pillo o un bruto. Pero hay también la que busca un hombre serio, bueno, decente. Y ésa es la más avispada de todas. Como decía mi madre: el pan, el pan es lo único que no harta. ¡Y qué manera de engatusarla, Camilo! ¡Mosca muerta, sí, mosca muerta!

A partir de entonces, mi martirio se hizo más cruel. Porque otras semanas pasaron, otras cartas llegaron, y yo, que sabía, debía aparentar que no sabía nada; yo, que conocía el contenido de fuego de los sobres rosas, tenía que continuar con la farsa de ir a dejárselos en su mesita de luz, como si aquéllas fuesen cartas inocentes que no me manchaban las manos ni me convertían en una celestina de sus correos. La señorita Eufrasia me interrogaba desaforadamente con los ojos, y yo tenía que desviar la vista para no traicionarme. Coretti me decía:

—Oiga, señora Milagros, ¿qué le pasa a Camilo, que de un tiempo a esta parte lo veo tan cambiado?

Y yo tenía que contestarle, como si tal cosa, fingiendo indiferencia:

—¿Cambiado? Pues yo lo encuentro como siempre.

Y él iba y venía, se compraba una corbata nueva, se perfumaba, mostraba a los ojos de todos que andaba en alguna aventurita, porque todos lo notaron, todos, sí, todos, hasta el señor Gavina, un viejo jubilado que no habla nunca; hasta Hernández, un fifí que le arrastraba el ala a Matilde; todos, todos, y yo debía callar. ¿Se da usted cuenta qué suplicio? Pero, dígame, señor, ¿merecía yo ese pago?

Los lunes lo vigilábamos. A mediodía, después de almorzar, cambiaba de traje, se iba vestido como un jailaife. Claro, era el día en que se reunía con ella. Seguimos leyéndole las cartas, a escondidas, con mucha discreción, porque la señorita Eufrasia, que es un demonio de perversidad, como yo digo, le falta la bola de cristal y la lechuza al hombro, parecía haber olido algo y nos la encontrábamos por todas partes, como si se hubiese multiplicado por diez. Menudo jaleo se hubiera armado si nos sorprendía con una carta rosa en la mano. No nos importaba por Camilo, que era como de la familia y nos hubiese perdonado; pero por los otros, ¿sabe usted?, por los otros, porque en seguida iban a pensar que lo mismo hacíamos con la correspondencia de ellos, amén de que la señorita Eufrasia habría hecho tal escándalo, que hasta en los diarios hubiera salido. No quiera usted saber las precauciones que tuvimos que adoptar. Pero la cuitada sospechaba, sospechaba, y aparecía silenciosamente por puertas y ventanas, salía tras de una planta, olvidaba pedir permiso para entrar en mi cuarto, quería a cada minuto alguna cosa, un vaso de agua, la plancha, un limón exprimido. La ansiedad y la rabia la volvían pálida y seca como una escoba. Y cuando cada miércoles me entregaba el consabido sobre rosa, me miraba de una manera, señor, tan acusadora, que a mí se me subían los colores a la cara.

En una carta leímos: "Gracias, mil gracias por la miniatura. Es preciosa. Ayer no pude agradecerte como hubiese deseado hacerlo. Temí que tía despertase". Y dale con la tía dormida por allí cerca. Pero entonces, ¿a qué

Librodot

hora se juntaban, aquellos dos? “No debiste molestarte. Yo tengo la culpa, por haberte dicho cuándo era mi cumpleaños. Bueno, no te he ocultado ni siquiera la edad”. Al oírme leer esto mis hijas se pusieron de pie. Las tres al mismo tiempo, como si hubiera entrado una visita. “¡Veintiséis años!” Las tres volvieron a sentarse. “Recuerdo que, cuando cumplí los quince, pensaba que…”. Bueno, lo que sigue no interesa.

Enarbolé la carta como un trofeo y exclamé:

—¿Qué dicen, ahora? Conque Rosaura es una solterona, una estantigua del tiempo de Matusalén[15], un adefesio imposible, un esperpento al que ya le pasó la acción del tiempo del indefinido de casarse.

Se miraron entre ellas, en una de esas mudas consultas con que las tres se entienden. Clotilde tomó la palabra.

—No discutiremos con usted, mamá, porque se enoja. Pero…

—¿Pero qué? Habla.

—Pero habría que conocer personalmente a Rosaura. A los veintiséis años se puede ser ya una solterona.

—Además —añadió Matilde— una cosa es la edad y otra la cara.

—Por otra parte —intervino Enilde— ¿sabemos si realmente tiene veintiséis años?

—Si confiesa veintiséis —sentenció Clotilde— es porque debe tener treinta y seis.

—¡Treinta y seis! —exclamó Enilde, tan segura de lo que decía Clotilde como si acabara de ver la partida de nacimiento de Rosaura—. ¡Qué horror! Con razón se ha enamorado así de Camilo. Como ya no tenía esperanzas…

—Oh, ¿y qué? —dijo Matilde—. ¿Acaso no anda él por los cuarenta? ¿Iba a pretender una de quince?

—Chicas, ¿no se enternecen? —se burló Clotilde—. Un idilio entre dos solterones. Él la visita todos los lunes, le lleva una caja de caramelos de leche, se sientan en la sala, con una tía vieja que los vigila y que al rato se queda dormida; él entonces le toma una mano, mientras le explica cómo se restaura un cuadro, claro, para que ella sepa cómo pintarse; después ella le sirve una copita de licor de naranja, o toca al piano un vals de Diabelli[16]…

Enilde y Matilde se desternillaban de la risa.

—Pero no —dijo de pronto Matilde, poniéndose seria—. ¿No se acuerdan que en una de las primeras cartas ella le decía que tuviese cuidado, que podían oírlos, que tomase precauciones? Si fuesen novios como vos decís…

—Es cierto, es cierto —asintieron las otras dos.

—Además —continuó Matilde— él los lunes viene a cenar a la misma hora de siempre, y después no sale.

—Es cierto, es cierto —exclamó Clotilde—. No se me había ocurrido. Quiere decir que se encuentran durante el día.

[15] Una persona desgarbada, mal vestida y vieja.
[16] El compositor austríaco Antón Diabelli (1781-1858), cuyas obras para piano fueron muy populares.

Librodot

—La visitará de día.

—Sí. ¿Y los obstáculos, las precauciones, aquello de que las paredes oyen?

Como usted habrá comprobado, esta vez no quise intervenir en la conversación. Las dejé que hablaran, que se desfogaran, que supusieran los disparates más grandes. No me sentía con ánimos para reñirlas.

A la semana siguiente, una trenza rubia, sedosa, larguísima, apareció entre los papeles rosas. Y en la nueva carta Rosaura escribía: "La trenza que te regalé ayer la guardaba desde mis quince años, cuando creí que cortar mi trenza de niña era como romper la crisálida y convertirme en mujer".

A mí la trenza me pareció divina. Las muchachas, en cambio, le hallaron olor a viejo. Como si una trenza guardada durante tantos años pudiera oler a otra cosa. Además, el gesto les pareció cursi.

—Esta Rosaura —decía Clotilde con desprecio— debe de ser de las que guardan flores y mariposas entre las páginas de las *Rimas* de Bécquer o de *La amada inmóvil*[17].

Un lunes dije en casa que iba a hacer unas compras. Alrededor de las cinco de la tarde llegué al tallercito de Camilo, en la calle San Martín. Si él estaba, le diría que como pasaba cerca... Pero el taller lo encontré cerrado. No cabía duda: Camilo había ido a verse con la misteriosa Rosaura.

Finalmente, a la octava estación de mi calvario, quiero decir, a la octava carta de Rosaura, todo se solucionó de la manera más feliz.

Fue, naturalmente, un miércoles de mis estigmas. Alrededor de las diez de la mañana oí la voz del cartero, oí el timbre de la puerta de calle, oí la corridita de la señorita Eufrasia. Yo no me moví. Me quedé en mi sitio, en la galería, pelando habas. ¡Adelante, adelante! Que Rosaura metiese en mi honrada casa sus cartas y sus perfumes y sus trenzas y sus juramentos de amor y todo lo que quisiera. Que una desconocida y un mequetrefe se arrullasen en mis propias barbas. ¿Qué me importaba a mí?

Pero Jesús, ¿qué ocurría? ¿Por qué la señorita Eufrasia venía a la carrera, las mejillas hechas un arrebol, agitando en lo alto un nuevo y bendito sobre rosa?

—¡Mire, mire! —me gritó desde lejos.

¿Pero estaba loca, aquella mujer? ¿Ahora, después de siete cartas iguales, se acordaba de hacer aspavientos? Llegó junto a mi jadeando y me entrego el sobre. ¿Pero no era la misma historia de siempre, acaso? ¿No era la misma letra redonda y...? De pronto noté que en aquel sobre faltaba algo. No sabía qué, pero algo. Lo leí con mayor atención. ¡Claro está, claro está! ¡Faltaba el nombre de Camilo Canegato! El sobrescrito[18] decía: "Señor Hospedería La Madrileña. Calle Rioja...", etc. Y nada más. Faltaba el nombre de Camilo.

Miré a la señorita Eufrasia, que me devolvió un minuto la mirada. Después bajó la vista y puso cara pudibunda.

[17] Una de las obras más difundidas del poeta mexicano Amado Nervo (1870-1919); fue Ministro plenipotenciario de su país en Argentina y Uruguay, y murió en Montevideo.
[18] Lo que se escribe en la parte exterior del sobre.

—Usted tiene derecho a abrir ese sobre —murmuró.

Fingí no comprender.

—¿Yo? ¿Por qué?

La acometió un súbito entusiasmo, que la hizo ponerse colorada.

—Allí dice: "Señor Hospedería La Madrileña". Luego, viene dirigido a la hospedería. Luego, viene dirigido a usted, que es la propietaria de la hospedería.

—¿Usted cree?

—Pero le digo que sí. Es evidentísimo.

Yo, aunque estaba encantada con aquella teoría, porque abriendo la carta y haciendo público el idilio de Camilo me vería libre del tormento del silencio, no quise mostrar que me había convencido tan pronto. Llamé a mis hijas, les dije lo que ocurría, les pedí su parecer, discutimos un rato. Yo aparentaba ser la menos decidida, para que después la señorita Eufrasia no dijese por allí —aunque según supe luego, igual lo dijo— que yo no había tenido ningún escrúpulo en apoderarme de una carta que era "evidentísimo" que no me pertenecía. Pero ahora era ella la que más porfiadamente trataba de derribar esos escrúpulos. La hubiera usted oído. Era tal el ardor que la dominaba, que, al hablar, se le escapaba saliva de la boca como el agua de un surtidor.

—Según las leyes —decía, mirándonos a todas y levantando un dedo, como un orador en la plaza—, según las leyes, la correspondencia es de la exclusiva propiedad de la persona física o ideal a la que va dirigida. Y este sobre viene dirigido a la hospedería. Así que usted, señora Milagros, que es la dueña, tiene el derecho…

—Sí, sí —le contestaba yo, meneando la cabeza—, pero los otros siete sobres…

—¿Por qué no puede ser —me interrumpía acaloradamente— que la misma persona que ha estado escribiendo al señor Canegato ahora le escriba a usted? A lo mejor tiene algo que comunicarle.

—No, no —volvía yo a decir—, debe de ser un error, un olvido.

—Pero ¿qué obligación tiene usted de creer que es un error? ¿Y por qué ha de ser un error? A ver, ¿por qué?

—Seguramente la mujer que le escribe a Camilo…

—Ah, ¿usted sabe que es una mujer?

—Digo, no sé —vea que soy estúpida—, me parece a mí, por la letra y el papel perfumado. Bueno, quienquiera que sea, esa persona se habrá olvidado de poner el nombre de Camilo.

—Se habrá olvidado, se habrá olvidado —rezongó impaciente—. No sea usted tonta —hasta me insultaba—. ¿De dónde saca que es la misma persona? ¿No puede ser algún otro, que da la casualidad que usa el mismo papel y el mismo perfume? La letra me parece distinta.

Ay, señor, como yo digo: la gente instruida es tan mala como la ignorante, sólo que con más argumentos. Al cabo de un buen rato de tira y afloja,

estuvimos las cinco de acuerdo en que yo podía abrir el sobre sin violar ninguna constitución, ley o código, ni pasar por indiscreta ni entrometida, porque las siete cartas anteriores y la letra redonda y el perfume a violetas y el color del papel, no alcanzaban a suplir la falta del nombre de Camilo Canegato en el sobrescrito de la octava carta, y porque el que pensase lo contrario se pasaba de sutil y de complicado. Entonces me puse de pie y solemnemente dije:

—Está bien. Me convencieron. De modo que si usted me permite, señorita Eufrasia...

Y me quedé mirándola, mientras sostenía el sobre contra el pecho, como para darle a entender que me correspondía leer la carta a solas. Pero aquello era una condena demasiado terrible para la señorita Eufrasia. Dejando a un lado malignidad y orgullo, pidió clemencia, quiero decir, me pasó el brazo por la cintura, y con una cara toda temblorosa de guiños y una voz de cómplice, murmuró:

—Léala aquí, querida. Usted sabe que soy persona discretísima... —y agregó, ya en un susurro de agonía:—. ¡Por favor!

Se hubiera merecido que, aplicando sus teorías sobre la inviolabilidad de la correspondencia y otras zarandajas, me hubiese ido a leer la carta a solas, en mi dormitorio, dejándola con un palmo de narices. Pero ya le dije que me convenía dar estado público a la aventura de Camilo. De modo que, después de hacer un gesto grosero de resignación, que ella tuvo que soportar en silencio, abrí las ventallas del sobre y extraje, con dedos temblorosos, se lo confieso, los pliegos de la carta, tres, ni uno menos, y comencé a leer en voz alta.

Yo y mis hijas, sin habernos puesto de acuerdo, nos aprestábamos a fingir sorpresa, para que la señorita Eufrasia no dedujese de nuestra parsimonia que ya estábamos en antecedentes. Pero no hubo necesidad de ningún fingimiento, no, señor. Al contrario. La carta era terrible. Parecía escrita a sangre y fuego. Yo, de jovencita, era muy aficionada a los folletines que publicaba un diario de mis tiempos, unos tremendos e inacabables folletines donde los protagonistas, ella y él, se amaban como cerdos, aunque nunca llegaban a consumar sus amores, porque o se suicidaban o se morían de tuberculosis, pero entretanto se enviaban el uno al otro unas cartas larguísimas, que ocupaban lo menos cuatro o cinco números del diario, y que, llenas de protestas de amor, de llamadas al cielo y a la tierra, de juramentos y maldiciones, terminaban con un infaltable: “Tuyo hasta la muerte, Fulano”, o “Tuya hasta más allá de la tumba, Zutana”. Pues a este género de epístolas pertenecía la carta de Rosaura. Y luego decía que era tímida.

Fue empezar yo a leer, y levantarse alrededor de mí un jaleo, que ni entre gitanos. La señorita Eufrasia parecía estar en el tormento. A las primeras palabras, no más, comenzó a pasarse el pañuelo por los labios y a dar pataditas en el suelo. Después, conforme el incendio de la lectura cobraba fuerzas, se puso a lanzar exclamaciones que no se sabía si eran de gozo o de horror, y terminó por chillar como si la estuvieran matando. Mis hijas, por su parte, también festejaban cada frase de Rosaura con grandes gritos y como siempre, con una que otra risa. Tan escandalosas fueron al cabo las

Librodot

voces que levantaban entre las cuatro, que algunos huéspedes salieron de sus habitaciones y se acercaron.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Coretti.

Pero un poderosísimo chistido de la señorita Eufrasia lo llamó a silencio.

A mí, ni el vozarrón de Coretti había logrado que interrumpiese la lectura. Si al comienzo había sentido cierto pudor, sabe usted, cierta vergüenza de pronunciar en voz alta y a plena luz tantas palabras de amor, después me olvidé de todo. La cara me ardía. Creo que llegó un momento en que leí para mí sola. “Oh, fundirse”, decía Rosaura, “oh, fundirse en un solo cuerpo. Oh, este amor que se levanta de mi carne a tu carne, como la pleamar hacia la luna”. Y yo, sugestionada, arrebatada, loca, levantaba la voz como la pleamar hacia la luna; repetía las frases ardientes de Rosaura como si fuesen mías; gritaba, en el patio, delante de mis hijas, delante de mis huéspedes: “Camilito, monadita mía, niño mimoso y sensual”. Y la señorita Eufrasia me hacía eco con sus gemidos.

Llegué, por fin, al consabido: “Tuya hasta la muerte, Rosaura". El jaleo, alrededor de mí, culminó. Creí despertar de un sueño o de una borrachera. Levanté la vista. Y lo primero que vi fue la cara de David Réguel.

Quiero decirle unas pocas palabras acerca de este David Réguel. Hace dos años que vive en mi honrada casa. Estudia para abogado y al mismo tiempo trabaja como corredor de seguros. Pero no es de esto de lo que quería hablarle, sino del carácter que tiene y de las cosas raras y estrambóticas que sabe. Habla creo que en cinco idiomas y escribe en otros cinco. Usted lo ve siempre con un libro bajo el brazo. ¡y qué libros, Dios me ampare! Libros, estoy segura, excomulgados por el Papa. Si a usted se le ocurre conversar de cualquier cosa corriente y moliente, pues se acerca él, le dice que usted no sabe nada y le enjareta una conferencia de cuatro horas, después de la cual conferencia usted sabe menos que antes y se ha hecho un ovillo en la cabeza, porque de cada tres palabras que emplea, dos son de las que están en el diccionario. Desde el punto de vista de la inteligencia es un fenómeno. Y eso que tiene nada más que veintidós años. Lástima que sea feo. Bueno, si es o no es feo, nadie lo sabe, porque gasta unos anteojos tan enormes, con vidrios de tanto aumento y montados en una armazón de carey tan requetegruesa, que le borran la fisonomía, no se le ven más que los anteojos, y usted, aunque lo mire un año entero, no le descubre qué facciones tiene realmente. A mí siempre me ha dado un poco de miedo, sobre todo desde el día en que, porque insinué aumentarle el precio de la pensión, se puso demente y me amenazó con no sé cuántas leyes y penas y represiones. Desde entonces evito discutir con él. Ah, sí, a labia no hay quien le gane, ni siquiera Clotilde, que para eso se pinta sola.

Pues este David Réguel, que la mañana que le cuento había salido temprano, estaba allí de vuelta, en el patio, como caído del cielo, y seguramente había escuchado buena parte de mi lectura. Y cuando terminé y alcé la vista, al primero que vi fue a él, como le dije antes, a él, que me miraba burlonamente detrás de sus anteojos. Me hizo sentirme terriblemente avergonzada. Mis huéspedes, entretanto, preguntaban a grito pelado quién era Rosaura, y qué significaba aquella carta, con todos sus juramentos de amor, y si el “Camilito” y el “niño sensual y mimoso” era Camilo Canegato.

La señorita Eufrasia, en el centro del grupo y muy excitada, comenzó a instruirlos, claro que a su modo.

—¿No sabían nada? —decía—. Pues sí, hace dos meses que le escribe. Una mujerzuela con la que anda enredado. Fíense de las apariencias, señores. Un hombre que parece tan serio…

Y todos abrían la boca, y no podían creer que Camilo pudiera despertar tales pasiones, y quisieron ver la carta, y la carta pasó de mano en mano, y cada uno dijo su opinión, su chisme. Porque así es la gente, desgraciadamente. No se tragan entre ellos, pero para poner en solfa al otro estaban todos de acuerdo, y tan amistosamente, que parecían hermanos.

—¡Véanlo a Camilo, qué hipócrita! —repetía Hernández.

—¡Oh, y esa Rosaura, también! —dijo la señorita Eufrasia, con la boca fruncida—. Francamente, una mujer que se atreve a escribir a un hombre esas cosas…

Ése es el método de ella: comenzar una frase malévola y dejarla a medio terminar, para que los que la escuchan la completen mentalmente y así piensen mal sin proponérselo. Eufrasia Lagarto debería llamarse.

—Señora Milagros —continuó, volviéndose hacia mí—, usted que siempre dice cuidar de la moral de su honrada casa, no sé cómo esta vez permite…

—No sé cómo esta vez permito tantas habladurías —le completé yo, arrebatando la carta de la mano de Coretti, que en ese momento la tenía en su poder.

—¿Me deja ver esa carta? —exclamó de pronto David Réguel, y avanzó con el brazo estirado.

—Disculpe —le contesté, sin mirarlo—, pero esta carta pertenece al señor Camilo Canegato.

—Y entonces, ¿por qué la abrió y la leyó delante de todos?

—Porque, porque… —ay, este hombre me pone nerviosa—. Pues porque no traía señas del destinatario.

—¿Y necesitó llegar al final para enterarse de quién es el destinatario? Que yo sepa, usted no se llama “Camilín” ni es la monadita querida de nadie.

¡Demonio de hombre! No supe qué contestarle, como siempre. Guardé la carta en un bolsillo de mi delantal y me fui a la cocina. ¡Demonio de hombre!

Al mediodía Camilo no apareció a almorzar, cosa rara en él. En vano lo aguardamos todos. Pero los demás aprovecharon su ausencia para dejarle el pellejo a tiras, lo mismo que a Rosaura. Especialmente la señorita Eufrasia, que hablaba y gesticulaba y se revolvía sobre su silla como picada por la tarántula.

—No sé lo que pensará usted —me decía, apuntándome con el tenedor—, pero lo que soy yo, no pienso nada de bueno de esa Rosaura.

Te creo, te creo. Y si supieses que es rubia y tiene veintiséis años, pues peor pensarías de ella.

—¿Por qué no piensa nada bueno de Rosaura? —le preguntó Matilde.

—Jovencita —le contestó la otra. Siempre anda con lo de "jovencita", cuando se dirige a mis hijas. Y lo dice como si fuera un insulto—: usted, que dice ser seria, ¿le escribiría a un hombre una carta así?

—Yo sí —exclamó Matilde, lo más pimpante. Y sus hermanas se rieron.

La señorita Eufrasia se encabritó.

—¿La escribiría con todas esas palabrotas?

—¿Que palabrotas?

—No me obligue a repetirlas. Lo de "niño mimoso y…", etcétera.

—¿Sensual? Sensual no es ninguna palabrota.

—Es perfecto castellano —terció Clotilde.

—En perfecto castellano se pueden decir muchas cosas indecentes, jovencita —dijo la señora Eufrasia, y volviéndose hacia mí agregó, con una sonrisa de hiel—. Ya ve, señora Milagros, cómo piensan sus hijas. A mí, si me hubiese atrevido a pronunciar lo que esta jovencita dice que es perfecto castellano, mi madre me habría hecho levantar de la mesa.

—¡Oh, aquéllos eran otros tiempos! —saltó Enilde, con una inocencia no sé si real o fingida.

—¡Eran los mismos tiempos, jovencita! —chilló la señorita Eufrasia.

Iba yo a intervenir, cuando nos distrajeron grandes risotadas entre los hombres. Uno había hecho una broma a costa de Rosaura, una broma un poco subidita de tono, y la festejaban.

El único que parecía ensimismado era David Réguel. Pero de vez en cuando alzaba la cabeza y preguntaba: "¿Qué edad tendrá esa Rosaura?", o: "¿Se sabe cómo se conocieron?". Después volvía a quedar silencioso. ¿Qué diablos le pasaba a ése?

Aquella noche Camilo regresó tarde. Cuando se sentó a la mesa ya todos estábamos en nuestro sitio. No sé cómo lo recibieron los demás. Yo no lo miré. Permanecí con la vista fija en mi plato. Sentíame enojada, y no sabía por qué ni contra quién. Coretti, corno siempre, hacta resonar su voz de toro, y con la boca llena, porque a mal educado no hay quien le gane, contaba cosas de su oficina. ¡Ay, señor, estos cagatintas[19], que no saben hablar sino de la bendita oficina como si el mundo se limitase a la silla donde posan sus asentaderas ocho horas al día! ¿Y Hernández? Ése no habla. Ése está cuidando si se le ha movido un pelo o si se le ha torcido la corbata, y para comer apenas mueve la boca, no sea que se le caiga el bigotito. No sé cómo Matilde lo aguanta.

¿Y ahora qué pasaba? ¿Qué alboroto era ése? ¿Pues esa puerca de mucama no había volcado un poco de sopa caliente? ¿Y sobre quién? Sobre él. Ni que lo hubiera hecho aposta. Le eché una rápida mirada. Se secaba con la servilleta y repetía: "No es nada, no es nada". Estaba rojo. Traspiraba copiosamente. No sientes la quemadura de la sopa, porque estás ardiendo en otro fuego. ¡Infeliz! No, no encontraste el sobre rosa en tu cuarto. Lo tengo yo aquí, en mi bolsillo. Qué, ¿no hueles a través de la mesa, por encima de los

[19] Oficinista, dicho en sentido despectivo.

platos, el perfume a violetas de tu Rosaura?

¿Y esa otra buena pieza? ¿Qué hace la señorita Eufrasia Morales, maestra jubilada y víbora en actividad? Sorbe su sopa como si fuese veneno. Ojalá fuese veneno. ¿Ya se te ha pasado el frenesí de esta mañana? Ahora está silenciosa. Véanla. Tiene cara de dignidad ofendida, como si la hubieran insultado.

¿Y el señor David Réguel, qué hace el abate Pirracas? Están dándole una conferencia a Clotilde y mira a derecha e izquierda, a ver si lo escuchan. Sí, andan todos muy alegres, muy excitados. Sé lo que les pasa por dentro.

La cena terminó y nos levantamos. Mis huéspedes suelen reunirse en una salita donde hacen un poco de tertulia o juegan a las cartas. Pero, ¿qué ocurría aquella noche? ¿Por qué todos se quedaban de pie, como en un brindis, y no se movían y me miraban? El único que hizo ademán de irse fue Camilo. Entonces la señorita Eufrasia recobró la voz y habló:

—¡Señor Canegato! —Camilo se detuvo en el umbral de la puerta, sin volverse, y los demás empezaron a mirarse entre ellos y a sonreírse—. La señora Milagros tiene algo para usted.

Y la víbora medio se inclinó hacia mí, invitándome a entrar en acción, pero no me miró.

—¡Ah, sí, es cierto! —dije yo, en el tono de quien recuerda súbitamente una cosa, y saqué del bolsillo la carta, que impúdicamente apestaba como nunca—. Aquí tiene esto para usted, don Canegato.

Camilo, que nos daba la espalda, se volvió, avanzó en medio del silencio risueño de los demás, que lo contemplaban como a un chico que está haciendo una monada, y tomó la carta de mi mano, rápidamente, sin levantar la vista, la cara como una amapola.

—Perdone usted que haya abierto el sobre —dije—, pero es el caso que…

¿A quién hablaba yo? Camilo había dado media vuelta y se había ido disparando del comedor. Apenas alcanzó alguno a palmearle un hombro. Coretti gritó:

—¡Bravo, Camilo, bravo!

Ya se sentían satisfechos. Ya todo estaba, para ellos, en su punto. Así que pasaron alegremente a la sala. Unos se pusieron a jugar, otros a leer el diario de la noche. La señorita Eufrasia tejía una de sus eternas pañoletas. Toda aquella gente, antes tan interesada en el idilio de Camilo, parecía haber dado vuelta la hoja y pensaba en otras cosas. Y a mí me dejaban con aquella preocupación, con aquella intriga…

Transcurrió una buena hora, y nadie se movía. Fingí un gran bostezo.

—Creo que es hora de ir a dormir —dije, pero contra mi costumbre, tan tímidamente, que nadie me hizo caso, excepto la señorita Eufrasia. Sin levantar los ojos de su interesante tejido contestó:

—Esta noche, no sé por qué, no tengo sueño.

¡No tenía sueño! ¡Y no sabía por qué! ¿Querrá usted creer? Hasta que el reloj no dio las once, nadie se levantó. Por lo visto, todos se sentían de fiesta, aquella noche. A la fin uno a uno fueron desapareciendo.

Librodot

Entonces desplegué una rápida maniobra. Fuime al comedor, cuya puerta que da a la primera galería cerré cuidadosamente, para que los huéspedes no viesen nada. Dejé sólo una lamparilla encendida. Mandé a la mucama a que mirase si había luz en el cuarto de Camilo. Cuando volvió diciéndome que sí, fui a llamar a su puerta.

—Camilo —le dije en voz baja—, venga al comedor, que tengo que hablar con usted.

Todo esto en menos de lo que canta un gallo, y a la sordina. Lo esperé sentada en un sillón, los brazos cruzados sobre el pecho, dispuesta a darle una buena felpa. Mentalmente preparaba el discurso que le echaría. Mis hijas, que sabeen leer en mi cara, me miraban en silencio y no se atrevían a hablar. Luego se diseminaron por los rincones del comedor, como dando a entender que no querían complicarse en lo que yo iba a hacer. Pero a mí no me importaba nada de ellas, ni de sus remilgos, ni de nadie ni de nada. Por fin apareció Camilo.

—Cierra la puerta —le dije a Enilde.

Y luego lo miré a él.

—Don Canegato —comencé—, me he enterado, ya sabrá cómo, del contenido del sobre que hoy llegó para usted, como ya habían llegado otros, todos los miércoles, desde hace dos meses. De modo que el señor anda de novio, quizás esté por casarse, y no ha tenido la atención, la gentileza, la deferencia de participárnoslo a nosotras, a mí, sobre todo, que creo tener algún derecho al respecto. Francamente, me parece que ha sido usted un poco ingrato con nosotras, que tanta estima le tenemos. Sí, señor; ingrato, descariñado, indiferente, no sé cuál de estos sustantivos le cuadra a usted más.

La necesidad de hablar quedo para que no me oyesen los otros huéspedes me hacía ahogarme de pura rabia. De no ser por aquella circunstancia le hubiera gritado cuatro frescas y en seguida me habría calmado. Pero cálmese usted cuando tiene que hablar como en misa. Además, como no estoy habituada a murmurar así, a media boca, me faltaba el aire y hablaba entrecortadamente, y aparentaba estar más enojada de lo que estaba. Mis hijas no decían ni pío. Y él, de pie frente a mí, me miraba. Sí, señor, no hacía nada sino mirarme.

Y de pronto, no sé, a veces ocurren unas cosas, de pronto me fijé en él, me pareció que por primera vez veía su rostro, su rostro tal cual era, una cara de hombre bueno, sufrido, una cara surcada de suaves, de dulces arrugas; me pareció que en aquella fisonomía que tantos años había tenido delante, descubría súbitamente una expresión nueva, como si se le hubiera caído una capa de talco que la había cubierto hasta entonces. Vi que uno de los párpados le temblaba. Vi que tenía las dos manos fuertemente entrelazadas, como si rezase, o como si tuviese mucho miedo, y sentí de pronto que me subía a la garganta un llanto… Oh, no me haga usted caso, ¿qué estoy diciendo, de qué llanto hablo? ¿Estoy loca? Digo que se me fue el furor como por ensalmo[20].

—Vamos, siéntese —le dije, ya en otro tono—. Siéntese aquí y cuéntenos

[20] Con extraordinaria prontitud, con mucha facilidad.

quién es esa Rosaura que parece quererlo tanto. No sea tan reservado con nosotras. ¿NO sabe acaso cómo lo estimamos? Por lo poco que leí de la carta, me he dado cuenta de cómo los dos se quieren. Y usted se merece que lo quieran así. Sí, señor. A ver, diga quién es Rosaura, cómo se conocieron, cómo han llegado a enamorarse. A ver, don Canegato, a ver.

Sentíame terriblemente buena. A él se le llenó la cara de sudor, destrenzó las manos y nos miró una a una. Me pareció que su resuello se hacía más hondo, como si ahora fuese él el que no pudiera respirar. Las muchachas le sonrieron. Yo me soné la nariz. Le sonrieron cariñosamente, como verdaderas hermanas. Clotilde, con una voz que no sé de donde la sacaba, con una voz tierna como jamás le había hablado, le dijo:

—Si no quiere, no nos cuente nada, Camilo. Pero sabemos que Rosaura y usted se aman, ¡y estamos tan contentas!

Entonces él se sentó en una silla, al extremo de la mesa, y comenzó a hablar.

Una tarde en que Camilo hallábase trabajando en su taller, se le apareció de improviso un señor enlutado. Él dice que se le apareció como caído del cielo, que no sabe cómo entró en el taller. Por la puerta, como todo el mundo. Pero es que este Camilo, cuando está metido en sus pintorreas, se pone hecho un pelma que ni oye ni ve ni sabe en qué día vive.

El señor enlutado, que a él, de entrada no más, lo cohibió, lo hizo ponerse nervioso; el señor enlutado, repito, era un caballero como de cincuenta años, de pelo canoso, rostro enjuto, ojos claros, una gran nariz aguileña y un bigote corto y grueso haciendo juego. Y todo él muy erguido, muy derecho. Era de esos que la gente dice que se tragaron un sable. Vestía todo de negro, de pies a cabeza, ropa de calidad, aunque un poco a la antigua, a la moda de hace unos años. Andaba todavía con un sobretodo cortón, medio levita, y cuello alto y duro, y chaleco con vivo blanco. Se veía que era persona de dinero. ¡Hasta usaba bastón!

—¿Usted es el señor Camilo Canegato? —preguntó, autoritariamente, como hombre acostumbrado a mandar.

Tenía una voz tan grave, tan ronca, que volvía solemne todo lo que decía, y una mirada terrible que, según Camilo, asustaba. A él sí lo asustaría, ni decirlo. A la pregunta del caballero, Camilo asintió con un movimiento de cabeza. Me lo imagino. No podría hablar. Pensaría si el otro no era el jefe de policía que venía a prenderlo. Hay que conocerlo a Camilo.

—Tengo un cuadro —prosiguió el del bastón— que se ha ennegrecido lamentablemente y amenaza cuartearse y deteriorarse, y como se trata de una obra que tiene para mí un infinito valor, no tanto desde el punto de vista pictórico o artístico, sino en un orden más personal, usted me hará el favor de venir conmigo y ver si se puede hacer algo.

Mire qué manera de hablar, como si estuviera dirigiéndose a un sirviente. Porque lo de "usted me hará el favor" se lo dijo en un tono en que más que pedírselo se lo ordenaba. Yo le hubiera contestado alguna fresca. Pero Camilo nunca supo darse su lugar frente a aquel hombre. Dice que el desconocido lo miraba fijo y respiraba ruidosamente, como si estuviera enojado. Sería el bigote, que de tan grueso que era le taponaría la nariz y le

haría silbante la respiración. Y mientras hablaba, dice que levantaba una ceja y con la otra fruncía el ceño. Y él, claro está, todo acobardado, no atinaría ni a ofrecerle una silla.

—¿Viene usted conmigo? —carraspeó el de la voz cavernosa—. Tengo el automóvil afuera.

Camilo asintió otra vez en silencio, se quitó volando la casaca que usaba en el taller, se lavó, se vistió, todo en un santiamén, para que su señoría enlutada no se impacientase, y ambos salieron a la calle.

Junto al cordón de la vereda había un gran automóvil negro. Un chofer japonés, de librea verde, corrió a abrir la portezuela del coche, y el del bigote, vea usted qué educado, subió él primero. Atrás subió Camilo, el chofer se puso al volante y el automóvil partió. Anduvieron como media hora, Camilo no sabía por qué parajes. ¿Usted cree que el enlutado le dirigió una sola vez la palabra? ¡Qué esperanza! Iba muy erguido, muy derecho, mirando hacia adelante, como si dirigiera el auto con la vista. Y Camilo, a su lado, se acurrucaría en un rincón del asiento, sin osar moverse, los ojos siempre fijos en el vidrio de la ventanilla a través de la cual, sin embargo, no vería nada. Le dolería el cogote de tanto tenerlo torcido, pero no cambiaría de postura por nada del mundo. Hay que conocerlo a Camilo.

Llegaron a un barrio de chalets antiguos, de calles llenas de árboles, de galpones con olor a caballo. Sería Belgrano. El automóvil se detuvo, pero como la vereda quedaba del lado del señorón, y Camilo no se volvió a mirar, no supo a qué obedecía aquello, si a que habían llegado a destino o a alguna otra causa. Porque el caballero tampoco se movió. El japonés hizo sonar varias veces la corneta. Pasaron unos minutos. Luego bruscamente el automóvil viró, subió a la vereda. Camilo vio un gran arco que avanzaba y pasaba encima del coche, y se encontró en un patio. Y el caballero siempre inmóvil. El japonés saltó de su asiento, dio toda la vuelta al automóvil y vino a abrir la portezuela. Sólo entonces el enlutado recobró el movimiento y descendió. Y Camilo detrás.

Aquel día, me lo imagino, no vería cosa alguna. Lo que nos describió lo iría viendo después, a medida que fue repitiéndose la escena. El patio donde se hallaban era un rectángulo flanqueado por altas paredes, húmedo y viejo, con algunas plantas de cementerio, cipreses y hayas, de un verde negruzco que entristecía el ánimo. Ni una flor. Y yedra, yedra por todas partes, como una mortaja, y musgo y verdín comiéndose las paredes y las baldosas.

Atravesaron aquel peristilo de la Recoleta, el enlutado delante, Camilo pisándole los talones como un perro de ayuda. Llegaron a la casa, que se alzaba a los fondos, también ella amortajada de yedra. El desconocido se metió adentro, sin hacer un ademán a Camilo, sin invitarlo a que entrase. Vea qué educación. Lo consideraría poco menos que un albañil al que se llama para que arregle una gotera. Camilo titubeó un minuto. Luego se decidió a penetrar en la casa en pos del otro.

Lo primero que sintió fue olor a humedad. Me imagino. Con todo aquel manto de follaje alrededor, lleno de babosas, de caracoles y de toda clase de insectos. Después de cruzar unas oscuridades, viose Camilo en un gran salón o vestíbulo, tristemente iluminado por la poca luz que se colaba a través de unas estrechas ventanas de iglesia. Había allí infinidad de

Librodot

muebles, todos pesados, altos, retorcidos, con mil firuletes, como los que se usaban en tiempos de Rosas, y cuadros, y lámparas, y jarrones, y adornos, y dibujos, y muñecos, y relojes, hasta cubrirlo todo, como una selva. En el piso, alfombras de medio metro de espesor, sobre las que se caminaba como por el aire, sin hacer ruido y sin sentirse los pies. A él aquello le parecía lujosísimo y digno de admiración. Pero lo que es a mí... Nunca he comprendido cómo hay gente que pueda tener su casa como una mueblería, donde uno no da un paso sin tropezarse con algo, y sin que se pueda caminar derecho, porque hay que ir esquivándose de cincuenta objetos puntiagudos que quieren vaciarle un ojo. Cómo harán para volver a hallar alguna cosa que se les pierda en medio de aquel bosque, es lo que yo no sé.

Salieron del salón y pasaron a un vestíbulo más pequeño, en el que había una escalera de mármol con barandilla de hierro forjado. Subieron por la escalera, el del levitón delante. Camilo siempre detrás. Estaría cada vez más impresionado, Camilo, con todas aquellas peregrinaciones. Y el otro sin volver siquiera la cabeza a ver si Camilo lo seguía. ¡Dios mío, qué hombre! Cuando él me contaba estas cosas empecé a tomarle ojeriza al enlutado. ¡Y eso que no sabía lo que vendría luego! Llegaron al piso de arriba. El desconocido anduvo por unos corredores oscuros y alfombrados, y finalmente se detuvo delante de una puerta. Abrió la puerta y entraron ambos en un saloncito o gabinete, donde había un escritorio, varios sillones de cuero y libros por todas partes. Su señoría rompió por fin a hablar.

—Ahí lo tiene usted —le dijo a Camilo.

Y le señaló con la barbilla un enorme cuadro en la pared, después de lo cual se desentendió del asunto, se puso a quitarse ceremoniosamente los guantes, el sombrero, el sobretodo, y se sentó como un milor detrás del escritorio. Camilo se paró delante del cuadro y empezó a estudiarlo. Él dice que lo estudiaba, pero ya me lo imagino: no vería nada. Vería una mancha de varios colores y nada más. Sólo después de un rato largo comenzaría a darse cuenta de qué era lo que tenía delante. Lo que tenía delante era un gran cuadro al óleo, y representaba la figura de una señora cuarentona, hermosísima, rubia, vestida a lo dama antigua. Llevaba el tal cuadro la firma de un pintor famoso, pero estaba, dice Camilo, malísimamente pintado. Malísimamente desde su punto de vista, porque lo que él miraba era si el pintor había puesto los materiales como es debido y si no había engañado al dueño del cuadro. Pero el cuadro estaba todo deslucido y se iba a cuartear a plazo fijo. Aquel pintor tendría mucha alma, dice Camilo, pero merecía que lo mandasen a la escuela. Pues bien, Camilo seguía estudiando el retrato y no se atrevía a decir nada. Esperaba a que el otro hablase. Y el otro, sentado frente a su escritorio, no abría la boca. Así pasaron como veinte minutos. Camilo ya no sabía qué mirarle al cuadro. Le descubriría hasta las suciedades de mosca. ¡Pero mire que también este Camilo! El viejo se quedaba callado, seguramente porque creía que él estaba muy engolfado en el examen de la pintura.

Por fin se decidió, si no a hablar, por lo menos a volverse en silencio hacia el caballero. Entonces éste le preguntó:

—¿Cuál es su opinión?

Camilo se la dijo. Dice que el otro lo escuchó atentamente y que parecía

Librodot

impresionadisimo de ver cuánto sabía Camilo. Porque dice que él le espetó una conferencia como de una hora, explicándole por qué el cuadro había perdido sus colores, y por qué se cuartearía, y que el pintor había colocado esto sobre aquello, en lugar de aquello sobre esto, y qué convenía hacer para reparar el desaguisado. El señorón repetía, a cada palabra de Camilo:

—¡Ajá! ¡Ajá!

Claro que sí, que estaría impresionadisimo, porque Camilo, en sus cosas, es un fenómeno de hombre. El otro pensaría: "¡Y yo que lo trataba con tanto desprecio!".

De allí pasaron a conversar sobre el arte, sobre la pintura y los pintores. Dice Camilo que el caballero sabía mucho. Pero como él sabía más, el otro bajaba la cresta. Me lo imagino. Porque este Camilo, en cuanto le tocan el tema de los cuadros, sabe hablar como un libro abierto, y se entusiasma, y hasta pierde la palidez. Porque él es de los que creen que el mundo está pendiente de lo que borronean cuatro locos de barba, y si uno de los locos puso azul donde debía ir verde, o viceversa, la gente ha de mesarse los cabellos y las naciones se declararán la guerra.

Una hora conversaron, si puede llamarse conversación el estar discutiendo estúpidamente, como dos niños, si Guagua pinta mejor que Sensén, o si Sensén vale más que Renuá. Por ahí el enlutado se empeñó en que Camilo viese toda su colección de cuadros, y otra vez subieron y bajaron escaleras, y recorrieron salones y pasillos, y atravesaron bosques de muebles. "¿Vivirá solo este hombre en una casa tan grande?", pensaba Camilo. Porque nadie más había asomado el pico. Varios cuadros de la colección necesitaban también una buena mano, y así se lo hizo notar Camilo. Entonces el caballero le pidió que se encargase de restaurar todas aquellas antiguallas.

—Comenzando —le dijo— por el retrato de mi difunta esposa, que es el que más me preocupa y en el que más interés tengo.

Así supo Camilo que la dama rubia era la mujer del caballero, y que había muerto. Por eso andaba él tan enlutado. Camilo aceptó el trabajo, y entre ambos convinieron que lo hiciese allí mismo, porque no iba a llevarse y traerse aquellos armatostes. Eligieron, a tal efecto, una salita de la planta baja, algo más soleada que el resto de la casa.

Y en esa salita estaban, cuando la puerta se abrió y apareció un muchacho. Camilo sólo vio una boca, una boca carnuda, gruesa, ancha, que al hablar se movía onduladamente, como un gusano.

—¿Estás ocupado, tío? —dijo el recién llegado.

—¿Qué quieres? —contestó el viudo secamente. Por lo visto, éste trataba así a todo el mundo.

—Necesito hablar contigo. Se trata del asunto de… —y dio un nombre.

—Espera un momento —dijo el viudo. Y dirigiéndose a Camilo—. Usted podría comenzar mañana mismo.

—Sí, señor —respondió Camilo.

¡Tonto! Se hubiera hecho el artista ocupadísimo que duda, que se rasca el mentón, que consulta una libretita. Pero él no, él: "Sí, señor".

—A las tres de la tarde le mandaré el automóvil a buscarlo a su taller.

—¿No será mucha molestia?

El otro lo atajó con un ademán. No admitía que le discutiesen ni los favores. Se acercó luego a la pared, apretó un botón, al minuto apareció un sirviente, el enlutado dijo a Camilo:

—Buenas tardes —y al sirviente—. Acompaña al señor. Dile a Homoto que lo lleve en el automóvil.

Y tomando de un brazo al de la boca salió de la habitación, erguido y orgulloso como un rey.

Vea usted qué manera de tratarlo a Camilo. Lo trataba otra vez como al albañil de la gotera. Mucha amabilidad y mucha conversación cuando discutían lo de los cuadros, pero una vez terminado el asunto se terminaba también la cortesía, como queriendo hacerle ver que la consideración era para el pintor, no para el hombre, no para la persona monda y lironda[21]. Camilo encontróse en el patio, en el automóvil, en su taller, y todavía le duraba el escozor de aquella humillación.

—Pues yo no hubiera ido más —le dije yo—. Hubiera dejado que los cuadros se le cayesen a pedazos, pero ni por todo el oro del mundo hubiese vuelto.

—Pero no hubiera conocido, entonces, a Rosaura —me contestó. Y en eso tenía razón.

Sí, él volvió. Volvió al día siguiente, en el automóvil que, manejado por el japonés, pasó a recogerlo puntualmente. Y de nuevo atravesaron la ciudad, y llegaron al barrio con olor a caballo, y se detuvo el coche frente a una reja negra, y el japonés hizo sonar la bocina, y se abrió un portalón de hierro, y entraron con auto y todo en aquel patio que hacía recordar a un cementerio.

Esta vez una viejecita flaquita y con anteojos, vestida severamente, lo aguardaba junto a la puerta de la casa. Cuando Camilo se acercó, le dijo, con una vocecita de tiple:

—¿El señor Canegato? —Camilo hizo una reverencia—. ¿Quiere seguirme?

Camilo la siguió. Por lo visto, en aquella casa no se podía caminar si no era pisándole los talones a otro. La viejecita lo condujo a la sala donde estaba convenido que trabajaría Camilo. Ya habían traído allí el retrato de la finada.

—Vea si necesita alguna cosa —flauteó la viejecita.

—No, no, gracias —contestó él—. Tengo todo lo necesario.

Abrió su valijín, sacó sus enseres y empezó a trabajar. La vieja no se le movía de al lado, observando con curiosidad todo lo que él hacía. Ninguno de los dos hablaba. Cuando él se encaró con el cuadro, la vieja se puso a mirar a la dama rubia como si fuese la primera vez que la veía. Era una manera de invitarlo a que le preguntara alguna cosa acerca de aquella mujer. Pero no lo conocía a Camilo. Podía estarse mil años con la cabeza ladeada, que Camilo

[21] A secas, libre de mezclas y añadiduras.

Librodot

no le diría ni mu. Al fin se decidió a romper el fuego.

—¡Pobrecita! —murmuró.

Camilo la miró y se sonrió, como si tal cosa. La vieja esperó un minuto y luego volvió a la carga.

—Murió hace diez años —dijo, mirándolo con unos ojos que querían ser tristes.

—Ah —respondió él—. ¿Usted la conocía?

La vieja se rió alegremente.

—¿Si la conocía? ¡Era mi hermana!

Ahora fue Camilo el que la miró. ¿Aquella momia, hermana de la dama rubia y hermosa del retrato? Pero sí, observando bien a la vieja, se le notaba algún parecido con la finada. ¡Y él que la había tomado por un ama de llaves!

Camilo prosiguió trabajando. Mire qué testarudo. ¿Por qué no le daba el gusto a la otra, que se ve que se moría de ganas de conversar? Pero la vieja estaba decidida a hablar a toda costa.

—Murió de cáncer —dijo de pronto—. Cuatro meses le duró la agonía —y lo decía como si estuviese orgullosa de los cuatro meses—. No quería que nadie la atendiera sino yo.

Y comenzó a contarle a Camilo toda la historia de la enfermedad de la hermana. Menos mal que por ahí apareció el viudo, a cuya vista la vieja no sólo se calló, sino que se eclipsó velozmente. No se llevarían bien los dos cuñados.

Con la llegada del de la voz de cimbre[22], la tarea de Camilo se entorpeció. Porque aquel hombre, con su pomposidad, lo ponía nerviosísimo. Y para colmo vio que se sentaba en un sillón, señal de que pensaba quedarse un rato largo. Y se quedó, sí, señor, se quedó como media hora. ¿Qué creería? ¿Que Camilo iba a estropearle el cuadro, o que si lo dejaba solo le robaría alguna cosa? Y en toda la media hora no pronunció palabra. ¡Y Camilo, sintiendo la presencia de aquella figura de luto, con aquellos ojos como linternas! Casi prefería a la vieja, con su charla de cánceres y enfermedades. A ratos, aposta, el viudo hacía repicar los dedos sobre una mesita, y a Camilo le temblaban los pinceles.

A las seis de la tarde, y como declinara la luz del sol, Camilo interrumpió la tarea. Y otra vez el sirviente que lo acompañaba hasta el automóvil, y otra vez el automóvil que lo conducía de vuelta al taller.

En fin, señor: no quiero aburrirlo con detalles que no vienen al caso. Bástele saber que, para restaurar los cuadros del viudo, Camilo fue a aquella casona durante muchos días. Y siempre en automóvil. El japonés, seguramente por orden de su amo, elegía para cada viaje calles distintas, y a Camilo le era imposible, según él, reconstruir el itinerario. Yo no lo creo. Ya le diré, más adelante, la razón de esta artimaña de Camilo. Algunos días el viudo aparecía a inspeccionarle la labor, con lo que sólo conseguía que la tal labor se estancase. Pero otros días no se hacía ver, y entonces Camilo trabajaba con todo sosiego. En cuanto a la vieja, desilusionada por la poca

[22] Voz grave, como de galería subterránea.

locuacidad de Camilo, apenas lo conducía hasta la sala daba media vuelta y se iba, no sin antes advertirle, todas las veces lo mismo:

—Si necesita algo, toque ese botón.

Pero un día hubo un cambio en aquellas escenas siempre iguales, y ese cambio decidió el destino de Camilo.

Fue un día en que el viudo no había venido a meter sus narices. En la paz de la salita, a la luz del sol que entraba a chorros por las ventanas veladas apenas por cortinas de vual, Camilo retocaba lo que él dice que era una joya, un cuadro de no sé qué pintor, un apellido italiano que ahora no recuerdo, cuando sintió de pronto una sensación rara, usted sabe, esa sensación de que alguien nos está mirando la nuca. Se volvió, y entonces la vio.

De pie en el fondo de la sala, la difunta mujer del viudo lo contemplaba en silencio. A Camilo por poco se le cae lo que tenía en la mano. La aparición se sonrió y dijo quedamente:

—Perdóneme, no quiero interrumpirlo.

Pero no, era joven, aparentaba veinticinco años, tenía el color y la belleza de la vida. Pero en todo lo demás era la exacta reproducción de la dama rubia que había muerto de cáncer después de cuatro meses de agonía. “Será su hija”, pensó Camilo. Y reaccionando, contestó:

—No me interrumpe, al contrario.

La joven avanzó unos pasos y se colocó de modo que pudiese ver todo lo que él hacía. Camilo siguió trabajando. Dice que la presencia de aquella muchacha no lo cohibía, como la del padre, ni lo fastidiaba, como la de la vieja. La observó de reojo. Rubia y de cutis blanco como la que sin duda era su madre, tenía, sin embargo, una expresión más dulce, más serena, más reposada que la que mostraba la dama del retrato.

Pasaron unos minutos —él dice que fueron unos minutos. Habrá sido media hora— sin que ninguno de ellos volviese a hablar. Le creo. Usted conoce a Camilo y yo luego la conocí también a ella, le puedo jurar que se habían juntado dos charlatanes. Pero dice que aquel silencio no era embarazoso, como cuando el viudo se le sentaba en un sillón a hacerle la radiografía con la vista. Eso sí que no lo entiendo. No entiendo cómo dos personas puedan estar juntas en la misma habitación y no cambiar palabra, y sin embargo sentirse a gusto.

Por fin, vea usted qué milagro, por fin él se decidió a hablar. Tímidamente, me imagino yo, y sin mirarla ni dejar de darle a los pinceles, le preguntó:

—¿Le agrada la pintura?

—Mucho —contestó ella rápidamente, señal de que también ella tenía deseos de conversar. Y tanto, que todavía agregó—. Claro que yo conocía la pintura como obra de arte, ya terminada, inmutable y eterna (gracias a mi memoria, señor, puedo repetirle todas estas vueltas y revueltas de su diálogo). Ahora la descubro en su trastienda.

Yo, que la conocí algo a Rosaura —porque de ella se trataba—, puedo asegurarle que el que pronunciase tantas palabras seguidas era otro milagro. Es que le adelanto a usted una cosa: en aquella mansión del viudo

Librodot

había tan pocas ocasiones de hablar con nadie, que Camilo fue, para Rosaura, y hasta para la vieja, una oportunidad de desquitarse.

—Y ahora que ha sorprendido a la pintura, así, en su trastienda —dijo Camilo, encantado con el tema—, ¿siente una desilusión?

—¡Qué esperanza! —repuso ella, vivamente—. Al contrario. Siempre deseé conocer sus secretos, sus fórmulas, su técnica.

—Vale decir, el oficio.

—Exactamente. Quizás, al que lo posea, le parezca feo, la parte vil de la pintura. Pero para el profano, ¡es tan apasionante descubrir cómo un lienzo blanco puede transformarse en el Molino de la Galleta!

—¿Pero qué demonios decía aquella muchacha? —le pregunté a Camilo.

Resulta que *El Molino de la Galleta*[23] es el nombre de un cuadro célebre, de cierto pintor holandés, loco naturalmente. Mire que a esta Rosaura siempre se le dio por hablar enrevesado. Lo que quería decir, traducido al español, es que a ella le gustaba saber cómo se fabricaba un cuadro al óleo. No le gustaría nada, porque mire si a una joven soltera y de buena familia le iban a interesar esas cosas. Pero lo de la pintura era un pretexto, lo mismo que el cáncer para la vieja, para quedarse allí y charlar un rato. Sólo que él se lo tomó en serio, y la tuvo a la pobre Rosaura como una hora explicándole cómo se llama este color, y cómo se llama aquel otro color, y cómo si se mezcla éste con aquél sale el de más allá, y qué es lo que hay que poner primero, y qué es lo que hay que poner después, y qué arriba, y qué abajo, y que si el aceite, y que si el barniz y que si pitos y que si flautas. ¡Este Camilo siempre el mismo alma de cántaro[24]!

Y si lo dejan, seguía un año entero. Rosaura estaría aburridísima. Él dice que no, que lo escuchaba con la boca abierta (sería para atajarse los bostezos), que lo miraba embobada, que le preguntaba mil cosas, todas muy atinadas, muy en su punto, por las que se veía que sabía mucho de arte, y que él, para explicarse mejor, tomó de modelo el cuadro que en ese momento restauraba y le mostró cómo el italiano, que era un fenómeno de hombre pintando, a pesar de que había vivido en otros siglos, había usado unas pinturas al huevo que ahora, con todos los adelantos, ya no se conseguían, y que entonces, para ver aquello de la pintura al huevo, ambos se habían inclinado sobre el cuadro, sus cabezas se juntaron, él aspiró el perfume que exhalaba la cabellera de la joven, sus manos por ahí se rozaron…

—Menos mal —dije yo—. Al italiano tendría usted que echarle una misa en acción de gracias.

Pero vea usted: en lo mejor del coloquio Rosaura se enderezó, pareció escuchar algo, y dijo:

—Bueno, ahora debo irme. Muchísimas gracias por todo. Hasta más ver.

Le tendió la mano y se fue. Camilo no tuvo tiempo de decir ni pío. A los

[23] Se refiere toscamente al cuadro de Pierre Auguste Renoir (1841-1919), *Le Moulin de la Galette*, pintado en 1876. Renoir era francés, nacido en Limoges, y no holandés como dice el texto. Tampoco estuvo loco; por el contrario, a causa de una parálisis, pasó sus últimos años en un sillón de ruedas, sin dejar por ello los pinceles. La señora Milagros lo confunde con Van Gogh.

[24] Dícese de la persona falta de sensibilidad.

pocos minutos oyó las voces del viudo y del sobrino de la boca, que hablaban de negocios en una habitación vecina.

Después de aquel día volvió Camilo otros varios a casa de Rosaura, pero a Rosaura no volvió a verla. En vano aguardó su aparición. En vano, al salir y al entrar, escudriñaba puertas y ventanas. De la joven, ni la estela de su perfume. ¿Dónde estaría? ¿En qué profundidades de la mansión, en qué reconditeces de la planta alta? ¿Y qué haría? ¿Leería? ¿Escucharía música? ¿Y por qué no se ponía en el vestíbulo, o no se asomaba a alguna ventana, de modo que él pudiese verla, aunque fuera fugazmente y desde lejos? ¡Porque él había quedado tan impresionado! ¡Le parecía que entre los dos había nacido tal simpatía! ¿No quería ella, entonces, volver a conversar con él?¿O estaría enferma? O quizás habría salido de viaje.

Cuando Camilo me contaba todo esto, yo pensaba: vea, vea qué castillos construye un hombre, y más si es un hombre solitario, en cuanto una mujer le ha demostrado algún interés, alguna amabilidad. En seguida hacen una novela. En seguida creen que la mujer está loca por ellos. Por eso, como yo digo siempre, la mujer, si no anda el amor de por medio, que no le dé a un hombre ni la extremaunción, porque si no, el hombre se cree con derecho a todo. El caso de Rosaura y Camilo terminó siendo diferente, pero yo hablo en términos generales y pensando, sobre todo, en todo lo que significó para Camilo su primera conversación con Rosaura, una conversación que a lo mejor, para ella, no significó nada, porque se puso a hablar con él de puro aburrimiento.

Sigo con la historia. A la que Camilo veía siempre era a la vieja. Pero a la vieja no le preguntó una sola palabra. Hasta que llegó el día en que la restauración de los cuadros quedó lista. Ese día el viudo se acordó de hacerse otra vez el amable, se declaró satisfechísimo de la labor de Camilo, y le pagó espléndidamente. Camilo le entregó su tarjeta.

Y ya guardaba sus cosas, y ya se despedía mentalmente de la joven rubia y dulce, cuando el viudo, que seguía mirando la tarjeta, dijo:

—Leo aquí que usted se especializa en retratos al óleo.

—Ajá.

El otro se quedó un rato silencioso. Luego se rascó la barba y murmuró:

—Estaba pensando… —y como quien se decide a algo, agregó en voz alta—. Me gustaría que usted pintase el retrato de un miembro de mi familia. Sería un modelo vivo, esta vez. Me gustaría un retrato del mismo tamaño del de mi difunta esposa y, si es posible, de un estilo pictórico semejante. Quiero decir: así, impresionista.

A Camilo se le empurpuró la cara de contento. Porque lo primero que pensó fue que el miembro de la familia a que se refería el viudo era la hija, esto es, la joven que él conocía. Porque el viudo no iba a gastar plata en un retrato de la cuñada (sí, con las ganas que tendría de verla, personalmente o en pintura) y menos del sobrino, con aquella boca que iba a parecer una mancha en medio del cuadro.

—Bien, ¿qué me contesta?

Ya se imaginará lo que le contestó Camilo: que sí, que de mil amores.

Librodot

Quienquiera fuese el modelo, lo que importaba era seguir yendo a aquella casa.

—Se trata de mi hija —continuó el viudo, que parecía que le leía los pensamientos a Camilo—. Es muy parecida a la que fue su madre. Ya lo comprobará cuando la conozca.

Camilo sudaba de gozo. ¡Era ella! ¡Y no le había dicho nada, al padre, que ya se conocían!

—Usted podría venir, digamos una vez a la semana, o dos veces. Eso ya se verá. No más de una hora por día, con algún intervalo. Es una muchacha un poco delicada.

—Sí, señor. Sí, señor —repetía Camilo, radiante.

—El lugar, el traje, la luz, la pose, ya lo arreglarán ustedes dos. Entonces, lo espero el lunes que viene, a la hora de siempre. Creo que es una buena hora. Hay luz natural. Le mandaré el auto —y todavía, sonriéndose, le hizo una broma—. Doy por descontado que no tendré que llamarlo, de aquí unos años, a que restaure el cuadro.

De lo que cobraría Camilo, ni una palabra. El viudo era de esos ricachones que creen que pedir precio por adelantado es una falta de educación.

Bien, señor. Abreviaré. La persona cuyo retrato debía pintar Camilo resultó ser, como él ya lo había adivinado, la muchacha rubia, o sea Rosaura. Y todos los lunes él fue allá a pintar el retrato de Rosaura. Lo pintaba en la misma salita donde había hecho el otro trabajo. Rosaura, vestida con un traje de fiesta, sentábase en un sillón, junto a una ventana. Y él la retrataba de tres cuartos de perfil. Pero no estaban solos, no vaya usted a creer. La tía también venía y se quedaba de centinela toda la tarde. La mandaría el viudo para que vigilase, o porque le parecería mal que su hija estuviera a solas con un hombre. ¿Qué se pensaba? ¿Que Camilo iba a retratarla desnuda, o que iba a aprovecharse de la ocasión para cometer con ella alguna fechoría? Y si pensaba que la vieja servía de algo, estaba frito. Porque la vieja en seguida cabeceaba y se dormía como un tronco. Camilo dice que se dormía. Yo no sé. Me hubiera gustado ver si estaba tan dormida como aparentaba. En cuanto al viudo, no aparecía nunca. El que sí se asomó una vez, fugazmente, fue el de la boca.

El resto usted ya se lo imagina. A lo largo de las sesiones de pintura, Camilo y Rosaura se enamoraron uno de otro como dos chiquilines. A Camilo Rosaura lo enajenaba. Aquella joven tan dulce, tan buena, tan discreta, lo elevaba al séptimo cielo. Si ya el primer día le había causado tal impresión, figúrese después que se trataron, se conocieron y, hasta cierto punto, rimaron. Cualquier cosa que hacía Rosaura a él lo ponía en la gloria. Ella lo miraba, o le sonreía, o movía un dedo, o se rascaba la nariz, y él sentía que desbordaba de ternura. La misma fragilidad de Rosaura, aquella delicadeza, aquella transparencia de carácter que la volvía más rubia y más blanca todavía, le hacía sentir deseos de protegerla, de cuidarla, de mimarla. Le preguntaba a cada rato: “¿No está cansada?”, y cuando ella, con una sonrisa de virgen le contestaba que no, él sentía deseos de ir a sentarse a sus pies y abrazarle las rodillas. Me hago cargo. A los cuarenta años era su primer amor, el primer amor verdaderamente grande que le brindaba la vida.

Librodot

¡Pobre Camilo! Le parecía imposible.

Y Rosaura también, también Rosaura se enamoró como una loca de él. Y la pasión, primero tímidamente, luego irresistiblemente, estalló entre ambos como un incendio. Fue un caso de esos que salen en las novelas. Camilo aguardaba la llegada del lunes como quien aguarda que le entreguen una herencia. Y Rosaura lo mismo. Y apenas se encontraban en la salita, apenas se miraban y se saludaban, sentíanse como afiebrados y les bastaba decirse cualquier cosa baladí, "Hoy es un lindo día", o "Qué le parece si corremos esta cortina", para embriagarse como con mil ternezas y salirse ambos de quicio. Y en cuanto la vieja se dormía... No, no, no vaya a creer que corrían el uno a los brazos del otro a besarse y a murmurarse te quiero y te adoro. Tanto no. Pero se miraban, esta vez en otra forma, largamente, fijamente, como si estuvieran concertando un pacto, y suspiraban, y Camilo musitaba alguna palabrita de amor. Y cuando por ahí Rosaura, aburrida de estar tanto tiempo sin moverse, se levantaba del sillón, y hacían una pausa, se juntaban los dos. Él le tomaba una mano, y cuchicheaban brevemente. Y entretanto la vieja roncaba, o fingía roncar. Y con todo aquello la pintura del retrato avanzaba lentamente, porque Camilo, en realidad, sólo pintaba en firme cuando la vieja estaba despierta.

Pero ambos no se sentían tranquilos. Temían la aparición, en cualquier momento, de alguien, del padre, sobre todo. Y esa zozobra les amargaba la dulzura de quererse.

—¿Y por qué, vamos a ver, por qué? —dije yo—. ¿Acaso hacen algo malo? ¿Acaso enamorarse es un delito?

No, pero a Camilo le parecía que aquel amor no podía ser.

—¿Y por qué no puede ser?

¡Rosaura era tan rica, y él tan pobre! ¡Sus mundos respectivos eran tan distintos!

—¡Qué disparate! —dije yo—, Pero tratándose de usted, no me extraña. Seguro que se sentirá como un miserable, como un gusano, en la mansión aquella. Seguro que cree que porque se enamoró de Rosaura, y Rosaura de usted, han cometido un crimen, y el padre llamará a la policía.

Pero no era sólo él. Ella también andaba siempre sobresaltada, temiendo a cada rato que alguien los oyese o los sorprendiera en actitud equívoca. Parecía, pues, que también para ella aquel amor era una cosa que había que mantener oculta.

—¡Qué disparate! —dije yo—. Lo que pasa es que ella es muy tímida, nada más. Si cualquier muchacha que anda afilando[25] con un hombre tiene miedo de que la vea el padre, imagínese ella, y más si el padre es tan terrible como usted dice.

Fuese por lo que fuese, Rosaura no se atrevía a hablar con él, personalmente, todo lo que deseaba. Y entonces, para desquitarse, resolvió escribirle. Y todas las semanas, en efecto, le escribía ella una carta. Y éstas

[25] *Afilar* es un argentinismo por "flirtear", "andar noviando". Denevi pretende, con el uso de este ya olvidado vocablo, señalar que la señora Milagros, a pesar de conservar su gracejo madrileño, ha incorporado a su léxico algunas palabras del lenguaje popular de Buenos Aires.

Librodot

eran las cartas rosas que llegaban los miércoles a *La Madrileña*, y cuyo contenido, cada vez más apasionado, dibujaba la curva de su amor. Y si él no le enviaba, a su vez, otras tantas, era porque el padre revisaba toda la correspondencia. Y en este punto de su idilio andaban cuando Rosaura olvidó poner en el octavo sobre el nombre del destinatario, y pasó lo que usted ya conoce.

—¡Ah, don Canegato, don Canegato! —dije, cuando él terminó de hablar—. ¡Qué rica aventura la suya! ¡Qué cosa que me parece tan a la antigua, tan de otros tiempos, no como los noviazgos de ahora! ¡Lo felicito! ¡Ay, si a esa Rosaura le he tomado ya una simpatía! ¡Y yo que sospechaba que fuese una aventurera! Éstas, en cambio, creían que era una vieja solterona, a pesar de que…

Como caí en la cuenta de que, si seguía por ahí, iba a descubrir que teníamos leídas todas las otras cartas de Rosaura, cambié de tono:

—¡Y usted, parece mentira, sin decirme nada!

—Es que —repuso él—, usted sabe, señora Milagros. Como se trata de algo que todavía no es formal…

—¿Cómo que no es formal? ¿O usted la quiere a Rosaura para otra cosa que no sea el matrimonio?

—No, yo no me refiero a eso. Digo que es algo que sólo ella y yo sabemos.

—Y ahora lo sabemos también nosotras, que es lo que corresponde.

—Sí, pero nadie más.

—¡Don Canegato! ¡A ver si se piensa que somos unas charlatanas!

—No, pero la carta de hoy…

—La carta de hoy, nada. ¿Usted lo dice por los otros huéspedes? No están enterados de nada. Lo único que saben es que usted recibió una carta, que la carta es una carta de amor y que la firma una tal Rosaura. Y aunque sepan todo lo demás, ¿qué hay de malo?

—No me gustaría, porque…

—¿A qué viene tanto misterio alrededor de Rosaura?

—Es que no quisiera que todo el mundo…

—¡Y dale con todo el mundo! ¿Nosotras somos todo el mundo?

—Confío en ustedes.

—No, si vamos a ir a divulgarlo por toda la ciudad.

—A Réguel no le digan nada.

—Ni a Réguel ni a nadie. ¿Y por qué a Réguel? ¿Se piensa que vamos a contarle a Réguel más que a los otros? Y ahora, basta de charla y a dormir, que es muy tarde. Don Canegato, buenas noches y nuevamente mis felicitaciones. ¡Estoy tan contenta! Ya la quiero a su Rosaura como a una hija. Ah, y cada vez que la vea, déle nuestros saludos. Me imagino que le habrá dicho que nosotras somos como una familia para usted. Buenas noches. Y usted, quítese de la cabeza esas ideas de que Rosaura es demasiado para usted. Buenas noches.

Librodot

Al levantarnos para irnos a dormir vi que, durante todo aquel tiempo, la mucama había estado en un rincón del comedor, oyendo todo el relato de Camilo y nuestra conversación.

—Hija mía —le dije—, no repita a nadie ni una sola palabra de lo que aquí se habló.

La pobre es un poco tonta y algo sorda. No creo que oyese mucho. A mí, al menos, pareció no oírme. No me contestó y se fue en silencio a su cuarto.

A partir de entonces Rosaura estuvo presente en nuestras conversaciones y en nuestro propio corazón. Acabamos por quererla como a una persona de la familia, como si la conociéramos, nada más que por saberla novia de Camilo. Bueno, novia, novia, no lo era aún. El padre ignoraba todo. En serio no habían hablado todavía. Pero se amaban locamente. Y eso era decir más que decir que estaban ennoviados y comprometidos para casarse. Cada lunes, a la noche, preguntábale yo cómo le había ido esa tarde, qué habían conversado. Y él me lo contaba todo, punto por punto.

Le diré que, a despecho de nuestra discreción, los demás huéspedes terminaron por enterarse de todos los detalles del idilio. Esas cosas no se pueden ocultar. Usted no sabe cómo, pero a la final todos saben todo. Y claro está, no dejaban de poner su cuchara.

—¿Qué tal van, qué tal van esos pinceles enamorados? —le decían los menos atrevidos, porque los otros... Coretti, pongo por caso, le hacían cada chiste, que el pobre Camilo se ponía de mil colores.

Las muchachas se lo pasaban espiándolo. Que hoy ha vuelto más tarde. Que ayer parecía triste. Y que Rosaura debe de ser linda. Y que no, que es fea. Matilde, sobre todo, se había ensañado con Rosaura. No había forma de quitarle de la cabeza la idea de que la otra estaba obligada a ser una mona.

—Dígame, Camilo —le dije un día a nuestro hombrecito—, estamos que nos perecemos de curiosidad por conocer a Rosaura. No, no ponga esa cara de susto. No pretendemos conocerla personalmente, todavía. Más adelante se verá. Digo que nos gustaría que nos trajese alguna fotografía de ella. ¿Por qué no se la pide?

—Este, no será necesario, porque...

Vea usted qué picaro. Resulta que el retrato de Rosaura estaba casi terminado, pero Camilo, para prolongar las ocasiones de meterse en la casa del viudo y platicar con Rosaura, eternizaba falazmente los retoques y nunca acababa de dar la última pincelada. Como el padre no venía a inspeccionar el trabajo, y la vieja no entendía de esas cosas (o se haría la que no entendía ni veía nada. A mí con ésas), la superchería pasaba inadvertida. Y entretanto Camilo pintaba otro retrato de Rosaura, más pequeño, para guardarlo como recuerdo. En cuanto la vieja cabeceaba y cerraba los ojos, sacaba él el cuadrito del valijín y le daba a los pinceles. Un rato antes de terminar la labor del día volvía a esconder el retrato pequeño y seguía, o hacía como que seguía, con el grande. Rosaura se reía y aprobaba. A pesar de la premura y sobresalto con que lo pintaba, el cuadro pequeño, como hecho con más amor, con mayor interés, salía mejor que el otro. “Cuando te vayas”, escribíale Rosaura en una carta, “tendrás ese recuerdo mío. Y hasta le pondré una dedicatoria. Y desde el cuadro, glorificada por tu arte, te

Librodot

contemplaré eternamente y no podrás olvidarme jamás". Una leve insinuación para que él fuese pensando en el día en que dejaría de concurrir a su casa y para que, en consecuencia, tramase ya la forma de seguir viéndose. Así se lo hice notar a Camilo, que se quedó sorprendido: no había pensado que tal podría ser la intención de Rosaura.

—Y otra cosa —le dije—: en cuanto el retrato esté listo, el retrato pequeño, digo, pues lo trae por aquí. A falta de fotografía... Aunque ya sabemos que usted hace unos retratos que son como fotos.

Y así fue. Una noche vi que entraba en casa con un envoltorio chato y rectangular, que metía furtivamente en su cuarto. En seguida supe que era el retrato de Rosaura. Puse sobre aviso a mis .hijas, y en un momento en que nadie nos oía le pregunté a Camilo:

—¿Lo trajo?

—Sí —susurró, mirando miedosamente en derredor.

—Después de cenar. En su habitación. Cuando los otros se hayan acostado.

Parecíamos dos conspiradores que se pasaban el santo y seña. La cara de Camilo, aquella noche, me hacía la mar de gracia. A cada rato me miraba emocionado, como un chico que sabe un secreto y busca la mirada de la madre. Tal como lo convinimos, una vez que los huéspedes se fueron a dormir, apenas la casa quedó sumida en silencio y oscuridad, yo y mis hijas, como cuatro contrabandistas, nos metimos en la habitación de Camilo.

Él estaba nerviosísimo, todo encendido, las manos enloquecidas. Se hubiera creído que íbamos a cometer entre los cinco un crimen o alguna otra cosa pecaminosa. ¿Usted piensa que había desenvuelto el paquete? No, señor. Lo tenía todavía allí, sobre la mesa de luz, con todos sus papeles y todos sus piolines y, de cuando en cuando, le echaba una miradita.

—¡A ver, a ver! —dijimos. Pero él se puso un dedo en los labios, reclamando silencio—. ¿Qué pasa?

—¿No hay peligro?

—¿Peligro de qué?

—De que alguien venga.

—Pero no, todos duermen. Y si alguien viene, ¿qué hay?

—No, no quiero, no quiero. Ustedes saben cómo son.

—Está bien. Pero si no vendrá nadie. Le digo que duermen.

—¿Réguel también?

—Réguel se fue al cine y no volverá hasta pasada la medianoche.

—¿Y Coretti?

—Ronca como un cerdo.

—¿Y la señorita Eufrasia?

Protestamos a coro, aunque en voz baja:

—¡Por Dios, don Canegato! Duermen todos. ¡Apúrese! ¡Queremos ver el

cuadro!

Tomó el envoltorio, lo depositó amorosamente sobre la cama y empezó a desenvolverlo. Nosotras, muertas de impaciencia, lo rodeábamos y, por encima de su cabeza, nos mirábamos unas a otras, como si nos desafiásemos a ver quién tenía razón. Rosaura hermosa, Rosaura fea. Pero, ¿qué diablos hacía aquel bendito de hombre? ¿Pues no trataba de desatar con las uñas los nudos del piolín? ¡Se necesitaba flema! Le arrebaté el cuadro de entre las manos, con un enérgico tirón rompí los hilos, entre las cuatro lo desmantelamos de papeles, y el rostro de Rosaura apareció ante nosotras.

¿Dice usted que este retrato tampoco ha sido hallado en el equipaje de Camilo? Lástima, porque era una obra de arte. Pero aquella noche nosotras no miramos si estaba bien o mal pintado. Mirábamos únicamente el rostro de Rosaura. Sí, señor. Era hermosa, era hermosísima. En suaves tonos rosas y azules, con reflejos dorados, el cuadro reproducía la imagen de una muchacha rubia, de ojos celestes, de boquita pequeña y roja, y con una expresión tan dulce en toda la fisonomía, de tanta bondad, de tanta pureza, que parecía esas madonas que nos contemplan desde la cúspide de los altares.

La miramos y nos miramos luego entre nosotras. Mis ojos debieron de expresarles a mis hijas lo que yo pensaba.

—Ahí tienen, tontas, más que tontas —decíales yo—, ahí tienen la mona vieja que ustedes imaginaban. Ahí tienen el esperpento, el adefesio, la solterona que era solterona aunque tuviese veintiséis años.

Mis hijas desviaron la vista y volvieron a contemplar a Rosaura. Estaban las tres mudas de asombro.

Camilo, colorado hasta más no poder, también miraba el retrato con una sonrisita tímida. No se atrevía a volver los ojos hacia nosotras. Se sentiría avergonzado, como si Rosaura estuviese allí de cuerpo presente y acabara él de presentárnosla. Sí, hermosa, hermosísima. Y buena. Ah, sí, se notaba a la legua que era una muchacha callada, sumisa, criada entre cuatro paredes. Una flor de invernadero. Realmente mejor de lo que yo pensaba. Y vea usted, con toda su belleza, con toda su riqueza, con toda su bondad y toda su juventud, se había enamorado de Camilo, de ese hombrecito que vivía en mi casa, al alcance de mi mano, durante tantos años.

—Don Canegato —dije solemnemente, y él intentó mirarme, pero en seguida fijó los ojos en el suelo, y le corrieron gruesas gotas de sudor por la frente, Rosaura es preciosa. Lo felicito.

Clotilde y Enilde asintieron con grandes palabras calurosas, en las que yo adivinaba una punta de arrepentimiento por haber pensado tantas atrocidades de Rosaura. Claro que Enilde, siempre traviesa, no dejó de hacer de las suyas.

—Camilito —dijo—, aquí Rosaura es realmente hermosísima. Pero usted, ¿eh? ¿no la habrá hecho un poquito más hermosa todavía?

—Calla, calla —la atajé yo—. Como si no supieras que Camilo, cuando pinta un retrato al óleo, no le deja faltar nada a la verdad. Acuérdate del retrato que nos hizo a nosotras. ¿Te ha hecho a ti más linda, o te sacó tan

Librodot

fea como eres?

—Bueno, pero este caso es distinto, mamá —intervino Clotilde, mientras le bailoteaban de malicia los ojos—, porque aquí se justificaría que el retrato no fuese del todo fiel, ya que Camilo ha mirado al modelo con la óptica engañosa del amor.

—¿Qué diablos estás diciendo? —le dije en voz baja, echándole una mirada terrible—. Mira, no empieces con tus teorías y tus frases de novela, hazme el favor.Y me parece que no es muy cortés de parte de ustedes que se pongan a dudar de que Rosaura sea tan hermosa como la pintó aquí Camilo. ¿O qué se piensan, que sólo ustedes… ?

Enilde se rió y tomó de un brazo a Camilo:

—Pero no, si lo decíamos en broma, si Camilo no se ofende. ¡Claro que Rosaura es hermosísima!

Matilde, que había estado todo el tiempo callada, prorrumpió de pronto en un:

—Hermosísima es demasiado.

—¿Por qué demasiado? —le preguntó Enilde, muy divertida.

—Linda, querrás decir. Una mujer rubia y de ojos claros nunca puede ser hermosísima.

¡Dios mío, que escándalo de muchachas! Se ponían a hablar de Rosaura como si Camilo no estuviera allí oyéndolas.

—¡Matilde, Matilde! —le dije por lo bajo, pellizcándola.

Pero ella, volviéndose hacia mí, y descubriendo de paso mi intervención, respondió, toda encocorada:

—Mamá, la verdad no debe molestar a nadie. Si digo que Rosaura para mí es sólo bonita, es porque…

—Es porque vos no la miras con la óptica engañosa del amor —concluyó Enilde, riéndose.

—¡Callate, mocosa! —gritó Matilde, en medio del silencio. ¿Pero no irían a pelearse, aquellos tres demonios?

—¡A callar! —grité yo a mi vez pero en voz baja—. ¿O quieren que se despierte todo el mundo, y vegan a meter sus narices, y el pobre Camilo, contra sus deseos, se vea obligado a exhibir el retrato de Rosaura como si fuese un diploma?

Camilo, para alejar la tormenta, dijo suavemente:

—Aquí, este, aquí puso una dedicatoria.

Dio vuelta el cuadro, y en el reverso vimos que, en efecto, Rosaura había escrito, con su letra redonda tan conocida de nosotras: “A Camilo, con todo mi amor, Rosaura”.

Y en eso estábamos, señor, en eso estábamos, inclinadas las cuatro sobre el retrato, leyendo la dedicatoria, cuando de pronto la puerta —que nadie pensó cerrar con llave— se abre violentamente, aparece David Réguel, las cuatro nos incorporamos, nos abrimos como los pétalos de una flor,

Librodot

ponemos al descubierto el cuadro, David Réguel se entra de rondón en la pieza, ve el cuadro, lo toma, lo alza, lo mira y exclama:

—¿Qué es esto? "A Camilo, con todo mi amor, Rosaura". ¡Qué me dice! ¿Así que ésta es Rosaura? ¿Y lo pintó usted? ¡Pero qué bien! ¡Lo felicito, che, lo felicito! ¡Qué preciosura de mujer! Y me parece cara conocida. Y ahora dígame, ¿no tendría una aspirina? Volví del cine con un dolor de cabeza bárbaro, y como vi luz en su cuarto…

No creo que sea necesario decirle que, al día siguiente, todos estaban enterados de que Camilo había traído un retrato al óleo de Rosaura. Y, claro está, no iban a quedarse con las ganas, todos quisieron verlo. Se metieron en la habitación del pobre cristo como en un negocio en liquidación. Y los hubiera usted visto, con las narices en el rostro de Rosaura, echados sobre su imagen como queriéndosela comer, como si, en cambio de un cuadro, aquello fuese la mismísima Rosaura en carne y hueso. Y los comentarios, los hubiera usted oído, no se cuidaban ni poco ni mucho de ofender al novio; las opiniones, las conjeturas, las preguntas con doble intención. Que tiene ojos de esto, que tiene boca de lo otro, ay señor Canegato qué joven ha ido a buscársela, ay querido cómo harás para cuidar tú solo de esta ternera, y ay de lo que aquí, y ay de lo de allá. ¡Qué amigos tienes, Benito, qué amigos tienes!

El pobre Camilo sudaba de agonía. Le parecería que le manoseaban a Rosaura. Y ese incordio de Réguel, repitiendo a cada rato, aposta:

—Me parece conocerla, me parece conocerla.

Cada vez que lo decía, Camilo volvíase pálido como un muerto. A mí me daba miedo ver cómo se le apagaba hasta el último tornasol de la cara. Pero si no era verdad. Qué iba a conocerla. Lo decía nada más que para clavarle una banderilla y darle celos y hacerlo sufrir. Porque al abate Pirracas, lo mismo que a Coretti y a Hernández, les fastidiaba ver que aquel hombrecito se había conquistado una mujer tan hermosa.

La única que no acudió a contemplar el cuadro fue la señorita Eufrasia. Cuando en su presencia se hablaba del asunto, poníase a leer el diario o una revista cualquiera. Pero un día no pudo más. Un día en que me vio que yo estaba sola en el cuarto de Camilo pasándole un plumero a los muebles, claudicó.

—Ah, ¿estaba usted allí, querida? —me dijo, con una vocecilla de mascarita—. Andaba buscándola. Permiso.

Y se metió lo más fresca en la habitación. Yo me coloqué de modo que si me hablase tuviera que darle la espalda al retrato. Pero aquella serpiente tiene más recursos que un mago de feria.

—Por favor —me dijo, siempre con su vocecita—, ¿quiere colocarme este aro, que yo no puedo?

Y claro está, para presentarme la linda orejita donde yo tenía que ponerle el aro, volvió de lado la cara, y así, como quien no quiere la cosa, pudo mirar a sus anchas y por un rato el cuadro. Y lo miraba con expresión de inocencia, como si mirase la pared, como si no aguardase sino a que yo terminara de colocarle el arito. A mí esas maniobras me sacan de quicio. Le clavé el pendiente en el lóbulo de la oreja, que no sé cómo no le brotó sangre.

Librodot

Le debe de haber dolido, pero ni se movió. Cuando terminé, me miró sonriendo y, como si tal cosa, me dijo:

—Muchas gracias. Muy amable.

E hizo como que se iba. ¡Ah, no, aquello era demasiado!

—¿Y? ¿Qué le pareció? —le pregunté, mirándola con sorna.

Puso cara de estúpida:

—¿Qué me pareció el qué?

—Lo que ha estado mirando mientras yo le ponía el aro.

—Oh, no, no miraba nada. No sé. ¿Qué es? —y lo decía con una cara de niña inocente, meneando la cabeza y abriendo unos ojos redondos de vaca. Con gusto le hubiera dado dos cachetes. Y miraba para todos lados, menos para el sitio donde estaba el cuadro.

—Allí —le contesté—. Allí, señorita Eufrasia, sobre la mesa de luz.

Se volvió apenas, le echó al retrato una ojeadita rápida e indiferente, como si yo le hubiera mostrado una mancha en el piso, y murmuró, ahogando un bostezo.

—Ah, sí. Pero como yo no entiendo de pintura…

Dio media vuelta y se fue. ¡Mujer inaguantable!

Mis hijas, ni con la efigie de Rosaura delante de los ojos se dieron por convencidas. Ahora le buscaban otro pie al gato.

—Algo raro hay en este idilio —decía Clotilde—. No es posible que una mujer joven, hermosa, rica, se enamore hasta ese punto de Camilo. ¡Vamos, como si faltasen hombres!

—Claro que hay algo raro —asentía Enilde—. Será renga, tuberculosa, o algo así.

—O será una marmota que ha vivido siempre enclaustrada —decía Matilde—. De esas santitas que se enamoran del primer hombre que ven.

—No tan santita —le respondía Enilde—. Bien que ha escrito unas cartas de amor…

—Eso no quiere decir nada —decía entonces Clotilde, saliendo con otra de las suyas—. Acuérdense de la monja alcanforada.

Yo, por mi parte, hubiera querido echarle un vistazo al palacete donde vivía Rosaura. Pero ya le dije que Camilo ignoraba, o hacía como que ignoraba, la verdadera dirección de la muchacha, pues él iba y venía en el automóvil del japonés. Nosotras sospechábamos que era un recurso para evitar que nos metiésemos en sus cosas, porque mire si no iba a saberlo.

Intenté atacar por otro lado.

—Pero dígame —le dije una noche—. Rosaura, ¿cómo se llama?

Abrió tamaños ojos.

—¿Cómo se llama? Pues, Rosaura.

—¡Quién sabe! ¿Está seguro? ¿No sera un seudónimo? ¿Y el apellido?

—¿Qué se propone?

—Por Dios, Camilo, ni que desconfiase usted de mí. Quédese con su Rosaura en mala hora. No pienso preguntarle cosa alguna.

—No, no se enoje, señora Milagros, pero…

—¿Pero qué?

—La verdad, no sé el apellido.

—No le creo.

—No, no lo sé, se lo juro.

—¿Y nunca se lo ha preguntado?

—Sería una indiscreción.

—¿Cómo, una indiscreción? ¿Está usted mal de la cabeza? ¿Preguntarle a la novia qué apellido tiene es una indiscreción? Vamos, lo que pasa es que no quiere decírmelo.

—Pero no, no.

—¿Y el teléfono? ¿Qué número de teléfono tiene?

—No tiene teléfono.

—No van a tener, con los ricos que son. Lo que usted no quiere es que Rosaura nos conozca. Se avergüenza usted de mí y de mis hijas, que es como si se avergonzara de su familia. Claro está, como ella es una aristocratesa, tiene miedo de que no sepamos tratarla y cometamos algunas barrabasadas.

—Pero no, señora Milagros, le juro que no.

"Le juro que no", pero la dirección no la soltaba. Y esto después de doce años. La reserva, la desconfianza, el susto que mostraba, como un gato sus uñas, cuela vez que hacíamos el más leve intento de acercarnos a Rosaura, robustecía las sospechas de mis hijas.

—Les digo que ella es renga —insistía Enilde— o por lo menos sorda.

—Algún defecto tendrá —añadía Clotilde—, y Camilo no lo dice.

Pero no era eso lo que yo pensaba. Lo que yo pensaba que era que él quería mantener su idilio apartado de nosotras, de David Réguel, de Coretti, de toda la gente de *La Madrileña*. De los otros, vaya y pase. Al fin y al cabo, siempre lo habían tratado mal. ¡Pero de mis hijas! ¡Y de mí, señor, de mí!

Un lunes a la noche lo hallé medio alicaído.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Ocurría que aquella tarde, de sopetón, había aparecido el enlutado a inspeccionar el trabajo, y al ver el retrato había dicho:

—¡Pero esto ya está terminado!

Rosaura se había puesto pálida. La vieja se había despertado y, no sabiendo qué hacer, se levantaba y volvía a sentarse como veinte veces. Y Camilo había balbuceado:

—Falta una mano de barniz.

Librodot

—Entonces, el lunes que viene usted terminará —dijo el padre, como quien da una orden. Y Camilo contestó:

—Sí, señor.

Y ahora ni él ni Rosaura sabían qué partido tomar.

—A usted le toca adoptar una decisión —le dije yo.

—¿Una decisión? ¿Qué decisión?

—Hombre, ¿y todavía lo pregunta? Hablarle al padre. ¿O no tiene usted agallas para decirle francamente que usted y Rosaura se quieren y pedirle permiso para seguir visitándola? En estas cosas, mi querido don Canegato, hay que proceder a bandera desplegada.

—Es lo que yo le insinué a Rosaura en cuanto se fue el padre. Pero, apenas se lo dije, me lo prohibió terminantemente, por lo menos hasta que…

—¿Hasta que qué?

—Hasta que ella arregle otro asunto.

—¿Otro asunto? ¿Qué asunto?

—No quiso decírmelo.

Aquello olía mal. El padre. Seguro que era el padre. Ese miércoles llegó otra carta de Rosaura, en la que ella había escrito: “El lunes próximo será quizá la última vez que, al menos por un tiempo, vengas a casa. Por razones que algún día sabrás, es imposible que nos encontremos fuera. Si alguien nos viese juntos, ocurriría una desgracia que quiero evitar. ¡Pero te amo, te amo, te amo! Te amo cada vez más. Cada nuevo obstáculo, cada nueva prueba acrecienta mi amor”. Y luego, con grandes letras mayúsculas y todo subrayado: “Paciencia y esperar”. ¿Qué significaba aquello?

El lunes la entrevista fue breve y dolorosa. Camilo estaba solo en la sala de pintura, dando el último toque al retrato. Nadie aparecía, ni Rosaura ni la vieja. Al fin, cuando ya Camilo no podía más de desesperación, vino Rosaura. Parecía toda desasosegada, toda trémula.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —le pregunto Camilo, tomándole las manos.

—Yo te haré llegar mis noticias —contestó ella, en un murmullo. Tenía la voz engolada, como persona que retiene el deseo de llorar.

—Y entretanto, yo ¿qué debo hacer? —insistió Camilo.

—Nada, nada, sino esperar.

—¿Pero esperar qué?

—No me lo preguntes. Ya te lo diré a su debido tiempo.

—Pero entonces, ¿es esto una despedida?

—¡Oh, no, no! —protestó Rosaura, vehementemente—. Pronto, pronto se arreglará todo, y volveremos a vernos, a estar juntos, a ser felices. Ahora es necesario esperar.

—Pero esperar así, en el vacío —dijo Camilo—, sin saber qué tengo que esperar, es la peor de las esperas.

—Yo te llamaré —exclamó Rosaura—. Sé donde vives, y cuando llegue el momento oportuno te avisaré. Antes…

—¿Antes?

—Nada, nada. Seré tuya y no de otro. Adiós.

Y con un movimiento brusco, como quien de golpe rasga una tela, dio media vuelta y se fue.

Camilo quedóse lelo, cadáver el espíritu, el cuerpo sin fuerzas ni para pestañear. Las últimas palabras de Rosaura seguían sonándole en los oídos: "Seré tuya y no de otro". Otro, otro… ¿No estaría allí la clave de todo? Mil ideas distintas, a cual más disparatada, abejeábanle en la cabeza.

Comenzó a guardar lentamente sus cosas. Pasó un buen rato, y nadie venía. A él le pareció que había pasado media hora, pero serían diez minutos. La casa estaba sumergida en un silencio de muerte, como si estuviera en el fondo del mar. Camilo no sabía qué hacer, si quedarse allí esperando, o empezar a los gritos, o salir y alejarse de aquella casa para siempre. Se le ocurrían cosas absurdas. "Rosaura ha muerto", pensaba. "Me han encerrado con llave". "Están tramando matarme". Del botón en la pared ni se acordó. Al fin apareció la vieja, con un sobre en la mano, que entregó a Camilo. Eran sus honorarios, que el viudo se los mandaba así, como si él fuese un mendigo a la puerta. Tomó el sobre como un autómata. No le interesaba ese dinero. Ese dinero ni ningún dinero. Ni nada ni nadie, excepto Rosaura. Debió de poner, pienso yo, una cara tan cómicamente triste, que la vieja se sonrió. Él se aferró a esa sonrisa como el náufrago a la tabla. La momia podía tener buenos sentimientos y convertirse en una aliada eficacísima.

—Señora —le dijo Camilo. Le hubiera dicho "señorita", el muy pelma[26]—, yo querría… Rosaura y yo…

—Ya sé, ya sé… —asintió la vieja, sonriéndose siempre y moviendo gravemente la cabeza como un cura. Fíjese, sabía todo. ¡Y se hacía la dormida! ¡Lo que no harán las viejas para apañar los amores de los jóvenes!—. Confíe en Rosaura. En Rosaura y en mí —agregó, tanto como darse importancia.

—Sí, pero ella me ha dicho… ¡Estoy desesperado!

Y debió de demostrar tan a las claras que sí, que estaba desesperado, que la vieja, después de cerciorarse de que nadie estaba acechando detrás de la puerta, se le acercó y le murmuró al oído:

—Es mi cuñado —¿no lo había adivinado yo?—. Se opone a que usted y ella… Apenas Rosaura le dio a entender ayer que entre ustedes dos había cierta simpatía —era un amor rabioso, y lo llamaba "cierta simpatía"—, se encolerizó terriblemente. Dice que no permitirá que su única hija se le vaya tras de un pintor, tras de un bohemio que le hará pasar hambre. Fue toda una escena.

¡Y con qué delicadeza se lo decía a Camilo! Él, oyéndola, sintió que la piel se le erizaba como en un golpe de fiebre.

[26] Apócope de *pelmazo*, persona lenta o pesada en sus acciones.

Librodot

—Además —prosiguió la vieja, ligerito, con una voz afiladita, encantada de la impresión que sus palabras causaban en el otro—, lo grave es que Rosaura ya está de novia.

Camilo lanzó un gemido de angustia.

—Sí, con un primo segundo, usted debe de haberlo visto alguna vez, un muchacho de labios gruesos… —¡era el de la boca en forma de tajada de sandía!—. Pero Rosaura no lo quiere. Es un hombre que no sabe hablar sino de negocios. Ella lo quiere sólo a usted. Pero no se preocupe, el padre cederá. Entre Rosaura y yo iremos convenciéndolo, y como adora a mi sobrina, terminará por hacer lo que ella quiera. Tiempo al tiempo.

Seguro que la vieja intervenía en favor de Camilo sólo para llevarle la contraria al cuñado.

—Sí, pero entretanto yo… —dijo Camilo.

—Usted no intervenga, por ahora. Sería peor. Espere a que Rosaura o yo le mandemos una carta a su casa, avisándole, o me dé yo una vueltita por su taller. Ya encontraremos la manera de tenerlo al tanto —y como Camilo intentase hablar, añadió—. Déjelo por nuestra cuenta.

Y levantó una mano. Parecía que le daba la bendición. Él, sintiéndose despedido, tomó su valijín, saludó y se fue. Cuando pudo serenarse vio que el chofer japonés lo miraba y le decía:

—Hemos llegado, señor.

Estaban detenidos frente al taller de la calle San Martín.

—¡Ah, de modo que era eso! —exclamé—. Ya me parecía a mí. Pero no sea usted tonto. No le haga caso a Rosaura, y menos a la vieja reblandecida de la tía. Yo, de usted, pues iba allá a defender mi causa, y a hablar con el padre, y enfurézcase él, y rabie el primo segundo, y arda Bayona[27], pero no iba a dejar a la pobre muchacha que se enfrentase sola con el viudo, con el que poco podrá luchar, siendo él el padre y ella la hija. Él le pegará cuatro gritos, y ella tendrá que callarse. En cambio usted, de hombre a hombre…

—Si por mí fuera, señora Milagros… Pero Rosaura me dijo que mi intervención sería contraproducente, y la tía también.

—¡La tía qué sabe! Y en cuanto a Rosaura, no le ha dicho nada. Lo que ocurre es que ella quiere ahorrarle a usted todo disgusto y cargar ella sola con la parte ingrata.

—No sé, no sé…

—¿Pero va a dejar que la obliguen a casarse contra su voluntad, como si fuera una esclava mora? ¡Y con quién, Dios me ampare, con quién! Con aquel fulano de la boca, que nada más que de pensar que va a besarla, a mí me pondría demente. Oiga, ¿quiere que yo lo acompañe? Pues vamos juntos los dos allá, y ya verá usted…

Me interrumpió, enojadísimo:

—¡Señora Milagros! ¡Lo que faltaba! ¿Quiere echarlo todo a perder?

—¡Don Canegato! — no pude menos que exclamar, mirándolo estupefacta.

[27] Arda Troya. Expresión que indica el propósito de hacer algo sin reparar en las consecuencias.

Nunca lo había visto así, tan enérgico. Él cayó en cuenta de que se había excedido e intentó remediarlo.

—Nuestra intervención —murmuró— no serviría de nada. Al contrario.

Pero su actitud ya me había herido en lo más hondo del alma. Di media vuelta y salí de su cuarto sin pronunciar palabra.

Durante dos días me desentendí de la maraña de sus amores, tragedias, encuentros y desencuentros. Si una dueña de pensión va a afligirse por todo cuanto le ocurra a cada uno de sus huéspedes, estaría lucida. Claro que no por eso dejé de estar atenta a cualquier novedad que se produjese. Pero de Rosaura no llegaba ninguna noticia. Y él, con una cara larga, andaba de aquí para allá hecho un panadizo[28]. A veces me miraba en una forma que parecía pedirme socorro. Sí, tarde piaste. ¿Ahora te acuerdas de mí? ¿No iba yo a echarlo todo a perder? Pues yo hubiera ido allá y en un periquete lo habría arreglado todo. A mí, enlutados de voz cavernosa y ricachones con portero a la puerta. Con todos sus millones y sus palacios, yo le hubiera enseñado cuánto son dos más dos, le habría hecho batirse su retirada, y les dejaba, a ti y a Rosaura, expedito el camino del altar. Pero no, tú quieres arreglártelas solo. Ya veremos lo que arreglas, como no sea tu sepultura y la de ella.

A los demás huéspedes no se les escapó que el idilio andaba en peligro de naufragio, como que la cara de Camilo, aquellos días, era un aviso luminoso y en colores que proclamaba la tragedia. Y empezaron a hacer conjeturas entre ellos, a espaldas de Camilo.

—¿Vio usted, señor Coretti? —decía la señorita Eufrasia, entusiásticamente—. ¿Vio usted el aspecto de nuestro galán?

—Sí —contestaba el otro—. Anda con el pabellón arriado. ¿Qué le pasa?

—No sé. La que debe saberlo es aquí la señora Milagros, que tanto se interesa por la felicidad de sus pensionistas.

—¿Yo? —contestaba yo—. Yo no sé nada.

Pronto, sin embargo, todos supieron qué escollos amenazaban la aventura de Rosaura y Camilo. Matilde se lo dijo muy en secreto a Hernández, y Hernández, también muy secretamente, se lo confió a Réguel, y Réguel a Coretti, y Coretti a Gavina, y Gavina a Juan Palotes. La única que quedó fuera de la cadena fue la señorita Eufrasia, porque a ésa no hay quien la trague. Y como, por las alusiones, por las medias palabras de los demás, cayó en la cuenta de que todos estaban enterados menos ella, se ofendió teriblemente y anduvo una semana sin hablar con nadie y haciendo unos gestos heridos que eran la mar de cómicos.

Pero cosa singular, señor mío: nadie le dijo una palabra a Camilo, ni para consolarlo ni para mofarse de él. Apenas lo veían, ponían se a hablar de cualquier cosa, entre ellos, y a él hacían como que lo ignoraban. Yo no entiendo de psicologías, pero me llamó la atención aquella actitud en gentes de quienes, ciertamente, yo esperaba otra cosa. Pero no, era como si Camilo los hiciese sentirse molestos o culpables. Parecía que no querían tomar parte en un sucio negocio, que podía traer alguna fea responsabilidad. Así que

[28] Pálido y enfermizo.

Librodot

aparentaban no ver nada ni saber nada del dolor de Camilo, no obstante que él, con su cara mustia, lo ponía bien al tope. Sí, señor, aquella actitud de mis huéspedes me hizo reflexionar largamente.

Hasta que, un lunes, llegaron noticias de Rosaura. Quiero decir, llegó una nueva y última carta suya, la única que la señorita Eufrasia, encerrada en su habitación (seguía ofendida, por lo visto), dejó que yo recibiese de manos del cartero.

Permanecí un rato, de pie en el vestíbulo, con aquel sobre delante de los ojos. ¿Qué diría Rosaura? ¿Diría: "Ya todo está arreglado, ven, te espero", o "Todo terminó entre nosotros"? La impaciencia de saberlo me impulsaba a abrir el sobre, pero otro sentimiento, un sentimiento hasta entonces desconocido para mí, un pudor, una vergüenza, vagamente me hacía ver que aquella carta era sagrada, que abrirla y leerla antes que Camilo era cometer un acto vil, y que él debía ser el primero y, si él lo quería así, el único que se enterase de su contenido. De modo que decidí esperar a que él viniese a comer. Pero tampoco quería entregársela en su propia mano. Cosa rarísima. No podía. Parecíame que aquella carta en la que estaba encerrada no sabía si la felicidad o la desgracia de Camilo, aquella carta en la que estaba escrita la sentencia que lo elevaría a los cielos o lo arrojaría a los infiernos, era algo íntimo, algo secreto, algo inviolable, que sólo a él tenía que ser revelado. Y sentía un desagrado, una irritación, un fastidio, como si alguien quisiera complicarme en un negocio sucio.

¿Pero qué digo? Vea usted. Yo también participaba de aquel oscuro sentimiento que tanto me había asombrado descubrir en mis huéspedes, aquella cortedad que los impelía a hablar de la guerra o de la lluvia en presencia de Camilo, y a no mirarlo, a no darse por enterados de que sufría, de que quizá necesitaba una palabra de consuelo, una de esas palabras hermosas que se dicen en las novelas, pero que en la vida diaria nadie se siente capaz de pronunciar. ¡Ah, misterios de este pícaro corazón, señor mío, misterio de este pícaro corazón humano!

Le llevé, pues, la carta a su pieza. Se la dejaría allí como la primera, ¿recuerda usted? Y que él, sin testigos, se salvase o se condenase.

Al atravesar la galería me salió al paso Enilde.

—¿Carta de Rosaura? —preguntó.

Le dije que sí con la cabeza. En el comedor Clotilde me hizo la misma pregunta, y yo otra vez que sí con la cabeza. En la segunda galería me atajó Matilde, miró el sobre que yo tenía en la mano, me miró a mí y abrió los ojos y enarcó las cejas, como preguntándome:

—¿Qué le mandará decir Rosaura?

Me encogí de hombros, sin deseos de hacer ningún comentario. Penetré en la habitación de Camilo, dejé el sobre sobre la mesita de luz y volví a salir rápidamente, como si en aquel cuarto hubiera un enfermo contagioso. Mis hijas cuchicheaban en voz baja en el comedor. Como en ese momento apareció la lechuza de la señorita Eufrasia, ellas se desbandaron y yo me metí en la cocina.

Al mediodía, cuando él vino a comer, nadie lo miró a la cara, pero, detrás de puertas y ventanas, cuatro corazones que bien lo querían latieron

tiernamente por él y cuatro pares de ojos lo siguieron con emoción. Yo lo vi dirigirse a su pieza como una madre ve al hijo ir a la guerra o a la pared donde van a fusilarlo. En vano esperamos a que saliese; no salía. Nos sentamos a la mesa, y él siempre encerrado allá. A cada rato me volvía para ver si venía a comer, pero era inútil. Sabía que me bastaría mirarlo a la cara para conocer la respuesta de Rosaura. Pero no aparecía. Empezamos a mirarnos entre nosotras, yo y mis hijas. La señorita Eufrasia nos vigilaba. ¿Estaría llorando en su cuarto? ¿O lo retendría la emoción de saber que Rosaura ya era suya? A mí el apetito se me iba y se me venía, conforme imaginaba una u otra posibilidad.

Apenas nos levantamos de almorzar fui a llamarlo. No me respondió. El corazón me dio un vuelco. ¡Dios mío! ¿Habría hecho alguna locura aquel pobre hombrecito? ¿Lo encontraríamos colgado de una viga del techo, o tendido en el suelo con el vientre abierto de un navajazo? Abrí la puerta temblando. Felizmente estaba todavía vivo, y se paseaba a grandes pasos por la habitación. Cuando entré interrumpió el paseo y se sentó en el borde de una silla, sin mirarme. La carta, abierta, estaba tirada en el suelo. La alcé y la leí rápidamente. Decía así: "Camilo: Adiós para siempre. En vano he intentado luchar contra lo que tú sabes. No he podido vencer. El corazón se me parte. Tenemos que despedirnos. Sé feliz con otra mujer que, conociéndote bueno, caballeresco, sensible, limpio de cuerpo y alma como yo te conocí, sepa hacerte feliz y pueda darte la dicha que yo, cuitada de mí, no he podido ofrecerte. Siempre guardaré el recuerdo de este amor como lo mejor de mi pobre vida. Adiós. Deja que me hunda sola en la noche de la desesperación y de la muerte, y que a ti Dios te bendiga. Adiós, adiós, adiós, Rosaura".

Lo miré. Él estaba ahora quietecito, los ojos bajos. Mientras lo contemplaba me puse a pensar muchas cosas. Pensaba en aquella mañana en que, hacía doce años, él había venido a vivir a *La Madrileña*. Me acordaba de cuando nos quedamos los dos en la vereda, en silencio, sin hablar. Muchas veces, desde entonces, nos habíamos quedado así, momentos en que él permanecía sin moverse, sin mirarme, con aquella cara de San Lorenzo Mártir, con aquella sonrisa de sufrimiento en los labios, todo él como un animalito que espera que lo maten, tan indefenso, tan rendido, tan resignado, que me parecía que, en ese instante, yo podía hacer con él lo que se me antojase. ¡Y yo tan mala, siempre, tan gritona! Discúlpeme estas lágrimas, señor, pero no puedo evitarlas.

Finalmente rompí el silencio y le dije, en voz baja:

—¿Qué piensa hacer?

Se levantó como un resorte y volvió a pasearse.

—¡Qué quiere que haga!

—¡Cómo qué quiere que haga! —grité. ¿Lo ve usted? Me he pasado la vida gritándole. Pero lo he hecho por su bien, impulsada por el interés que siempre he puesto en sus cosas—. ¡Cómo qué quiere que haga! Pues lo que haría cualquiera en su lugar. Luchar, luchar por usted, por ella, por la felicidad de ambos.

—¿Luchar? —repitió, deteniéndose y entrecerrando los ojos, como si no comprendiese lo que yo le decía. Luego reanudó el paseo—. ¿Luchar? ¿Y

Librodot

cómo?

—Cómo, cómo. No sé cómo. ¡Pero, por Dios, no se quede aquí, vaya allá, haga algo! ¿O va a dejar que ese padre descastado se salga con la suya y sacrifique a Rosaura, y lo sacrifique a usted, y todo por unos estúpidos prejuicios? ¿Pero en qué tiempos vivimos, Señor, para que estas cosas ocurran? ¿Vivimos acaso en los tiempos en que los padres concertaban las bodas de los hijos como se concierta un negocio? ¿Y usted lo va a permitir? ¿Y usted es hombre? ¿Pero qué clase de amor es el suyo, que se amilana a la primera dificultad? Estas paparruchas del dolor, y de la desesperación, y de que ella es rica y usted pobre, estarán bien para las novelas, don Canegato, y para el doncel de don Enrique el Doliente[29]. Pero aquí estamos en Buenos Aires y en el siglo veintitantos, y éstas son épocas en que cada cual hace lo que quiere, y más si es mayor de edad, y más en cuestiones del corazón. Vean ustedes, porque al cavernoso de la voz enlutada se le ha puesto entre ceja y ceja que la hija tiene que casarse con el primo segundo, ella ha de obedecerle, aunque se le parta el corazón, y usted cruzarse de brazos, como si no tuviera voz ni voto. Como si Rosaura no fuese dueña de enamorarse y de casarse con quien se le antoja, aunque sea con el chofer japonés, cuantimás con usted. ¿Y qué le falta a usted, vamos a ver, qué le falta a usted para que el padre lo acepte como yerno? ¿Le falta dinero? ¿No tiene cerca de cien mil pesos en el banco? ¿Y no gana bien, todos los meses? Y si él tiene tanto, ¿para qué quiere que usted también tenga? Entonces, ¿qué le falta? ¿Apellido? ¿Alcurnia? ¿Aristocracia? Vamos, como si alguien se fijara hoy día en esas estupideces. En cambio, lo que no le falta, y quién sabe sí le falte al primo segundo, es ser un hombre trabajador, honesto, sin vicios. A ver dónde iba a encontrar otro como usted.

Se paseaba y no me contestaba nada. Y de pronto murmuró:

—Lo hago por el bien de Rosaura.

—¿Que lo hace por el bien de...? ¿Pero qué dice? ¿Se ha vuelto loco?

—¿Qué vida haría a mi lado? Vida de sacrificios, de privaciones, de estrecheces. ¡Ella, acostumbrada a tantos lujos! ¿Quién soy yo? Un pobre pintor, un don nadie que en maldita la hora posó los ojos tan alto.

—Ya salió la violeta.

—Es la verdad.

—Y aunque sea la verdad. Ella lo quiere y basta. Ella no lo quiere sino para marido, y para marido lo que hace falta es tener amor, no millones.

—No. Lo de contigo pan y cebolla está bien los primeros meses. Pero después... No, no, que se case con el otro, que le dará una vida más digna.

—Qué digna ni qué niño muerto. Para el corazón de una mujer no hay más dignidad que la del amor, y el resto es música.

—No, si ya sé cuánto ella me quiere. Pero también sé cuál es mi deber.

—¡Y dale! Don Canegato, tentada me siento de darle una buena felpa,

[29] Este es el nombre de la única novela de Mariano José de Larra (1809-1837), hoy injustamente olvidada. Para Julio Cejador es "la mejor novela histórica del romanticismo". Cuenta la historia de Mateo, un trovador gallego del siglo XIV. El mismo material le sirvió al autor para escribir el drama en verso Mateo, que se estrenó en el Teatro de la Victoria de Buenos Aires, en 1836.

oyéndolo disparatar así.

—Usted no comprende la magnitud de mi renunciamiento.

—¡Don Canegato, por Dios, que voy a ponerme a llorar!

Pero todo fue inútil. Aquel hombrecito no quiso luchar contra las potencias que le arrebataban a Rosaura. En vano, durante varios días, día y noche, aconsejé, supliqué, grité. Y no sólo yo, también mis hijas. Todo en vano. A cada razón que le dábamos, se ponía más triste y no sabía sino repetir:

—Lo hago por su bien, lo hago por su bien.

A veces desvariaba:

—Que se case con el otro, que se case con las riquezas del otro. Poderoso caballero es don dinero.

—¿Qué herejías dice usted, malvado, pícaro? —saltaba yo.

—Ya no creo en nada ni en nadie.

—No crea en usted, pero en Rosaura sí crea. ¿No sufre ella más que usted? ¿No lleva ella la peor parte? Porque, además de perderlo a usted, tiene que casarse con otro a quien no ama. Usted por lo menos de este segundo sacrificio queda libre. Mire si encima de su ruptura con Rosaura lo obligaran a casarse con la señorita Eufrasia, pongo por caso, o conmigo. ¡Y dice que no cree en nada ni en nadie! Eso tendría que decirlo ella, que ve cómo usted la ha dejado sola sin apoyo, sin esperanzas, sin consuelo, cuando usted tendría que haber ido a salvarla, como ella misma se lo dio a entender.

—¿A mí? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En su última carta. ¿No se acuerda cuando le escribe: “Déjame que me hunda sola en la noche de la desesperación y de la muerte”? Si le pide que la deje hundirse sola, es porque piensa, y por tanto espera, que usted no la dejará y que se aparecerá por allá.

—¿Pero qué puedo hacer, qué puedo hacer?

—Muy fácil. Se enfrenta con el padre, le plantea las cosas, le dice que, o Rosaura se casa con usted, o arderá Troya. Amenácelo. Dígale que lo denunciará a la policía, que saldrán a relucir revólveres, que tiene usted primos en la justicia. Dígale que la ley no permite que nadie se case contra su voluntad. Dígale…

—Ésas son palabras. Es Rosaura, y no yo, quien debe decir: “No quiero a éste, quiero a aquél”. Así estaría yo seguro. Pero si ella aceptó casarse con el otro…

—Ella, ella… Usted quiere que todo lo haga ella. ¿Y qué va a hacer ella sola frente a un padre terrible que se ve que es un tirano? A usted le toca intervenir. Y si no puede por las buenas, pues por las malas.

—¿Qué malas?

—Pues la rapta.

—¡Oh!

Librodot

—Comuniqúese con ella, vigílele la casa, en cuanto la vea acérquese y convénzala de que lo deje al padre y venga aquí a casarse con usted. Aquí la recibiremos con los brazos abiertos.

—¡Locuras!

—Sí, señor, locuras. ¿Y qué hay? ¿No se siente dispuesto a hacer locuras?

—Oh, ¿no ve que nada se puede hacer? Lo nuestro fue una aventura, una aventura romántica, divina, inolvidable, pero nada más, nada más.

—¿De modo que, de veras, no intentará volver a ver a Rosaura?

—"Adiós para siempre", dice su carta.

—Pues entonces, lo haré yo.

—¿Usted? ¿Qué va a hacer usted?

—No sé todavía qué, pero algo he de hacer. Déme la dirección de Rosaura.

—¡Por favor, señora Milagros, por favor!

—No quiere dármela, ¿no es cierto?, no quiere dármela porque teme que yo no sepa comportarme. Está bien. Haré otra cosa.

—¿Qué va a hacer?

—Pondré un aviso en todos los diarios —yo disparataba aposta, para aguijonearle el amor propio—, pondré un aviso con grandes letras: "Rosaura. Te espero. Camilo". Y ella lo leerá, huirá de su casa y vendrá aquí.

—¡Por favor, señora Milagros, por favor!

—O iré por esas calles con el retrato de Rosaura a cuestas, lo mostraré a la gente, les diré: "¿Conocen a esta señorita?", encontraré quienes la conozcan, me dirán dónde vive, iremos todos allá en manifestación…

—¡Por favor, señora Milagros, por favor!

—¡Iba yo a dejar que me birlasen la dama!

—No añada, se lo ruego, no añada a mi pena todavía sus reproches.

—Pues púdrase de lágrimas aquí dentro, ya que así lo quiere.

Y lo dejaba solo, hundido en su dolor como en un sudario.

—¿Será posible —decíales yo a mis hijas, reunidas todas cuatro en mi dormitorio—, será posible que tales cosas ocurran en este mundo y que nada podamos hacer? Si a mí venían a contármelo, no lo creía.

¡Ah, si yo hubiese sido Rosaura! ¿Y por qué "yo"? Quizá bastaba que Rosaura fuese Rosaura. Y una esperanza, un presentimiento empezó a caracolearme por los bajos del corazón.

Justamente entonces el abate Pirracas, digo, David Réguel, nos trajo la linda historia de su encuentro con Rosaura. Pregúntesela a él. Va usted a divertirse. Que sí, que él estaba arriba de un tranvía, y que al llegar el tranvía a Pueyrredón y Santa Fe él la había visto a ella que estaba abajo, en la calle, y que él la había llamado, y que ella se había dado vuelta a mirarlo, y que él entonces había descendido del tranvía para saludarla y conversar, pero que ella, que parecía que tenía una cita con alguien, se había ido. Un cuento de esos que ni un niño de teta lo traga. Y lo decía nada más que para

Librodot

avivar el dolor de Camilo, allí presente. Lo decía para hacerle creer que Rosaura andaba lo más pimpante, mientras él se moría por ella.

—No sería Rosaura —dije, sintiendo que me hervía la sangre.

—¡Sí que era! —me contestó con insolencia.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Por el retrato. La reconocí por el retrato que pintó Camilo. Lo felicito, che —agregó, dirigiéndose a él—. La sacó igualita.

—Vamos —dije yo—. Si todo lo que iba a contarnos es que creyó ver a una persona que se parecía más o menos a Rosaura…

—No se parecía más o menos a Rosaura. Era Rosaura.

—¡Hay tantas mujeres rubias y de ojos celestes!

—La llamé "¡Rosaura!", y se dio vuelta a mirarme.

—Sí, como si cualquiera que oye a un loco gritar desde arriba de un tranvía no va a mirarlo, se llame Rosaura o Magdalena.

Se puso rojo. Hasta me pareció que los lentes le relampaguearon. Y vea lo que me contesta:

—Sé que era Rosaura. Pero no me pida más pruebas, si no quiere mortificar al amigo Canegato.

¡Se necesitaba coraje! Camilo, palidísimo, se levantó y salió de la habitación. Apenas se fue, mis hijas, que hasta allí habían permanecido calladas por Camilo, cayeron sobre Réguel como moscas sobre la miel.

—David, ¿pero es cierto que era Rosaura?

—Les digo que sí.

—¿Y habló con ella?

—Hablar, hablar… Tanto como hablar… Apenas un saludo.

—¿Y cómo es, cómo es? ¿Es tan hermosa como en el retrato?

—Ah, más hermosa todavía, se lo aseguro yo. Es una muchacha divina. No es de esas rubias escleróticas, paliduchas. No, al contrario. Toda una mujer.

—Pero, en concreto —intervine yo—, ¿qué conversaron ustedes?

Me miró con una sonrisita irónica.

—Señora Milagros, a un jentlemán, vulgo caballero, ciertas cosas no se le preguntan.

—Ya lo sé —dije, mientras me limpiaba los dientes con un palillo—. Por eso se las pregunto.

Se quedó mudo. Esta vez le había ganado yo.

Cenábamos. Nadie hablaba. Hasta Coretti, siempre parlanchín, se estaba en su sitio mascando como un cerdo y leyendo el diario. Camilo, hundido en la silla, revolvía desganadamente la comida con el tenedor. Réguel comía y lo miraba a Camilo. Las muchachas también lo miraban. Digo, Clotilde y Enilde, porque Matilde, con dolor de cabeza, se había ido a recostar en su

Librodot

cuarto. Hernández y Gavina, amedrentados por el silencio general, no levantaban la vista del plato, como si tuvieran vergüenza de comer. Cualquiera hubiese dicho que aquélla era la cena de los deudos un minuto después de haberse llevado el muerto al cementerio. La única que parloteaba era la señorita Eufrasia. Con cara desafiante, como si quisiese darnos a entender que a ella nadie iba a obligarla a participar de nuestra tristeza, lanzaba unos alegres "Páseme la sal, por favor", "Alcánceme la panera, si me hace el servicio" o "¿No gusta servirse?", que sonaban extraños, irreverentes, como una carcajada en un velorio.

Sentada a la cabecera de la mesa, yo presidía el duelo. Pero tenga usted presente eso: que yo estaba sentada a la cabecera de la mesa. Es decir que, echándome un poco para atrás y mirando a mano derecha, a través de la puerta del comedor que da a la primera galería, me era posible tender la vista hasta el vestíbulo y hasta la misma puerta de calle.

Cenábamos, como le digo. La mucama servía. Aquella muchacha estaba cada vez más torpe, pero esa noche yo no tenía ímpetus para regañarla. Se le cayó un plato al suelo, derramó aceite sobre el mantel, dejó enfriar la carne. Y yo allí, hecha una estaca, sin reñirla.

Terminamos de comer. Me acuerdo de que el reloj del comedor dio las diez. Diez campanadas que a mí me parecieron un toque de difuntos. Y en eso oímos sonar el timbre de la puerta de calle. Era un sonido débil, moribundo, pero largo, largo, como si no fuera a terminar nunca. Parecía el llamado de uno que estaba agonizando y pedía socorro. Como usted comprobará, yo, aquella noche, lo veía todo fúnebre. Nos sobresaltamos. ¿Por qué nos sobresaltamos?, preguntará usted. ¿Acaso era motivo de alarma que a las diez de la noche alguien llamase a la puerta? No, y sin embargo todos hicimos un gesto raro y nos miramos unos a otros, como hacen las personas que esperan la muerte (¡y dale!) de un pariente en una habitación próxima y de pronto oyen un abrir y cerrar de puertas y un movimiento, y se miran entre sí y piensan: "¿Ya será finado?".

Mandé a la mucama que fuese a ver quién era. La pobre es coja, creo habérselo dicha ya, y camina penosamente. Como en el momento en que le di la orden estaba levantando la mesa, tuvimos que esperar a que se librase de los platos que tenía en la mano, y se quitase el mandil[30], y diese toda la vuelta al comedor. Salió, por fin, y comenzó a recorrer la galería. Yo la miraba, y los demás me miraban a mí. Aquella infeliz parecía que lo hacía aposta, parecía que no iba a llegar nunca. Renqueaba y se trababa de pies. Hasta se detenía a acariciar al gato. Llegó por fin al vestíbulo. Encendió la luz. Estuvo un año forcejeando con la yale, con la llave, con la falleba. Yo seguía mirándola, y los demás seguían mirándome a mí.

Finalmente abrió la puerta de calle. Oí una vocecita que decía: "¿Aquí vive el señor Camilo Canegato?". Entonces di un grito y me puse de pie. Y los demás también se levantaron. Porque desde el sitio donde yo estaba pude ver claramente que a la puerta había una muchacha, y que esta muchacha, vivamente iluminada por la luz del vestíbulo, era la misma que en suaves tonos rosas, azules y oros nos sonreía desde el cuadro al óleo pintado por Camilo. Era Rosaura.

[30] Se quitase el delantal.

Y grité: "¡Rosaura!", y sali corriendo del comedor volcando la silla, tanta era mi premura, y todos los demás, excepto Camilo, según lo supe luego, salieron atropelladamente detrás de mí, y en esa forma, como una turba de locos, fuimos al encuentro de Rosaura. Ella seguía de pie, inmóvil, en el vano de la puerta, y nos miraba avanzar con una expresión de miedo y de estupor congelada en el rostro, y la tonta de la mucama, en vez de hacerla entrar, se había quedado tiesa, con la mano todavía en el picaporte, volviendo la cabeza alternativamente hacia ella y hacia nosotros, como si no supiese qué hacer.

Cuando llegué, la primera, hasta Rosaura, la tomé de un brazo, la introduje en el vestíbulo, cerré rápidamente la puerta y dije, sospecho que a los gritos, porque me sentía terriblemente emocionada:

—¡Hija mía! ¡Hija mía!

Y la abracé. Y la besé. Los demás también la rodearon, la saludaron, y reían y chillaban:

—¡Rosaura! ¡Rosaura! ¡Rosaura!

Cuando pude hacerme oír le pregunté:

—Querida. ¿Se ha escapado de su casa?

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Estaba tan asustada, tan pasmada de nuestro recibimiento, de nuestros gritos, de nuestra efusividad, que no podía ni hablar.

—¿Y ha venido a reunirse con Camilo Canegato? —volví a preguntarle. Otro movimiento con la cabeza.

—¡Bien hecho! —dije—. ¡Bien hecho!

Esto que le cuento lo decía en medio del círculo que formaban mis hijas y mis huéspedes, todos cuales se la comían a Rosaura con los ojos. Y yo otro tanto. Tenía razón Réguel. Era más hermosa que lo que aparentaba serlo en el retrato al óleo. Y defectos físicos, yo no le veía ninguno.

—Ya me parecía a mí —continué—. Ya me lo decía un presentimiento, una corazonada, que usted sería más valiente que Camilo, que lo dejaría todo y se vendría para aquí. Aquí estará como en su casa, mejor que en su casa, porque aquí nadie la hará sufrir. Ésta es una casa honrada y decente, donde se sentirá a gusto, y tan segura como en una iglesia. Nadie podrá sacarla de aquí. Ni la policía.

Rosaura, asustadísima, se volvió a mirar la puerta de calle, como si temiese que, con sólo yo nombrarlos, ya estuvieran ustedes allí.

—No, no tenga miedo, querida. Si nadie puede obligarla a volver a su casa ni a hacer lo que no quiera. ¿No es mayor de edad? ¡Entonces! Pero pase, pase. ¿Qué hacemos aquí? Pobre, tiene vergüenza. Claro está, como la hemos recibido con tanta alharaca. Usted no se lo esperaba, ¿eh? Pero es que somos todos una gran familia, y todos estamos enterados de sus relaciones con Camilo, como lo estarían los hermanos. Usted sabe que yo, ah, yo soy como una madre para él. Él se lo habrá dicho. Y ahora lo seré también para usted. Bueno, le voy a presentar a la compañía, para que vaya conociéndolos a todos. Éstas son mis hijas. Clotilde.

Librodot

Se dieron la mano.

—Enilde.

Enilde la besó. Y como vi que también estaba Matilde, que habría saltado de la cama:

—Y Matilde.

Matilde, sin moverse, la saludó con la cabeza. Rosaura la imitó.

—Usted ya las conocerá por referencias de Camilo —dije—. Él las ha visto nacer a las tres, o poco menos. Y ahora, mis huéspedes. Ésta es la señorita Eufrasia Morales.

La señorita Eufrasia hizo una cosa rara, como un paso de minué. Así creerá ella que se saluda la gente en la alta sociedad.

—El señor Coretti.

Coretti le lanzó a la cara unos "Cómo está, cómo está", tan estentóreos, y le dio tal apretón de manos, que Rosaura se echó atrás.

—El señor Hernández. El señor Gavina, Pero, ¿dónde anda Camilo? —dije de pronto, advirtiendo que era el único que faltaba—. ¿Dónde se ha metido ese hombre de Dios?

Y todos empezaron a gritar:

—¡Camilo! ¡Camilo!

—Seguro que la emoción lo tiene paralítico —le dije a Rosaura.

—Se quedó en el comedor —exclamó una voz. Era Réguel. Avanzó y añadió—. ¿A mí no me presenta?

—¿Para qué? —le contesté—. ¿Acaso no se conocen ya, según usted?

Alzó un hombro hacia mí, desdeñosamente, y luego se volvió a Rosaura:

—David Réguel, a sus órdenes, a sus enteras órdenes. Encantado, encantado, verdaderamente encantado. No sé si se acuerda de mí. El otro día, en Pueyrredón y Santa Fe…

—¡Ah! —dijo Rosaura vagamente. Se veía que no se acordaba de nada. Claro está, ¿de qué iba a acordarse?

Y él seguía sujetándole la mano y no se la soltaba. Intervine yo:

—Bueno, querida, pase adentro. Vamos adonde está Camilo.

Y la tomé de un brazo y deshice lindamente el apretón de manos de Réguel. Rosaura me miró, pero no se movió. Tuve que arrastrarla conmigo. Los otros nos siguieron en procesión. Yo, de paso, observé cómo caminaba Rosaura. Caminaba como todo el mundo. No era renga, pues.

Le acerqué mi boca a la oreja y le pregunté:

—¿Hubo jaleo en su casa? ¿Hubo pelea?

Empezó a temblar convulsivamente. Cambié de tema:

—¡Las ganas que teníamos de conocerla! —dije, fuerte—. Ah, pero yo sabía, yo sabía que usted vendría aquí. El día menos pensado, decíame yo, se nos aparece Rosaura. Dicho y hecho. No sabe cómo la queremos todos.

Haga de cuenta que está entre familiares, pero entre familiares cariñosos. Mi casa es humilde. A usted, acostumbrada a tantos lujos, le parecerá pobrísima. Pero aquí hay calor de hogar, y eso es lo principal. ¿De qué valen las riquezas, como yo digo siempre, cuando falta amor? Y encima, claro, si no está la madre... Pero no se aflija, aquí encontrará todo lo que no tenía allá.

Clotilde, que caminaba a mi izquierda, a cada palabra que yo decía me daba con el codo. Pero yo no le hacía caso. Yo no sabré de sutilezas ni de diplomacias, pero sé hablar el lenguaje que llega al corazón.

—¿Y su tía? —continué—. ¿Sabe su tía que vino aquí?

Me contestó que no con la cabeza.

—¿No lo sabe? Pero usted se lo dirá más adelante, cuando ya no haya peligro. Y los otros, ¿tampoco lo saben?

Otra vez. sentí que temblaba. ¡Y con los deseos que yo tenía de saber qué había ocurrido! Esperaría a que se tranquilizase. Nuevamente cambié de conversación:

—¿Quiere que le diga una cosa? Mis hijas, que son unas diablas, no podían creer que usted fuese tan linda y tan joven.

—¡Mamá! —me reprochó Clotilde, clavándome furiosamente el codo en las costillas.

—Pero ahora pueden ver que sí. ¡Y qué cabellera tiene! Bueno, la muestra la teníamos ya en casa. Porque ni eso dejó de mostrarnos Camilo.

Llegamos al comedor y Rosaura se detuvo.

—Vamos, vamos —le dije—, no sea vergonzosa.

Cuando entramos, nos tropezamos con la mirada de Camilo como con el caño de una escopeta. Porque era verdad. Se había quedado solo en el comedor, de pie junto a la mesa, y miraba la puerta por la que aparecería Rosaura como si alguien le hubiera dicho que por allí se acercaba la señorita Eufrasia en cueros, o algo por el estilo. No podría creer que ella, tan hermosa, tan joven, de tan alta alcurnia, hubiese abandonado sus palacios y sus lujos y venido, nada más que por amor, a juntársele y a ser suya y a casarse con él.

—Vea, vea —le dije, a voces—. ¡Vea quién llegó! ¡Vea qué visita tenemos! ¡Rosaura! ¡Rosaura en persona!

—Miren —dijo Coretti, riendo—. No sabe si está dormido y soñando, o si está despierto.

Y le empezó a dar pellizcos y a empujarlo hacia Rosaura. Y todos se reían y levantaban jaleo.

—Venga, hombre de Dios —le dije yo—, y déle a Rosaura la bienvenida de que es merecedora.

Y este pelma de Camilo, vea que a veces dan ganas de solfearlo, se acerca, y cuando todos esperábamos que la abrazase y la besase, ¿pues no le da la mano y le dice, todo formal?:

—¿Cómo te va?

Librodot

No pudimos sino reírnos de tanta timidez. A Rosaura la hicimos sentar en un sillón, como a visita de importancia; le dimos una tacita de café, a ver si se reanimaba un poco, y todos la rodeamos. Parecía apabullada. Y no era para menos, se lo confieso. Todos le clavábamos la vista. Y ella, tan corta de genio, viéndose de pronto frente a todos aquellos extraños, en aquella casa desconocida… No, si yo me hago cargo. Bueno, no tan corta de genio. Porque quisiera saber si alguna de mis hijas sería capaz de hacer lo que ella: abandonar su hogar y su familia por irse tras de un hombre. E hizo muy bien, no digo que no, hizo muy bien. Pero lo que quiero significarle es que hay algunas mujeres que son muy tímidas, muy tímidas, y un buen día se despachan con una, que usted se queda bizco. En cambio hay otras, enérgicas de lengua, que parece que se llevan el mundo por delante, y que sin embargo, llegado el momento, miran esto, miran aquello, y al final no hacen nada.

Pero volvamos a lo que importa.

—Rosaura —dije, por ahí, aprovechando un silencio—. Aclaremos lo ocurrido. ¿Usted riñó con su padre definitivamente; se ha ido de su casa sin él saberlo y ha venido aquí a casarse con Camilo?

Ella me miraba. Me miraba con unos ojos abiertos, grandes, redondos, como si yo estuviera contándole un cuento y esperase saber el final. El café ni lo había probado.

—Pero veamos: ¿se fue usted o la echó él?

Bajó la vista un minuto y se señaló a sí misma con el pulgar. Después volvió a mirarme como antes, como la niña que oye el cuento de Caperucita.

—Y él, ¿sabe que vino aquí?

Negó con la cabeza. Y seguía mirándome y tragaba saliva, repetidamente, rápidamente. Le veía yo cómo le subía y le bajaba un bulto en la garganta. Y el café intacto.

—Me imagino que usted, allá, no pensará volver más.

Ni una palabra.

—Bueno, tómese el café, querida, que se le va a enfriar. Y el café frío, si no es para provocar el vómito, no sirve para nada.

Como si hubiese hablado a la pared. Continuaba sosteniendo el pocillo en el aire y clavándome aquellos ojos… Yo no sabía qué hacer. Me volví hacia Camilo, tanto como para huir de su mirada:

—¿Lo ha oído usted, so cobarde? Ha tenido que ser ella. Porque si era por usted… Ah, sí, se hubiera muerto de dolor, se hubiera quedado como candil sin aceite, pero sin mover un dedo, encerrado aquí como un monje en su celda. Y bien que se lo decía yo: vaya y sálvela a Rosaura de la infamia que quieren hacer con ella. Pero usted que no, que el otro es más digno, y que soy yo un pobrete, y que Rosaura quién sabe si me quiere como para casarse conmigo.

Camilo me miraba como diciéndose: “¿Y esta loca, por qué diablos saca a relucir todo eso?”.

—¡Mamá! —intervino Clotilde—. ¡Que Rosaura va a dudar de Camilo! Lo

que pasa es que Camilo es tan modesto y tan escrupuloso…

Me encaré con mi hija:

—Es lo que yo digo. Demasiados escrúpulos. Escrúpulos que Rosaura, felizmente, dejó de lado.

—¿Y se ha tenido que venir así, con sólo la ropa puesta, digamos? —le preguntó de pronto Matilde.

Rosaura le clavó aquellos ojos… Luego hizo un ademán afirmativo, pero tan pequeñito, tan breve, que en realidad yo no supe si había dicho que sí o había querido bajar la cabeza y en seguida se había arrepentido.

—¡Oh! —exclamó Enilde—. ¡A lo mejor hasta sin dinero!

Rosaura ahora miraba al suelo, fijamente.

—Y que entretanto —dije—, que entretanto aquel canalla…

—¡Mamá, por Dios! —protestaron mis hijas.

—¡Sí, canalla, canalla!

Y en eso Rosaura que se echa a llorar. Yo nunca vi llorar así. Lloraba sin ocultar la cara, ni hacer ningún gesto, ni cerrar los ojos, ni sorberse las lágrimas, ni sonarse la nariz, ni nada. Lloraba bien derecha. Lloraba sin dejar de mirarnos. Lloraba con la misma cara con que, un rato antes, no lloraba. Era como si, sin que ella se diese cuenta, de sus dos ojos brotasen agua. Y entretanto, con un mano seguía sosteniendo la tacita de café y con la otra estrujaba un collarcito que llevaba al cuello. La emoción nos embargó a todos. Todos nos condolimos. Las muchachas se levantaron, la rodearon, quisieron abrazarla. Yo apreté su cabeza contra mi pecho, y mientras la libraba de la tacita le dije:

—¡Vamos, vamos, querida Rosaura! ¡A no aflojar! Olvídese ahora de los sufrimientos pasados, de los disgustos de ayer. Ahora piense en la felicidad de mañana, en la dicha que la espera. Aquí tiene usted su nueva casa, su nueva familia, madre, hermanos, amigos. Y Camilo, Camilo que tanto la quiere. ¡Tómele una mano, usted, zopenco! Aquí no habrá lujos, pero hay corazones sinceros que la quieren. Ya verá. Se quedará a vivir con nosotros hasta que se case con Camilo. ¿No es cierto, Camilo? Luego tendrá su propio hogar, tendrá sus hijos… ¿No es una linda perspectiva? ¿No es un hermoso destino, junto al elegido de su corazón? Entonces, ¿por qué llorar? Lo pasado, pisado. No tiene nada de qué reprocharse. Alguno, ya sé, le dirá que el padre, que la sangre, que el respeto a la familia… Usted no le haga caso. El amor antes que nada. El amor como Dios manda, claro está. Y en eso quédese tranquila. Camilo sabrá cumplir su palabra. ¿No es cierto, Camilo? Camilo es un hombre serio, trabajador, honesto. ¡Si lo conoceré yo, después de tantos años que vive en esta casa! Y no le hará pasar miseria, no, aunque él se haga el chiquito. No es que a usted le interesen los pesos que tenga, pero siempre es mejor saber que tiene algún *cumquibus*[31]. Y no es un centavo lo que tiene. Tiene cerca de cien mil pesos en el Banco. ¿No es cierto, Camilo? No serán los millones de su padre, pero peor es nada, y Dios ayuda.

[31] Algún *cumquibus*: Algún dinero, algún dinerillo.

—¡Mamá! —gimoteó Clotilde, toda escandalizada.

—Tú te callas —le respondí—. Yo sé lo que digo. No digo que Rosaura piense en cuestiones de dinero. Tan luego ella, que tenía portero a la puerta y automóvil con chofer. Si ha dejado todo eso para venir aquí, no será porque ande detrás de mercantilismos y haciendo cálculos con números. Pero yo hablo para después. En fin, yo me entiendo. De modo que, ¡hala, basta de lágrimas! ¡Alegría, alegría! Usted es mi nueva huésped. ¿Qué digo? Mi nueva hija. Camilo pagará todo. Ya veremos dónde la ubicamos. A ver, déjeme pensar. Usted, señor Réguel, ¿qué le parece si le cede su cuarto a Rosaura?

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Hombre, porque usted es el único huésped que exceptuando a la señorita Eufrasia y al señor Gavina, que para eso pagan un sobreprecio, tiene un cuarto para usted solo. Sí, ya sé que Camilo también, pero no me negará que sería prematuro que los novios durmieran en la misma habitación.

Y con esta chuscada todos se rieron, Rosaura dejó de manar agua por los ojos, el hielo se derritió.

—Vamos, señor Réguel, vamos. ¿Va a desairar a nuestra hermosa novia?

—No, no —gorjeó—. ¡Qué esperanza! Le cedo mi cuarto con muchísimo gusto.

Ya sabía yo que con tal de hacerse el galán delante de ella, no se me negaría.

—¿Y dónde piensa ponerme? —me preguntó.

—¿Qué le parece con la señorita Eufrasia?

Otra carcajada general.

—¡Señora Milagros, fíjese lo que dice! —murmuró la solterona, toda colorada.

—Entonces lo pondremos con Camilo, que también está solo y tiene un cuarto con dos camitas.

David Réguel abrió la boca, me miró iracundo, creí que iba a protestar, y de pronto se sonríe y exclama:

—Está bien. Ahora mismo me mudo.

—Y a otra cosa —continué—. Usted, Rosaura, se ha venido como si dijéramos desnuda. Camilo, usted mañana mismo se va al banco y saca unos miles de pesos, y le compramos a Rosaura todo lo que necesite. Ella es mejor que no salga, no sea el diablo que tenga algún encuentro desagradable. Y desde ahora vamos pensando en la boda. Porque no sé qué van a esperar. Al contrario, es mejor que sea cuanto antes, para que el hecho esté consumado y sin vuelta de hoja. Aunque no sé quién podrá oponerse. Usted es mayor de edad, ha venido aquí por su propia voluntad, podría casarse con el vigilante de la esquina, si quisiera.

De pronto, una idea me reventó en el cerebro como un fogonazo de fotógrafo. Me incliné sobre Rosaura y le dije, casi al oído:

—¿Cuándo fue la cosa?

Se echó bruscamente hacia atrás, como si mi cara tuviese espinas. Me miró un rato, y luego, en voz baja:

—¿Qué cosa? —dijo.

—La pelea.

—Anoche.

—¡De modo que anoche! ¿Y cuándo escapó usted?

—Esta tarde.

—¿Y qué ha estado haciendo, hasta las diez de la noche? ¿Caminando? ¿Y no ha comido? ¿No? ¡Ay, pobrecita, con razón estaba así! ¡Y yo que le daba café! Aguarde... —hizo un gesto como para atajarme—. Pero no, criatura de Dios, déjeme hacer.

Y volviéndome hacia la mucama que, entre paréntesis, estaba parada allí como un poste, le ordené que trajese sopa, pescado, fruta, todo cuanto de comer hallase en la cocina.

—Y ustedes —les dije a los demás—, hala, afuera, afuera, a dormir todo el mundo. Dejen que Rosaura coma tranquila. ¿O qué quieren, que coma delante de todos ustedes, mirones, como los reyes de otros tiempos? Vamos, acabóse la charla. No molesten más. Mañana hablaremos. Usted también, don Canegato, ¿o qué se ha creído? Y usted, señor Réguel, mude sus bártulos. Buenas noches.

Fueron saliendo uno a uno y saludando a Rosaura. Ella los seguía con la vista, pero no les contestó sus saludos ni sus ademanes amistosos. Los miraba, nada más. Y después que se fueron continuó por un rato mirando la puerta por la que habían salido. Luego me miró a mí. Empezó a darme un poco de miedo aquella muchacha. Tenía unos ojos de perro apaleado que, no sé, ¡me producían un malestar! ¿La habría castigado el padre? ¿Habrían tenido un disgusto de esos que hacen salir a los vecinos a las puertas y a las ventanas?

—¿Por que no me lo dijo antes, querida? —le dije, cuando nos quedamos las dos a solas.

—¿Cómo me reconoció?

En un primer momento no supe a qué se refería. Además, yo no esperaba aquella pregunta, ni la voz ni el tono con que la hizo. Debí de quedarme como boba.

—¿Cómo me reconoció? —repitió, pero más débilmente, como si algo dentro de ella se estuviese quebrando, aflojando, deshilachando. Y de pronto comprendí.

—Hija, la reconocimos por el retrato.

—¿Qué retrato?

¿Pero cómo? ¿No sabía?

—Pues sí, el retrato al óleo que le pintó Camilo. El pequeñito, no el grande que le encargó su padre, claro está. Lo trajo aquí, y todos lo vimos, y por eso

Librodot

la conocíamos a usted, aun sin haberla visto nunca personalmente. Oh, si no ha habido nada entre usted y Camilo que nosotros no supiésemos. Sobre todo yo, que soy como una madre para él. Nos ha mostrado las cartas, la trenza; nos ha contado punto por punto cómo se conocieron, cómo se enamoraron... ¿No le había dicho nada Camilo? Espere, le voy a traer el retrato. Lo tiene él en su habitación.

El cuarto de Camilo era un puro desorden. Réguel se mudaba. Y como el abate Pirraca estaba allí, no quise preguntarle a Camilo si sabía a qué se debía la rara actitud de Rosaura. Tomé el cuadro sin decir nada a nadie y volví volando al comedor. Rosaura continuaba en la misma postura en que la había dejado. Le puse el retrato delante. Lo miró, pero sin hacer un gesto. Sus manos seguían aferradas a los brazos del sillón. Miró el retrato, y luego a mí, y luego el retrato, y otra vez a mí, y así se estuvo unos minutos, llevando los ojos de mi cara viva a su imagen pintada.

—Y aquí está su dedicatoria —continué, sonriente, ¡pero sentía unos pujos de miedo! Y di vuelta el cuadro y le mostré al frase que ella había escrito con su letra redonda: "A Camilo, con todo mi amor, Rosaura", para que viese que era el mismo, que yo no le mentía, porque cualquiera hubiera dicho que me estaba acusando de no sabía qué engaño. Leyó atentamente la dedicatoria, y vuelta a clavarme los ojos. ¿Pero qué misterio es éste?, pensaba yo. Y aquella mirada de Rosaura, colgada de mi cara como un gancho que no me dejase mover.

Felizmente en ese momento entró la mucama con varios platos. Digo felizmente, porque yo no sabía ya qué decir, ni qué hacer, ni dónde mirar. Me sentía molesta, como si estuviese moviéndome desnuda delante de un espejo. Aproveché, como le digo, la llegada de la mucama para disponer los platos y servicios, y hablar sin ton ni son, sin mirar a Rosaura.

—Estoy contenta —decía yo, atropelladamente—, contenta por usted y por él. No sabe usted lo que sufría Camilo. ¡Pero es que es un hombre de tan poco carácter! ¡Ah, pero cómo la quiere a usted! ¡Y usted a él, también, claro está!... Digo..., este..., no sé si le gustará la comida. Comida de pobres. Y a estas horas... Nosotros terminábamos de cenar, cuando usted...

Como vi que la mucama se había quedado allí, de pie, frente a Rosaura, y la observaba como a un bicho raro, descargué mis nervios enojándome con la pobre baldada[32]:

—¿Quién te ha dicho que te quedes de centinela? ¡Vete a la cocina o a dormir!

Y una vez que salió, me senté junto a Rosaura, procurando sonreírle.

—Ahora que estamos solas y nadie vendrá a molestarnos, coma, querida, coma tranquila. Debe de estar muerta de debilidad y de cansancio. ¿Qué ha estado haciendo antes de venirse aquí? ¿Caminando?

¿Usted cree que me contestó? Nada. Ni una palabra. Ni un gesto. Ya no me miraba a mí. Miraba el plato que tenía delante.

—¿Vive lejos —continué—. Quiero decir —yo me enredaba—, ¿vivía lejos?

[32] Con la pobre renga. *Baldado* es aquél que ha quedado inutilizado o impedido por alguna enfermedad.

Porque Camilo no quiso darnos nunca por nada del mundo su dirección. ¿Dónde viven los suyos, querida?

Lo mismo que antes. Silencio absoluto. ¡Dios mío, me asaltó un miedo! ¿Estaría loca, aquella muchacha? Los muchos disgustos ¿no la habrían trastornado? ¡Y yo sola con ella en el comedor! ¡Vea si le daba un ataque!

—Bueno, querida —dije, levantándome, pero la voz me temblaba—. La dejo comer.

Fui a sentarme en un rincón, e hice como que tomaba una revista y que leía, pero, como usted comprenderá, yo no veía ni las ilustraciones. A los pocos minutos oí que comía. Era horroroso. Devoraba. Sorbía la sopa. Mascaba el pan. Parecía muerta de hambre. Se escuchaba el ruido de sus mandíbulas, masticando como un caballo. Yo no podía resistir la tentación de darme vuelta a observarla. Y cada vez que lo hacía, ella dejaba instantáneamente de comer y me miraba. Entonces yo le sonreía, para tranquilizarla, y volvía a mi revista. Y en una de esas, en el preciso momento en que la miro, ella extiende un brazo para tomar una copa, la manga se le desliza, le descubre el antebrazo, y entonces veo allí, en la piel, mas arriba de la muñeca, varias manchas rojas, con un halo verde o azul… Manchas como de golpes… ¡Dios mío, golpes!

La imagen de Rosaura se quebró, se empequeñeció; las luces titilaron y se multiplicaron; la mesa, las sillas, la revista, todo se me esfumaba, se me velaba, se cubría de reflejos, como si yo estuviese mirando el comedor a través de un vidrio mojado.

Cuando entré en mi domitorio, me hallé con mis tres hijas que sentadas muy derechas, como arriba de un pescante, me esperaban en un completo silencio. Ya sabía que estarían allí. Y sabía qué iban a decirme. Cerré la puerta y procuré esquivarlas haciéndome la distraída.

—¡Ay, qué cansada estoy! —exclamé, bostezando—. Debe de ser cerca de media noche.

Pero mis hijas son mis hijas.

—Mamá —dijo Clotilde, sin abandonar su postura de juez—. ¿Qué piensa usted?

—¿Yo? ¿Qué pienso de qué?

—De Rosaura, de Rosaura —contestaron las tres a coro.

Seguro que querrían desollarla viva.

—¿Qué quieren que piense? Que me parece muy bien el paso que ha dado. Se ve que es una mujer valiente. Ahora está así, un poco aturdida…

No era de eso de lo querían hablar.

—Yo le noto algo raro —dijo Clotilde, mirando a Matilde—. Un aspecto de fatiga, de desgaste…

Entonces comenzaron entre ellas una de esas conversaciones en que a mí, aunque esté presente, no me dan intervención, porque van a decir cosas que saben que yo no he de admitirles, y hablando entre ellas y diciéndolo todo ellas ligerito, quieren convencerme antes de que yo les ataje la palabra en la boca.

—Y no parece que tenga veintiséis años.

—No ha hablado en ningún momento.

—¡Nos miraba, y en qué forma!

—Parecía asustada.

—No, asustada no. Sorprendida, maravillada, estupefacta.

—Y mucha desenvoltura no aparenta tener.

—Les digo que es una santita que nunca salió de su casa. Por eso ahora anda así.

—Y se vino vestida bien modestamente.

—Tenía una media corrida.

—Y los zapatos llenos de polvo.

—El collar es una fantasía de dos por cinco.

—Oigan, ¿no será sorda? ¿No será que no oye lo que se le dice y por eso nos miraba así?

—Pero no, si cuando yo le pregunté…

—Pues algo raro hay en ella. Todavía no sé lo que es, pero ya lo sabré. Déjenme estudiarla.

Y yo me acordé de aquellas manchas rojas en el antebrazo de Rosaura, ¡y sentí una indignación!

—¡Vean qué tres serpientes he traído yo al mundo! —exclamé, mirándolas con furia—. La señorita Eufrasia, al lado de ustedes, es Santa Eufrasia. Cuando no la conocían a Rosaura, que era una vieja de ochenta años, que era una mona, que era renga, que era tuberculosa. Ahora que la tienen delante y ven que es una muchacha que es mejor que cualquiera de ustedes, pues siguen buscándole el pelo a la leche[33], y que será sorda y que tiene la media corrida, y que el collar y que el zapato. No, si después que se peleó con el padre y antes de huir sin que nadie la vea, Rosaura iba a llenar veinticinco baúles de ropa y a venirse aquí hecha una princesa, para contentar a ustedes. Y después que estuvo un día caminando de la ceca a la meca[34], sin probar bocado, iba a estar alegre como unas castañuelas y con los zapatos sin una mota de polvo.

Seguían mirándose entre ellas. Al cabo de un breve silencio, Clotilde murmuró:

—Yo no me refería al cansancio físico de un día. Lo que le encuentro es un estragamiento interior…

—Oh, déjate de historias —la interrumpí—. No empieces a ver en los demás las cosas raras que lees en las novelas, porque estamos lucidos. Apenas conoces a Rosaura y ya pretendes haberle visto no sé que interiores.

Otro silencio. Ahora era Matilde la que murmuraba:

—Para arreglarse la cara y el pelo sí que tuvo tiempo.

[33] Andar buscando motivos ridículos para reñir y enfadarse.
[34] De un lado al otro.

Librodot

Estas hijas mías, cuando se ensañan con una persona... Decidí tocarles el lado bueno. Me senté entre ellas, las miré por por una y les hablé así:

—Hijitas: no quería decirles nada, pero veo que es necesario. La pelea de Rosaura con el padre fue como para llamar a la policía. Tiene los brazos llenos de cardenales.

Me miraron, horrorizadas.

—Y eso que no me contó todo —proseguí.

—¿Qué le contó?

—Nada. Pero por lo poco que sé me lo imagino. Como ella seguía pensando en Camilo y negándose a casar con el primo segundo, entre el padre y el novio parece que la zurraron de lo lindo. Entonces ella, cuando nadie la veía, se escapó y se vino aquí.

—¡Pero qué espanto!

—Y ustedes analizándole el pelo y mirándole la media corrida. Vamos, ¿no tienen entrañas? ¿Ya empiezan a critiquizar y murmujear, y a buscarle cinco pies al gato? ¿Qué quieren? ¿Añadir desgracia a la desgracia, dolor al dolor? Rosaura ha venido a conquistar la porción de felicidad a que ella y Camilo tienen derecho. Ayudémosla, pues. Pongamos todo de nuestra parte para que ambos sean dichosos. Y ahora, hala, a dormir también ustedes, que es muy tarde.

En efecto, en ese momento el reloj del comedor dio las doce.

Y así fue. Rosaura se quedó a vivir en *La Madrileña*, hasta que ayer se casó con Camilo. Una boda que tuvo por padrinos a todos nosotros.

¿Me pregunta usted si en la conducta de Rosaura noté alguna vez algo raro, algo fuera de lo común? Aparte de lo que ya le conté, no, no, señor. Era, sí, muy callada, muy reservada. Hablar, conversar, charlar, ni por pienso[35]. Reírse, jamás. ¡Y tan inerte! Usted le decía: "Siéntese allí", y ella se sentaba. Usted le preguntaba: "¿Quiere tal cosa?", y ella respondía: "Como usted guste". Y no había forma de sacarle más.

Habrá sido su carácter, no digo que no, pero a mí me chocaba tanta pasividad, tan poco nervio. Será porque yo estoy hecha de otra madera. A mí no hay sentimiento o idea que se me pudra dentro. Yo tengo que hablar, que gritar, que decir lo que pienso. Ella nos miraba. Era lo único que hacía. Nos miraba. No, si Clotilde tenía razón, sólo que yo no quería fomentarles las habladurías. Y nos miraba a nosotros, y a todo lo que la rodeaba, como si desconfiase, o como si estuviera esperando o temiendo algo. Yo le decía: "Querida Rosaura, ¿tiene usted miedo de su padre? [Pero si no podrá hacerle nada, nada!". Ella bajaba la vista y murmuraba: "No es eso". Y si no era eso, entonces, ¿qué era? Quiso tener en su cuarto el retrato al óleo y hasta las cartas que le había escrito a Camilo.

Y hablando de Camilo. No le hacía ninguna caricia, ningún arrumaco. ¡Y con lo que me hubiese gustado contemplarlos mimándose como cualquier pareja de novios! Pobre Camilo. Y él, viéndola así, como a mil leguas,

[35] Locución que indica que una cosa está o ha estado lejos de suceder o ejecutarse. El *pienso* es el alimento seco para el ganado.

tampoco se atrevía a nada. Se preguntaría si ella no estaría arrepentida. Él era otro que se contentaba con mirarla. Usted dirá que se sentiría molesta, que extrañaría su casa. No digo que no. Una mujer de tanto copete, habituada a otro género de vida, verse de pronto entre gente pobre... Pues gracias a esa gente pobre, que la recibió con los brazos abiertos.. . Pero no, no. Mentiría si dijese que era orgullosa o con humos de aristocrática. Al contrario. Ponía en todo tanta obediencia, que a ratos me sacaba de quicio, porque yo hubiera preferido que alguna vez dijese que no, que no quería esto, sino lo otro. Pero ella a todo que sí, que bueno, que como ustedes gusten. Sería su manera de ser, no digo que no. Como siempre había vivido casi sola, sin hermanas, sin amigas, en aquel caserón... Ahora sufriría lo indecible con un cambio tan brusco. Oh, y también sentiría remordimientos. Yo me hago cargo. Remordimientos de haber tenido que reñir con el padre, porque un padre es siempre un padre; de estar alejada de su familia, de tener que edificar su felicidad sobre un dolor tan grande. ¡Qué diría la madrecita, allá en el cielo! La experiencia me ha enseñado, señor mío, que el amor entre un hombre y una mujer, aunque sea el amor más frenético del mundo, si tiene que vivir a costa de los otros amores, si tiene que chuparles la savia a los otros amores, termina por enfermarse. Y tal era el caso de Rosaura.

Aparte de eso, se sabía vigilada. No por los que usted piensa, sino por mis hijas y por la señorita Eufrasia. Entre las cuatro me la estudiaban como al maniquí de una vidriera. Desde nuestra conversación de la noche en que llegó Rosaura, mis hijas nunca volvieron a murmurar cosa alguna. Pero yo sé que no les cayó en gracia. Muchas veces las sorprendía hablando muy misteriosamente entre ellas. Apenas me veían a mí, se callaban. Yo adivinaba el tema de sus secreteos. En cuanto a la señorita Lagarto[36], ¿querrá usted creer?, jamás le dirigió la palabra a Rosaura. Buenos días, buenas tardes, y nada más. Ah, pero eso sí: la miraba tanto, que no sé cómo no se caían los ojos al suelo.

Con quien, vamos, pareció hacer buenas migas, fue con David Réguel. Al segundo día, no más, de haber venido, los vi conversar muy cabeza con cabeza. Él le echaría alguna de sus conferencias. Sentíase muy galán con Rosaura. Lo hubiera usted oído en la mesa: “Señorita Rosaura aquí, señorita Rosaura allá. ¿Vulevús? Pardón. Aftaiú[37]”. Destilaba miel por cuatro idiomas distintos. Y Camilo con una cara larga... Coretti también reverdeció. Con tal de lucirse delante de ella, empezó a contar otra vez todos sus viejos chistes, que nosotros tenemos sabidos de memoria. Hasta Hernández, cuando Matilde no lo veía...

En Camilo tampoco noté nada raro. Celoso, desde luego, y ya se imaginará usted de quién. Pero nada más.

Ahora que, sí, hubo algunos episodios, algunos hechos... Por ejemplo, un sábado a la tarde... Todos dormíamos la siesta. Usted sabe lo que es el sueño de la siesta. Es un sueño distinto del de la noche. El dormir de la noche es como morirse. Usted no se siente a sí mismo. Pero la siesta es

[36] Apodo ridículo que la señora Milagros ha inventado para la señorita Eufrasia Morales, como antes lo había hecho con Réguel, llamándolo "abate Pirracas".

[37] Del francés "Voulez-vous? Pardon"; y del inglés "After you", frases de cortesía que significan "¿Quiere usted (pasar)? Perdón" y "Después de usted", respectivamente.

Librodot

diferente. Uno duerme, pero sabe que duerme, que vive, que pasa el tiempo. Hasta sabe que se va a despertar. Yo dormía ese sueño liviano, cuando me pareció oír voces, gritos, llantos, una discusión a todo vapor. Excusado es decir que rompí ligerito el cristal de mi modorra, me levanté y salí afuera. Los gritos venían de uno de los cuartos del frente. Corrí hacia allí, en momentos en que mis hijas, Coretti, Hernández, Gavina, aparecían uno tras otro y hacían lo mismo que yo. Encontramos a Rosaura, en su habitación, llorando a mares, abrazada a David Réguel, el cual David Réguel, espantosamente enojado, insultaba a Camilo de arriba abajo. Camilo, pálido y tembloroso, no decía ni hacía nada, sino temblar y mirarlo a Réguel. En vano les preguntamos qué pasaba, por qué lloraba Rosaura de ese modo, por qué David Réguel lo ponía a Camilo de verde y amarillo. No pudimos sacarles una palabra. Camilo dio media vuelta, salió de la habitación y fue a encerrarse en su cuarto. Réguel murmuró no sé qué. Y como Rosaura seguía llorando e hipando a más no poder, la tomé de un brazo y me la llevé al comedor. Una vez a solas con Rosaura la hice sentar, le puse delante una copa de oporto, que dicen que hace soltar la lengua, y me senté a mi vez a su lado.

—Cálmese, querida —le dije—. Con llorar no se gana nada. Bébase la copita y va a ver cómo se siente mejor.

Pero ella no hacía otra cosa que sonarse la nariz.

—Vamos, vamos —continué—. Si no ha pasado nada. Una pavada, ¿no es cierto? Una nube de verano. ¡Con lo que los dos se quieren! ¡Con lo que la quiere Camilo! A que fue cosa de ese entrometido de David Réguel, ¿eh? Vamos, cuénteme lo que ocurrió. Hablar hace bien. Una se siente desahogada. Y estoy segura que si me dice lo que pasó, yo lo arreglaré todo.

—No pasó nada —murmuró, sin dejar de sonarse.

—Pues por nada no se llora así. ¿O es que no me tiene confianza? ¿No tiene confianza en quien es como una madre para ustedes dos? ¡Vamos, Rosaura, no sea testaruda!

Eructó un último sollozo, se bebió la copita de oporto, y cuando yo esperaba que comenzase a hablar, ¿pues no se me pone de pie y me dice?:

—Oh, dejé la pieza sola.

Yo también me levanté, procurando atajarla.

—¿Y qué hay con que la dejó sola? Nadie le va a robar nada, hija.

—No, no, no es eso. No lo tome a mal.

—Entonces, vamos, quédese aquí.

E intenté asirle una mano, pero se apartó.

—¡No, déjeme!

—Pero, ¿qué le pasa?

—Nada, nada. Discúlpeme. ¡Debo tener una facha! Voy a arreglarme un poco.

Y así, a toda prisa, salió del comedor y me dejó plantada. Y hasta el día de hoy no sé lo que ocurrió aquella tarde en la habitación de Rosaura. Porque

Librodot

Camilo tampoco quiso contarme nada. E interrogar a David Réguel, ni por pienso. En fin, señor, saque usted de esto las deducciones y las consecuencias que más le gusten. Yo me reservo las mías. Y digan después que Camilo no tenía razón de estar celoso.

El otro episodio… Usted me pide que cuente todo lo que sé, y yo obedezco. Le contaré incluso algo que, vamos, me hará aparecer delante de ustedes en una posición un poco difícil. Pero ustedes sabrán comprender y me perdonarán. Yo me fío a ese perdón por anticipado. Porque no hubo ninguna mala intención. Al contrario. Yo creí defender la inocencia contra la maldad. Cualquiera hubiese hecho lo mismo. De modo que…

Una mañana vino Enilde a avisarme que unos señores policías estaban a la puerta y preguntaban por mí. Hágase cargo de nuestro susto. En seguida pensamos que venían a averiguar, por gestiones del padre de Rosaura, si ella estaba con nosotros, seguramente para llevársela.

—¿Dónde están los policías? —pregunté a Enilde.

—Los hice pasar al vestíbulo.

—Y Rosaura, ¿dónde está?

—En su habitación.

—Pues entonces, óyeme bien: yo salgo a atender a esos señores, cierro la puerta del vestíbulo, de modoque ellos no puedan ver lo que sucede en la galería, y los entretengo unos minutos, que tú aprovechas para ir a buscar a Rosaura y esconderla donde mejor te parezca, en el altillo, o en el retrete del fondo, o dentro de un ropero. Y todo sin hacer ruido.

Así lo hicimos. Mis policías eran dos jóvenes muy corteses. No lo digo para congraciarme con ustedes, sino porque es la verdad. Claro que… Discúlpeme la franqueza. Pero un policía, aunque sea cortés, tiene una mirada, una mirada que no sé de dónde la sacan ustedes, una mirada que a una la hace sentirse culpable, aunque sea inocente como el mismo Dios. Después que charlamos un rato de cosas baladíes, me dijeron que andaban haciendo ciertas averiguaciones sin importancia (a mí el corazón me dio un vuelco lo mismo) y que si yo les permitía echar un vistazo al registro de huéspedes.

Calculé que Enilde habría cumplido ya mis órdenes, así que, poniéndome de pie, les contesté, lo más serenamente que pude:

—Pero sí, averigüen ustedes cuanto quieran. Si aquí no hay nada que ocultar. ¡Si sabrán ustedes la fama de *La Madrileña*! Aquí, el más nuevo de mis huéspedes tiene por lo menos diez años de estadía. Díganme a quién buscan.

Pero quisieron ver el libro. Cuando abrí la puerta del vestíbulo para que ellos entrasen, noté mucho movimiento y mucha agitación entre mi gente. La señorita Eufrasia cuchicheaba con Clotilde. Gavina, asomado a la puerta de su cuarto, miraba a derecha e izquierda. Hernández salía del baño, con la cara a medio afeitar y voceando: "¿Quién vino? ¿Quién vino?". La llegada de la policía ya era conocida por todos. Habrían presenciado la escapada de Rosaura hacia los fondos de la casa, arrastrada por Enilde. Si los policías advirtieron algo, que sí que lo habrán advertido, al menos no lo dejaron

Librodot

traslucir.

Yo los hice pasar a la sala y les puse delante el libro de huéspedes. Leyeron los nombres, uno por uno, con mucho detenimiento. Los demás esperaban afuera.

—La señorita Eufrasia Morales, ¿está? —preguntó el más joven de los detectives.

—Sí, señor. Corro a llamarla. Señorita Eufrasia, ¿quiere venir un momento?

La pobre se puso blanca como un papel, se acercó y miró a los policías tan aterrorizada, que parecía temer que el llamado fuese para acusarla de alguna muerte. Ellos, en cuanto la vieron, se miraron entre ellos. Uno dijo:

—Ah, no. Muchas gracias, señorita. Puede retirarse. Disculpe.

La señorita Eufrasia hizo un sonido raro con la boca, como de gárgaras, y se retiró. Los policías abandonaron el libro y me clavaron los ojos. Yo no sabía qué hacer. Tanto como para disimular, me sonaba la nariz con un pañuelo, pero por la nariz no me salía sino aire.

—¿Qué otras personas del sexo femenino viven en la casa? —preguntó el más joven. Ése era el más empecinado.

—Ah…, este… mis hijas. Aguarde. ¡Matilde! ¡Clotilde! ¡Enilde!

Las miraron muy serios. Yo, que no podía estarme quieta, tantos eran mis nervios, agregué:

—Y también la mucama. Ahí la tienen.

Se volvieron a observar, a través de la puerta, ala pobre coja, que, no sé por qué, muerta de miedo, quizá, se puso a barrer el piso de la galería con la escoba y a renquear como nunca.

—¿Nadie más? —preguntaron.

¡Rosaura! ¡Buscaban a Rosaura! El labio empezó a temblarme. Me puse a reír como una estúpida:

—Pero no, nadie más. ¿Quién creen ustedes que vive aquí? Jesús, yo llevo los papeles en orden. Pero si desean revisar uno por uno los cuartos, yo no me opongo, y creo que mis huéspedes tampoco.

Protestaron que no, que creían en mi palabra, que era sólo una visita de rutina, pidieron mil disculpas, yo les dije que podían venir cuantas veces quisieran, les serví una copita de anís, charlamos un rato todavía y luego, alegremente, se fueron.

Nos miramos unos a otros.

—¡Gracias al cielo, el peligro ya pasó! —dije, todavía en voz baja, tanto era mi terror.

—¡El peligro, el peligro! —rezongó la señorita Eufrasia, cuyo miedo, apenas los policías se fueron, se le transformó en una gran indignación—. ¿Se puede saber a qué peligro, en concreto, se refiere, señora Milagros?

—No sé a cuál, pero me parece evidente que buscaban a Rosaura.

—¿Y por qué la buscaban? —volvió a chillar, cada vez más enojada—. A la

gente decente no la buscan. ¿A usted lo buscan, señor Gavina? ¿Y a usted, señor Hernández? A mí tampoco.

—Serán maniobras del padre —dije—. Quién sabe de qué artimañas se ha valido. Querrá impedir a toda costa que Rosaura se case con Camilo.

—Querrá hacer creer que Camilo la tiene aquí por la fuerza —dijo el señor Gavina. Ése no habla nunca, pero cuando habla, da en la tecla.

Entretanto, mis tres hijas, mudas.

—¿Y Rosaura? —pregunté de pronto—. ¿Dónde está Rosaura?

Enilde la había escondido en el cuarto de la mucama, ubicado en un altillo, a los fondos de la casa. Cuando fuimos a buscarla la pobrecita temblaba como una hoja al viento.

Al mediodía le explicamos a Camilo lo sucedido, y la visita de los detectives fue, durante el almuerzo, materia de largas conversaciones.

—¿No cree usted que sea cosa de su padre? —le dije a Rosaura.

—Sí —contestó, tristemente, bajando los ojos—. Es él.

—Pero será inútil todo lo que haga —vociferó David Réguel—, porque desde el punto de vista jurídico…

Y nos endilgó una conferencia de tres horas.

—Si lo dice Réguel —comentó Coretti—, que es casi abogado…

—Oh, todavía me falta —gorjeó el abate Pirracas. Pero estaba rojo de vanidad, porque Rosaura lo miraba y le sonreía.

—Será conveniente —dije yo, cortando aquel corso de flores— que Rosaura no salga para nada de casa, bajo ningún pretexto. Y usted, Camilo, esté alerta en su taller, porque el sinvergüenza, digo, el padre de Rosaura, puede atacar por ese lado.

¡Y todavía Hernández, a la noche, nos viene con la noticia de que le parecía que un detective vigilaba la calle!¡Pero qué me cuenta usted, señor mío, qué me cuenta usted! ¿Que hubo denuncias contra mi honrada casa? ¿Quién? ¿Una mujer? ¿Y por teléfono? ¿Anónimamente? ¡Me deja usted helada!

Y con esto termina, señor, lo que yo podría referirle. Ayer se casaron.

Me acuerdo que, unos días antes, estábamos yo, Clotilde, Enilde, Rosaura y la señorita Eufrasia sentadas en el patio, tomando el fresco. Hablábamos de la boda.

—Saldremos sigilosamente para el Registro Civil —decía yo, dirigiéndome a Rosaura— y a ver después quién va a oponerse a que usted y Camilo sean el uno para el otro y para toda la vida. A propósito del Registro Civil: yo y Coretti seremos los testigos. Yo, por usted, y Coretti por Camilo. Y usted, dígame una cosa, ¿tiene documentos de identidad?

—¿Yo?

—A ver si se vino sin ninguno y hay que aplazar la boda.

—Tengo la cédula.

—Ah, es suficiente.

Me acuerdo que nosotras seguimos conversando. Pero Rosaura se había quedado pensativa. Y después de un rato de estar haciendo pliegues al género de su pollera empezó a hablar, pero tan bajo, que nosotras, que discutíamos no sé qué, no nos dimos cuenta. La única que le prestó atención fue Clotilde:

—¿Cómo dice, Rosaura?

Todas nos callamos.

—No, nada. Decía que… Ustedes me llaman Rosaura, como yo firmaba las cartas, pero…

—Ah, no me lo diga —exclamé—. Si yo me lo imaginaba. Usted no se llama Rosaura.

—Es un nombre que convinimos con él, para despistar.

—Me lo imaginaba, me lo imaginaba. ¿Y cómo se llama usted?

—Marta.

—Precioso nombre. Más lindo que Rosaura.

—¿Marta qué? —preguntó Clotilde.

—Marta Córrega.

—¡Ah, ah!

—¿Y Camilo sabía que usted se llama Marta Córrega? —insistió Clotilde.

—¡Cómo no iba a saberlo! —dijo Rosaura.

—¡Cómo no iba a saberlo! —dije también yo—. Claro que sí. ¡Sólo que es un zorro! Decía que ignoraba su apellido y no nos quiso dar ni su dirección. ¿Y todo sabe para qué? Para que nos nos entrometiésemos, según él.

—¿Y en dónde vivían, ustedes? —volvió a pregunta Clotilde.

—En Belgrano —contestó secamente Rosaura.

—Sí, ¿pero en qué calle?

Rosaura lanzó una exclamación ahogada y se cubrió el rostro con las manos. No querría recordar la imagen de aquella casa en la que tanto había sufrido. ¡Y esta Clotilde, aposta, escarbándole la herida! Le dirigí una miradita de esas que mis hijas tan bien conocen.

Nos pusimos a hablar de otra cosa. Rosaura se quitó las manos de la cara. Entonces le tocó el turno a Enilde.

—¿Por qué no nos trae la cédula? —dijo, con su aire inocente—. Nos gustaría ver qué tal salió.

¡Qué hijas tengo! Cuando una la soltaba, la agarraba la otra. Rosaura se levantó y fue a su cuarto.

—¿Para qué diablos se la pides? —le pregunté a Enilde. No me respondió. Se miraba con Clotilde.

—Para ver qué edad tiene —contestó, por ella, la señorita Eufrasia, que hasta allí había estado muda, porque creo haberle dicho que delante de

Rosaura no abría la boca.

—¡Todavía andan con eso! —exclamé. Pero tuve que callarme, porque ya volvía Rosaura con la cédula.

Les hubiera usted visto la cara a mis hijas. Según la cédula, Rosaura tenía, exactamente, veinticinco años y dos meses.

Ayer se casaron. Fuimos al Registro Civil en automóvil, cuidando que nadie nos viera. Pero no hubo ningún contratiempo. A la noche, seguros ya de haber vencido, hicimos una pequeña fiesta. Quiero decir que hubo masas, sidra, y hasta se bailó. La primera pieza, un vals, quisimos que la bailaran los novios solos, como en las bodas antiguas, mientras nosotros los aplaudíamos. Cerca de medianoche partieron en automóvil. Irían al *Hotel Wien,* donde yo les reservé una habitación a mitad de precio, aprovechando que el propietario es cliente de Camilo. De allí partirían al día siguiente para Córdoba. Les hicimos una tierna despedida. Yo besé a Rosaura y abracé a Camilo. Al fin partieron. ¡Parecían tan felices, los dos!

Nosotros nos quedamos aún un rato levantados, consumiendo las últimas luces. Luego nos recogimos a dormir. Todos estábamos un poco achispados, así que nadie notó la ausencia de David Réguel. Yo, en mi lecho, estuve largo tiempo despierta, pensando en ellos dos. Creo que hasta lloré un poquito, quizá por efectos de la sidra. Tengo el vino triste, como dicen. Finalmente me dormí. Y de pronto, no sabía cuándo, no sabía dónde, oía unos golpes, oía voces, oía sonar el timbre de la puerta de calle, oía a David Réguel que gritaba: "¡Señora Milagros! ¡Señora Milagros!". Desperté bañada en un sudor de angustia. ¿Había sido una pesadilla? Pero no, el timbre seguía sonando. Me vestí apresuradamente y salí al patio. Amanecía. Los huéspedes, y mis hijas, también se habían levantado y aparecían, unos tras otros, alarmados, medio dormidos, los ojos hinchados. Hernández fue a abrir. Como un huracán entró David Réguel.

—¡La mató! ¡La mató! ¡La mató! —aullaba.

—¿Quién mató a quién? —le pregunté; pero ya un horrible presentimiento me punzaba el corazón.

—Camilo Canegato mató a Rosaura en un hotel del bajo.

Hasta acá.

II

DAVID CANTA SU SALMO

David Réguel a sus órdenes, señor, a sus enteras órdenes. No, muchas gracias, prefiero hablar de pie, si usted me lo permite. Es que, no sé, todavía me dura el estupor, la excitación, todas esas cosas. No soy un flojo, pero me parece que cualquiera, en mi lugar… ¿no es cierto? Porque cuando pienso que yo, casi sin quererlo, bueno, sin quererlo no, pero, en fin, arrastrado por la fuerza de las circunstancias, llegando más allá de lo que me propuse, preterintencionalmente[38], ésa es la palabra, ¿qué decía? Ah, sí, cuando

[38] Término jurídico que se forma con el prefijo latino *praeter*, "fuera de" y el adverbio "intencionalmente". Compárese con el término teológico "preternatural" (fuera del estado natural de una cosa).

pienso que yo soy, en cierto modo, y especialmente para ustedes, no voy a decir el personaje principal de todo este asunto, no voy a decir el protagonista, pero sí un deuteragonista[39] que, en algunos momentos, acapara todo el interés dramático; o si usted prefiere, el corifeo vidente en medio de los héroes cegados por el destino... En otras palabras, el Tathágata[40]. ¿Qué? ¿El Tathágata? Tathágata es uno de los apodos del Buda Siddharta[41]. Significa: "el que ha llegado a la verdad". Buda quiere decir "el iluminado", y Siddharta: "el que cumplió su propósito".

Bueno, ¿qué decía? Ah, que yo soy el hombre que ha llegado a la verdad. A la verdad en este embrollo de la muerte de Rosaura, claro. Porque ustedes, hasta ahora, y perdóneme, se lo digo sin intención de ofenderlos, al contrario, al contrario. Ustedes hasta ahora están en ayunas, no de los hechos exteriores, de la corteza fáctica, sino de lo otro, del *podos* anímico, de la motivación abisal, de, de, cómo le diré, de la raíz que ha alimentado, que ha hecho frutecer este crimen que ustedes están investigando. No, no es que yo dude de la capacidad de ustedes, permítame, señor; lo que quiero decir es que ustedes tienen delante un homicidio cometido al parecer sin causas explicables, sin motivaciones lógicas, un crimen cometido por puro impulso criminal, como decían los penalistas de la escuela de... como decía Carrara. Pero no, no existe tal impulso, así, en el vacío, viniendo de la nada psicológica. Un asesinato sin razón alguna o sin ningún fin es una pura invención de gabinete. Acuérdese de aquel adagio hindú que cita Schopenhauer[42]: "no hay loto sin tallo". O como decía el latino: *nihil est sine ratione*[43]. El que mata, mata por algo, por alguien, por lo que sea, pero mata por algún motivo.

¿Por qué mató Camilo Canegato a Rosaura? Ahí está la cosa, ahí está el problema. ¿Ustedes lo saben? Sea franco: no lo saben. La han tenido a la señora Milagros declarando una hora. No sé lo que les habrá dicho, pero me lo imagino. Y yo, a todo, o a casi todo lo que les ha dicho ella le pongo el *obelós*[44]. No porque crea que les ha mentido, no, yo no digo eso, pero qué quiere con la señora Milagros como testigo, hágame el favor. Les habrá dicho que, mire, como si la oyese, un alma de cántaro, un pobrecito, incapaz de matar una mosca, incapaz de hacerle mal a nadie, correctísimo, perfecto, pero que ni *ipsis rebusveneris* se estrangula a la novia la misma noche de bodas, así, como quien se toma un vaso de agua. Claro, habrá sido un rapto de locura, habrá sido una cosa rara que le salió de repente, como un grano en el pescuezo. ¿Y eso tiene lógica? La vida, mi amigo, la vida es la rueda del Karma. Todo procede de un antecedente, todo es el antecedente de una consecuencia futura. Un acto, aunque aisladamente considerado parezca

[39] Segundo agonista, esto es, actor de reparto en el drama, o coprotagonista.
[40] Tathágata: Uno de los sobrenombres de Buda. Significa según algunos, "el Perfecto", "el que ha llegado a la verdad". Según otros, "el que ha llegado y se ha ido".
[41] Siddharta Gautama, del clan de Sakya Muni, llamado el Buda, esto es, "el Iluminado". Nació probablemente en Benarés, India, en 583, y murió a los 80 años en Kusinara, en 463 a. de C. Es el fundador de la religión budista.
[42] El alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860) fue uno de los filósofos europeos que mejor conoció y expuso las doctrinas del budismo, principalmente en su libro *El mundo como voluntad y representación*.
[43] Literalmente: Nada existe sin razón.
[44] Obelós: Signo en forma de guión largo (—), que ideó Xenódoto de Alejandría, para señalar, en su edición crítica de Homero, los versos apócrifos.

Librodot

arbitrario, ilógico, paradojal, en rigor es lo que tiene que ser dentro de la cadena de la causación universal. O a lo mejor, ya sé, la culpa la tuvo Rosaura. Le habrá encontrado justificación al crimen de Camilo diciendo que era ella la que... ¿no es cierto? Claro, la apelación al difunto. Como Rosaura no puede defenderse, es muy fácil. Pero no, déjeme a mí, *affirmanti incumbit probatio*. Yo, querido, este, discúlpeme, yo, señor, le levantaré a Camilo Canegato la linda caretita de mártir que le habrá puesto la señora Milagros, y entonces podrán verle su verdadero rostro y comprenderán que lo que hizo, ese crimen que parece no admitir ninguna exégesis, en realidad fue el desenlace fatal de todo lo que lo precedió, una cosa inevitable, algo así como, como le diré, como el hado de la tragedia griega, una cosa que usted la ve nacer, la ve crecer, la ve venirse encima de uno, y sin embargo, uno no puede hacer nada.

Yo la tenía prevista esta muerte. Hubiera apostado mi... bueno, si no me repugnase apostar, y más sobre la sangre inocente de Rosaura. Y a pesar de todo lo que hice, usted verá, locuras, quijotadas, no pude impedirlo. *Non ita diis placuit*[45]. Hasta el sabio, canta el coro en el *Prometeo encadenado*, "hasta el sabio tiene que doblar su rodilla ante Adrastea". Adrastea[46] es lo inevitable. La rueda del Karma[47]. *What is done, cannot he undone*, dicen en *Macbeth*[48]. La teoría del *Nous*[49]. ¿Usted leyó a Oribe? Los demás tipos de *La Madrileña* han vivido en Babia. Ahora están estupefactos. Les parece mentira que Camilo... Natural. Son todas buenas personas, pero muy ignorantes, gente que no ha leído, que no ha profundizado, que no ha salido nunca del medio metro cuadrado donde nacieron. Entonces ¿cómo voy a hablar del mar con la rana que nunca salió de su charco? Gentes así no están capacitadas para interpretar, para juzgar *in tuitu personae*[50]. Se quedan en el contorno, se conforman con la fachada postiza del mundo. En cambio, y permítame la vanidad, yo no, yo soy de aquellos que no ignoran que la realidad tiene dos caras... qué dos caras: veinte caras, cien caras, y que la cara que más a menudo nos muestra es falsa y hay que saber buscarle la verdadera.

A Camilo Canegato lo ha rodeado un biombo, un biombo de simulación, de mimetismo, pero yo le quitaré para ustedes esa pantalla y ustedes lo verán tal cual es. Claro, le advierto que lo que yo les voy a decir es lo que fui elaborando, induciendo, usted me entiende, a través de muchos hechos, de muchos indicios. Ahora les presento la teoría completa y corroborada,

[45] Literalmente: "No les place así a los dioses".

[46] Este sobrenombre de Némesis, diosa de la justa proporción, significaba "aquella de la que nadie puede huir". En su tragedia *Prometeo encadenado*, verso 936, Esquilo hace decir al coro las palabras que cita Réguel: "También los sabios se inclinan ante Adrastea, en acto de humildad, para aplacar la cólera de los dioses".

[47] El símbolo del ciclo eterno del nacimiento y la muerte, en la doctrina budista. Karma significó primero el acto de la inmolación, y luego, la retribución de los actos buenos y malos que se produce en varias existencias sucesivas. En términos budistas, es "la suma algebraica de las obras personales".

[48] Literalmente, "lo que está hecho no puede ser deshecho", del monólogo de Lady Macbeth, Acto IV, Escena I, de *Macbeth*, de William Shakespeare.

[49] Emilio Oribe, filósofo uruguayo, publicó en 1943 un ensayo de este nombre al que Ferrater Mora califica de una "doctrina más poética que filosófica". *Nous*, para el pensamiento grecolatino, desde Homero hasta Plotino, significa ya sea la inteligencia o facultad de pensar, ya sea el intelecto o la mente.

[50] Literalmente, juzgar "en defensa de la persona".

ratificada, demostrada. Les expongo la tesis, la hipótesis, la demostración. Pero antes, hubo un tiempo en que yo también estaba desconcertado, estudiaba el caso, reunía elementos de juicio. Ahora, con todos los hilos en la mano, puedo hablar *supra sicuro*.

Físicamente ustedes lo conocen. Un gurrumino. Las piernas, el cuerpo, los brazos, todo lo tiene hecho a escala reducida. No es un hombre. Es la *maquette* de un hombre, la muestra gratis. Un estudiante de medicina lo ve y siente la tentación de viviseccionarlo para estudiar anatomía sin necesidad de recurrir a un cadáver. Pero no se engañen, no se engañen. Bueno, a ustedes no los habrá engañado. Pero a la gente, a la gente así, lega en estas cosas, la embauca. Lo ven con ese aspecto de garza asustada y dispuesta al vuelo, con esos ojillos que no saben qué hacer con la mirada; y lo creen un pobre diablo. No, señores, desconfíen de ese pobre diablo. Desconfíen de ese hombrecito al parecer tímido y linfático, y desconfíen precisamente a causa de su vulnerabilidad física. Una minusvalía orgánica, o para decirlo más claramente, una *mindertvertigkeit von organen*[51] produce hondos complejos espirituales, produce resentimientos, rencores, fobias. Odio, en una palabra. Y un odio de la peor especie, porque su causa está en el sujeto que odia, está en el propio tipo que odia. Él lleva consigo mismo el motivo, el objeto de su odio. Es sujeto y objeto de su propio odio, ¿me entiende? Y para esta clase de odio no hay remedio. Acuérdese de Nietzsche: no hay redención para el que sufre de sí mismo, a no ser una muerte súbita. *Also sprach Zarathustra*.

Estos tipos reciben constantemente la pisada del mundo. Cualquiera se les impone, y ellos no pueden guarecerse sino en el *camouflage*, en la pasividad, en el mimetismo. Sonriendo y callando. Aguantando, en una palabra. Y ahí está el peligro. En que aguantan, en que están obligados a aguantar. Porque aguantar, usted sabe, es una energía para dentro, una fuerza que tenía que ser centrífuga y usted la tuerce, la da vuelta y la hace centrípeta. Y entonces, claro, el homúnculo hace eso, aguanta, aguanta, aguanta, la prepotencia, el fracaso, la soledad, la postergación, todo lo aguanta. Pero cada cosa que aguanta es una piedra que se echa dentro del espíritu y hace peso.

Hasta que un día la capacidad está colmada, y entonces basta un grano de arena, una nimiedad que le exija un nuevo aguante, a lo mejor usted que lo miró fijo o le negó el saludo, y todo lo que el hombrecito lleva adentro le sale al exterior con la fuerza de un volcán en erupción, lo desfonda, lo da vuelta del derecho al revés, como a una media, y ocurre una catástrofe: el hombrecito mata, incendia, hace una revolución. La gente se queda atónita: "Cómo, ¿ese infeliz que no levanta medio palmo del suelo, que nunca dijo esta boca es mía, y ahora?" Precisamente, chauchas, ahora. Ahora ha hecho lo que ha hecho porque no levanta medio palmo del suelo y porque nunca pudo decir esta boca es mía. Si por un lado la superficie está demasiado lisa, es porque del otro lado están las costuras y los nudos. Por eso, ojo, ojo con el que tiene atrofias en un sentido, porque seguro que ése carga la romana por otro lado. Y si no, vea. *Quia nominor leo*[52], dice el estúpido, y hace callar

[51] Literalmente, "complejo de inferioridad orgánica".

[52] Literalmente, "porque me llamo León". Frase que recuerda la fábula de Fedro *La vaca, la cabra, la oveja y el león* (Libro I, fábula 5), que comienza diciendo "Nunca es buena la sociedad con el poderoso".

a trompadas al inteligente, y el inteligente entonces inventa una ley y pone preso al estúpido. Puro resentimiento. Puro juego de compensaciones, sabe, en que lo malo cubre el déficit de lo bueno. Ahí tiene el verdadero fundamento de toda *Machtpolitik*[53].

Créame, señor. Los defectos físicos tendrían que estar previstos en las constituciones como causas de incapacidad política. De ahí proviene más de un *pogrom*[54], más de un campo de concentración. ¿Usted sabe por qué Robespièrre[55] era tan despiadado? Porque no tenía sexo. Mandando a la guillotina a los que tenían sexo él se vengaba de no tenerlo. Usted cambia el sistema endocrino de Robespierre y cambia la historia del mundo. No hay Terror, no hay Termidor, no hay Consulado, no hay Napoleón, no hay Santa Alianza, no hay nada[56].

Bueno, como le iba diciendo, Camilo Canegato pertenece a esa categoría de hombrecitos potencialmente peligrosos. Yo lo conozco desde hace algún tiempo, desde que vivo en *La Madrileña*, cosa de dos años. A pesar de sus sonrisitas, de sus miraditas de monito enfermo, de sus reverencias... mire, siempre tuvo ese aspecto de encargado de guardarropa, o de la sección archivo, a punto de jubilarse, aspecto de tipo que cuida las plantas en el Botánico, o que atiende una biblioteca teosófica, o un hogar del Ejército de Salvación. Yo desde el primer día que lo vi me di cuenta. Quiero decir que me di cuenta de que, a pesar de su apariencia, era un hombre que alguna vez podía darnos un disgusto. La fachada exterior se presentaba demasiado lisa. No reaccionaba, pero sudaba. No se defendía, pero se le hinchaba una vena en la sien. No gritaba, pero se ponía rojo como un tomate. Y cuando hacía todo eso, cuando sudaba, cuando enrojecía, cuando se le hinchaba la vena en la sien, fíjese, sonreía. Clavado. El esquema clásico. El cuadro clínico del hombre que aguanta y no puede quitarse de encima las piedras que lo abruman. Y vi las piedras enormes, brutales, que los demás le ponían sobre el globo del espíritu.

La señora Milagros, la primera, por ejemplo. Lo trataba sin ninguna consideración, despóticamente, a lo matriarca. Camilo, venga aquí; Camilo, haga esto; Camilo, no sea idiota. Lo explotaba, es la verdad. Ella dice que lo quiere como a un hijo. Macanas. Lo trataría como a un hijo, no digo que no. Lo trataría como una madre mandona puede tratar a un hijo débil, pero sin el cariño de una madre. Casi nada la diferencia. Porque lo dominaba a su antojo, decía que él era como de la familia. ¿Y con eso? Tendría que haber sido al revés.

Otro ejemplo: Coretti. Coretti será un tipo macanudo, no digo que no, un gran muchacho. Pero tiene un espíritu con una sola cara, un carácter monovalente, de un solo matiz. Hay momentos en que usted le festeja las

[53] De toda "política imperialista" o "política de expansión".

[54] Voz rusa que designa la matanza de judíos de 1904. El personaje alude a las matanzas de judíos ordenadas por Adolf Hitler, quien era un hombre de una apariencia insignificante.

[55] Maximilien Francois de Robespièrre (1758-1794), el jefe de los jacobinos y miembro de los Comités de Defensa Nacional y de Salud Pública, se convirtió en dictador a partir de la caída de los girondinos.

[56] Desde el Comité de Salud Pública, Robespièrre instauró en la República Francesa un régimen llamado "del Terror", a partir del 31 de mayo de 1793, día de la caída de los girondinos. El 9 de Termidor (27 de julio de 1794) la convención se levantó contra Robespièrre y lo hizo detener. Al día siguiente fue fusilado.

Librodot

bromas, pero usted no puede festejárselas las veinticuatro horas del día y los siete días de la semana. Usted a veces se siente con ganas de tomarlo todo en solfa, y Coretti es un tipo ideal para eso. Pero compañero, usted no se va a pasar la vida haciendo chistes y riéndose. Mire, tipos como Coretti terminan por aburrir. El primer día usted está encantado. ¡Qué hombre alegre! Usted se ríe. Pero después no lo aguanta. Usted quiere leer, y el otro con la matraca. Usted le presenta a su novia, y el otro lo carga y lo pone en ridículo. Al final usted lo manda al diablo. Bueno, como nosotros, quien más, quien menos, nos hacíamos respetar, Coretti lo eligió a Camilo de punto. Pero vea una cosa. Coretti hacía bromas a costa de Camilo, pero sin dirigirse a él. Lo tomaba por objeto de sus chistes, pero a él lo dejaba aparte del festejo. Lo hacía sentirse como una cosa, una cosa cómica, que excitaba la risa Camilo aparecía y Coretti empezaba a mirarnos a nosotros, y a decirnos cosas del otro, y a reírse, pero a él no lo miraba, a él no le decía nada, no se reía con él: se reía de él, pero con nosotros. Y ahí está, ahí está la peor ofensa. Usted tendría que haber visto la cara de Camilo cuando Coretti se reía. Tiene una risa que hace temblar las arañas. Canelo se estremecía, le juro que se estremecía como si estuviese oyendo a alguien, a su propio hijo, gritar de dolor, y no pudiese seguir oyendo un minuto más. Y Coretti lo hacía a propósito. Se reía cada vez más, hasta enloquecerlo. Se aprovechaba. Mide un metro noventa. Fue boxeador. A mí me daba lástima.

¿Y las tres hijas de la señora Milagros? Son unas chicas preciosas, vivarachas, aunque claro, se han criado en un ambiente que no es el más a propósito. Se acostumbran a…Usted sabe lo que es una casa de huéspedes. A él lo trataban sin ninguna reserva, sin ningún disimulo, nada, como si él fuese un mueble o el gato. Y eso es peligroso, usted sabe, eso es peligroso, porque cuando una mujer no guarda frente a un hombre ni siquiera esa mínima coquetería, esa reserva indispensable para hacerle entender que lo considera una persona del otro sexo, el hombre es capaz de cualquier barbaridad, de cualquier locura, con tal de obligar a la mujer a tenerlo por ese ser temible, depositario de la ciencia del bien y del mal, que tiene que ser un hombre. Por eso, le prevengo, por eso es tan peligroso que las mujeres se envicien, porque entonces los hombres tienen que enviciarse más todavía, para restablecer ese equilibrio, usted sabe, ese equilibrio por el cual el hombre tiene que saber en todo orden más que la mujer.

Bueno, yo vi todo aquello, como le decía. Vi que él era el pobre tipo al que todos elegían como término de comparación, pero para lucirse ellos. Les servía de platillo vacío. Ponían en el otro platillo sus kilos de fuerza o sus gramos de ingenio, y la balanza, claro, bajaba, y los hacía sentirse superiores. Y él aguantaba eso. Lo aguantaba con una cara de paria que hace sonar la campanita. Y se sonreía, y se le hinchaba la vena de la sien. Algún día no se sonreirá más, pensé, algún día no se le hinchará más la vena, pensé, y ese día alguien morirá. Me acordaba de Nietzsche[57]. El solitario es como un pozo muy profundo. Fácil es tirar en el pozo una piedra, pero cuando la piedra llegue al fondo, ¿quién querrá sacarla? *Also sprach Zarathustra*. Le confieso que yo mismo, con todo que me daba cuenta del proceso, involuntariamente contribuía a formar alguna estalactita en aquella

[57] En su conocido *Also sprach Zaratustra* (Así habló Zaratustra). Friedrich Nietzsche (1844-1900) expuso algunas de sus doctrinas sobre una moral individualista, que exalta la voluntad de poderío y la aristocracia del superhombre.

alma resentida. Pero qué quiere, uno no va a despojarse de su juventud, de su inteligencia, nada más que para que el otro no se indigeste de biliosidad. El vicio de la embriaguez lo tiene el borracho y no el cantinero que le vende vino, si usted me comprende.

Pero de todos modos es un peligro que cerca de uno haya un tipo que absorba cada sonrisa nuestra, cada uno de nuestros placeres, y los regurgite en su interior y los transforme en veneno. Cuando uno está en el secreto de esa alquimia de sapo, uno vive alerta, vive sobresaltado, previendo a cada momento el escupitajo o la mordedura. Ahí tiene otro de los males del resentimiento. Enturbia el ambiente de alrededor, como el calamar enturbia el agua con su tinta. A mí, por ejemplo, si yo lo veía. Bastaba el más pequeño éxito que yo tuviese, para que él se sintiera herido. Las muchachas me felicitaban porque había aprobado un examen, y a él la frente se le cubría de sudor. O me consultaban sobre alguna cosa; yo les daba mi opinión en una forma perfecta, completa, exhaustiva, que las dejaba admiradas, exclamaban: "Pero usted es un fenómeno", y a él un tic nervioso le hacía temblar el párpado. Los demás no veían nada, pero yo veía aquello, veía que el párpado le temblaba y que le brotaban en la frente gotitas de sudor, y me daba cuenta de lo que pasaba en su espíritu.

Comencé a estudiarlo, a vigilarlo, a tenerlo, así, en observación. Quería estar en condiciones de apartarme a tiempo. Que los otros, si les placía, encendieran fuego junto a un barril de pólvora. Que cuando el barril estallase, a mí no me alcanzara la catástrofe. Bueno, un día, este resentido conoció a Rosaura. Usted ya sabrá cómo, porque lo llamaron a restaurar unos cuadros, qué sé yo. Ella, ¡ah, compañero, qué mujer espléndida! Qué ojos, qué pelo, y la voz, una voz un poco ronca, cálida, mojada. Voz de paloma herida, como dice Biálik[58]. Usted no sabe. Usted no la conoció. Usted conoce sólo ese maniquí rígido que está ahora en la morgue. ¡Pero si la hubiera conocido cuando estaba viva! Al hablar, parecía que con un junco le rozaba a uno el diafragma. Parecía que le tocaba el estómago, y uno sentía, aquí, una debilidad, un vacío, y se le iba el apetito.

Bueno, se conocieron por el asunto de que él fue a restaurar unos cuadros. Ella era una de esas espléndidas mujeres sensitivas, las grandes amadoras de Goethe, a las que la educación burguesa, me comprende, malogra en parte. No gozan de libertad anímica, tienen que pasarse la vida encerradas en sus casas, entre personas mediocres, sin horizontes espirituales, sin satisfacciones, sin expansiones, hasta que se unen a un hombre que ellas no han elegido, que no las comprende, y que ellas no aman, o que, si lo amaban, pronto las defrauda. Vea que estas mujeres, por lo general, como viven espiritualmente frustradas, esperan que el amor las compense de todo. Se hacen del amor una idea fantástica, hipertrofiada, y cuando se casan, y el hombre no las entiende, o es un grosero que no está a la altura de su sensibilidad, sufren horriblemente. Y entonces, claro, se produce la escisión dentro de su estructura espiritual. La realidad les es aborrecible, y para evadirse de ella se fabrican otro mundo, un mundo imaginario, el de la fantasía y de los sueños. Lo dice Freud: la represión lleva al desplazamiento y el desplazamiento, a la evasión. La mujer evadida vive

[58] El poeta y cuentista judío Jaim Najman Biálik (1873-1934) nacido en Volinia (Ucrania). Uno de los más grandes poetas judíos modernos; tradujo el Quijote al hebreo.

en dos hemisferios a la vez: el de la realidad cotidiana, donde está el marido, donde están sus deberes de esposa, y el de la ensoñación sublimada, donde ella es princesa o artista de teatro y tiene de amante al muchacho joven y pobre que vive en la otra cuadra o en la pieza de al lado. Bueno, Rosaura pertenecía a esta clase de mujeres.

Usted dirá: cómo lo sabe. Lo sé porque, aparte de lo que ya sabía de la vida, de su forma de ser, del ambiente que la rodeaba, tuve ocasión de psicoanalizarla. Claro que sin que ella se diera cuenta. Ahora que le digo esto, usted, estoy seguro, se explicará muchas cosas que ocurrieron después. Usted sabe lo que pasa entre el psicoanalista y la paciente. Sí, el fenómeno de la transferencia, que dejaba turulato a Breuer[59]. Bueno, dejemos eso. Le decía que la sometí a hábiles interrogatorios y, con sus respuestas, reconstruí todo su mapa anímico, incluso el *dark continent* de su subconsciencia. Vivía en un caserón lúgubre, frío, húmedo, donde todo estaba igual desde siempre, como en un museo repleto. Muchos muebles, pero ni una silla donde usted se sentaría. Todo para mirar, catalogado y en vitrina. ¿Usted, por casualidad, nunca se metió en un museo histórico, por ejemplo, una tarde de invierno, en que llovía? Métase y sabrá lo que es un ambiente desvitalizador. Usted se siente como si no viviera, como si usted fuese nada más que un alma, pero sin cuerpo, sin sangre, sin instintos. Si usted entró y le dolía la cabeza, o andaba preocupado por algo, al rato de recorrer las salas vacías, silenciosas, usted se olvidó del dolor, se olvidó de la preocupación, usted no es usted. Usted camina, camina, sin hacer ruido, sin hablar, sin saber qué son esos cuadros y esas medallas que tiene delante; le parece que está solo en el mundo, que la humanidad ha desaparecido y que el tiempo se detuvo para siempre. Y cuando vuelve a la calle, se sorprende de encontrar tanta gente, de oír tantos ruidos, de hallar que la vida sigue y es tan pletórica, tan despreocupada, tan arrolladora, y que todo eso le sea tan indiferente al museo solitario y silencioso. Así era la casa de Rosaura.

Entonces apareció él. Fue una de esas irrisiones estúpidas, esas jugadas torpes del destino. En el museo, Camilo Canegato fue la pieza nueva que rompía, al menos por un tiempo, la rutina y el tedio. ¿Usted cree que de lo contrario podría explicarse el amor de Rosaura por Camilo? ¡Hágame el favor! Pero no, no, no era amor, no estuvo nunca enamorada de él. Fue puro efecto de contrastes. En otras circunstancias, en circunstancias que permitieran la confrontación, ni se hubiera fijado en semejante tipejo. Pero la rodeaba un ambiente pacato de veladas familiares, con olor a estoraque y yerbabuena (estoraque y yerbabuena, no sé por qué estas dos. palabras me salen juntas, las debo de haber leído en alguna parte), con la *Plegaria de una Virgen* como música de fondo, domingos de jugar a la lotería de cartones, sábados para recibir la visita de parientes de luto, inviernos junto a la chimenea de leña leyendo a Florencia Barclay, y un jardín de macetas con peonías y begonias, todas en fila sobre una balaustrada cubierta de musgo.

Y en medio de esa decoración finisecular, de golpe cae él como de otro mundo. Pintor. Todos los pintores tienen una aureola, casi siempre falsa, de

[59] El doctor Joseph Bréuer colaboró con Sigmund Freud en la obra *Estudios sobre la histeria*, publicada en 1895. Se entiende por "transferencia" a la vinculación que se establece entre el paciente y su psicoanalista.

bohemia, de romanticismo sentimental a lo Puccini[60], de genialidad triste y dulzona. Ella lo vio, percibió el contraste, lo notó distinto, lo adornó con todas las cosas que estaban dentro de ella misma, con el barro pintó la piel de Venus, acuérdese de Delacroix[61], y ya la tiene a Rosaura embobada con Camilo. En cuanto a él, en seguida debió de caer en la cuenta de la impresión que había causado en aquella muchacha. Imagínese, un pobre diablo como él, que de pronto se convertía, por azar de las circunstancias, en el objeto de la admiración de una mujer joven, hermosa, rica. Un Yokanaán leproso, que oye a una Salomé rubia, de veinticinco años, entonándole un canto de amor[62]. Comprende que es pura oposición de ambientes, puro efecto de contrastes, pero precisamente por eso acentúa los contrastes. Quiero decir, comienza a hacerse el loco en medio de la tristeza y la monotonía del museo, comienza a hablar de Gauguin, de van Gogh, de todos esos lunáticos que vagabundeaban y hacían escándalo, mientras pintaban caballos verdes y árboles violetas, se hace el hombre que ha visto mundo, que ha viajado, que estuvo en París, en Venecia, en Brujas la muerta[63], cuando en realidad no salió nunca de Buenos Aires, le cuenta que ha corrido mil aventuras, que ha pasado hambre en Montparnasse[64], que se alimentaba de calvados en los bistres. Total, ¿quién iba a desmentirlo? Ella lo escucharía encandilada, pensaría: "¡Este sí que es un hombre!", y él dale a la matraca, fabricándose experiencias, recurriendo a las guías de turismo y a los álbumes ilustrados de Leonardo von Matt que esconde en su cuarto.

Una vez que estuvo suficientemente trabajada la admiración artística, enfiló hacia costas menos inocentes. Yo tuve un día en mis manos las cartas de Rosaura. En esas cartas ella repetía muchas de las cosas que le decía Camilo. Usted, leyéndolas, podía reconstruir, más o menos, lo que los dos hablaban en la casa de ella, mientras él le hacía el retrato. Así yo reconstruí su trayectoria. Primero se puso una máscara de galán. De la boca le chorreaba entonces una baba melosa, toda una retórica a lo Carolina Invernizzio[65]. Mucho alma gemela, mucho *Ideali* de Tosti[66], mucho claro de luna. Después la máscara se fue ablandando con el calor y se convirtió en el rostro ceroso, pálido y repugnante del seductor de alcoba. Impunemente cometió el crimen de hablar a una muchacha inocente de cosas que una muchacha inocente no conoce ni debe conocer. Los antiguos castigaban ese

[60] Giacomo Puccini (1858-1924) autor de las óperas *Manon Lescaut*, *La Bohéme*, *Tosca* y *Madame Butterfly*, todas ellas muy difundidas en la Argentina.

[61] Eugéne Delacroix, pintor romántico francés (1798-1863). Su preocupación permanente fue el estudio e investigación de los colores en sus diferentes aproximaciones. De todo ello da cuenta en su *Diario*, que ha sido glosado y comentado por críticos y artistas posteriores. Rechazaba el gris y todos los colores terrosos, a la vez que exaltaba el valor del tono y los reflejos coloreados. Dijo alguna vez, orgulloso de su habilidad para combinar colores y reflejos luminosos: "Dadme barro y haré con él la más espléndida carne de mujer".

[62] Salomé, hija de Herodías, la mujer de Herodes Antipas, accedió a bailar la danza de los velos ante su padrastro, siempre que éste le entregara la cabeza de Juan el Bautista. Yokanaán es el nombre que daban los mandeos al santo, al que Salomé amaba sin ser correspondida.

[63] Capital de la provincia de Flandes Occidental (Bélgica). Fundada en 865, su gran catedral data del siglo XV. Está citada con el título de la novela del escritor belga Georges Rodenbach (1855-1898), en la que se evoca la atmósfera brumosa de aquella ciudad.

[64] Nombre de un barrio del sur de París, en el que viven y se reúnen escritores y artistas.

[65] Novelista italiana (1858-1916), autora de folletines y narraciones truculentas y sentimentales, muy difundidas en su tiempo.

[66] Se refiere al célebre compositor italiano de melodías, Francesco Paolo Tosti (1846-1916).

Librodot

crimen con la pena de la lapidación, y él tan tranquilo, tan cínico, lo llevó a cabo en la propia casa de ella, en las narices de la vieja, que como se quedaba dormida no oía nada, aprovechándose de la confianza del padre.

Quiero que usted me entienda. Para él fue una ocasión lúbrica, como el muchacho que puede espiar una escena íntima. Tenía a su disposición a una mujer joven, hermosa, rica, que no sabía nada del mundo, que lo miraba encandilada, que lo creía un semidiós, y él, que nunca había hecho sombra en el suelo, ahora tenía, momentáneamente, es cierto, dentro de las paredes de aquella casa, un poder infinito, ¿me comprende? El poder de la seducción. Es una tentación tremenda, incluso para un ser normal, imagínese para él. Bajo un cañamazo de palabras aparentemente candorosas, en realidad él aludía a, bueno, a cosas que yo, con ser quien soy, solo le diría a una mujer en la oscuridad de un dormitorio, y él se las decía a las cinco de la tarde y en la sala. Pero el placer estaba en que podía decírselas impunemente, el placer estaba en que otra mujer hubiera reaccionado violentamente, lo hubiera rechazado; en cambio Rosaura, sin experiencia, inocente, sensible, absorbía aquel vaho y se emborrachaba. Era el placer del tipo que ve un frente inmaculado, un edificio flamante, todo de mármol blanco, se da cuenta que puede arrojarle una bomba de alquitrán y que nadie lo verá, y entonces arroja la bomba y siente un espasmo de voluptuosidad. El mismo placer, el mismo, absolutamente el mismo placer oscuro, onánico, perverso, del que nunca pudo decir una mala palabra, y un día está solo en su casa y se pone a repetir en voz alta todo un repertorio de obscenidades. Es un desahogo vermicular, de letrina, por el que arrojan las podredumbres que llevaban acumuladas adentro desde hacía años. Era eso, señor, créame. Él fue un hombre que nunca había podido ejercitar los instintos de poderío que todo hombre encierra en lo más profundo de su ser, y de golpe, por las circunstancias que usted conoce, se le ofrecía vea qué oportunidad, vea con quién. Y lo hizo sin asco, sin remordimientos.

Bueno, en esas cosas se actúa ciegamente. Cuando ocurren esas coincidencias, la represión del hombre y la oportunidad de una liberación impune, no hay nada que pueda detenerlo. Aunque el hombre piense que después lo van a descubrir, aunque piense que después va a sufrir por eso que va a hacer, que lo meterán preso, que lo señalarán con el dedo, no importa, lo hace lo mismo, lo hace lo mismo. Es como un orgasmo. Y él lo hizo, le repito. Con toda su cobardía, con todos sus miedos y sus fobias, se atrevió a hacerlo. Sí, señor. Rompo un secreto, pero lo hago ahora, cuando hablo para vindicarla. Si ella viviese, me cortaría la lengua, antes, pero ya no, ya no. Nunca quise averiguar cómo pudo encontrar el momento, la ocasión, usted me interpreta. En la misma casa de ella no habrá sido. Pienso que, con engaños, la habrá llevado al tallercito de la calle San Martín, o a lo mejor a un hotel. Y eso lo hizo él, con su metro y medio de estatura, con esa cara de otario, con toda su falsa decencia. Bajaba la vista delante de una mujer. Y luego, véanlo.

Así es siempre la figura del estuprador, del corruptor que envilece las cárceles. Un linfático de fachada pulcra, amante de Bach, de profesión honorable, vestido de oscuro, que camina mirando el suelo, y que una noche, en un barrio apartado, cuando cree que nadie lo ve, maltrata a una inocente. Y no se olvide de este principio de derecho penal: cuanto mayor es la indefensión de la víctima, tanto mayor es la culpa del victimario. Usted me

Librodot

dirá que Rosaura tenía veinticinco años, que no era una criatura. Pero como si lo fuese. Su educación burguesa, su vida recatada, las mutilaciones anímicas que sufría por el ambiente que la rodeaba, era como si tuviese dieciocho años, a lo sumo. Usted la hubiera visto cuando huyó de su casa y vino a buscarlo a *La Madrileña*. Parecía esos chicos que se han perdido en una feria y se les han terminado las lágrimas y ya no pueden gritar llamando a los padres, y miran a los transeúntes con unos ojos abiertos, redondos, como si por primera vez mirasen el mundo. Y en realidad, claro que es la primera vez, porque antes miraban otro mundo, el mundo donde estaban los padres, la casa, la familia, todas protecciones, defensas, pantallas, y ahora las pantallas se han alzado, las cortinas se han corrido, y ellos miran por primera vez el mundo.

Bueno, ¿qué decía? Ah, sí. Además, le advierto que la peor pornografía es la que opera con metáforas. Llamar a las cosas por sus nombres, aunque sean los más crudos, es menos indecente que aludir a esas cosas mediante comparaciones con otras cosas completamente inocentes. Y si no, vea: todos los chistes verdes emplean palabras aparentemente sin ningún mal sentido, y allí está el chiste, y por eso produce impresión sexual. Vea: usted al acto sexual o al órgano sexual los llama por sus verdaderos nombres, por sus nombres científicos, por ejemplo, y se terminó la picardía. Pero usted les da otro nombre, el nombre de una fruta, y usted siente, ¿eh?, siente el impacto en su sensualidad. Bueno, y esto, *mutatis mutandis*[67], es lo que hacía él. Claro, porque si hubiera hablado crudamente, Rosaura no iba a... Pero, así, poetizando la cosa, presentándola como una superafectación espiritual, adobándola, como le decía antes, adobándola con claro de luna, con romanticismo, Rosaura reaccionaba como él quería. No era difícil, claro que no era difícil. Usted le da a beber a un chico un trago de aguardiente, y el chico se emborracha como un hombre se emborracharía con una botella entera. Rosaura pasó de Florencia Barclay[68] y del dueño de las herrerías a qué le podría decir, a Guido da Verona[69], a Vargas Vila[70]. Y eso, ¿no es corrupción?, eso, ¿no está en un artículo del Código Penal?

Sí, inspector. Hubo un día en que el idilio de Rosaura y de Camilo traspasó, sí usted me entiende, las fronteras de la ley. Ese día, la venganza de Camilo fue completa y lo llenó de un regocijo abominable. Se había desquitado. Se había desquitado de todas sus humillaciones, de todos sus fracasos, de los vejámenes recibidos durante tanto tiempo. Por el lado de la corrupción de Rosaura, porque insisto que eso era corrupción, se le desahogaba su exceso de resentimiento. Recuerdo lo cambiado que andaba entonces. Andaba eufórico, sobreexcitado. Un hecho casual, como usted ya sabrá, Rosaura que se olvidó de poner en el sobre de una de sus cartas el nombre del destinatario, pernrtió que todos se enterasen de su aventura amorosa. Claro que nadie sospechó entonces, entonces ni nunca, que esa aventura ya no era todo lo inocente que ellos creían. Y todos empezaron a

[67] Literalmente, "cambiando lo que se debe cambiar".

[68] Las novelas de la escritora inglesa Florence L. Barclay (1862-1921), de tono romántico y melodramático, fueron muy populares en la primera mitad del siglo XX.

[69] Novelista italiano nacido en 1881. Siguió los pasos de D'Annunzio y cultivó la novela erótica y urbana.

[70] José María Vargas Vila (1860-1933), novelista colombiano de fértil imaginación y tonos románticos.

felicitarlo, a palmearle la espalda, a rodearlo, especialmente las mujeres, de esa complicidad estúpida, de esas sonrisitas pícaras que les parecerán que son como su contribución al triunfo del amor sobre la tierra, pero que en realidad, para mí, es un rufianismo inconsciente.

Ya sé, ya sé que también le hacían bromas. Pero era otra clase de bromas. Coretti, por ejemplo. Pero Coretti ahora le hacía bromas a él, no, como antes, a costillas de él. Coretti ahora lo descubría, le fijaba la vista, le hablaba. De acuerdo, lo cargaba, lo llamaba "caro Romeo", lo llenaba de atenciones, fingía preocuparse por su apetito, por su vestimenta; si rechazaba un plato en la mesa, corría a mirarle la lengua, o los lunes, los días que él iba a la casa de Rosaura, le cepillaba el traje, le quitaba motas imaginarias de las solapas, le revisaba las uñas. Se reían, sí, pero él también se reía, se reían con él, todos, y precisamente, en eso de verse partícipe de la broma, y no, como antes, el objeto únicamente, el objeto inanimado, se afirmaba su desquite. Y en todo caso, esas bromas dejaban entrever cierta envidia, porque tenía a Rosaura, porque él tenía una novia, en realidad una amante, joven y rica, así que podían burlarse todo lo que quisieran. Y se inflaba, se inflaba, como un pavo real en el zoológico delante del público. Cada vez que le llegaba una carta de Rosaura, y la señora Milagros se la entregaba y le decía: "Tome su ración de azúcar, hambriento, goloso, que hace media hora que me mira impaciente pensando si no llegó la cartita de la novia", ponía una cara inaguantable, se sonreía con una sonrisa vil que a mí me enfermaba. Y todavía más. No era suficiente que su aventura ándase en boca de todos y que todos los miércoles se hiciera la comedia de la carta. Quiso más todavía. Nos trajo el retrato de Rosaura. Sabe, como el jugador chambón descubre un poker de ases a los compañeros estupefactos. Porque nosotros, quién más, quién menos, sospechábamos que Rosaura sería un cartón. Claro, lo deducíamos falsamente de la premisa de Camilo. Si él es esto, la que se enamore de él será lo otro. Pero no, nos equivocábamos, sí, señor.

Trajo el cuadro, como le digo, por puro exhibicionismo. Otro hombre, no sé, pero me parece que un hombre, sobre todo un hombre de su edad, no va mostrando a todo el mundo, "miren, esta es mi novia". Un hombre no deja que sus asuntos los comenten todos, ni que todo el mundo, y menos otras mujeres, le anden curioseando el retrato o la fotografía de su novia. Pero él puso el retrato allí, para que todos lo viesen, y todavía la dedicatoria. Usted sabe lo que es la gente. Usted sabe lo que es una casa de pensión. Fue algo repugnante. A mí, no sé, lo encontraba tan de poco hombre aquello. Pero claro, el retrato era un triunfo, y él lo jugaba arrojándolo sobre la mesa. Hasta Coretti se quedó boquiabierto y no supo hacer ningún chiste. Imagínese la satisfacción del otro.

Bueno, la entronización del retrato de Rosaura marcó la aristía de Camilo. Para otro menos experimentado que yo, ya estaba curado de su resentimiento. Amaba y era amado, ¿qué más quería? Pero yo sé que a un resentido por minusvalías orgánicas no hay nada que lo cure, como no sea darle otra cara, o aumentarle en treinta centímetros la estatura, o vaciarle las venas y volver a llenárselas con otra sangre. Yo sabía que la aventura con Rosaura era una espuma pasajera, un placer espasmódico, masturbatorio, que se termina pronto y después se transforma en rabia y en malestar. El tiempo me dio la razón. La euforia se le fue apagando, se le fue vaciando.

Librodot

Rosaura raleó en sus conversaciones. La carta de los miércoles la recibía con una mano en la que yo adivinaba la rigidez, la crispación del fastidio. Si alguno le preguntaba por Rosaura, contestaba con cierta reticencia y cambiaba en seguida de tema. Hacía un gesto imperceptible, pero que yo percibía, un gesto imperceptible de disgusto. Noté que se encerraba en su cuarto más tiempo que de costumbre. Noté que nos eludía. Tenía otra vez la sonrisa de perdiz de antes. ¿Qué había pasado?

Entonces no disponía sino de meras conjeturas. Ahora sé. Había pasado lo que pasa con todos los corruptores. Usted sabe, la corrupción proporciona una felicidad, claro, al corruptor, que consiste en el asombro, en el desorden de la víctima. Es una felicidad de la misma categoría que la que siente usted, o la que siento yo, bueno, la que siente cualquiera, cuando revela un secreto, un secreto honesto, se entiende, que deja estupefactos a los que lo oyen. Hay toda una serie de placeres homogéneos. Usted está en un teatro, hay un gran silencio, y a usted le agarra la tentación de gritar, a ver qué pasa. O ve dos tipos jugando al ajedrez, y usted piensa: "Qué lindo mezclarles todas las piezas con la mano". Cuando yo hacía el servicio militar y ensayábamos para el desfile, le juro, esto entre nosotros, le juro que a veces me daban ganas de cambiar el paso, de salirme de la fila, de romper el orden. Bueno, son todas tentaciones que provienen de la misma fuente de donde proviene la corrupción. Sólo que el corruptor se abandona a sus tentaciones. Su placer no está en gozar él, sino en revelar a otro un goce que el otro no conocía, un goce que para el otro signifique el manotazo a las piezas de ajedrez o el grito en el teatro. Pero llega un momento en que no queda nada por desordenar, y todo lo desordenado forma un nuevo orden. Quiero decir que llega un momento en que la víctima no ofrece ya ningún nuevo incentivo a la tentación del corruptor.

Y ese momento llegó también entre Rosaura y Camilo Canegato. Hasta allí sí, hasta la seducción, hasta la deshonra de Rosaura había encontrado placer, pero después no. Después venían las consecuencias desagradables, las responsabilidades, y esto, claro, ya no le interesaba. Al contrario, lo temía. Y el idilio, para él, terminó. Todo eso que se le había encendido, esa falsa vitalidad, esa euforia, todo eso que no era sino una irritación repentina y estéril, proveniente de la satisfacción de su resentimiento, se apagó, se apagó tan repentinamente como se había encendido, y él se sintió otra vez el de antes, se volvió otra vez frío, se le cayó la máscara del amante, se quedó con su cara de homúnculo al desnudo. Así que no restaba otra cosa que hacer sino irse. El asunto Rosaura, para él, estaba *finito*. Para él, pero no para ella. Para él era muy fácil. Un puntapié a las cenizas, media vuelta y si te he visto no me acuerdo. Pero no para Rosaura. Ella, en la trama de aquellos amores, había puesto algo más, mucho más, que un placer momentáneo, o que una pasión erótica. Había puesto su dignidad, su honra. Le habrá dado a entender. Le habrá dicho que no podía no significar nada, ella había dejado su misma vida. Así que ella no podía cortar el idilio como se corta una rama seca. Y entonces, claro, se lo habrá dicho, se lo habrá dado a entender… Le habrá dicho que no podía dejarla. Le habrá dicho que era necesario afrontar las consecuencias, hablarle al padre, formalizar aquel amor.

¡A quién se lo decía! Él no pensaba sino en desaparecer. Vea si Camilo Canegato iba a enfrentar al padre y a confesarle todo lo que pasaba, vea si

Librodot

él, justo él, iba a luchar contra el otro, todo un magnate, y a revelarle que le acababa de seducir a la hija, arriesgándose a que entre el padre y el novio lo amasijasen. No, él no estaba hecho para esas hazañas. Él estaba hecho para pequeños actos vergonzantes, cometidos a la sombra, nada más. Una vez terminado su trabajito clandestino, *snip, snap, snout*, y mutis por el foro. Quién sabe las razones, los argumentos, las argucias de que habrá echado mano para convencerla de que todo tenía que terminar entre los dos. Pero ella, me lo imagino, hizo lo de siempre. La Dido que suplica a Eneas[71], la Ariadna que suplica a Teseo[72]. Y Eneas y Teseo que se fastidian cada vez más y terminan odiándolas. Ahora reduzca la estatura del héroe a la estatura de Camilo, y comprenderá lo que sentiría él cuando Rosaura, llorosa, colérica, no sé, apelaba a su amor.

Es que, mire, desgraciadamente, odiamos a quienes se empeñan en buscar en nosotros una excelencia que no tenemos. A la gente le perdonamos muchas cosas, menos que nos obligue a poner al descubierto un agujero en la media. No guardamos un centavo en el bolsillo y está bien, estamos contentos, pero viene un tipo y nos dice: "Préstame un peso", y a ese tipo lo odiamos, lo odiamos nada más que porque nos obligó a confesar una cosa que, sin eso, nos dejaba tan tranquilos. Camilo aborreció a Rosaura porque Rosaura, a fuerza de apelar a su hombría, lo ponía en el trance de descubrir que no era hombre, porque no sabía responder. Y la aborreció con una fobia fresca, fresca. Claro, porque el desquite terminaba convirtiéndose en una nueva humillación. El solo nombre de Rosaura le producía un vértigo, le removía un marasmo de remordimientos, de odios, de impotencia.

Sí, inspector: Camilo Canegato detestó a Rosaura. A la Rosaura seducida, llorosa, llena de reproches. Ese fue el final de su aventura. Allí termina siempre, en nuevos odios, en nuevos resentimientos, la aventura del resentido. Porque yo creo, de veras, que para poder amar a los otros es necesario empezar por amarse a uno mismo, ¿no le parece? Si uno se odia a sí mismo, dígame, ¿cómo va a llegar a amar a los demás? En la vida de hombres como Camilo Canegato no hay amor, no puede haber amor. Todo ese simulacro, toda esa parodia que jugó con Rosaura no fue amor. Fue apenas un desahogo de su debilidad originaria. La sedujo, pero no porque la amaba. A una mujer se la puede seducir por amor, pero también se la puede seducir por odio. Y él procedió por odio. Por venganza, por una venganza quizá inconsciente, no digo que no, pero no por otro motivo. Y cuando uno está vengado, ¿para qué va a conservar el instrumento de su venganza? No, uno lo tira por la borda, sobre todo si busca la impunidad. Y era eso lo que el quería. Sólo que el instrumento de su venganza se llamaba Rosaura.

Así, mientras ella suplicaba y se lamentaba, él pensó en la manera de deshacerse de todo compromiso. En la hospedería, ignorantes como son, notaron que algo le pasaba. Era evidente. Si a un pavo real usted le corta la cola, todo el mundo se da cuenta. Él inventó una historia. Que encontraba a

[71] Dido fue la legendaria hija del rey de Tiro, fundadora de Cartago. En la *Eneida*, Virgilio la convierte en amante de Eneas, y supone que se suicida al ser abandonada por éste.

[72] Ariadna, hija de Minos, rey de Creta, ayudó a su amado Teseo a encontrar la salida del Laberinto, al que el joven ingresó para matar al Minotauro y rescatar a las niñas prisioneras, que se daban al monstruo como ofrenda. Teseo, ya triunfante, la abandonó.

Rosaura un poco extraña, un poco triste. Afectó, él también, sentirse triste. Pero no era tristeza, no era tristeza lo que sentía. Era una desesperación sorda, exasperada, la desesperación del tipo que se pregunta a cada rato: "¿Qué podré hacer, qué podré hacer?", y no encuentra el medio. Y con una doblez inconcebible, nos decía justamente lo contrario: que ni Rosaura ni él encontraban un modo de seguir viéndose después que él terminase el cuadro, porque el padre, porque la tía, porque Rosaura no salía nunca de su casa. Y como la señora Milagros, claro, le decía que por qué no hablaba con el padre, daba justo en el blanco. Le ponía el dedo en la llaga. Y cuando a uno le ponen el dedo en la llaga, hace un gesto espasmódico, es una respuesta del *soma* que uno, por más que quiera disimular, no puede evitar. Él hacia ese gesto. Los músculos de la cara se le contraían como si tragase humo. A lo mejor la señora Milagros pensaba que era porque sufría de puro enamorado.

Bueno, el último día, él se despidió para siempre de Rosaura. Quién sabe cómo habrá sido, en realidad, esa ruptura. Pero él, a la vuelta, inventó para nosotros una versión *ad usum Delphini*[73] que usted ya conocerá y de la que estoy seguro que no habrá creído ni media palabra. Según esa versión, Rosaura se había mostrado llorosa y enigmática, le había rogado que esperase, que no tratase de volver a verla sino cuando ella se lo pidiese; ahora que usted está en antecedentes, ¿le sigue el juego a Camilo? Y después de muchas lágrimas y muchos suspiros había desaparecido, se había ocultado en las profundidades de su palacio, sí, como Edipo ciego[74] en el suyo. Un rato más tarde la tía, mientras le pagaba sus honorarios, también le había pedido que lo dejase todo en manos de Rosaura, que él no hiciese nada. Así, con este *kindergeschichte*[75] de los hermanos Grimm, creyó salir bien del paso. Por lo menos dejaba explicado que si en efecto no hacía nada, si se quedaba en su casa sin moverse, era porque cumplía lo que le había pedido Rosaura. ¿Aprecia su hipocresía?

Pero ella le envió una última carta. Camilo no esperaba esta carta. Es una carta que, debidamente interpretada, lo ponía al descubierto. Pero en La *Madrileña* se ladearon. Creyeron que lo que Rosaura le comunicaba era que todo estaba perdido para ambos, que el padre se oponía, y que ella tenía que casarse con el otro, con el primo segundo. No, inspector. Vea, Rosaura escribió unas pocas líneas, pero estas líneas decían precisamente lo contrario de lo que ellos entendieron. Yo se las repetiré más o menos textualmente, pero descifrándole su alma.

Usted sígame. Rosaura escribió esto: "Camilo". Nada de querido, de tesoro, de amor, como *in diebus illis*[76]. Simplemente "Camilo". Así se dirige la mujer engañada y desengañada al hombre que la engañó y al que ahora contempla lúcidamente. "Camilo: adiós para siempre". Tono de quien, después de haber rogado mucho, termina por resignarse. "A pesar de todo

[73] Literalmente, "para uso del Delfín". Se dice de los libros o textos excesivamente expurgados, o elaborados para ser leídos por gente de escasos conocimientos.

[74] Este héroe de la mitología griega se sacó los ojos al saber que había matado a su padre y desposado a su madre.

[75] Literalmente, "historia para niños". Conviene aclarar que las colecciones de cuentos folklóricos recogidos por los hermanos Friedrich (1785-1868) y Wilhelm Grimm (1786-1859) apareció con el nombre de *Kinder und Hausmärchen*.

[76] Literalmente, "en aquellos días".

cuanto he luchado, de todo cuanto he suplicado, no he podido vencer la crueldad de mi destino". Y ellos creyeron que se refería al padre. Al propio Camilo se refería. "Sé feliz con otra mujer". La pizca de despecho de la Dido abandonada. "Sé feliz con otra mujer que conociéndote como yo te conocí", ¿siente la ironía?, "amándote como yo te amé", no "como yo te amo", sino "como yo te amé", "pueda darte la dicha que a mí me ha sido vedada". O sea, se case contigo. "Adiós y perdóname. Rosaura". Como usted ve, la carta decía algo bien distinto de lo que ellos entendieron.

Pero como la tomaron por el auto de sacrificio de Ifigenia[77], hicieron la cosa más tragicómica del mundo. Sí, se pusieron a la tarea de convencer a Camilo, ¿sabe de qué querían convencerlo?, de que tenía que luchar por Rosaura por fas o por nefas, justo lo que él quería, sí. Y le proponían raptos, tiroteos, luchas, ir a la casa de ella y gritarle qué sé yo qué cosas al padre, batirse con el novio, provocar escándalos. Usted tenía que haber visto a aquellas mujeres. Sufrían un ataque de romanticismo agudo, se tomaban a pecho aquella ruptura absurda, no podían resignarse a que... Las mujeres son así. Cuando el noviazgo andaba viento en popa, yo sé que sintieron ciertos ramalazos de envidia, y lo mismo después; pero en aquel intervalo de dolor las acometió un furioso deseo de amadrinar los amores de Rosaura y Camilo. Hubieran dado cualquier cosa por retorcerle el pescuezo al padre. Y Camilo, que justamente quería que lo dejasen tranquilo, que quería terminar cuanto antes con el episodio de Rosaura, las apartaba con furia, con ganas de pegarles, se escudaba en pretextos estúpidos, decía: "Lo hago por el bien de ella, para que no sufra", o si no: "Que se case con el otro, que se case con las riquezas del otro, ya que las prefiere a mi cariño", con lo que ellas, claro, se encolerizaban, trataban de hacerle entender que estaba equivocado, que Rosaura sufría como él, más que él, y para demostrárselo, le mostraban la última carta de la sacrificada, le leían, a su modo, las frases allí escritas, recurrían a una hermenéutica[78] que dejaba chiquito a Demolombe. Y nuevas arremetidas por el lado de ellas, y él resistiendo, fingiendo dolor, aferrándose a sus negativas; yo sé que rogando por dentro que lo dejasen en paz, a él y a la maldita Rosaura.

Le digo que fue una tragicomedia de la que me considero el único espectador. Porque a mí no me engañaba. Yo veía cómo, a ratos, el gozo de sentirse libre de Rosaura le brotaba detrás de su fingida tristeza como una mancha de humedad detrás de la pintura. Como una vez que se puso a silbar, inconscientemente, yo lo miré, se dio cuenta de su error e inmediatamente puso cara de circunstancias. ¡Ah, no, a mí no me engañaba!

Fue por ese entonces mi encuentro fugaz con Rosaura, no sé si la señora Milagros le habrá contado. Una noche yo volvía de la Facultad, en tranvía, por Pueyrredon. Cuando llegamos a la esquina de Santa Fe, me acuerdo que me puse a mirar distraídamente a la gente apiñada en el refugio. Me acuerdo que me acordé de algo que había pensado otras veces, mirando desde la

[77] La diosa Artemisa exigió el sacrificio de la princesa Ifigenia, hija de Agamenón y Clitemnestra, para liberar a la escuadra griega, detenida en Aulide. La transformó en cierva y la retuvo en Táuride, como sacerdotisa de su culto. De Eurípides son las tragedias tituladas *Ifigenia en Aulide* e *Ifigenia en Táuride*.

[78] Etimológicamente, *hermenéutica* significa "explicación e interpretación del pensamiento". Modernamente, se aplica a la interpretación de las Escrituras, de la Literatura o del Derecho, como en este caso.

vereda, de noche, un tranvía iluminado. El tranvía iluminado parece un acuario, y los pasajeros, adentro, con la nariz pegada al vidrio de la ventanilla, parecen, ¿usted se fijó?, parecen peces, miran a los de afuera con la misma mirada beata, con el mismo parpadeo que los peces en la pecera. Y cuando el tranvía se para en una esquina, usted observe, el pasajero de adentro y el transeúnte de afuera se miran entre sí, tímidamente, como si cada uno tuviera vergüenza del otro.

Bueno, pero volviendo a lo que decía. Yo miraba distraído a la gente que estaba en el refugio, con las caras levantadas hacia la luz del tranvía, y pensaba: miran el acuario. Y de golpe, entre aquellas caras pálidas, borrosas, sueltas, como desprendidas de los cuerpos a los que pertenecían, caras que yo no veía muy bien, porque usted sabe que de noche el interior del tranvía, a plena luz, se refleja tan nítidamente en el vidrio de la ventanilla que usted apenas alcanza a ver lo que hay en la calle; bueno, entre aquellas caras me pareció ver de golpe una que ya conocía. No, no, que conocía, no. Una cara familiar, pero que sin embargo no había visto nunca así, como cara.

Vea, para que me entienda: usted ha visto infinidad de veces la cara de un personaje famoso, pero en fotografía, en diarios, en revistas, en el cine. Hasta que un día ve por primera vez, personalmente, al personaje famoso, y entonces usted recibe una impresión extraña, una impresión de coincidencia, pero de una coincidencia rara, precisamente porque lo que coincide es el recuerdo, el conocimiento de un rostro, con la primera visión real de ese mismo rostro. Bueno, eso fue lo que yo sentí, y de golpe me di cuenta. Claro, era el rostro que sonreía junto a un florero, allá, en el cuarto de Camilo. Los mismos ojos claros, ingenuos; la misma boca; aquella naricita hecha como para clavarle una tachuela, y la misma expresión, así, un poco asombrada, un poco miedosa.

Golpeé en el vidrio de la ventanilla, grité: "¡Rosaura! ¡Rosaura!", ella levantó los ojos hacia mí, me puse de pie, pedí permiso, atropellé, pero el tranvía rebosaba de pasajeros, tuve que atravesar una gelatina de piernas, de brazos, de cuerpos entremezclados. Cuando llegué a la plataforma y pude bajar, el tranvía había llegado a Charcas. Volví corriendo hasta Santa Fe, busqué en el refugio, recorrí las esquinas, eché un vistazo a las confiterías de los alrededores. Nada. Rosaura ya no estaba.

Cuando llegué a *La Madrileña* no dije nada de momento. Esperé la oportunidad, cómo decir, la oportunidad táctica. La oportunidad táctica se me presentó durante la cena. Usted sabe, la comida es un momento psicológicamente ideal, porque tiene dos ventajas. Una, que la persona a la que usted, ¿no es cierto?, quiere, por ejemplo, poner a prueba, o provocarle una reacción, no puede eludirse, no puede apelar a ninguna forma más o menos disimulada de huida. No; tiene que quedarse allí, en su asiento, rodeada del círculo de sus comensales, bloqueada por los demás *diis ronsentes,* y si quiere sustraerse a la prueba va a tener que levantarse de la mesa, llamando la atención de todo el mundo, mostrando precisamente con eso, ¿eh?, que usted ha dado en el blanco. Y la segunda ventaja es que la función de comer entorpece las facultades intelectuales, aunque los franceses digan lo contrario. Cuando usted come, la sangre afluye toda al estómago, el cerebro se idiotiza, y su candidato está menos lúcido, menos

Librodot

despierto que en cualquier otro momento.

Bueno, como le decía, mientras cenábamos se hizo por ahí un completo silencio. Yo aproveché. Levanto la cabeza, lo miro fijo a Camilo y le digo, de golpe, bien claro: "¿Sabe, Canegato? Acabo de ver a Rosaura". Imagínese la sensación que causé. Todos dejaron de comer y me miraron, y como todos me miraron a mí, claro, porque era yo el que había hablado, nadie lo miró a él, pero yo lo miraba a él y por eso fui el único que sorprendió su reacción. Porque, dígame, si usted acaba de sufrir un terrible descalabro amoroso, pero no por culpa suya, ni de ella, sino del destino; si usted acaba de perder a una mujer y está en plena crisis de dolor, y viene uno a decirle que ha visto a esa mujer, usted, ¿qué hace? Usted se pone a preguntar, como loco: "¿Dónde la vio? ¿Y qué hacía? ¿Cómo estaba? ¿Le habló? ¿No le habló?"... O por lo menos, ¿no lo mira al tipo que viene a decírselo? Por lo menos eso. Pero él, ¿quiere saber lo que hizo? Yo se lo voy a decir. Cuando yo hablé levantó bruscamente la cabeza, pero no me miró. Se quedó inmóvil, la vista fija en un punto cualquiera del mantel, con el tenedor en la mano, el cuello rígido, detenido como en una instantánea. Pero estaba atento, atento a lo que yo diría. Se quedó en esa actitud especialísima del que mira para un lado y simultáneamente aguza el oído hacia el lado opuesto. La frente se le cubrió de un sudor finito, que brilló a la luz de la araña. El tenedor tintineó sobre el plato. Yo no le quitaba el ojo de encima. Los otros empezaron a preguntar a coro, pero yo les contesté con cierta reticencia, así, cortando las frases por la mitad, embarullándome a propósito, tanto como para dar a entender que no decía toda la verdad. Sabe, lo que yo me proponía era dejarlo con la duda de si Rosaura había hablado o no conmigo, si me había hecho alguna confidencia, descubriendo las patrañas de él.

La señora Milagros me preguntó:

—Pero ¿está seguro de que era ella?

—Segurísimo —respondí—. Cómo no iba a ser ella, si estuvimos... —y me callé, como arrepentido de haber dicho más de lo que era conveniente.

—¿Si estuvieron qué? —chillaron los otros.

—Nada, nada —dije—, era Rosaura y basta. ¿No es cierto, amigo Camilo, que era Rosaura? —agregué, dirigiéndome a él.

No se movió, ni me contestó. Seguía mirando una miga en el mantel. Tenía la facha del asesino que a toda máquina piensa en una coartada. Sólo que lo que él pensaba era: "¿Habrán conversado? ¿Ella le habrá dicho algo? ¿Y éste no me descubrirá?". Y de golpe, ante el asombro general, cuando nade lo esperaba, arroja la servilleta sobre la mesa, suelta el tenedor, se levanta y se va. Todos se miraron, primero entre ellos y después me miraron a mí, como pidiéndome explicaciones, o como reprochándome haber avivado el dolor de Camilo con mis palabras. Y yo no pude desmentirlos. Tuve que quedarme callado, dando pábulo, así, en fin... usted me entiende.

Él anduvo un tiempo alarmado. Temía que yo... Me rondaba, se notaba que quería preguntarme algo, pero yo me hacía el sueco. Entretanto, la señora Milagros seguía instigándolo al rapto de Rosaura. Cuando por fin se convenció de que él no sentía precisamente una ira de amante shakesperiano, quiso ir ella misma, personalmente, y hubiera ido, usted no la conoce, hubiera ido y le hubiera cantado las cuarenta al padre y se

hubiera traído a Rosaura de un brazo. Pero usted ya sabrá el recurso con que Camilo aisló a su víctima de nosotros. No hubo quien le arrancara la dirección de Rosaura. Hay que ver cómo un cobarde a veces se vuelve fuerte con la exacerbación de su propia cobardía. Y Rosaura se quedó sola, inaccesible para nosotros, con las comunicaciones cortadas, como si viviera en el pico de una montaña.

El único punto débil en el plan de Camilo era que Rosaura conocía su domicilio. Le había mandado cartas a *La Madrileña*. Así que si nosotros no podíamos ir hacia ella, ella podía venir hacia nosotros. Y eso lo tuvo preocupado hasta último momento. La manera de cortar esa cabecera de puente consistía en mudarse a otra pensión, trasladar el taller, no dejar rastros. Y en tales maniobras anduvo. Porque una mañana oí desde mi cuarto a la señora Milagros, que decía, contestando a algo que él acababa de decirle: "¿Que quiere mudarse? ¿Pero está loco, don Cane-gato? ¿Y por qué quiere mudarse? Usted no se muda nada". La demora le fue fatal. Aquel mismo día, por el puente, sorpresivamente, a las diez de la noche, entró Rosaura en *La Madrileña*.

Yo tenía prevista esta aparición. Rosaura ya no podía seguir viviendo en el mundo beato donde había vivido hasta entonces. No sé, yo nunca le pregunté, pero se habrá visto obligada a confesar su falta y, consecuentemente, a abandonar el hogar. El padre debe de ser un tipo calderoniano. ¿Lo han localizado? ¿Todavía no? Espontáneamente no vendrá, y menos cuando esta noche salga todo esto en los diarios. En todo caso, con aquel pecado a cuestas, Rosaura no pudo esperar a casarse con el otro. Le diré, yo alguna vez había sospechado que ese "otro" era una pura invención de Camilo. Pero no, era cierto. Ella misma me lo dijo.

Bueno, como le decía, Rosaura tuvo que huir de su casa y venir en busca del hombre que era el depositario de su dignidad. Su llegada a *La Madrileña* aquella noche produjo, ¡ah!, produjo cosas grandiosas. Dígame, inspector: cuando un hombre adora a una mujer, y cree perderla, y de golpe la encuentra nuevamente, y la encuentra libre, suya, suya para siempre; cuando un hombre y una mujer se reúnen en las circunstancias en que los giles de *La Madrileña* creyeron, candorosamente, que Rosaura se reunía con Camilo, dígame, ese hombre y esa mujer, ¿qué hacen? ¿No salen al encuentro el uno del otro, no se abrazan, no se besan, no lloran como dos chicos, no se ponen frenéticos, no hay preguntas de un lado, respuestas del otro, bendiciones, gritos, sollozos, en fin, toda una escena?

Ahora déjeme contarle lo que fue el encuentro de Rosaura y Camilo bajo el cándido cielo raso de *La Madrileña*. Apenas la señora Milagros pegó la voz: "¡Es Rosaura!", todos nos levantamos y disparamos para la puerta de calle. Todos, menos él. Vea, justo él. Él se quedó en el comedor. Yo, que fui el último en salir, le eché una ojeada. Se había puesto de pie. Con una mano se apoyaba en la mesa, como si no pudiera sostenerse parado, y con la otra apretaba convulsivamente la servilleta contra el pecho. Y no miraba nada, ni a nadie. Tenía la mirada vidriosa del borracho. ¿Emoción? Déjeme que siga. Nosotros fuimos a recibir a Rosaura. La saludamos, la agasajamos, la abrazamos. La pobrecita, desconcertada, sorprendida, no atinaba a nada. Y él siempre en el comedor. Oía nuestro batifondo, y no salía. Lo llamamos a los gritos, y no venía. Entonces hicimos entrar a Rosaura.

Librodot

Esté atento. Rosaura, rodeada de todos nosotros, entra en el comedor. Camilo no se mueve. La mira, la mira con una mirada retorcida como una trenza, la mira como diciéndole: "¡Te saliste con la tuya!". Coretti tuvo que empujarlo para que se acercara a Rosaura, y cuando se le acerca, ¿usted sabe lo que hizo? Le da la mano, le extiende una mano de muerto, y le dice: "¿Cómo estás?". Ninguna explicación, ninguna pregunta, nada. Claro, para qué, si todo estaba sabido. Apenas la mano, para guardar las apariencias. Y Rosaura tampoco. Rosaura lo miraba, también ella, pero con temor, con vergüenza, con miedo. Lo miraba como mira al padre un chico que ha cometido una travesura y sabe que cuando se vayan las visitas le van a dar una paliza. ¿Y éste es el encuentro de Romeo y Julieta? Pero, digo yo, ¿cómo, los demás, no se dieron cuenta? ¿Cómo es posible que no hayan visto que Rosaura se sentó en la punta de una silla; que nos contemplaba uno por uno, con terror; que no habló, casi; que se estuvo todo el tiempo retorciendo un pañuelito entre las manos; que a ratos le lanzaba a él una miradita rápida, y después otra vez nos miraba a nosotros? ¿Y a él, no lo vieron a él, que no soltó palabra, que se quedó sentado, clavándole unos ojos fijos, pertinaces, hipnóticos, de serpiente? Es que, como no estaban en el secreto, todo lo veían a través del cristal rosado de su propia ignorancia.

Y cuando, esa misma noche, y después, intenté hablarles a algunos de ellos, hacerles ver, decirles si no les parecía como a mí, me miraron como si yo blasfemase, o todos desconcertados, sin entender. No encontré uno solo. Y hasta hubo quien... En serio, vamos, ¿quiere saber quién?, la señora Milagros, me acusó de entrometerme en la vida de Camilo Canegato y de tratar de... Vea, cuando yo, si me hubiera hecho caso, quizá no habría pasado lo que pasó. Ante aquel ambiente, opté por callarme la boca.

Era un tonto yo, ¿no es cierto?, para ellos. Pero ahora ¿quién es el tonto? ¿Quién tenía razón? Por eso le decía antes que toda esta gente de *La Madrileña* son una punta de infelices. No, yo no niego que en la actitud de Rosaura, aquella primera noche, hubiera buena parte del espanto de vernos enterados de su idilio con Camilo, de las cartas, de la trenza rubia, del retrato al óleo, hasta de cada frase que los dos se habían cruzado, allá en su casa. Imagínese lo que es llegar a una pensión y que todo el mundo la rodee, la observe, le hable y le pregunte por cosas particulares, casi íntimas. Incluso Rosaura se preguntaría, con horror, si todos no sabrían que, en fin, la verdadera razón de su huida no era tan romántica como... en fin. Y agregue a eso la indiscreción de toda aquella gente, la falta de tacto.

Vea que entre el hogar de Rosaura y la pensión *La Madrileña* hay mucha diferencia. Así que no es de extrañar que Rosaura se sintiese, al principio, completamente desorientada. No, yo no niego eso. Lo que digo es que ni esa noche, ni nunca, entiéndame, inspector, nunca, Rosaura y Camilo se expresaron mutuamente amor, ternura, pasión, el regocijo de sentirse juntos. Nunca, nada. En ella sólo había miedo, inseguridad, desconfianza, y mucha tristeza, mucha tristeza. Y en él, la vesania[79] del hombre caído en su propia trampa. ¡Ah, señor, qué espectáculo el que yo presencié, yo solo, aquella noche, en aquel comedor brillantemente iluminado, con aquel grupo de gente alrededor de Rosaura y Camilo, allí sentados, a plena luz, y que los

[79] El latinismo *vesania* designa la locura total, por oposición a *vecordia*, que nombraba la insanía parcial.

miraban como se mira a un casal de ruiseñores, esperando que rompan a cantar; y ellos dos, que se sentían búhos tristes y mudos, obligados a disimular, a disimular; pero no, a veces, a ratos, sus verdaderos sentimientos aparecían en la superficie, y entonces usted veía, bajo aquella luz, delante de toda aquella gente, unos espasmos de odio o de miedo, algo tan distinto de lo que ellos esperaban ver, que usted no se explicaba cómo no pegaban un salto, como si en la jaula de los ruiseñores apareciera de pronto una rata! Y era yo solo, yo solo el que veía la rata.

Si hubiese sido por él, se habría deshecho de Rosaura aquella misma noche. Pero le fue imposible detener el alud nupcial que desató la señora Milagros. ¡Y además, con tanta gente! Pero me di cuenta de que la aparición de Rosaura lo había arrojado a un remolino de odio. Sentí piedad por ella y me juré defenderla. Por eso, cuando la señora Milagros me pidió que compartiese el cuarto de Camilo, en un primer momento no quise, pero después lo pensé mejor y acepté, ya que así lo tendría más cerca y podría estudiarlo y observarlo con toda comodidad. Todo lo que siguió no fue sino el cumplimiento de mis horóscopos.

Poco tiempo vivió Rosaura en *La Madrileña*. A la mesa, la sentaron junto a Camilo. Pero el gasto de frases bonitas lo hacían los demás. Ellos les sonreían, pero no se sonreían entre ellos. Rosaura hablaba poco. Su silencio era, sin embargo, dulce, como un pedido de perdón. Era ese silencio de la parienta pobre, de la tía soltera, que se siente intrusa y quiere que nadie se fije en ella, que nadie se sienta molesto por ella, y así su presencia, a fuerza de pasar inadvertida, no fastidie a nadie. Mantuvo su actitud de muchacha cuya vida depende de la bondad de un hombre malvado. Esa actitud un poco recelosa, un poco sobresaltada, con algo de felino, que tiene el que se sabe amenazado. Que la señora Milagros crea que la amenaza que temía era la del padre; yo creo otra cosa. Y me parece que los hechos me dan la razón, porque no fue el padre, sino Camilo el que la mató.

Pronto comprobé que evitaba quedarse a solas con él. Buscaba inmediatamente la compañía o la mera presencia de otra persona, como quien busca, sabe, el testigo que desbarate una infamia. Claro, tenía miedo de que él hiciese lo que una vez, como le voy a contar, quiso hacer, y que yo impedí. Tenía miedo de que la abandonase nuevamente, pero con mayor crueldad, porque entonces ella no tendría ya adónde ir. Sin embargo, no comunicó a nadie sus temores. Y yo, correlativamente, velé mi clarividencia de arúspice. Pero le repito que la reserva de Rosaura, no sé, tenía una dulzura, parecía el silencio melancólico del convaleciente, la tristeza del prisionero o del rehén. Sólo sus ojos estaban entre nosotros.

¡Qué ojos expresivos tenía! Se posaban largamente en cada uno, como preguntándole: "¿Eres mi amigo o mi enemigo?" ¡Y cómo nos estudiaban, aquellos ojos, cómo nos estudiaban cada gesto, cada mirada, cada palabra nuestra! Eran como las dos manos de un ciego, dos manos nerviosas y sensibles que palpaban nuestro rostro, nuestras ropas, hasta el último pliegue, y uno sentía como un cosquilleo, como un escalofrío. Ah, señor, aquellos ojos, aquellos ojos azorados, trémulos, vigilantes, que apenas aparecíamos nos salían al encuentro, que nos escoltaban cuando nos íbamos, que a ratos nos llamaban y en seguida nos rechazaban, aquellos ojos, señor, que eran el único vínculo, al mismo tiempo frágil y persistente,

Librodot

con que ella estaba unida a nosotros, como si no dispusiera para hablarnos sino de aquellos dos pájaros tímidos que querían posarse nuestras manos y que se asustaban de nuestras voces. Esa fue, señor, la Rosaura que vivió en *La Madrileña*.

Entretanto, Camilo Canegato se hundía en la neurosis. Una arruga vertical, profunda, le dividía en dos la frente. Su mirada ya no podía detenerse en ninguna cosa. Y su cuerpo se empequeñecía aún más, parecía que los miembros se le anudaban, que los músculos se le retorcían como tripas al sol. Sorprendí en sus ojos una demencia homicida. Y temí por Rosaura. Ella, misteriosamente, por esas telepatías de los espíritus hiperestésicos, intuyó que tenía en mí a un aliado. Sus ojos se demoraron en los míos. La ruindad física y moral de Camilo se le aparecería ahora en toda su desnudez, ahora que... Pero ya era tarde, ya era tarde. Le fui simpático. Hablamos. Correctatamente, decentemente. Fíjese, yo fui el único con quien, por lo menos en cierta medida, se despojó de su aislamiento. Claro que ello provocó, como usted imaginará, la malevolencia de las otras mujeres. El *ewigweibliche*[80].

Vea, los hombres somos gregarios sin guiarnos por la sangre. Desde luego, tenemos que ser exógamos a la fuerza, para poder ir a buscar la compañera afuera. Pero quiero decirle que incluso entre hombre y hombre, por ejemplo entre amigo y amigo, aunque pertenezcan a sistemas solares distintos, aunque estén separados por la nada sanguínea, siempre existe una atmósfera espiritual donde uno y otro pueden intercambiar llamadas y respuestas, esas coincidencias objetivas a las que damos el nombre de amistad. Pero la mujer no. Entre mujer y mujer, como no sean de la misma sangre, reina el vacío absoluto. La única atmósfera en que la mujer transmite el amor es la sangre. Dentro de ahí, ah, la mujer es lo más grande que hay; pero haca afuera, la nada, el vacío. Por eso entre mujer y mujer no puede haber ninguna correspondencia. Así que lo de la amistad femenina es una fábula.

Y por eso la solterona puede convertirse en un monstruo sin que ella se dé cuenta, porque como su mundo sanguíneo se le reduce casi a ella misma, es incapaz de querer ni de comprender a nadie. Les bastó vernos hablar amigablemente, para que en seguida sintiéramos su hostilidad. Porque ya a los dos días de su llegada Rosaura tuvo una conversación conmigo. Resulta que yo me iba para la calle, cuando me la encuentro en la puerta de su habitación, la habitación que antes había sido la mía. Estaba como indecisa, no sabía qué hacer. Me le acerco y le digo: "¿Qué tal, cómo se siente?". Se sonrió, apenas la punta de una sonrisita, y me miró. ¡Qué ojos! Viéndoselos de cerca, usted sentía como si sumergiera la cabeza en un reflector azul, o en agua azul, como si algo azul lo rodeara por todas partes. Parece mentira que haya miradas así, que no son como dos flechas, como dos líneas que van de un punto a otro, sino que tienen largo y ancho, y hasta espesor, miradas que son como un chorro espeso, como una... en fin, no sé cómo decirle. Yo, metido adentro de aquella ola azul, me sentía otro. Le hablaba dulcemente. Le decía que no se preocupara, que nosotros éramos todos sus amigos, que soportase, en fin, ciertas incomodidades, ciertas faltas de tacto, pero que todo pasaría.

[80] Literalmente, "el eterno femenino".

Librodot

Y de golpe me pone una mano sobre el pecho y me pregunta, bajito, muy bajito: "¿Qué les contó Camilo de mí?". En seguida comprendí que quería saber si nosotros estábamos o no enterados de la verdadera naturaleza de sus relaciones con Camilo. Entonces, yo, para que supiera a qué atenerse, empecé a contarle todo, nos habíamos enterado de su idilio con Camilo porque él mismo nos dijo, qué nos había dicho él, en fin, todo. Y mientras yo le hablaba, usted viera, la señora Milagros fue y vino por la galería como cien veces. Y cada vez que pasaba, nos miraba y ponía cara de enojada. Y yo, a propósito cada vez que pasaba, dejaba de hablar.

Cuando terminé, Rosaura murmuró: "¡Gracias!", me pareció que con alivio, claro, porque ya podía estar tranquila de que nadie sabía nada, pobrecita, diga que yo supe ocultar lo mío, y cerró la puerta y se metió en su cuarto. Y cuando yo me fui para la calle, en el vestíbulo estaba la señorita Eufrasia, toda nerviosa, toda colorada; la habría agarrado de improviso, no esperaría que mi conversación con Rosaura terminase tan repentinamente, y no sabiendo cómo disimular, se puso a hacerle monadas al gato, y eso que sé que les tiene horror a los animales.

Otro día también tuvimos una larga conversación. Pero esta vez fue de tarde, en el patio, bajo el jazmín lleno de flores. Una verdadera conversación. Primero nos distrajo un tema sin importancia. Pero, después, el patio empezó a ensombrecerse. Había un cielo sereno, dorado, que temblaba sobre nuestras cabezas como una antorcha a punto de extinguirse. Se oían sonidos dulces y lejanos. Todo lo que se oía era dulce y lejano. Unos chicos que cantaban en la calle. El cascabeleo del carro del lechero. Y ese rumor de río, o de cascada, que venía de Rivadavia. Había que sentirse triste. Y el jazmín, para colmo, nos lloraba sus florcitas lechosas. Hubo un largo silencio entre los dos. A mí se me subían a la boca todos los versos de amor que sabía. Empecé a recitar, a media voz: *La tarde, con ligera pincelada / que iluminó la paz de nuestro asilo, / apuntó en su matiz crisoberilo / una sutil decoración morada*[81].

Y de golpe no pude más y le dije:

—Dígame, Rosaura, dígaselo a un amigo: ¿usted quiere, en verdad, a Camilo Canegato?

Se agitó sobre la silla, toda inquieta.

—Dejemos eso —murmuró—. Hablemos de otra cosa.

Me quedé callado.

—¿De qué quiere que hablemos? —le dije, después de un rato.

—De usted —contestó.

—¿De mí? ¡Tengo tan poco que decir de mí! —le juro que sentía ganas de llorar. Me sentía miserable, desgraciado.

—Cuénteme algo de su vida —dijo ella.

Me quedé un rato en silencio. Después comencé a hablar. Hablé mucho. Hablé de cosas que nunca había dicho a nadie. Cosas que uno lleva adentro. No sé por qué, pero tenía deseos de desahogarme, de confiarme a alguien, de

[81] Del soneto *Delectación morosa*, incluido en *Los crepúsculos del jardín*, de Leopoldo Lugones.

encontrar en la oscuridad una mano que apretase la mía, de oír una vez que me dijese: "Te comprendo". Hablo metafóricamente, claro. Ella me escuchaba, sin moverse. Ya era de noche, y yo apenas distinguía el borrón dorado de su pelo. La casa estaba toda a oscuras. Ni una luz. En ese momento no me di cuenta, pero después caí. No prendían la luz porque estaban espiándonos. No, en ese momento yo no pensaba en los demás. Yo lo único que miraba, lo único que atendía era aquella figurita grácil, acurrucada en la silla de mimbre, bajo el palio oscuro del jazmín. Y todavía, para volverme más triste, empezó a sonar, a lo lejos, un tango. Y cuando iba a decirle, otra vez, que… Ella, de golpe, debió de darse cuenta, debió de adivinar lo que me pasaba, y quiso romper el encantamiento, sabe, como el que se pone a reír a carcajadas para no ponerse a llorar. Con la voz menos romántica que habrá encontrado, me dijo:

—Desearía hacerle una consulta. Como usted ya es casi abogado… —el encantamiento, en efecto, quedó roto. Ya no había noche, no había estrellas, ni jazminero, ni tango a lo lejos.

—Diga no más —le contesté.

—Si una persona se casa con nombre falso, ¿qué pasa?

—¿Con nombre falso? —¿qué pasaba? ¿Anulación? No. ¿Qué diablos decía la ley de matrimonio civil? No, no pasaba nada, siempre que…—. Vamos a ver, Rosaura, ¿cuál es su problema? —dije. Es una buena técnica. Usted, entretanto, puede pensar.

—Es que —rió— se trata de algo, se trata de mí.

—¿De usted? ¿Usted quiere casarse con nombre falso?

—No, resulta que yo… yo no me llamo Rosaura.

—¿Cómo, no se llama Rosaura?

—Rosaura es un nombre que convinimos Camilo y yo, para despistar. Yo me llamo Marta.

—Marta, Marta. Es un precioso nombre.

—Bueno, yo quería saber si, cuando me case, debo poner Marta o Rosaura.

Respiré.

—Pero criatura, ponga Rosaura y Marta, si quiere, eso no tiene importancia. Pero le conviene poner Marta.

—Pero si también pongo Rosaura, ¿no me va a pasar nada?

—Pero no. ¿Que quiere que le pase? ¿A usted le gusta figurar también con el nombre de Rosaura? Hágalo.

—¿Aunque no sea el verdadero? ¿O el casamiento no vale, por eso?

—Sí que vale. Vale lo mismo.

—¡Ah, gracias!

De golpe me acordé:

—Y usted, en sus documentos, ¿cómo figura? ¿Como Marta?

—¿Documentos? ¿Tengo que presentar documentos?

¿O no había que presentar nada? No, sí, y llenar un formulario. Documentos hay que presentar. Si no, ¿cómo saben en el Registro Civil a quiénes casan?

—¿Por qué? —dije—. ¿Usted se vino sin ningún documento?

—Tengo una cédula —contestó.

—¿Una? ¿Cómo, una?

—Bueno, tengo mi cédula de identidad.

—Es suficiente. Y allí ¿cómo figura su nombre?

—Como Marta.

—Entonces, no hay más que decir.

—Sí, bueno —insistió—, pero lo que quiero saber es si yo figurase como Rosaura, aunque Rosaura no sea mi verdadero nombre, y mi marido lo sabe, ¿el casamiento vale o no vale?

—Sí que vale.

—Ah, bueno. Así que nadie podrá decir que no estoy casada.

—Pero, ¿quién va a decir semejante cosa?

Y en eso estábamos, usted ve, una conversación me parece que bien honesta, cuando apareció Camilo, que volvía del trabajo. Varias luces se encendieron. Rosaura se levantó y se fue a su cuarto, yo hice lo propio. Aquella noche, durante la cena, la señora Milagros aludió varias veces a los que meten su cuchara en el plato del vecino. Yo me sonreí y calló. Me acordé de Shakespeare: *The better part of valour is discretion*[82]. Bueno. *Panta rhei*[83].

Llegó la semana de la boda. El aspecto de Camilo se entenebreció más aún. Parecía un hombre condenado a muerte. Un color azul verdoso le corroía la piel, como el moho de una enfermedad desconocida, o como si se sumergiera en el azul *tuat* del *amenti* egipcio[84]. La neurosis lo desmadejaba. ¿Usted sabe lo que es una neurosis? Bueno, no es fácil de explicar. La neurosis, dice Freud, es un desequilibrio, una oposición entre el yo y el *it*. El yo es la parte cortical del espíritu… No, no fue Freud el que lo dijo, fue Adler; bueno, Freud o Adler, tanto da, el yo es la parte de afuera del espíritu, la que está en contacto con el mundo. En cambio, el *it* es la parte central, profunda, abisal. Por eso el yo tiene que hacer de intermediaria entre el mundo y el *it*. Y cuando el *it* no está de acuerdo con el mundo, quiero decir, cuando las condiciones exteriores se oponen a los impulsos más íntimos del espíritu, el yo, que es conciencia, tiene que resolver el conflicto. Si lo resuelve a favor del mundo y en contra del *it*, se produce la neurosis. No sé si me entendió. Bueno, eso era lo que le sucedía a Camilo.

[82] "La mejor parte del valor es la discreción, y gracias a esta mejor parte he salvado la vida", dice Falstaff ante el cadáver de Hotspur en la Escena IV, Acto V de la primera parte de *Enrique IV*.
[83] Frase atribuida a Heráclito. Literalmente, "todo fluye".
[84] Amenti era el dios del "reino de los muertos". Su nombre significa "occidente", ya que los egipcios suponían que el Sol, después de su ocaso, recorría la región de las tinieblas o de ultratumba. De allí la alusión al color tenebroso.

Librodot

Usted creerá que exagero. Porque, al fin y al cabo, no le pasaba ninguna calamidad. Se casaba con una mujer joven y linda, ¿qué más quería? No, un momento. Con el resentido, con el neurótico, la cosa cambia. Casarse con Rosaura era para él como cargar con el cadáver de su venganza, como tragarse el propio vómito, como una vez dijo Buda cuando todavía era Bodisatva[85]. Hombres como Camilo no se casan, salvo si el casamiento es un desquite. Pero para él ya no lo era, porque Rosaura ya no era más la muchacha rica que vivía en un palacio. Ahora era una pobre muchacha que no tenía ni techo. Cuando un hombre de éstos seduce a una mujer, lo hace para inferirle una injuria, no por amor, ya se lo dije antes, creo. Pero reivindicarlas, no, nunca. Tener que casarse con Rosaura, verse obligado a alimentarla y a vestirla, y a darle los derechos de esposa, y a cambiar por ella de género de vida, y renunciar por ella a tantas cosas, y tener que suscribir ese compromiso legal, *ad thalamum et ad mensam*[86], de cooperación y tolerancia, que es el matrimonio, era algo que abolía su programa de resentido. Al final, resultaba que su víctima triunfaba y él perdía; porque linda venganza, esa de cargar con la muchacha deshonrada y sin un cobre. No, por eso el casamiento con Rosaura tenía para Camilo un sabor tan amargo. ¡Si él no quería casarse, no quería! Pero no pudo zafarse. Lo rodeaba mucha gente, muchos testigos, muchas vueltas de cuerda. Estaba cercado. Pero la neurosis lleva dentro de sí un poderoso impulso de agresividad. Diga que yo no dejaba de vigilarlo. “La mácula del guarda”, dice el Dhammapada[87], “es la distracción”. Y yo no me distraje.

Y gracias a eso, a que no me distraje ni un segundo, pude desbaratar el último intento que hizo para librarse de Rosaura, un manotazo de ahogado, un zarpazo de gato panza arriba. Permítame que le cuente el episodio tal como sucedió, porque quién sabe lo que ha dicho la señora Milagros. Fue un sábado a la tarde. Yo volvía no sé de dónde, pasada ya la hora del almuerzo. Ah, sí, venía de dar examen. *La Madrileña* estaba en completo silencio. Todo el mundo dormía la siesta. Entré en casa sin hacer ruido v me detuve un momento en el vestíbulo; el vestíbulo tiene muchas macetas con plantas, y en ese momento estaba en penumbras, cuando a través de la ventana veo que por el patio avanza Camilo en puntas de pie, en la actitud inconfundible, sigilosa, del que no quiere ser visto por nadie. Tenía un brillo en la mirada que, no le miento, oscurecía el resplandor del sol. Me escondí rápidamente detrás de una planta de grandes hojas y espié. Un presentimiento fulero me manoteaba el corazón. Él avanzó, sin sospechar, claro, mi presencia, y llegó hasta la puerta del cuarto de Rosaura, el segundo, conforme usted viene de la calle. Golpeó en la puerta muy suavemente, porque yo no oí nada, sólo vi el ademán, y cuando Rosaura, después de un rato, claro, estaría durmiendo, abrió, él, brutalmente, la empujó para adentro, entró a su vez, y cerró la puerta. Silenciosamente, pero rápidamente, me acerco y pego la oreja. *Voeatus atque non vocatus*[88], yo tenía que defender a Rosaura.

Primero no oigo nada; hablarían muy bajo. Pero después comienzo a

[85] Este último nombre se le dio a Siddharta Gautama en la época en que, habiendo renunciado a sus bienes terrenales, marcha hacia el oriente en busca de la sabiduría (bodhi).
[86] Literalmente, "para el lecho y la mesa".
[87] El más antiguo de los manuscritos budistas es el Dhammapada. Su titulo significa "sendero de la virtud".
[88] Literalmente, "convocado o no".

Librodot

escuchar, sí, algunos sonidos, algunas palabras. Me pareció que discutían. Y en eso él levanta un poco la voz, lo oigo perfectamente, él, que le dice:

—¡Váyase, váyase cuanto antes de aquí!

¡Justo, justo lo que yo temía! La estaba echando a la calle, como a un perro. El corazón me ahoga. Un silencio. Ella que le debe de contestar algo. Y él otra vez:

—No importa, invente algún pretexto, pero váyase, váyase… —otro silencio. Y de golpe él, ese infeliz, ese gurrumino, ese feto, grita—. ¡Puta! ¡Puta!

Vi todo rojo. Abrí la puerta de un empellón y entré, entré, se lo juro, dispuesto a despedazarlo, a ponerle la cara a la miseria, a matarlo. Los dos dieron un grito, pero Rosaura en seguida adivinó mis intenciones y corrió a mi encuentro, me abrazó fuertemente, interponiéndose entre los dos, impidiéndome que yo avanzara y lo triturara, mientras lloraba y gritaba:

—¡Señor Réguel! ¡Señor Réguel!

Yo, imposibilitado de moverme, lo cubría de insultos, le vomitaba todo lo que me subía a la boca, todo lo que le decía me parecía poco; hubiera querido que mis palabras fuesen puñetazos y le deshicieran aquella cara odiosa, aquella cara estupidizada que tenía delante, una cara que me revolvía los intestinos; con el alboroto todos se levantaron, vinieron corriendo al cuarto de Rosaura, preguntaron qué pasaba, nos vieron a los tres con caras terribles, a Rosaura que sollozaba en mis brazos, imaginaron quién sabe qué cosas, pero yo no hablé, y él tampoco. Él, después, cuando me serené y pude repasar mentalmente todo lo sucedido, me acordé que él estaba blanco, nunca creí que la carne humana pudiera alcanzar esa blancura, los muertos no están así de blancos; él salió de la habitación dando tumbos, los demás se quedaron mirándonos Rosaura y a mí, nos miraban como pidiéndonos cuentas, creí caballeresco de mi parte hablar, y dije:

—Lo que ha ocurrido es que ese… ese señor Canegato le faltó el respeto a la señorita y yo tuve que salir en su defensa. Eso es todo —pero comprendí que no los convencía.

Los hombres se sonreían entre ellos, y las mujeres miraban para el suelo. La señora Milagros con cara de enojo, tomó a Rosaura de un brazo y se la llevó para el comedor. Los otros se desbandaron cada mochuelo a su olivo. Yo me quedé en el patio un rato, para que se me calmasen los nervios. No quería volver al mismo cuarto donde estaba él. En otras circunstancias hubiera exigido que me cambiasen de habitación. Pero por Rosaura hacía gustoso el sacrificio. Tuve que ir allá, a cambiarme. Lo encontré sentado en el borde de su cama, la cabeza entre las manos, hecho una piltrafa. Cuando entré, ni se movió. No nos dijimos una palabra. Nunca más nos hablamos. Pero yo no abandoné mi puesto de vigía. De noche lo oía suspirar. No dormía. Daba interminables vueltas. Hacía un ovillo con las colchas. A ratos gemía, gemía sordamente, bajo las sábanas, como en sueños. Sentiría los dolores del réprobo. Los riñones se le convertirían en dos brasas encendidas. El corazón se le desleiría en el pecho como cera.

Y este hombre, señor, este hombre fue el que ayer se casó con Rosaura. O

con Marta Córrega. Ella estaba contenta. No digo feliz, pero contenta. Contenta, aunque supiera que se unía a la sombra del Camilo Canegato que ella había amado una vez. A las mujeres les es suficiente una apariencia hermosa, con tal que satisfaga a todos, aunque bajo esa apariencia coloquen su propio sacrificio. A ella le bastó, también, una apariencia de felicidad. Quizá pensó que después él cambiaría. Y, entretanto, hizo de una manera discreta su papel de novia. En el Registro Civil, y a la noche, durante la pequeña fiesta que les preparó la señora Milagros, ella se sonreía como si fuese la mujer más feliz del mundo. Y nadie, excepto yo, supo interpretar aquella sonrisa. *O Lord, what fools these mortals be!*[89].

¡En cambio, él! Yo nunca podré olvidar la cara de él el día del casamiento, aquella cara como achicharrada, como un papel que se quema y se arruga, como un globo que se desinfla. Y los ojos, aquellos dos ojitos que brillaban, enrojecidos, como dos granos que asoman por un tajo de la corteza de una granada seca y podrida. Ni una sola vez miró a la novia, ni le habló, ni le tomó las manos. Estaba junto a Rosaura como un chico al que le han encargado vigilar un cadáver. Y cuando todos brindaron por la felicidad de ambos, cuando todos les desearon eterna felicidad, ah, señor, su cara rebasó los límites de lo posible. Intenté confiar a alguien mis temores A Coretti, por ejemplo.

—¿Eh? ¿Quién? ¿Camilo? —me contestó riendo—. Pero déjese de macanear, che. Esta noche Camilo no hará nada que usted o yo no haríamos. Con Rosaura, se entiende. Casualmente acabo de aleccionarlo…

Estaba escrito, señor. Estaba escrito que yo debía ser el único testigo, el pájaro solitario que vela sobre el tejado, la codorniz virgiliana, que *sola in sicca secum spatiatur arena*[90].

Llegó la hora en que los novios se irían. El corazón se me encabritó. Rosaura a solas con Camilo. Rosaura a merced del Minotauro[91]. A punto ya de partir, cuando un imbécil pidió que apagaran las luces, ella tuvo tiempo de mirarme. Me miró largamente. Y yo comprendí. *Vergiss mich nicht*[92], me decía. Salí antes que ellos y los esperé dentro de un taxi. Vi cómo los despedían. Al fin partieron. Le dije al chofer que siguiera discretamente al automóvil en que iban los novios. Era un enorme Lincoln negro, de *remise*, así que seguirlo a distancia sin perderlo de vista era un juego de niños. El Lincoln tomó por Rivadavia para el centro. Estaba convenido que pasarían la noche en el *Hotel Wien*, y que al otro día se irían a Córdoba. El *Hotel Wien* está situado, como usted sabrá, en Maipú, a media cuadra de Retiro. El Lincoln, al llegar a Congreso, dobló por Callao. Le juro que de golpe me sentí en ridículo. Iban al hotel y no pasaría nada. Ya estaban casados, así que yo, ¿para qué me había puesto en gastos? Cruzamos Corrientes, después Córdoba, Santa Fe. Llegamos a una parte de Callao muy oscura, llena de árboles. No había un alma. Casi le iba a decir al chofer: pare, me bajo aquí.

[89] "¡Oh, Señor, qué locos son los mortales!". Palabras del duende Puck, en la Escena II del Acto Tercero, de *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare.

[90] Virgilio, en el libro I de las *Geórgicas*, dice: "La codorniz inoportuna pide a gritos la lluvia, y se desplaza solitaria por la seca arena".

[91] Monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre, al que Minos, rey de Creta, encerró en el laberinto construido por Dédalo cerca de Cnosos. Mataba y devoraba a jóvenes y doncellas que le eran sacrificados.

[92] Literalmente, "no me olvides".

Y justo en eso veo que el Lincoln aminora la velocidad y se detiene junto al cordón de la vereda. ¿Qué pasaba?

Mi chofer hizo parar el taxi a unos ochenta metros. Yo no le quitaba el ojo al Lincoln. Me sentía emocionado. No podía quedarme adentro del taxi. Sudaba. Y el Lincoln seguía detenido y nadie bajaba. ¿Pero qué estaban haciendo? ¿O habrían bajado y no los había visto? Empecé a mirar para todas partes, pero como tampoco quería dejar de vigilar el auto, en realidad no miraba nada. El chofer se volvió y me dijo: "¿Y, mozo, qué hacemos?" "Espere, espere", le contesté.

De golpe el Lincoln pegó una picada y salió disparado a toda velocidad. ¿Y eso? ¿Nos habrían visto y querían eludirnos? Pero mi chofer era una fiera. Le metió fierro al coche y también nosotros salimos como bala. Llegamos al bajo. Doblamos por la avenida. Estaba todo desierto. La recova, siniestra. Llegamos a Retiro. Pero seguían. Seguíamos. ¿Qué pasaba? ¿A dónde iban? El corazón me latía tan fuerte que me ahogaba. Tuve que bajar el vidrio del auto. Cruzamos Retiro a toda velocidad. El Lincoln tomó Alem y después subió por 25 de Mayo. Era extraño. ¿Por qué se metían en esa calle inmunda? Pocas cuadras más adelante se detuvo.

Nosotros también. Vi que bajaban los dos del coche, cada uno con una valija en la mano; vi que él pagaba al chofer y que después entraban en un edificio que tenía un letrero sobre la puerta. Yo bajé a mi vez, pagué mi viaje, me acuerdo que todavía me demoré un rato porque el taximetrista no encontraba los veinte centavos del vuelto, la excursión me salió seis con ochenta, y avancé por la vereda. El Lincoln ya se había ido. El edificio donde habían entrado era un hotelucho infame, esos alojamientos del bajo, con "camas para caballeros". El letrero encima de la puerta decía: *Hotel La Media Luna*. La puerta estaba abierta, y se veía una escalera de madera, mugrienta, mal iluminada. ¿Pero por qué, por qué, me preguntaba yo, han venido a este sitio?

Me paseé un rato por la vereda. La calle estaba desierta y la cruzaba un vientito frío que subía del puerto. Por la esquina vi pasar, caminando lentamente, a un agente de policía. Esperé, qué sé yo, como un cuarto de hora más. De golpe me agarró rabia. ¿Qué estaba haciendo allí, como un ganso? Y ya me iba a ir, fíjese, señor, ya me iba a ir, abandonando a Rosaura a su destino, ya me volvía por 25 de Mayo para Alem, cuando oigo, bien claro, en el silencio de la noche, unos pasos que descienden atropelladamente por la escalera de madera del hotelucho. Doy media vuelta, corro hacia el hotel, y justo cuando llego a la puerta, él salía: Camilo Canegato. Salía a la carrera, los ojos fuera de las órbitas, sin corbata, la ropa en desorden.

Le grité: "¿Qué le pasa? ¿Por qué dejó a Rosaura?". Me miró vagamente, como si no me reconociera. Lo tomé de las solapas, lo sacudí, volví a gritarle: "¿Qué ha hecho? ¿Dónde está Rosaura?". Se sonrió, no sé, hizo un gesto como si quisiera quitarse una mosca de la nariz y se desplomó, blandamente, sin ruido, como un trapo que usted deja caer al suelo. Comprendí que algo terrible había sucedido. Subí en dos saltos la escalera del hotel. Cuando llegué arriba me encontré en un pequeño vestíbulo, donde creo que había, no sé, no me fijé bien, un mostradorcito, o un escritorio, y un llavero mural. Del vestíbulo arrancaba un corredor largo y angosto al que

daban varias puertas, unas frente a otras. Por ese corredor, iluminado apenas por una lamparita eléctrica de pocas bujías, estaba un hombre, de pie. Tenía una actitud un poco forzada, como si se hubiera detenido de golpe al oírme a mí. Avancé y le dije, nerviosamente: "¿Usted es de aquí, del hotel? Dígame, ese hombre que acaba de salir, ¿cuál es su habitación? Ese hombre bajito, que vino hace un rato con una rubia y dos valijas".

El otro seguía inmóvil. En esos momentos, como usted comprenderá, yo no estaba como para fijarme en detalles, pero ahora sé decirle que era un tipo infrahumano, una bestia, un antropoide. Tenía unas facciones monstruosas, y la luz de la lamparita, cayéndole cenitalmente, se las volvía todavía más monstruosas. Una cicatriz temblona y larga le cruzaba la mejilla y otras dos o tres, cortas, le bordaban la frente. El antropoide me miraba y no se movía, me miraba y no me contestaba. ¿Pero estaría dormido, aquel animal? ¿No me entendía? Le volví a repetir: "Quiero que me diga cuál es la habitación de ese hombre que acaba de salir corriendo. Siquiera venga a verlo, está allí tirado en la vereda".

Entonces, por fin, habló. Su voz me hizo estremecer, se lo aseguro. Era como si triturase vidrio en la garganta. Tenía acento extranjero, de yapa.

—¿Qué le pasa? —chirrió—. Este es un hotel decente. ¿Qué quiere aquí? ¡Vamos, váyase!

Su estupidez me enfureció.

—¿Pero no se da cuenta de que ha pasado una desgracia? ¿No ve que ese hombre —y le señalé hacia fuera— mató a la rubia?

Entreabrió unos párpados de hipopótamo y, bajo la luz de la lamparita, aparecieron los ojos como dos globos súbitamente inflados. Oí otra vez el ruido a vidrio molido.

—¿Usted está borracho o qué mierda le pasa?

¡Pero sería posible?

—Lo único que le pido —grité—, lo único que le pido es que me deje ver la habitación donde está la rubia —y como hice amago de avanzar, él dio un paso, dispuesto a atajarme. Sentí una rabia loca—. ¡Voy a llamar a la policía, cretino —grité—, y entonces va a ver cómo tengo razón!

Reaccionó de una manera inesperada y brutal. Saltó hacia mí como un tigre. Apenas tuve tiempo de dar media vuelta y correr por el pasillo hacia el vestíbulo. Y él detrás, gritando en un idioma desconocido, creo que árabe. Me largué por la escalera. Tuve tiempo de ver que, procurando agarrarme, su brazo golpeaba con fuerza en el mostradorcito. Bajé como una exhalación y llegué a la calle. Camilo seguía tendido en la vereda. Corrí hacia la esquina, en busca del agente que había visto antes. No estaba.

Tomé por la calle transversal, me parece que es Viamonte, y llegué a la esquina de Reconquista, Allí lo veo al agente.

—¡Venga, venga! —le grité—. ¡Han matado a una mujer en un hotel de aquí a la vuelta, en *La Media Luna*!

Corrimos hacia el hotel. Por 25 de Mayo, desaladamente, escapaba Camilo.

—¡Aquél, aquél es el asesino! —grité.

Nos fue fácil alcanzarlo. No se resistió. El agente lo tomó de un brazo y yo del otro, y así volvimos a *La Media Luna*. Dos o tres transeúntes, con fachas de reos, nos miraban desde la vereda de enfrente. Camilo temblaba y se babeaba, como en un ataque epiléptico. Subimos otra vez la escalera. En el vestíbulo nos recibió el de las cicatrices. Pero ahora se mostraba cortés y saludó al policia con una sonrisa servil. El agente parecía conocerlo y lo llamó por su apodo: Turco Estropeado. Turco, sí, aparentaba serlo. Pero estropeado, no sé, a lo mejor por el bordado de la cara. El Turco, al fijarse en Camilo, abrió la boca.

—¡Cómo! ¿Usted no estaba adentro? —exclamó. Yo no pude más y salté:

—¿Y yo no se lo dije? ¿No le dije que estaba tendido en la vereda?

Me miró como si no comprendiera. El agente se impacientó.

—Bueno, vamos, ¡llevame a la habitación que le diste a este hombre! —ordenó. El de las cicatrices nos condujo por el pasillo hasta la última puerta. Allí se detuvo y miró al policía—. ¡Abrí! —dijo éste.

El Turco abrió, y entramos en un cuarto crudamente iluminado. En la cama toda revuelta, en medio de un desorden indescriptible de las colchas, sobre una almohada torcida, el rostro de Rosaura atronaba de una púrpura atroz. En el cuello, las marcas de unos dedos de hierro le dibujaban un collar abominable. El Turco lanzó un "¡Oh!" y se llevó las manos a la cabeza. El agente se acercó, se inclinó unos segundos, volvió a incorporarse y dijo brevemente:

—Está muerta —y miró a Camilo.

Camilo, apoyado contra la pared, parecía no ver ni oír nada. El Turco se lamentaba quejumbrosamente:

—¡Qué calamidad, señor qué calamidad para mi hotel!

Otro hombre entro en la habitación, un muchacho alto y flaco, vestido con una camisa amarilla, y preguntaba:

—¿Qué pasa, Turco?

Y el Turco respondía:

—Este asesino, que acaba de matar a esa mina.

Y yo me puse a reír, me puse a reír, porque el muchacho alto y flaco tenía voz de mujer. El policía dijo:

—Sáquenlo afuera —y salí al corredor.

III
CONVERSACIÓN CON EL ASESINO

Inspector Julián Baigorri: —Disculpe si vengo a molestarlo aquí, pero como usted no ha querido hablar con... con los muchachos, me pareció mejor que los dos conversáramos donde nadie pueda interrumpirnos. ¿Fuma?

Camilo Canegato: —No, gracias.

—¿No fuma? Mire, yo hubiera jurado que fumaba. ¿Sabe por qué? Sus dedos, así, amarillentos, me parecieron dedos de fumador.

—Los ácidos.

—¿Usted usa ácidos?

—Ácidos, barnices, tintas, solventes...

—Ah, usted se refería a su oficio de...

—De restaurador de cuadros. ¿A qué creía usted...?

—No, nada. ¿Y hace mucho que trabaja en eso?

—Desde niño. Tenía doce años cuando mi padre me puso a trabajar en su taller.

—Su padre también era pintor...

—Pintor, exactamente pintor... Yo tampoco lo soy. Apenas restauro, retoco las obras que otros crearon, que otros realizaron.

—Sin embargo, sé que ha hecho unos lindos cuadritos. Por ejemplo, el retrato de la señora Milagros y sus hijas. Lo vi en el comedor de *La Madrileña*. Es hermoso.

—Je, je. Eso es pintura sobre fotografía.

—¿Pintura sobre fotografía? ¡Qué me cuenta! A ver, ¿sabe que me interesa? A mí me gusta mucho la pintura.

—¿De veras?

—A usted le extrañará, en un hombre de mi profesión... Pensará que lo digo...

—No, si le creo. ¿Y qué escuela le gusta? ¿La clásica? ¿Los impresionistas? ¿Las fieras?

—¿Eh? ¿Qué? No, no. La pintura me gusta, así, en general. Todas las escuelas. De cada una lo mejor que tenga. Claro que hay algunas... Mire, un día, haciendo una pesquisa, tuve que meterme en una exposición de eso que llaman pintura moderna.

—Je, je.

—Le confieso que no sabía si aquello era en serio o en broma. Unos cuadros donde había líneas, círculos, cubos, pintados en cualquier forma... Y a lo mejor decía: "Jardín", o "Muchacha sentada". Será porque yo no entiendo de pintura.

Librodot

—Aparte de no entenderlos, ¿aquellos cuadros le gustaban? Usted, ¿los hubiera colgado en las paredes de su casa? ¿Le hubiera agradado contemplarlos mientras comía, o fumaba, o conversaba con sus amigos?

—¡Ah, no!

—¿Y Leonardo, por ejemplo? ¿Le gusta Leonardo?

—Ah, eso es otra cosa.

—Y, sin embargo, sigue sin entender de pintura.

—Sí, es cierto.

—Entonces, aquello de "será porque yo no entiendo" carece de validez.

—Sí, es cierto.

—No, si un arte tiene que ser entendido sólo por los entendidos, no es arte, es la clave de una logia.

—Pero si usted los oye a ellos…

—¡Ah, sí! "Yo lo veo así", "yo lo entiendo así", le dirá el autor de esos mamarrachos. Pero resulta que nadie más que él lo ve así. "No me importan los demás", seguirá diciéndole. "En arte, sólo importa el artista, el yo creador". Entonces, si su pintura es la realización del "yo lo veo así", ¿por qué no la guarda para él solo? Y si en su pintura los demás no cuentan, entonces, ¿para qué pinta, para quién pinta?

—Sí, se olvidan de la multitud.

—Yo no hablo de la multitud. Hablo del hombre. Se olvidan del hombre. Se olvidan de una verdad tan elemental como ésta: que todo lo que el hombre hace debe tener por destinatario al hombre, porque de lo contrario, ¿a quién, si no? El arte puro. ¿Ha oído usted una estupidez más grande? Es como si alguno dijera: la medicina pura. ¿Quién fue el imbécil que echó a rodar la bola de que el arte vale más cuanto menos sirve? Como si servir no fuese, por lo contrario, el destino más alto de todo quehacer humano.

—Así que yo, cuando me reía delante de aquellos cuadros, no estaba equivocado…

—No, estaba en lo cierto. Estaba afirmando su sentido común. Y el sentido común es algo que hay que defender contra esa corrupción de los sentidos que es el arte moderno. Pero le diré: los pintores hacen ahora todas esas cosas raras porque, en alguna medida, están obligados a hacerlas.

—¿Obligados?

—Sí, a fin de hacernos creer que la pintura, la pintura de caballete, al menos, sigue teniendo un objeto. A no ser por esas cosas raras, la pintura de caballete habría desaparecido hace rato.

—¡Qué me cuenta!

—Y le diré más: desde un punto de vista estrictamente artístico, ya ha desaparecido. ¿Un rectángulo de lienzo pintado puede seguir representando, hoy, un "valor"? No, señor. Tuvo ese valor, y lo conserva y lo conservará siempre, cuando en ese rectángulo un artista fijó la realidad cambiante del hombre y de su mundo, contemplándola a través de la visión estética;

Librodot

cuando en el rectángulo quedó aprisionada una imagen que, de lo contrario, se habría perdido para siempre. Pero ahora hay otros medios más fieles y más poderosos de aprehensión y de fijación: la fotografía, la cinematografía. Sí, medios artísticos, potentes, perfectos, que permiten todo lo que permitía la pintura, y todavía más, aunque los pintores digan lo contrario. La pintura de caballete ya no "sirve" al hombre. Despojada de objeto, está condenada a desaparecer. Subsistirá, a lo sumo, la decoración mural, y no sé hasta qué punto, porque ya nadie le pide ni eso a la pintura artística.

—Así que, según usted, los cuadros ya no sirven para nada.

—No sé qué sentido le dará usted a la palabra "servir". Pero si la emplea tal como la empleo yo, sí, los cuadros ya no sirven al hombre. Porque no creo que sirvan al hombre porque sirvan a un millonario para adornar las paredes de su casa. Sería un objeto bien humilde. Menos que humilde, humillante. Un objeto bastardo y minúsculo que convertiría al pintor en un histrión moderno. No, un cuadro sirvió, y sigue sirviendo, cuando nació para satisfacer aquella necesidad del espíritu que hoy se satisface con la cámara cinematográfica o con la cámara fotográfica, si, desde luego, las maneja un artista. La cámara es la gran competidora y la gran vencedora de la pintura. Pero los pintores no quieren reconocerlo. Nos ocultan la vacuidad actual de su arte. Quieren convencernos de que, si siguen pintando cuadros, es porque con ello responden a una apetencia del hombre que la cámara no podrá llenar jamás. "La pintura por encima de la Kodak" es su credo. Y para que la pintura esté por encima, o por debajo, de la Kodak, llenan el rectángulo de lienzo con los círculos y los cubos que usted vio, o deforman, desfiguran, caricaturizan la visión humana de las cosas, y después nos muestran el cuadro y nos dicen: "He aquí la pintura". Hasta la técnica, la simple técnica, han perdido. El más modesto pintor italiano o flamenco del siglo XVI se avergonzaría de pintar como el más famoso pintor de ahora. Mire, yo a veces tengo que restaurar cuadros que no cuentan más de diez años, y me pregunto cómo es posible que alguien que se dice pintor, que quizá se diga artista, ignore hasta ese punto las reglas más elementales del oficio, porque es como si un arquitecto levantase un edificio y el edificio, a los diez años, se viniese al suelo.

—¿Y a qué se debe eso? ¿No hay academias?

—Se debe a que hay academias. Se debe a que sólo hay academias. Las tradiciones de taller, adquiridas empíricamente y transmitidas de maestros a discípulos, se fueron perdiendo con el andar del tiempo. Hasta que llegó un día en que nadie supo pintar como antes. Cézanne[93] confesaba ser un pobre aficionado, nada más. Y es la verdad. Era un aficionado al que, en el taller del Giorgione[94], habrían mandado a moler los colores.

—¿Y es famoso?

—Famosísimo. Y como él, y peores que él, ¡tantos! No saben ni dibujar,

[93] Se refiere despectivamente al pintor impresionista francés Paul Cézanne (1839-1906). Hombre de humor cambiante y de juicios controvertidos sobre su propia obra, le escribió a Monet en 1891: "Nunca debí de haberme alejado de Aix para lanzarme a la persecución de la quimera del arte".

[94] Maestro de la pintura veneciana (1478-1510). Se sabe de su obra y de su taller innovador por los datos incluidos en las *Vidas* de Vasari.

Librodot

que al menos Ingres[95] sabía eso.

—¿Y a qué deben su fama?

—A varias falacias juntas. La primera: cuando un arte está mudo, porque ya no tiene nada que decir, se acerca un advenedizo cualquiera, quizás el que conozca menos ese arte, quizás el que lo ame menos, porque la ignorancia y el desamor lo volverán más atrevido, le retuerce el cuello, le arranca unos gritos de agonía, y de momento todos creen que ese arte resucitó y que esos gritos son su nueva voz. Y cuando se dan cuenta de la equivocación, han corrido ríos de tinta, los cuadros se vendieron, hay en cada museo una sala dedicada al farsante. ¿Quién deshará toda esa gloria?

»Luego, añada la circunstancia de que alrededor de los pintores pulula un innoble comercio, encarnado en el *marchand*. El *marchand* vive de la compra y venta de cuadros. Su ganancia, como la de cualquier comerciante, está en comprar barato y vender caro. ¿Qué hacer, para comprar barato? Adquirir toda la obra de un hombre a medida que éste produce, es decir, mientras vive, y, entretanto, despreciar lo que compra, como el ropavejero o como el librero de viejo; guardar los cuadros en un sótano, donde nadie los vea, mantener ocultos el nombre y la obra del pintor. Y para vender caro, ¿qué hacer para vender caro? Esperar a que la producción cese, o sea, que el pintor se muera, a fin de que nuevas obras no desvaloricen el mercado, y entonces, pregonar a los cuatro vientos el nombre y la obra del pintor recién fallecido, de un maestro que ha dejado cuadros en los que se admira una nueva técnica, un nuevo sentido del color, de la luz, de la forma o de lo que sea, y organizar salones póstumos, e inundar los diarios y revistas de crónicas laudatorias, y a poco caen los americanos rebosantes de dólares y el *marchand* hace su agosto.

»Y añada algo más todavía. Añada la literatura, la charla, la política, derribando a éste, encumbrado a aquél. Añada los Apollinaire[96], haciendo y deshaciendo, desde afuera, los "ismos" de la pintura. Ah, usted pregunta a qué deben su fama. La deben a veinte mentiras superpuestas.

—Entonces, ¿debo pensar que todos esos pintores son unos farsantes?

—La pintura moderna es toda ella una farsa. Tiene que ser una farsa, porque, de lo contrario, desaparecería. Ah, pero la farsa, je, je, la farsa no podrá durar siempre.

—¿Sabe que me asombra oírlo hablar así? Yo creí que usted era un loco por la pintura moderna.

—¿Loco como el viejo Hokusai[97]? Je, je. Nunca se me habían ocurrido estas cosas que le dije. Es la primera vez que las digo.

—¿Cómo? ¿La primera vez?

—Sí. Hemos empezado a hablar de pintura, y me han salido

[95] Alude a Jean Auguste Dominique Ingres (1780-1867), quien se caracterizó por su maestría en el dibujo y las variantes pictóricas del desnudo femenino. Interesa recordar que en 1819 pintó un óleo sobre tela que tituló *Paolo y Francesca*, uno de los ejemplos más acabados de su dominio de la línea.
[96] El poeta francés, de origen polaco, Gillaume Apollinaire (1880-1918) renovó la poesía simbolista. En sus *Calligrammes* dio muestras de las dimensiones grafico-estéticas del poema.
[97] El dibujante y grabador japonés Katsushika Hokusai (1769-1849), autor de estampas e ilustraciones de libros que, en su momento, asombraron al público europeo y americano.

Librodot

espontáneamente.

—¿Pero no son verdad?

—Sí que lo son. Pero quiero decirle que nunca, hasta ahora, me las había revelado a mí mismo. Las llevaba adentro, ocultas, escondidas, sepultadas debajo de tanta admiración tradicional, de tanto conformismo, de tanto prejuicio. Y ahora…

—¿Ahora qué?

—Ahora, de pronto, me han salido a la superficie y las he dicho. Yo también estoy asombrado.

—Porque usted, que ha vivido, se puede decir, de la pintura…

—Sí, a costa de la pintura. Pero de la pintura como oficio, no como arte. Yo soy, para la pintura, lo que el afinador de pianos es para la música. Un sirviente.

—A propósito, ¿qué me decía de ese retrato de la señora Milagros y de sus tres hijas?

—Le decía que es pintura sobre fotografía. Un método vulgar, que conocen hasta los mercachifles que van por la calle, ofreciéndose a domicilio.

—¿Y en qué consiste?

—Muy fácil. Se toma una fotografía, se la amplía al tamaño que se prefiera, proyectándola sea directamente sobre el lienzo, sea en un papel especial, se le da primero una base, un preparado transparente, y luego se la va cubriendo con pintura al óleo, en pinceladas finas, nada de pintura gruesa, desde luego, hasta cubrirla totalmente. La fotografía le sirve de diseño, de contorno, y usted no tiene sino que aplicarle color.

—¡Qué me cuenta! Y eso se hace para… No se me ocurre. ¿Dónde está la ventaja?

—Je, je. Usted tiene sentido común. ¿Dónde está la ventaja? Para cierta gente, no es lo mismo tener en su casa una colección de fotografías que una galería de cuadros. Los prejuicios de siempre. Además, si las fotografías están viejas, veladas, desteñidas, o si se trata de fotos de personas ya desaparecidas, la transformación de una miserable cartulina en un brillante retrato al óleo satisface todas las ambiciones. En Buenos Aires hay varios estudios dedicados a esa industria. Inclusive, en los mejores, le pueden hacer un retrato en el estilo de algún pintor famoso, el que más le guste.

—¿Usted también puede?

—Je, je. Claro que sí. Yo me especializo en la escuela inglesa. Tenía un cliente que era loco por Reynolds[98]. Me entregó quince fotografías de otros tantos familiares, para que yo se las convirtiese en quince retratos al estilo de Reynolds. Quedó muy satisfecho y me pagó bien. Pero no me dejó firmar con mi nombre, “Camille”, que es mi nombre artístico. Tuve que poner “Canegate”, porque quería hacer creer a sus amigos que los retratos los habían traído de Londres, donde, durante un viaje que había hecho a

[98] Joshua Reynolds (1723-1792) fue el retratista mas famoso de la escuela inglesa, y el fundador de la Real Academia de Bellas Artes en 1768.

Inglaterra, se los había pintado cierto famoso retratista del Soho[99].

—¿Así que usted sabe imitar a cualquiera de ésos?

—Imitar, je, je, imitar no es difícil.

—Cómo no va a ser difícil. Y es capaz que si le pone al pie del cuadro la firma del otro, todo el mundo se engaña.

—¿Sabe que, alguna vez, hubo quien me lo pidió? Quería que, en una imitación perfecta que hice de Bonington[100], imitase también la firma.

—¿Y usted no lo hizo?

—Je, je. No.

—Si el propio cliente se lo pedía…

—No, no.

—Total, me imagino que ese Bonington estará muerto.

—Sí, pero lo mismo.

—No había nada de malo.

—Je, je, ¿le parece?

—No sé, digo yo. ¿O no lo hizo por amor a la pintura?

—¿Por amor? ¿Sentiría yo amor por la pintura, en aquel entonces?

—Cómo, ¿lo duda?

—Sí, porque ahora, de pronto, descubro que la aborrezco.

—¿La aborrece? Y, sin embargo, se ha pasado la vida pintando. No, pintando, no. Peor aún: repintando lo que otro pintó.

—Es que sólo ahora, le repito, descubro que la aborrezco.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora? Y en tantos años, ¿nunca se dio cuenta?

—Ah, eran años en que yo aceptaba lo que me venía de la vida, de los demás, como algo irremediable, como algo irrevocable. Mi padre me puso a trabajar en su taller, y yo ya no pensé si me gustaba o no me gustaba.

—Su padre, y permítame la pregunta, su padre sería un hombre severo, ¿eh?

—Oh, sí. Severo y silencioso. Era capaz de pasar todo un día sin hablarme. Pero me manejaba con la mirada.

—¡Ah, ah! ¿Y su madre?

—No alcancé a conocerla. Murió cuando yo tenía un año.

—¡Ah! Así que aquel retrato de la señora Milagros y sus hijas, quién diría… Con razón no debieron posar.

—Ah, ¿la señora Milagros le contó?

—Sí, estuvimos hablando. Buena gente. A usted lo estiman mucho.

[99] Durante el siglo XIX el distrito del Soho, en Londres, fue lugar de reunión y residencia de muchos escritores y artistas, como John Dryden, William Blake y Thomas De Quincey.
[100] Richard Bonington (1801-1828) fue un pintor paisajista y marinista inglés.

—Sí. Y yo a ellas. Buena gente, realmente. Sólo por ellas he vivido allí tanto tiempo.

—¿Doce años, si no me equivoco?

—Exactamente. Doce años. Matilde andaba por los once, y Enilde no tendría cuatro años, cuando yo fui a vivir a *La Madrileña*.

—Han sido como una familia para usted, ¿eh?

—Exactamente. Como una familia. Y por eso, sólo por eso, me he quedado siempre allí. Yo soy de los que... Yo era de los que sentían terror por cualquier cambio, por cualquier volver a empezar que significase gentes extrañas, caras desconocidas, un ambiente nuevo y hostil. No, no. La primera pensión a la que me mudé, apenas muerto mi padre, fue *La Madrileña*, y ya no la cambié por otra. Con *Los Tres Amigos* me sucedió lo mismo.

—*¿Los Tres Amigos?* ¿Se refiere al bar?

—Exactamente. Al bar. Entré un día feriado, hace mucho tiempo, aprovechando que lo vi casi vacío y en penumbras. Y desde entonces no he ido sino a ése.

—Lo conocerán allí todos, ¿eh?

—Sí, me conocen, sí. Los mozos, especialmente. Alguno hay que sirve desde el primer día que aparecí yo por allí. ¿Y quiere que le diga una cosa? Era eso lo que me impulsaba a ir. Porque si era un desconocido el que venía a limpiar la mesa con la servilleta y a preguntarme, despreciativamente: "¿Qué se va a servir?", yo me atragantaba todo, me ofuscaba, no sabia qué pedir, pedía cualquier cosa, un café, tanto como para que el mozo no se impacientase, para que no se irritase si le pedía alguna cosa rara, una de esas botellas de colores, alineadas detrás del mostrador. Pero si el mozo se me acercaba y me decía: "¿Lo de siempre?", yo me sentía alegre, me sentía reconfortado.

»Sí, yo no cambié, durante tantos años, ni siquiera la mesa a la que me sentaba. Era una mesita colocada al fondo del salón, junto al mostrador, y que nadie ocupa nunca, porque le da el calor y el humo de la máquina de hacer café, y porque los mozos, cuando pasan en su constante ir y venir, la rozan con el cuerpo y hacen bailar cuanto haya encima de ella. Pues sentado en ese rinconcito he pasado unas horas plácidas, felices, sorbiendo mi cafecito y contemplando el duelo silencioso de los jugadores en torno a las mesas de billar. ¿Felices? ¿Por qué digo felices? Siempre me pareció que eran felices, pero ahora... No, no, si yo sufría, sufría resignadamente, calladamente, pero sufría. En aquel salón bullicioso y turbio, donde los hombres profesaban el rito secreto y potente de la amistad, en medio de aquellos grupos que fumaban y conversaban y se llamaban y reían y jugaban, yo me sentía tan solo y tan triste...

»¡Me hubiera gustado tanto que alguien apareciese en la puerta del bar, me saludase desde lejos, cruzara entre las mesas y viniera a sentarse frente a mí! Pero no, no, no venía nadie. Los que aparecían, los que saludaban, los que sorteaban las mesitas, no me buscaban a mí, buscaban a otros, siempre a otros. Y yo me quedaba solo, en mi rincón, sorbiendo mi café, que me pareca tan amargo, tan negro, tan áspero...

Librodot

—Pero, además de su oficio de restaurador de cuadros, usted tiene una habilidad que no me ha dicho.

—¿Yo? ¿Una habilidad?

—Usted falsifica documentos.

—¿Yo? ¿Documentos?

—La cédula de identidad donde Rosaura se llama Marta Córcega es falsa. Un trabajo delicado, por el que lo felicito, pero que no impide que la cédula sea irremediablemente falsa. No hay prontuario abierto a ese nombre. El número corresponde al de una persona del sexo masculino, fallecida hace unos años. Y la firma del director de Investigaciones es apócrifa, aunque debo reconocer que hace honor a su arte. La mano que imita las pinceladas de los pintores famosos sabe igualmente imitar la firma ajena. Usted no sólo restaura cuadros. También restaura documentos.

—Sí, es posible, es posible.

—Ah.

—No, digo que es posible que la cédula sea falsa.

—Es falsa.

—Pero no la falsifiqué yo. Además, será falsa para este mundo, este mundo donde ahora estamos usted y yo, pero quizá sea verdadera en el mundo de Rosaura.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Quiero decir que, desde su punto de vista, la cédula es falsa. Pero ello quizá se deba a que usted cree cierta a Rosaura. Lo falso no reside en esa pobre cédula, sino en la persona. La adulteración no está en el documento, sino en la vida que el documento quiere probar.

—Ya lo sé. Ya sé que la cédula es apócrifa y que también es apócrifa la personalidad de Marta Córrega.

—Y usted busca a Rosaura. Usted busca la verdadera personalidad de Rosaura. Je, je, no la va a encontrar.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Porque Rosaura no existe.

—Y por eso usted está aquí.

—No, no. Digo que Rosaura jamás existió.

—¿Ah, no?

—Vaya a la casa del viudo, en Belgrano. Le puedo dar la dirección. Interróguelo. ¿Es cierto que es viudo? Sí. ¿Es cierto que su mujer falleció hace diez años, de cáncer? Sí. ¿Es cierto que esta viejecita de anteojos es su cuñada? Sí. ¿Es cierto que arriba, en su gabinete de trabajo, tiene un gran retrato de la difunta? Sí. ¿Es cierto que el señor Camilo Canegato restauró hace poco dicho cuadro? Sí. ¿Es cierto que usted tenía una hija? Y el viudo le contestará: ¿Una hija? ¿Qué hija? Yo no tengo ninguna. No tengo hijos. Cómo, ¿y Rosaura? Cómo, ¿y Marta? ¿Rosaura? ¿Marta? ¿De quién me está usted hablando? ¿El señor Camilo Canegato no hizo un retrato al óleo de su

hija? ¿No se enamoró, luego, de ella, y ella de él? ¿No prohibió usted ese noviazgo? ¿No estaba Rosaura de novia con un primo? ¿No fue todo ello causa de un gran disgusto entre ustedes? ¿No huyó Rosaura de su casa? Y el viudo abrirá la boca, lo mirará a usted con aquella mirada que tiene, y le dirá, broncamente: Usted está loco, señor mío. Le repito que no tengo ninguna hija. Y en cuanto a mi sobrino, hace cinco años que está casado.

—¿Así que toda la historia de Rosaura, que usted contó en *La Madrileña*, es una pura invención suya?

—No, toda no, toda no. El viudo existe, la tía con anteojos existe, el chofer japonés existe, el sobrino existe. Hay en Belgrano una mansión toda cubierta de hiedra, con un patio de baldosas y su portalón de hierro al frente, y yo he ido a esa mansión a restaurar el retrato de una muerta. Hasta allí la historia es verdadera. Pero en esa realidad, yo interpolé un sueño. El sueño se llama Rosaura, yo introduje un fantasma, y el fantasma se llama Rosaura.

—Sí, usted dice un sueño, un fantasma, pero lo que hay allá en la morgue parece de carne y hueso.

—Je, je, yo no sé lo que usted tiene en la morgue. Yo le hablo de Rosaura. Rosaura sí es una pura invención mía, una pura creación mía. Rosaura me pertenece enteramente. Yo le di nacimiento, le di vida, forma, rostro, nombre. Yo pude hacerla desaparecer. Je, je.

»¿Tiene una lapicera? Alcánceme ese papel. Mire: aquí tiene la escritura redonda y prolija de Rosaura. ¿Ve? Rosaura escribía por mi mano. ¿Y la trenza rubia? La trenza rubia la compré en un negocio de postizos de la calle Suipacha. ¿No le digo? Yo fabriqué a Rosaura. La fabriqué aquí, aquí, en mi cabeza. Rosaura era un ser imaginario, una entelequia, un sueño, je, je, un sueño, nada más que un sueño, je, je, un sueño. Yo sueño mucho, yo sueño mucho. Yo soy el hombre que soñó demasiado. Je, je, lindo título para una novela de Chesterton[101]. El hombre que soñó demasiado. Je, je, soñó tanto, que el sueño se le solidificó delante de los ojos. Pero anoche desperté. Ah, desperté después de un largo sueño.

—Sí, pero cuando yo despierto, no aparece al mismo tiempo un cadáver en mi cama.

—¿Y eso es lo que me compromete? El cadáver en mi cama. ¿Y por qué me compromete? ¿Qué culpa tengo yo de que haya aparecido el cadáver? Cuando desperté el cadáver ya estaba allí. Si usted sueña que se robaba cien mil pesos, y cuando despierta ve que hay cien mil pesos debajo de su almohada, ¿qué culpa tiene? ¿Lo van a meter preso por eso? ¿Lo van a condenar por ladrón?

—No, pero al menos me pedirán que explique por qué están ahí los cien mil pesos.

—¿Y si usted no sabe por qué están? Usted no sabe nada. Usted soñaba. Cuando abrió los ojos la cosa estaba hecha. ¿Quién la hizo? Usted no.

—¿Y si alguien me vio hacerla?

—Ah, mientras soñaba. ¿Pero se es responsable por lo que uno hace

[101] Se refiere a *El hombre que fue jueves* y *El hombre que sabía demasiado*, dos de las novelas de Gilbert Keith Chesterton (1874-1936).

mientras sueña? No, no, no lo es. Yo no sé nada del Código Penal, pero me parece. No puede ser. Usted sueña que mata, y al despertar comprueba que el sueño, de tan vívido que era, le hizo hacer el gesto de matar, le hizo agarrotar las manos, y ese gesto usted lo realizó sobre una persona viva que usted ignoraba que estaba allí, a su lado, una persona viva y despierta que, aun adivinando que usted soñaba que mataba, colocó su garganta entre sus manos y no lo despertó, lo dejó hacer, y usted, soñando, apretó, apretó, y la persona viva se quedó quietecita, allí, justo allí donde usted juntaba las manos. Y cuando usted despierta, se encuentra el cadáver en su cama. ¿Lo condenarían, a usted? Je, je, ¿qué dice el Código Penal?

—No. Pero sería demasiado fantástico.

—Sí, fantástico, fantástico. Pero verosímil.

—Yo tendría que relatar todo mi sueño.

—Sí, todo, todo.

—Tendría que demostrar que mi sueño se posesionó de mí hasta el punto de provocar mi gesto homicida.

—Sí, también, también.

—Y tendría que probar mi absoluta inconsciencia, el completo enervamiento de mis sentidos. Porque bastaría una mínima intervención de la voluntad…

—Ah, sí. Una mínima intervención de la voluntad lo convertiría en asesino. La voluntad, ausente. Usted sabe lo que hace. El gesto, inconsciente. Como cuando usted, dormido, se espanta una mosca de la cara o suspira y se da vuelta. Comprendido. Pero a usted le resultaría difícil probar todo eso.

—¿A mí? ¿Por qué, a mí?

—Porque usted es un hombre de acción. El que durante la vigilia se dedica a la acción, de noche no sueña. Si un día usted hace algún trabajo físico intenso, a la noche duerme como un tronco. De ahí, saque la ley general. Se sueña de noche cuando de día no se realizan los actos que deberían realizarse. El sueño es la contrapartida de la acción. El sueño nocturno es como la polución nocturna. El sueño es actividad transformada, convertida en humo, liberada, desahogada. No, usted soñará poco. Pero yo sí, yo sí sueño. Mi cerebro es una hornalla de sueños. Y todo, ¿sabe por qué? Porque de día vivo inhibido, vivo trabado. Porque no tengo carácter, como dice la señora Milagros.

»Desde niño he soñado siempre, he soñado mucho. De niño soñaba unos sueños absurdos, unas pesadillas que me hacían despertar de terror, y despierto y todo seguía gimiendo y sollozando en la cama, hasta que venía mi padre, encendía la luz, y con una sola mirada de sus ojos me levantaba al día frío y lúcido donde reinaba su cólera. Ya de grande, los sueños continuaron poblando mis noches. Dormir y soñar es para mí una misma cosa. Ni una hebra, ni una hilacha de sombra que no esté cargada de rostros, que no vocifere, que no se transforme en calles, en multitudes, en grandes edificios, en salones inmensos, en jardines o en selvas. Apenas me duermo, apenas mi pobre cerebro queda libre, brotan incesantemente los

sueños, uno tras otro, sin una pausa, como si mi cabeza fuese una carroña sepultada en la tierra y que hiciera nacer gusanos y yerbajos. Y despertar, despertar es para mí como subir desde el fondo del mar, como elevarme lentamente desde un abismo oceánico hasta la superficie, como ascender cubierto de líquenes, chorreando verdores, esponjado de viscosidad. Y no, no, no me despierto del todo y de golpe. Mi cerebro parece un algodón embebecido, desflecado, que tarda en hacerse otra vez compacto. Por un rato largo, todavía, los sueños siguen macerándolo. Digo que estoy despierto, pero sueño. Los sueños continúan pareciéndome realidad. Los rostros que soñé, las cosas que soñé, están aún allí, vivos, vivos, y me rodean. No duermo ya, he recobrado la conciencia, mis nervios tendrían que haberse apoderado ya de mi cerebro, y sin embargo, ¿por qué, por qué mi cerebro sigue destilando sus sueños, por qué los sueños no se me borran, por qué se infiltran en mi conciencia y toman el sitio de la realidad?

»Porque usted podrá soñar la pesadilla más horripilante, que lo hará sufrir y llorar en el sueño, pero le basta despertar para que, no sólo el sueño, sino también el horror que le provocaba el sueño desaparezcan. Despertar es para usted pasar casi instantáneamente a un mundo claro, fuerte, luminoso, feliz, donde los sueños son desconocidos, o sólo son como el recuerdo de algo que ya le es ajeno. Pero para mí no, para mí no. El dolor, o la voluptuosidad, o la tortura de mi sueño siguen vivos, en mí, siguen presentes, aun después del sueño, y en medio de la realidad diurna, en medio de la realidad de la vigilia me hallo de pronto con aquella tortura, con aquella voluptuosidad, con aquel dolor, tan reales como en el sueño, me los encuentro allí, intactos, como un alga, o una planta negra, como una medusa que permanece viva, que triunfa de la sequedad y de la luz, que atraviesa la tierra y el día. Y entonces los dos mundos se entremezclan, en mí, como dos realidades distintas, distintas, pero igualmente poderosas.

»Soñar, vivir, ¿dónde está la diferencia? Yo no percibo la diferencia. Para mí es todo lo mismo. Soñar una muerte es vivir esa muerte. Soñar un goce es vivir ese goce. Los sueños deben de imprimir en mi cerebro tantas impresiones, tantas y tan profundas, que lo cubrirán todo, lo dejarán todo maculado con sus improntas, y por eso la realidad, después, ya no encontrará sitio, ya no podrá sino añadir una sobreimpresión que al cerebro le parecerá un nuevo sueño. Sí, sí. Digo bien, un nuevo sueño. Otro sueño.

—Pero a Rosaura…

—Por eso, ah, por eso me bastaba soñar con alguien, me bastaba que alguien apareciera en mis sueños, me bastaba que alguien tomase intervención en mis sueños y fuese, en mis sueños, mi amante o mi verdugo, para que, luego, despierto, para que, luego, en mi vigilia, ese alguien siguiera inspirándome deseo o repulsión.

»Además, ¿quién dijo…?, creo haberlo leído alguna vez, ¿quién dijo que si los sueños tuvieran la periodicidad de la experiencia, nadie sabría ya cuándo sueña y cuándo está despierto? ¿Fue Descartes? No sé. No sé si Descartes o Pascal. Pues yo, yo, sí, yo, he tenido sueños periódicos, repetidos, constantes. Hay todo un universo de calles, de teatros, de hombres y mujeres, de perros y de flores, al que yo vuelvo muchas veces en sueños. Lo conozco bien. Lo recuerdo perfectamente. Es siempre el mismo sueño… No, el mismo sueño, no. No es la misma escena. Es el mismo escenario. La

Librodot

escena cambia. Una vez sueño una cosa y otra vez otra. Pero en los mismos sitios, en los mismos lugares, con las mismas personas, que siempre tienen el mismo nombre, la misma cara, el mismo aspecto. En un sueño conversamos amigablemente, y en otro, a lo mejor, me insultan. Pero cuando vuelvo a verlas las reconozco y recuerdo haberlas visto antes. Sí, es todo un mundo, todo un mudo inmutable que me aguarda en el sueño. Hay, por ejemplo, un teatro, un enorme teatro al que concurro a oír un concierto. Podría describirle ese teatro tan detalladamente como esta habitación. Tiene una platea inmensa. Salen los músicos al escenario y se ponen a afinar los instrumentos. Y afinan, afinan, haciendo un ruido de mil demonios. Y pasan las horas, y el concierto no empieza. Y yo, sentado en mi butaca, siento una angustia terrible. Y los músicos afinando, afinando, toda la noche. A ese teatro, a esa butaca, he ido muchas veces. Me hubiera gustado aprender música. Sí, ahora veo cuánto me gusta la música. Pero mi padre me puso en su taller…

»También he soñado que soñaba. ¿Usted no, nunca? No, usted no habrá pasado nunca del primer círculo del sueño. Pero yo sí. Yo soñé que soñaba. Y soñé que despertaba del segundo sueño, del sueño soñado, y decía: "Ah, fue un sueño", y creía estar despierto. Quizá la vida sea eso, un sueño metido dentro de otro. Quizá la vida sea el tercer sueño concéntrico del que uno despierta cuando se muere. ¿Y aquel sueño de mi discusión con la señora Milagros? Je, je. La señora Milagros me gritaba, yo quería contestarle, pero no me salía sonido alguno. Abría la boca, pero no podía hablar. Sentía la boca llena de algo. Me metía los dedos y empezaba a sacar de la garganta un trapo, un trapo mojado, sucio, viejo. Y yo sacaba aquel trapo, sacaba metros y metros, y me apuraba porque la señora Milagros seguía gritándome, y yo quería gritarle a mi vez, y no podía, porque nunca terminaba de extraer de mi boca aquella cinta que parecía no tener fin.

»Je, je, yo podría escribir un libro con todos mis sueños, y los psicoanalistas harían su agosto. Ellos dicen que los sueños expresan nuestros deseos reprimidos. No siempre, no siempre. Porque, por ejemplo, cuando falleció mi padre… ¿Deseos reprimidos? ¿Siempre, siempre? ¿Incluso los más escondidos, los más viles, los más inmorales, incluso aquellos que deseamos no desear? ¿Todos, todos? Yo, de luto riguroso, recorría las habitaciones de mi casa. Al llegar al dormitorio que había sido suyo, lo veía a él, a él, allí, vivo, de pie, a él, que me miraba, que se acercaba, que me interrogaba por las causas de mi luto. Yo, aterrado, aterrado no por su aparición, no, porque en el sueño comprendía súbitamente que el que estuviese vivo era lo cierto, lo real, lo verdadero, y que su muerte había sido un sueño, aterrado por el horror de tener que confesarle que lo había creído muerto, callaba. Pero él, adivinándolo todo, me decía: "¡Tonto, tonto! A que soñaste otra vez, ¿eh? Soñaste que yo me moría, te has vestido de luto y has clausurado mi cuarto. ¡Tonto, tonto!". Y yo, en el sueño, pensaba: "Entonces, su enfermedad, su muerte, aquel espantoso perfume de claveles, toda la noche, aquellos cirios, aquel viaje hasta el cementerio, aquel ruido de cascos de caballos, sobre los adoquines, por cuadras y cuadras, ¿todo era un sueño? Entonces, ¿no era verdad?". Al llegar a este punto despertaba, y comprendiendo que no, que su muerte no era un sueño, que el sueño había sido su resurrección, sentía casi un alivio, un alivio que en seguida me llenaba de un nuevo pavor. Pero a la noche siguiente volvía a soñar lo

Librodot

mismo, y así durante noches y noches, hasta que el sueño, a fuerza de repetirse, se hacía más poderoso que la realidad, porque la muerte real de mi padre había sido una sola, pero sus resurrecciones soñadas eran muchas, y al cabo de tanto soñar me parecía que había soñado que se moría, pero que él estaba vivo y que en cualquier momento aparecería a preguntarme por qué andaba vestido de negro. Y un vértigo, un vértigo de locura hacía vacilar mi razón como una llama al viento.

»Y cada noche, antes de dormirme, le rogaba a Dios que no me enviara más aquel sueño obstinado y terrible. Pero el sueño volvía, y la señora Milagros me decía: "Soñar no es malo. Todos soñamos". Y me arrebataba el tónico.

—Pero a Rosaura la soñó despierto.

—¿Rosaura? ¿Quién es Rosaura? Ah, sí. Je, je. A Rosaura la soñé despierto. Pero anoche no soñé. Anoche o, mejor dicho, esta madrugada, cuando me trajeron aquí, me dormí y no soñé. Fue un sueño largo y negro. Un sueño sin sueños. La primera vez, después de tanto tiempo, que no soñé, la primera vez, como si un agua negra hubiese lavado mi cerebro.

—Pero a mí me interesa Rosaura. Háble me de Rosaura.

—Sí, Rosaura, Rosaura.

—A Rosaura la soñó de día.

—Sí, a Rosaura la soñé de día. Rosaura fue uno de esos devaneos, una de esas fantasías ociosas. A usted le costará creerlo. Usted es hombre de acción. Yo soy un hombre sin carácter, como dice la señora Milagros. A usted le costará creer que haya gente que pierda el tiempo imaginando cosas. Son pobres, imaginan que son ricos, que poseen millones, que tienen aquí un palacio, allá una estancia. Dibujan el plano del palacio, el casco de la estancia. Se hacen una lista de todos los trajes, los sobretodos, las camisas, los sombreros que tienen en el guardarropa del palacio. Otra lista de los autos, y otra con los nombres de las amantes. O no han escrito jamás una línea, pero dicen: "Tengo aquí", y se señalan la sien, "tengo aquí una novela que hará época, una novela que, en cuanto salga publicada, me hará famosísimo. Me darán el premio Nobel. Cincuenta ediciones. Una edición especial, en papel biblia, con mi firma. Y luego escribiré un drama. Tres años en cartel. Mil representaciones". Y esto lo dicen sentados en un café, mirando pasar la gente. Y de la novela, del drama, ni una línea.

—¿Rosaura fue un sueño de esa especie?

—Exactamente. El sueño de un imposible. Otros sueñan que son millonarios. Yo soñé que una mujer me amaba.

—¿Y cuándo nació, Rosaura?

—¿Cuándo nació? ¿Cuándo empezó aquella historia? Un sábado a la tarde, en la mansión del viudo.

—Usted había ido allí a restaurar unos cuadros…

—Sí. Estaba restaurando el primero de todos. El retrato de la muerta. Me encontraba solo, en una salita de la planta baja. Había un silencio sepulcral. La muerta me miraba desde el lienzo. Me miraba con unos ojos dulces, claros, transparentes. Y me sonreía. Era hermosa. Pero lo que más me

Librodot

gustaba de aquel rostro no era la belleza, sino cierta expresión de serenidad, de calma, de tersura espiritual. El pintor, con ser un mediocre, había sabido iluminar aquella fisonomía con una luz interior que la transfiguraba. Yo pensaba: "¿Cómo una mujer así pudo casarse con ese hombre?". Porque yo odiaba al viudo. El viudo me humillaba. Cada vez que me dirigía la palabra levantaba insolentemente una ceja, como si se sintiese perplejo de que yo me atreviera a estar en su presencia.

—Entonces, en aquella salita…

—A usted le interesa Rosaura, ¿eh? Je, je. Ya aparecerá Rosaura, ya aparecerá Rosaura. Yo me sentía triste, me sentía triste como nunca, aquel sábado. Quizá porque había visto, el día anterior, a una de las hijas de la señora Milagros…

—¿Sí? ¿Qué había visto?

—Je, je, nada. Que se besaba con Hernández. Nada, nada. Como yo las quiero tanto… Como si fuesen mis propias hijas. Quizás, je, je, quizás esos celos idiotas de los tíos solterones. Porque la señora Milagros dice que yo soy para ellas como un tío solterón.

—Ah, con Hernández. ¿Matilde, sería, la mayor de las tres?

—¿Matilde? Sí, creo que sí, creo que era Matilde. Pero a usted le interesa Rosaura. Ya está aquí Rosaura, ya viene aquí Rosaura. En la salita, mientras retocaba el retrato de la dama rubia, me puse a imaginar… ¿Por qué no podía, también a mí, quererme una muchacha joven y hermosa? ¿Por qué no podía enamorarse de mí con la misma espontaneidad, con la misma facilidad con que Matilde parecía haberse enamorado de Hernández?

»Sí, Hernández tenía veintisiete años. Sí, Hernández era buen mozo. Pero ¿qué, todas las mujeres sólo mirarán que un hombre sea buen mozo? ¿Lo demás no cuenta? ¿Qué esconde Hernández detrás de su linda cara? Frivolidad y estupidez. Y lo que yo tengo aquí, aquí adentro, en el corazón, ¿no vale nada? Todos estos sentimientos, toda esta pureza, ¿es despreciable, nadie la quiere? ¿Por que no podría ser que una mujer supiera descubrirme, así, tal como soy, tal como soy en mi espíritu, y se prendase de mí? Una mujer que no se riese de mi estatura, ni del temblor de mis manos, ni de mis rubores; que me hablase seriamente, tranquilamente; que no me aturdiera ni me ofuscara, y me permitiese pensar. Una mujer a la que no le importase saber que me llamo Camilo Canegato, ni me pidiera ir juntos a bailar; pero que, en cambio, se quedase conversando conmigo de arte, de pintura, de música, y sólo con eso sintiera nacer su amor por mí.

»Usted no podrá creerlo, ¿eh? Usted se reirá. Pero yo soy un hombre sin carácter, como dice la señora Milagros. Yo no tengo fuerzas más que para soñar.

—Todos hemos soñado, alguna vez, algún amor ideal.

—Sí, pero no como yo, no como yo. Yo soñé demasiado, como se lo dije antes. Yo soñé hasta el punto de hacer que mi sueño penetrara en la realidad. Fue una absorción total de mis sentidos. Soñé a Rosaura en cuerpo y alma. La tuve viva, viva, delante de mí, con su rostro, su mirada, sus gestos, su voz. Íntegra. ¿Quién sería Rosaura? La hija de la dama del retrato. ¿Y cómo sería? Sería, ella también, rubia, también ella dulce, serena,

Librodot

reposada. Y tímida, y afable, y bondadosa, y joven, y bella. ¿Y cómo nos conoceríamos? Una tarde ella vendría a verme trabajar.*¿Y* qué me diría? ¿Qué le diría yo? No, no le repetiré todo mi sueño. Usted ya lo conoce, ¿eh? Se lo contó la señora Milagros. Ya lo sabe. La historia de Rosaura, toda la historia de nuestros encuentros, de nuestras conversaciones, de nuestro amor, es una invención mía. Rosaura no existió. En la casa del viudo yo coloqué un fantasma. Rosaura no vivió sino en mi mente. Pero en mi mente sí vivió. Ah, pero no como la figura pálida de un sueño breve. No, estuvo dotada de todos los atributos de la realidad, animada por el trémolo de la vida, enriquecida de espíritu y hasta miserabilizada de carne, de músculos y de visceras. ¡Ah, cómo la soñé, cuánto la soñé, con qué obsesión, con qué fiebre! La soñaba en mi taller, en la casa del viudo, en la soledad de mi cuarto, en el café, en los tranvías, en los subterráneos, en la calle, en medio de la multitud, durante días, durante noches. A veces me parecía imposible que no viviera sino en mí. Me parecía que en cualquier momento el viudo iba a decirme: "Le voy a presentar a mi hija. Se parece mucho a mi pobre esposa", y que entonces, por la puerta de la sala, ella se aparecería.

—Y usted le agregó, todavía, a su sueño, las cartas.

—Sí, las cartas. Elegí un papel de color rosa, bien femenino. Y las perfumé, además, para que no quedase ninguna duda.

—Y aquella letra tan redonda, tan prolija…

—Je, je. Yo mismo me quedé asombrado al ver la facilidad con que podía simular una escritura que no era la mía. ¿Quiere que le haga una confidencia? Al escribir las cartas de Rosaura sentí un placer oscuro, morboso, como un chico que escribe, en secreto, en la pared de un mingitorio, una palabra obscena. Je, je, sí…

—Y a las cartas añadió, luego, la trenza rubia.

—Sí, la trenza rubia. Las cartas eran mensajes que podían ser, y eran, fraguados. Pero la trenza rubia probaba la existencia de Rosaura mejor que las cartas. Y compré la trenza rubia. Me acuerdo que las vendedoras, cuando les pedí aquel postizo, se reían. Sí, se me reían en la cara. Pero a mí no me importó. Me dejó indiferente. Las risas me resbalaban sobre la sensibilidad, y yo no las sentía. Tenía mis nervios como embotados, como adormecidos por la idea de Rosaura.

—Y a las cartas, y a la trenza rubia, les sumó el retrato al óleo.

—Je, je, sí, el retrato al óleo.

—Y con todo eso, quedaba armado el escenario de su pequeño espectáculo.

—¿Espectáculo? ¿Por qué espectáculo?

—Porque las cartas y demás señales de Rosaura no estaban destinadas a usted, sino a los otros. Usted se las envió a sí mismo, pero de modo que los otros tuvieran que servir de intermediarios, y así se enterasen de la existencia de Rosaura. El mito de Rosaura tuvo un fin, un propósito práctico, no sé qué otra palabra emplear. Al inventarse su idilio con Rosaura, usted buscó, concretamente, algo.

—¿Sí? ¿Y ese algo fue…?

Librodot

—Adquirir, delante de los otros, una personalidad que no poseía. No, digo mal, discúlpeme. Lo que quiso fue descubrir, ante los demás, todos aquellos sentimientos, aquella pureza, que usted llevaba adentro, y que no había podido, hasta entonces, manifestarse. Y por eso usted, que los veía intrigados con aquellas cartas; usted, que notaba su creciente curiosidad que soportaba sus indirectas, sus preguntas, sus bromas, siguió, no obstante, enviándose nuevos sobres rosas y perfumados. Rosas y perfumados "para que no quedase ninguna duda".

»Y en el octavo sobre, adrede, no escribió su nombre, para que la señora Milagros pudiera abrirlo y leer la carta. Una carta en la que usted seguramente, se esmeró. Y luego, a la noche, les contó toda la historia de Rosaura, mitad real, mitad fantástica. Las vio emocionadas, vio que la señora Milagros lagrimeaba, pero usted se mantuvo firme. A cambio del afecto y del interés sincero que le demostraban, usted les entregó su invención de Rosaura. Y todavía, más adelante, les trajo el retrato de Rosaura. ¿Un retrato también imaginario? ¿O lo copió usted de aquel otro que restauró en la casa del viudo?

»Su farsa sería ridicula, y usted un loco o un cínico, si faltase el propósito concreto, la utilidad de ese recurso elemental, quizá vulgar, de atribuirse una aventura.

—¿Alguna vez ha observado usted a las gallinas?

—¿A las gallinas? Le confieso que no. Vivo en un décimo piso, y allí no tengo gallinas.

—Hay a lo mejor en el gallinero un trozo de comida, pudriéndose en el barro. Ninguna lo recoge. Pero basta que una empiece a picotearlo, para que todas se lo disputen y corran por el gallinero quitándose unas a otras el pedazo de bazofia, y hasta son capaces de pelearse por él y de ensangrentarse las crestas. Sí, señor. Sí, señor. Usted lo ha adivinado. La fábula de Rosaura tuvo un fin. Quise que una primera mujer picoteara en mi bazofia, porque yo sabía que en seguida se despertaría el interés de las demás, y como esa primera mujer no podía ser de carne y hueso, como una mujer de carne y hueso no aparecía, la inventé. La inventé para quebrar la ley de la indiferencia.

»Ah, sí, señor. Algunos se quejan del odio. Pero ésos ignoran que la indiferencia es más terrible que el odio. Porque el odio es como un fuego que quiere destruir, pero quiere destruir a quien considera alguien. El mismo hecho de que quiera destruirlo le hace al menos la justicia de reconocerle un valor. Pero la indiferencia no. La indiferencia es un hielo, un hielo que, mientras lo momifica, le perdona la vida, se la perdona nada más que para eso, para que usted se sienta momia, se sepa momia, en el frío y en la oscuridad de un sarcófago. La indiferencia lo convierte a usted en un cero, en esa nada de la serie aritmética, que no suma, ni resta, ni multiplica, ni divide, que no agrega ni quita y está fuera de todas las operaciones. Porque uno preferiría a veces ser un número negativo, que restase siempre, no importa, pero que, temido u odiado, entrara en los cálculos.

»Ah, sí, señor, sí señor. Yo era para ellas esa nada, ese cero. No, yo no era para ellas el tío solterón. No, peor todavía. Yo era el ayo sin sexo y sin instintos, delante del cual podían hablar de sí mismas y de los hombres

Librodot

como si estuviesen solas. Sí, a mí podían mostrarme un rostro sin afeites, un rostro de entrecasa, y en mi presencia podían cruzar despreocupadamente las piernas, porque yo no iba a espiarles el muslo. Y si hubieran sorprendido en mí una mirada de hombre, se hubiesen enfurecido terriblemente, como de una inmoralidad, o tal vez se habrían reído a carcajadas, como de la cosa más comiquísima, como de un bar automático que, al introducir la moneda, soltase piropos en lugar de sandwiches de jamón y queso. ¿Y por qué? ¿Por qué en mí parecía vil o ridículo lo que en otro era su orgullo o su fuerza?

Un día las oí hablar de mí, cuando ya andaban con la curiosidad picada por las cartas de Rosaura. "Camilo no piensa en esas cosas", decían. "Camilo no esté hecho para esas cosas". Pero yo no pienso en mis uñas, y mis uñas igual crecen. ¿Qué es lo que de mí no estaba hecho para esas cosas? La arquitectura de mi materia física. Pero de arquitectura conoce sólo el arquitecto, no el edificio. El edificio no siente su arquitectura. Siente su piedra, su mármol o su adobe. Y yo me sentía mi carne y mi sangre. Yo vivía mi carne y mi sangre. Pero unos a otros nos aprehendemos por la forma y pensamos estúpidamente que la forma es siempre el signo fiel de la sustancia. ¿Y cuando no lo es? ¿Cuando la forma expresa lo contrario de lo que es la sustancia? ¿Cuando la forma traiciona a la sustancia? ¿Quién mitiga ese error? El jorobado y el enano que la gente ve pasar a su lado tal vez sean más infelices que lo que la gente cree, porque la gente cree que el ser del enano y del jorobado también es enano y jorobado. Y quizá no, quizá no. Quizá el ser del contrahecho sea el mismo ser del hermoso, pero pretendemos que el contrahecho viva según su forma. Ahí está la tragedia, porque la forma no se vive, la forma se percibe, y se percibe desde fuera. Lo que cada uno vive es su sustancia.

Pero ¿quién convence a Francesca? Je, je, ¿quién convence a Francesca de que el amor de Giovanni tal vez sea superior al amor de Paolo[102]? No, no. Para Francesca son los ojos luminosos de Paolo, es la voz dulce de Paolo, es la belleza de Paolo lo que hace luminoso y dulce y bello el amor de Paolo. Y es la joroba de Giovanni la que envilece el amor de Giovanni. Y todos aprobamos el juicio de Francesca. Y toda nuestra simpatía y nuestro perdón son para Paolo. Cuando Dante lo encuentra con Francesca en el Infierno, desfallece de piedad por ambos, y quisiera tenderles una mano y arrebatarlos del fuego que los devora, y todos querríamos lo mismo. Pero si hallásemos a Giovanni, lo maldeciríamos, llamándolo Caín, o nos apartaríamos de él con horror y, si pudiéramos, añadiríamos nuevos castigos a su castigo. Azufre y condenación para el asesino. El último círculo del Infierno para su figura oprobiosa. Y compasión, compasión para los adúlteros. No, que Giovanni no espere piedad de nadie. Y de Francesca menos todavía, todavía menos de Francesca. Su amor, para Francesca, es un ultraje, y su dolor, un escarnio. Y sin embargo, ¡quién sabe, quién sabe! Tal vez Giovanni amó a Francesca como no supo amarla Paolo. Tal vez su amor fue más terrible y más sublime, porque era más desesperado y porque se alzaba por encima de todo, incluso por encima de su propia vergüenza, y no estaba defendido, como el del hermano, por la belleza y la

[102] En "La verdad sobre Francesca y Paolo" (incluido en *Falsificaciones*, 1966, 1969 y 1977), Denevi cita como ejemplos de únicas lecturas distintas del adulterio de Francesca a la de Leopoldo Lugones en *Lunario sentimental*, y a la suya propia. Las interpretaciones tradicionales se apoyan en el canto V del *Infierno* de Dante y en el cuento "Trattatello", del *Decamerón* de Boccaccio.

Librodot

correspondencia. Tal vez, en lo alto de su torre, el pobre Giovanni haya sollozado mucho por Francesca, y cada lágrima suya contuviese más amor a Francesca que todo el amor de Paolo. Pero, ¿quién quiere saber lo que ocurre en la torre? ¿A quién interesa el corazón de Giovanni? Es su joroba, y no su corazón la que sale a escena. El que tiene esa joroba, ¿ha de tener también corazón? No, no, la joroba nos absuelve de considerar el corazón. La joroba de Giovanni lo obliga a ser sólo la sombra siniestra que espía a los amantes, mientras ellos, ennoblecidos de belleza, adornados de juventud, juntas las frentes, entrelazadas las manos, leen el libro de Lanzarote[103]. Su fealdad, la fealdad de Giovanni, es un telón de fondo, todo negro, todo negro, sin rostro, sin nombre, sin fisonomía, hecho únicamente para que destaque más puro, más pálido, más bello el perfil de Paolo y de Francesca.

»Y nosotros sólo vemos a Paolo y a Francesca. Sólo ellos dos tienen corazón, y sólo por ellos dos late nuestro propio corazón. Los dos son jóvenes y hermosos y, por tanto, poseen todas las excelsitudes. Que nadie sospeche que Paolo pueda ser un lindo pisaverde, hábil para el falaz galanteo, pero necio y presumido, ni que Francesca sea una holgazana sensual. No, no, que nadie cometa ese sacrilegio. Paolo y Francesca son jóvenes y hermosos. Entonces, basta. Todas las disculpas para ellos, todas las complicidades, todos los perdones. Una luna a la ventana, vino dulce en una jarra, perfumes de Bizancio en un pebetero. La alcoba de Francesca a media luz. Y Paolo en la alcoba de Francesca. ¿Por qué Giovanni no se quedó en su torre? ¿Por qué no se encerró allá arriba, entre sus infolios y sus probetas? ¿Por qué, él, que era jorobado, quiso también ser hombre, marido, caballero, y sentir amor, y tener dignidad y honor? Y desciende, desciende de su torre, por la escalera de piedra, desciende siempre, sin ruido, lentamente, hacia la alcoba de los amantes. Su boca tiembla, pero es una boca tan horrible la suya, es un belfo tan repugnante, que su temblor es el temblor del pérfido y del monstruo. Abajo, en la alcoba de Francesca, también la boca de Paolo tiembla, pero los labios de Paolo son como dos pétalos de rosa y embriagan a Francesca. La mirada de Giovanni, mientras desciende, brilla, pero sus ojos son pequeños y miopes, y enturbian su brillo, y hacen que ese brillo sea un fulgor malvado. En la alcoba de Francesca, los ojos de Paolo brillan, también, pero los ojos de Paolo son dos diamantes puros, dos joyas cálidas, y Francesca queda deslumbrada. Giovanni habla solo, pero sus palabras son torpes, su voz es áspera, y un hilo de baba le cae de entre los labios. Abajo, Paolo habla a Francesca, y sus palabras suenan como una música triste, y Francesca cierra los ojos, en un éxtasis.

»Hasta que Giovanni llega a la cámara de Francesca y levanta el puñal. Y mientras Paolo posee a Francesca, Giovanni mata a Francesca. Cada cual a su juego. Y nosotros al nuestro. Piedad para los adúlteros y condenación para el asesino.

—¿Qué le parece, ahora, si volvemos a Rosaura?

—Sí, señor. Je, je, me he dejado entusiasmar. Pero quise reivindicar para Giovanni el papel principal de la tragedia, porque yo lo comprendo, porque yo siempre me he sentido, je, je, un Giovanni sin joroba.

[103] Lanzarote del Lago es uno de los caballeros de la Mesa Redonda. El hada Viviana lo crió en el fondo de un lago. Una variante de este tema, con el título de "Los silencios de Lanzarote y Ginebra", reaparece en *Falsificaciones*, 1966, 1969 y 1977.

—Y que se inventó una… ¿cómo se llama?, una Francesca a su gusto.

—Sí, exactamente. Una Francesca bautizada Rosaura.

—Y dígame: ¿aquel retrato al óleo…?

—Ah, sí. Aquel retrato no figuraba en mis planes primitivos.

—¿Y qué fue lo que lo decidió a darle a Rosaura hasta un rostro?

—Fue saber que dudaban de su juventud y de su belleza. Creían que ella era una solterona amojamada. Y entonces le hice a mi historia un pequeño agregado, aquella diablura de pintar, a escondidas de la tía, y para demorar, al mismo tiempo, el acabado del otro cuadro, un retratito de Rosaura, en un bastidor de diez, para mí, para guardarlo como recuerdo.

—Y usted, ¿dónde lo pintó?

—En mi taller, a horas desusadas, cuando nadie pudiera sorprenderme.

—Y le dio… a Rosaura, claro, una fisonomía imaginaria.

—Le di, y no le miento, una fisonomía que yo creí inexistente.

—¿Parecida a la dama rubia, muerta hace diez años?

—Sí, más o menos. Bastaba que Rosaura fuese rubia, de ojos celestes y tuviera una expresión tímida y reconcentrada. Y eso fue lo que pinté.

—Y les llevó el retrato. A ellas, a la señora Milagros y a sus hijas. Porque los demás, usted no quería que lo viesen.

—No, no. Pero no me importaba.

—A usted le importaba que lo viesen ellas cuatro, que eran las que sospechaban que Rosaura fuese una solterona.

—Sí, señor. Los otros, ¡psch!

—Y de ellas cuatro, la que más le importaba era Matilde.

—¿Matilde? ¿Por qué Matilde?

—Porque Rosaura nació para Matilde.

—¿Por qué cree usted…? ¿Quién le ha dicho…?

—No es difícil adivinarlo.

—Oh, señor, si Matilde apenas tiene veinticinco años…

—Es la edad de Rosaura.

—… y yo cerca de cuarenta. Pero Rosaura era una ficción. En cambio Matilde…

—¿Y hace mucho que la quiere? ¿Cuándo se dio cuenta de que la quería?

—Si la he conocido desde que ella era una niña… ¡Cómo yo…!

—Ella también lo quiere.

—¿Ella? ¿A mí? ¡Oh, no, señor, no, no!

—¡La hubiera visto llorar, esta mañana, aquí!

—¿Lloraba? ¿Lloraba, ella, ella, Matilde? ¿Lloraba Matilde, ella, tan fuerte, tan serena, ella, *mi* Matilde? ¿Y lloraba por mí?

Librodot

—Lloraba por usted.

—¡Oh, señor, tenga piedad! Lloraría al enterarse de lo que yo había hecho, como lloraría por cualquier otro huésped…

—Sí, pero lo que dijo…

—¿Qué dijo? ¿Qué dijo?

—¿Cuándo se dio cuenta de que la quería? ¿Cuando la vio besarse con Hernández?

—¿Qué dijo? ¿Qué dijo?

—Ella tampoco sabía que lo quería, ¿eh? Habían vivido en la misma casa, durante tantos años, como dos hermanos… Y de pronto, un día, usted la vio que se besaba con un hombre, vio que ella no era una hermana, era una mujer, una mujer con pechos, con caderas y con piernas; sintió una repentina rabia y cayó en la cuenta de que la quería.

—¿Pero ella, señor, ella…?

—¿No cree que Rosaura, para ella, significó lo mismo que para usted verla besar a Hernández?

—Oh, señor, pero entonces…, pero entonces Rosaura…

—La señora Milagros me contó que no había forma de convencer a Matilde de que Rosaura fuese joven y hermosa. Y cuando usted le puso delante el retrato, a pesar de que veía allí la imagen de una muchacha bellísima, insistió en que Rosaura era sólo linda y que a ella no le gustaba. Y después anduvo siempre malhumorada, y por cualquiera cosa reñía con la madre o con las hermanas.

—Y todavía más, todavía más. Un día… Fue algo casual, sin que yo lo buscase. Yo había salido para ir a mi taller, cuando, a las dos cuadras, recordé que había dejado olvidada en mi cuarto una espátula. Regresé, pues, y al llegar a mi habitación, estaba allí, ella, de pie, mirando fijamente el retrato de Rosaura. Mi aparición la sobresaltó y la hizo encenderse como una grana. “Vine a buscar la novela que le presté”, me dijo, con una aspereza en la que quería ocultar su turbación, “porque si espero a que usted me la devuelva…”

»No le contesté nada. Me limité a sonreír. Nunca he sabido contestarle nada. En su presencia sólo sé callar y mirarla, callar y respirarla, callar y sentirla, sentirla como usted siente un sol tibio o una brisa fresca, sentirla a través de mi piel y de mis poros. Mi silencio la hizo enredarse en su propia confusión: “Claro”, agregó, “¡qué va a acordarse! Ahora no tiene pensamientos más que para Rosaura. Eso, en un chiquilín de quince años se justificaría. Pero en un hombre como usted…”. Yo seguía callado y sonriéndome. Creyó que me burlaba de ella, y se encrespó más: “No piense”, me dijo, taconeando furiosa, “que estaba aquí adorándole a su Rosaura como la Virgen del Carmen. Porque ya se lo he dicho. A mí, Rosaura no me gusta. Aborrezco a las mujeres rubias, y más a las que tienen esos ojos chirles de pescado acabado de pescar. Una mujer que mira así, como mira ésta, no le va a servir a usted de nada”. Un estremecimiento nervioso me hizo soltar la risa. Pero ella pensó que me reía de sus palabras, se ofendió y salió de mi cuarto dando un portazo.

—¿No le parece que estaba celosa?

—¿Celosa? ¿Usted cree que eran celos?

—Quizá, sin ella misma saberlo…

—Y yo no supe interpretar aquella brusquedad, aquella rudeza. Yo creía que era desdén hacia Rosaura. Creí que tenía en tan poco mi vida y mis amores, que no se cuidaba ni siquiera de ocultarme su desprecio por Rosaura. Pero usted dice que esta mañana…

—Finalmente, usted representó el último acto de su pequeña comedia. El acto de la separación, del alejamiento, del desvanecimiento y del sacrificio de Rosaura.

—Usted me dijo que esta mañana… Eh, sí, señor. El último acto. Mi farsa no podía prolongarse más. Yo había dejado de concurrir a la casa del viudo, pero los lunes a la tarde cerraba por dos horas el taller e iba a esconderme en cualquier parte, porque si alguno de *La Madrileña* caía por allí y me encontraba trabajando, imagínese. No, no, mi idilio debía terminar. Porque a veces aquel loco sueño me asustaba. Me parecía que estaba cometiendo como un desafío, como un reto insolente por el que podía ser castigado. Los veía a todos hablarme de Rosaura con tanto interés, con una fuerza tan sincera y tan real; ponían en mi ficción un aliento vital tan poderoso, que temía que aquella simbiosis entre su realidad y mi sueño engendrase algo funesto o monstruoso. Yo mismo le daba a Rosaura un espesamiento, una consistencia de ser vivo. Rosaura me reveló una inmoralidad de la que no me sabía capaz.

—¿Una inmoralidad?

—Sí, la inmoralidad de nn histrionismo vicioso e inconsciente que me llevaba a hablar de Rosaura, a describirla, a repetir sus palabras, a confesar que me quería y que yo la quería a ella, a exhibir, a los ojos de todos, hasta el último y más trivial detalle de mi aventura, y todo sin una sola vacilación, sin un titubeo. ¿Pero de dónde sacaba yo aquel valor? No, no, valor no. Aquella irresponsabilidad, aquella ceguera…

—Precisamente de la falta de realidad de Rosaura.

—¿Usted cree?

—Si Rosaura no hubiese sido lo que era para usted, un sueño, usted, ¿cómo habría procedido?

—Ah, ah, la habría ocultado, habría ocultado su nombre, su retrato, sus cartas, todo, todo. No habría dejado que nadie supiese de su existencia, ni de su amor por mí. Sí, sí, tiene usted razón. Mi irresponsabilidad era la tranquilidad de ánimo del actor de teatro, que sufre y llora y muere sobre el escenario, y sabe que después caerá el telón, se despojará del dolor y de la muerte como del maquillaje, y se irá a dormir a su casa. Pero cuando me quedaba solo, a veces me asaltaban unos remordimientos, unos relámpagos fríos de la conciencia… En la soledad de mi taller o de mi cuarto, Rosaura, despojada de todo sostén ajeno, desprovista de objeto, se me aparecía como un monstruo de pesadilla. ¿Qué estoy haciendo?, pensaba yo. ¿Y si alguien sospecha algo? ¿Si, por un azar, alguien pone al descubierto la verdadera naturaleza de Rosaura? ¡Ah, qué vergüenza, entonces, qué ludibrio! ¿Cómo

Librodot

iría a soportarlo? Y sí, sí, alguien parecía sospechar. Un muchacho, un estudiante…

—¿Réguel?

—Sí, señor. Réguel. Me vigilaba constantemente. Levantaba yo la vista, y me encontraba con su mirada, una mirada científica, despiadada, que desde el fondo anillado de sus anteojos me examinaba como desde un microscopio. No, Rosaura debía desaparecer, debía esfumarse en la nada.

—E inventó, entonces, aquello de la oposición del padre, y del noviazgo con el primo, impuesto a Rosaura.

—Sí, porque yo no podía fingir un epílogo que me dejase malparado. Rosaura se alejaría para siempre, pero por causas ajenas a su voluntad, superiores a su amor, invencibles para ella y para mí.

—Y se envió la última carta rosa.

—Sí, señor. Y con eso quedaba liquidado, creía yo, el *affaire* Rosaura.

—Claro que los demás se tomaron en serio, naturalmente, aquella ruptura.

—Sí, y querían que yo volviese a la casa del viudo, querían que fuera allá a pelear por Rosaura, a salvarla, a rescatarla de las garras del padre y del otro novio.

—E incluso se ofrecieron a acompañarlo.

—Sí, señor. Y yo debí simular que me enojaba, que rechazaba sus buenos oficios, tan sinceros; que las juzgaba entrometidas e indiscretas. Me vi obligado a esa farsa cruel de ofenderlas, a hacerme el loco, el necio, el desesperado, cualquier cosa, con tal de mantenerlas alejadas de la parte verdadera, del sustentáculo real de mi sueño.

—Entonces, una noche, Réguel le anunció haber visto a una muchacha que tenía el rostro imaginario de Rosaura.

—Sí, je, je. Réguel. El rostro inexistente de Rosaura.

—Un rostro que usted pintó extrayéndolo de su fantasía.

—Un rostro que yo creí tan irrecuperable como el rostro de la dama rubia que había muerto de cáncer hacía diez años.

—Y usted ¿qué pensó, ante aquello que le decía Réguel?

—Nada, señor, nada. Me levanté y me fui a mi cuarto, me senté en la cama, y estuve allí, qué se yo, horas y horas, inmóvil, inerte, laxo. Sí, algo pensaba. ¿Sabe lo que pensaba? Pero no era pensar. Mi voluntad no intervenía. Era como un vaho espeso que secretaba mi cerebro. Repetía, mecánicamente, estúpidamente: “Papá está vivo. He soñado que se moría. Pero vive, vive, vive. Un día lo veré en la calle, o aparecerá en el taller, y se pondrá a trabajar en su mesa, y yo no sabré qué decirle, no sabré cómo explicarle que, durante doce años, he estado soñando que él estaba muerto”. Vea usted, señor. Era aquel antiguo vértigo, aquella locura que me acometió despues de su muerte, cuando soñaba cada noche que su muerte había sido un sueño, y que estaba vivo, y me reprochaba mi sueño como si, vivo, me reprochase haber querido matarlo.

Librodot

—Hasta que, varias noches más tarde, la muchacha con el rostro imaginario de Rosaura apareció en *La Madrileña* y preguntó por usted.

—No sé, señor, no sé. Lo que ocurrió a partir de aquella noche yo lo ignoro. Lo último que recuerdo es un grito de la señora Milagros: "¡Rosaura!", y luego no sé, no sé, ruidos, voces, pasos…

»Tenía anudada alrededor de la cabeza una cuerda, tan fuertemente atada, que las sienes me latían, toda la cabeza me latía como un enorme corazón. Cuando cerraba los ojos se me aparecían dos manchas blanquísimas, deslumbrantes, fijas, como si acabase de mirar el sol. ¿Y mis manos? No me sentía las manos. Los pies estaban lejos, lejos. Yo no podía llegar hasta mis pies. Mis piernas se injertaban en dos gruesos tacos de madera, y yo caminaba sobre esos tacos, pesados, pesados, empujándolos, arrastrándolos, golpeándolos contra el suelo. ¡Y había un desorden alrededor de mí! Todo estaba desordenado. Sentía mis ropas en desorden. Sentía en desorden las colchas de la cama. Veía desordenadas las calles. La multitud, la veía como un terrible desorden de gentes. En mi taller, yacían en desorden los cuadros, los pinceles, los tubos, los pocillos, todo, todo en desorden, todo embarullado, mezclado, caótico. La lengua, dentro de mi boca, se hinchaba, se hinchaba, se enredaba, se volvía aquel trapo sucio y húmedo que una vez había soñado, y no me dejaba hablar. ¿Dónde estaba yo? Yo no me sentía a mí mismo. Los nervios se afinaban, se convertían en hilos delgaditos, se rompían, desaparecían, y sólo me quedaba la cabeza, latiéndome, la cabeza, ardiéndome.

»Y el rostro de Rosaura que se acercaba. El rostro de Rosaura, que se agrandaba, que crecía, que caía sobre mí. Pero si es un sueño, je, je. Es un sueño. Yo soy Camilo Canegato. Y Rosaura es un sueño. ¡Rosaura, desaparece! ¡Rosaura, vete! Y Rosaura permanecía, Rosaura prevalecía, Rosaura atravesaba los días, las noches, los gritos, los llantos, las voces, los llamados. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que la señora Milagros se puso de pie, derribó la silla y gritó: "¡Rosaura!"? Siglos, siglos. Y Rosaura incólume, Rosaura intacta, Rosaura eterna. Ahora estábamos en un corredor largo, largo, negro, negro. El corredor tomaba la forma de un desmesurado automóvil. En el extremo del automóvil había un hombre con gorra azul y me daba la espalda. Y a mi lado estaba Rosaura. Y Rosaura se sonreía.

»Yo quería hablar, quería hablar. Desenredaba trabajosamente mi lengua de su nudo intrincado. Abría los labios. Hacía un tremendo esfuerzo para abrirlos, como si fueran las puertas de hierro de un castillo. Y decía: "¿Adonde vamos?". Rosaura contestaba: "Al *Hotel Wien*". Y yo me agitaba, en medio del desorden, me agitaba dolorosamente, y gemía: "No, no, no". El hombre de la gorra azul se daba vuelta y gritaba desde lejos: "¿Quiere ir a algún otro hotel? ¿No le gusta el *Wien*?". Yo decía: "A otro, a otro". Y Rosaura decía: "Llévenos a cualquier otro que esté cerca de Retiro". Subíamos. Subíamos por una escalerilla de madera. Arriba había otro hombre, un hombre con la cara cosida como un trapo. El hombre me ofrecía una habitación. El hombre me hacía firmar en un libro. El hombre me pedía documentos. El hombre miraba la cédula de Rosaura y miraba a Rosaura, y otra vez la cédula y otra vez a Rosaura.

»Y nuevamente un corredor larguísimo, y luego una gran luz. Rosaura se rió y dijo: "¿Por qué no decís como todo recién casado: ¡Al fin solos!?". Los

Librodot

tacos de madera tropezaron con una valija abierta. Rosaura decía: “Le escribiré a mi tía para que venga a vivir con nosotros. Y esta vez no me robarás la carta, como la otra”. En la valija vi un retrato y un ramo de rosas de papel que olían a violetas, Rosaura decía: “¡Apúrate, apúrate! ¿Vas a hacer esperar a tu mujercita?”. Con unas pinzas de madera tomé las rosas y las ajé, las desgarré, las deshice. Tomé el retrato y mezclé sus oros y sus azules, separé la boca de la nariz, los cabellos de la frente, un ojo del otro ojo, y arrojé todo en un inodoro que había detrás de una cortina. Rosaura decía: “Con el acta del Registro Civil no podrás hacer lo mismo. Y te advierto que he averiguado. Aunque yo figure con un nombre supuesto, el matrimonio es válido. Si me abandonas, tendrás que pasarme una mensualidad”. Con las pinzas yo ahora me quitaba la ropa, destrenzaba la corbata, me libraba del cuello duro. Y la cabeza me latía, me latía como un enorme corazón. Y me dolía, porque un sombrero de hierro me apretaba horriblemente las sienes. Entonces Rosaura empezó a reírse, a reírse a carcajadas, frenéticamente, locamente, estridentemente, y a decir: “Preferirías, ¿eh?, prefirirías Lener aquí a Matilde, ¿eh? Preferirías que Matilde estuviese en mi lugar, ¿eh?”.

»Y se reía, se reía, se reía. Y yo pensé: “¿Acaso no puede poner fin a esa risa? ¿No es la risa de Rosaura? Y Rosaura, ¿no es una invención mía? ¿No es, toda ella, hechura de mis sueños? Luego, su risa es también hechura de mis sueños. Y yo podré hacerla cesar”. Y me abalancé sobre su risa, sobre el surtidor de aquella risa y quise destruirlo, quise destruirlo como acababa de destruir las cartas perfumadas y el retrato al óleo, quise destruirlo todo, porque todo era obra mía. Ah, pero cuando atenacé aquella garganta, sentí algo horrible. Sentí que una cosa caliente, enorme, viva, se agitaba y se revolvía y luchaba, bajo la madera insensible con que yo la oprimía. Y esa cosa viva y caliente me convirtió de pronto las tenazas en manos. Un relámpago de lucidez, como un fuego helado, estalló en mi cabeza. Desperté. Retrocedí. Miré.

—La mujer estaba muerta.

—Je, je, el cadáver en la cama. Usted espera el cadáver en la cama. ¿Y si así fuese? ¿No me dijo usted, al principio, que debía probar que el gesto homicida había sido ejecutado durante el sueño, sin ningún ingrediente de la conciencia ni de la voluntad? Pues lo he probado. Si cuando desperté apareció el cadáver en la cama, yo no tengo la culpa. La culpa la tuvo quien, sabiendo que yo soñaba, sabiendo que Rosaura era un sueño, quiso tomar el sitio de ese sueño, aceptó el nombre, el rostro, el alma de Rosaura. Así que, cuando yo soñé que oprimía la garganta de Rosaura, suya es la culpa si oprimí, simultáneamente, su propia garganta. Pero no, señor. Siento desengañarlo. Al despertar, no estaba el cadáver en la cama. La mujer todavía vivía.

—¿Vivía? ¿Cómo sabe que vivía?

—En su cuello vi las marcas de mis dedos, pero ella vivía. Respiraba convulsivamente y me miraba con terror, y en una actitud instintiva y pueril de defensa levantaba hacia su rostro, con ambas manos, las colchas revueltas de la cama en la que estaba acostada.

—Y entonces, ¿usted qué hizo?

—Me vestí apresuradamente y salí.

—De modo que cuando usted abandonó la habitación, la mujer vivía.

—Sí, señor. Le doy mi palabra de honor.

—Pero al volver un rato después, con Réguel y el policía, estaba muerta.

—Muerta, sí.

—Estrangulada, precisamente.

—Sí, señor, estrangulada.

—Así que, según usted, otra persona debió de colocar sus dedos sobre las marcas que usted había dejado en el cuello de la mujer y apretar un poco más que usted.

—Sí, es posible, sí.

—Y eso debió hacerlo entre el momento en que usted salió del cuarto del hotel y el momento en que regresó con Réguel y el agente.

—Sí, ahora que pienso, en ese intervalo debió de ser, sí. Porque de algo estoy plenamente seguro, y es de que yo no la maté. Respiraba, señor, respiraba y me miraba. Y hasta me habló, sí, ahora recuerdo. Recuerdo que murmuró, con una voz que parecía no pertenecerle: “¡Quisiste matarme!”.

—Y cuando usted salió de la habitación, ¿vio a alguien, en el corredor?

—¿Cuando salí? Sí, si, recuerdo que abrí la puerta y me di de bruces con un hombre, un hombre que estaba allí parado, como escuchando o espiándonos.

—¿Quién era ese hombre?

—Era el mismo que, yo no podía precisar cuándo, hacía mucho tiempo, me había hecho firmar en un libro y había examinado la cédula de Rosaura con tanto interés.

—El dueño del hotel.

—Sí, creo que es el dueño. El agente de policía, más tarde, lo llamó “Turco”. Tiene la cara llena de cicatrices.

—Y ese hombre, cuando usted salió, ¿qué hizo?

—Nada, señor. Se apartó y me dejó pasar.

—¿Estaba solo?

—Me parece que sí, señor.

—¿No había nadie más en el pasillo?

—iNo, en el pasillo no. Pero cuando llegué al vestíbulo, y me detuve un momento, titubeando, buscando la salida, porque en realidad yo no sabía dónde me encontraba, vi, fugazmente, que un muchacho alto, vestido con una camisa amarilla, retrocedía y se metía en una habitación y cerraba una puerta, como si se escondiese de mí. Pero yo no lo conocía, yo no sabía quién era, yo no me fijaba en él. Yo sólo quería huir, huir, huir. Vi una escalera y descendí por ella, atropelladamente. Sentí en la cara el aire fresco de la noche. Y al llegar a la puerta, al poner el pie en la vereda, David Réguel saltó sobre mí.

IV

EXTRACTO DE LA DECLARACIÓN ESPONTANEA Y (SEGÚN LA PROPIA DECLARANTE) CONFIDENCIAL DE LA SEÑORITA EUFRASIA MORALES

Antes que nada, la señorita Eufrasia se hace un deber el dejar en claro que sus juicios personales respecto a Camilo Canegato, la difunta Rosaura, la señora Milagros, las tres hijas de la señora Milagros, el señor David Réguel, el señor Júpiter Coretti, el señor Hernández, el señor Gavina —la humanidad— son francamente desfavorables, por no decir absolutamente condenatorios.

Pero la señorita Eufrasia se apresura a agregar que el objeto de su declaración no es ocuparse de dichas personas, vivas o muertas. Ya los señores policías sabrán con qué bueyes aran en este desgraciado asunto. Si, después de largo examen de conciencia, la señorita Eufrasia se ha decidido a romper el impenetrable silencio que había jurado guardar en medio del escándalo que envuelve a *La Madrileña* y a cuantos viven en ella, se debe a su generoso deseo de reparar un olvido injusto y quizá perjudicial.

La señorita Eufrasia estima que en los sucesos que culminaron en la ominosa muerte de Rosaura…

(Que el tierno idilio del señor Camilo Canegato y Rosaura ocultaba algo nefando, la señorita Eufrasia lo sabia desde hace tiempo. La señorita Eufrasia va a explicar cómo y por qué lo sabía. La señorita Eufrasia tiene una amiga. En rigor, el término “amiga” es excesivo. Se trata de una colega con quien se encuentra todos los meses en el Banco donde ambas cobran su jubilación. A lo sumo, alguna vez, en verano, han ido a tomar juntas un refresco. Cierto día, esta señorita confió a la señorita Eufrasia sus deseos de que un pintor le hiciese un retrato “al natural”, como ella decía. La señorita Eufrasia le recomendó al señor Camilo Canegato, claro que sin descubrirle que era un conocido y conhuésped suyo, a fin de que la otra, que dice vivir en la calle Santa Fe, no se enterase de que la señorita Eufrasia se domicilia en una modesta casa de pensión del barrio del Once. Al mes siguiente, la señorita Eufrasia le preguntó a su colega cómo le había ido con el señor Camilo Canegato. La colega le contestó que malísimamente, porque el tal pintorcete, según él mismo le había confesado, no hacía retratos “al natural”, sino pintados sobre fotografías previamente ampliadas, “engaño” al que ella no quiso, por cierto, prestarse. Porque ella buscaba un “verdadero” pintor, que no sólo perpetuase en el lienzo sus hermosas facciones, sino que también supiese hermosearlas un poquitito más, por lo menos un poco más que lo que puede hacerlo una fotografía, que el señor Canegato, en cambio, pretendía tomar como base de sus “horribles” cuadros. Con este antecedente, la señorita Eufrasia nunca pudo explicarse cómo el señor Canegato afirmaba, lo más orondo, que Rosaura había posado para él; que así ambos se habían conocido, tratado, intimado y finalmente enamorado, y que el retrato de Rosaura que trajo a *La Madrileña* era, como dice la señorita Eufrasia, un *portrait d'aprés modele vivant*. El señor Canegato había mentido. De ahí que la señorita Eufrasia, desde un primer momento, oliese cierto tufo sospechoso en el tierno idilio del señor Camilo Canegato y

Rosaura).

La señorita Eufrasia decía que en los sucesos que culminaron en la ominosa muerte de Rosaura actuó un personaje hasta ahora escondido, como quien dice, entre bastidores, y que es necesario y conveniente hacer que salga a escena, porque ese personaje guarda, o, en fin, es posible que guarde, un objeto, y que este objeto sea de capital importancia para el buen éxito de la investigación que realizan, tan brillantemente, los señores policías.

La señorita Eufrasia entiende referirse a la mucama de *La Madrileña*.

La mucama de *La Madrileña* es una moza provinciana, de alrededor de cuarenta años (cifra que, en la matemática propia que la señorita Eufrasia reserva para las edades ajenas, equivale aproximadamente al treinta pitagórico), coja del pie izquierdo, un poco sorda y, sin duda a consecuencia de lo mismo, muy callada. Esto es, no habla sino cuando se la interroga y, todavía, lo hace mediante estrictos y a veces insuficientes monosílabos. Su rostro, dice la señorita Eufrasia, tiene la expresividad de una piedra sin tallar. Va y viene por las habitaciones como una mole, como un robot, como un gran animal al que guiase únicamente el hábito o el instinto de pasar un plumero por los muebles y servir los platos en la mesa. Su presencia está signada, en la exquisita sensibilidad de la señorita Eufrasia, por el intolerable chirrido que produce la bota ortopédica de su pie deforme y por el vaho empireumático que exhala, como un carbón impuro, su cuerpo eternamente sudoroso.

Se llama Elsa. Trabaja en *La Madrileña* desde hace varios años. A lo largo de esos años, Elsa ha amado a Camilo Canegato con veneración, fanatismo, tozudez y —si la expresión le es permitida a la señorita Eufrasia— absoluto anonimato. Diversas circunstancias (circunstancias de edad, de trato, de ignorancia, de soledad, de introversión) coadyuvaron para que se despertase en la pobre muchacha su peregrino sentimiento. Nadie reparó en ello, salvo la señorita Eufrasia. El amor de Elsa no se expresó sino a través de las únicas manifestaciones asequibles a una extraña y solitaria criatura de su especie: en la morosa delectación con que limpiaba y arreglaba el cuarto de Camilo, y en la generosidad con que, en la mesa, servía los platos a él destinados (con grave perjuicio para los platos de los demás huéspedes, particularmente para los de la señorita Eufrasia). Ambas muestras de predilección no pasaron inadvertidas a los ojos (y al estómago) de la señorita Eufrasia.

Cuando se supo, o se sospechó, que él andaba en amores, las dos muestras de predilección desaparecieron instantáneamente: a la delectación morosa le sucedió una ostensible y vengativa negligencia, y a la generosidad distributiva una cicatería de carcelero. Incluso la señorita Eufrasia recuerda que cuando llegó aquella carta de Rosaura sin el nombre del destinatario y el tierno idilio se hizo público, Elsa, a la noche, durante la cena, derramó de propósito un poco de sopa hirviente sobre Camilo. Los otros creyeron en un percance fortuito, pero la señorita Eufrasia vio el brazo de Némesis[104] que

[104] Se refiere el autor a ciertas personificaciones de esta deidad grecorromana, que la representaban sosteniendo una espada o un látigo como símbolo del castigo que espera a todos aquellos que se alejan o reúnen ajenos al orden justo y natural.

inclinaba la sopera sobre el pecho del ingrato.

La mísera se volvió aún más callada, y hasta puede decirse que se calló del todo, porque incluso los monosílabos holofrásticos[105] que componían su lenguaje fueron suplantados por una mímica no pocas veces ambigua e intraducibie, cuando no por un perfecto mutismo que, en cualquier otra persona, hubiera llamado la atención o parecido insultante. El timbre de su voz fue olvidado. Toda ella, al parecer, fue olvidada. Y de este olvido viene a rescatarla la señorita Eufrasia.

Desde que Rosaura se sumó, como quien dice, *de fado*, a la población estable de *La Madrileña*, Elsa transformóse en la espía constante y silenciosa de todos sus movimientos. Nadie reparó en ello, salvo la señorita Eufrasia. Maniobrando sagaz, disimulada y, en cierto modo, fácilmente al amparo de la indiferencia general, vigilaba los ademanes, las sonrisas, las miradas, las idas y venidas de la intrusa.

(Pero, como dice la señorita Eufrasia, ¿qué podía sacar en limpio, aquella pobre? Si era como vigilar a alguien que está a trescientos metros de distancia. Se puede advertir un movimiento del cuerpo, y nada más. Pero los sentimientos, los pensamientos, las intenciones, ¿quién ha de descubrirlos desde tan lejos? Si hasta la señorita Eufrasia, que a pesar de su miopía tiene ojos de zahorí para esa clase de vigilancias, le resultó imposible…).

Su rostro seguía impávido. A lo que se negó, obstinadamente, fue a limpiar la habitación de la rival. La señora Milagros, según dijo, "no sabia qué le pasaba a aquella cuitada". La señorita Eufrasia sí lo sabía.

La tarde en que se suscitó aquel terrible, extraño y vergonzoso incidente entre Camilo Canegato y David Réguel en la propia habitación de Rosaura…

(Que fue terrible, que fue extraño, que fue vergonzoso, la señorita Eufrasia lo sabe mejor que nadie. La señorita Eufrasia va a explicar cómo lo sabe. Aquella tarde, la señorita Eufrasia encontrábase en su cuarto, tejiendo junto a la ventana. La ventana del cuarto de la señorita Eufrasia no tiene cortinas, pero tiene vidrios cubiertos con papel inglés. En este papel la señorita Eufrasia ha practicado, con el propósito de dar más luz a la habitación, varios pequeños y artísticos agujeros, disimulados en la trama del dibujo gótico. La señorita Eufrasia se aburría. El silencio en que estaba sumida la casa la enervaba. A ratos veía amarilla la lana violeta que tejía, o se le borraban las puntas de las agujas esgrimistas. De pronto, algo se oscureció y se movió afuera, en el patio, al sol. La señorita Eufrasia acercó un ojo a uno de los agujeros del papel inglés y miró. Por una asociación mecánica de sensaciones, le pareció percibir el olor a seborrea que despide el cuero cabelludo del señor Camilo Canegato. La señorita Eufrasia dejó de tejer. Al cabo de un minuto la señorita Eufrasia, que tiene oído de tísico, oyó que la puerta del cuarto contiguo al suyo, y que es el que ocupaba entonces Rosaura, se abría y se cerraba. La señorita Eufrasia sintió un repentino cansancio y se acostó. La cama de la señorita Eufrasia está colocada junto a la pared que separa su habitación de la que fue de Rosaura. Al acostarse, la señorita Eufrasia no pudo evitar que su cabeza rozase dicha pared. En un primer momento no oyó nada. Después alcanzó a percibir las voces de dos

[105] Los que pueden expresar por sí una idea compleja, como las palabras de algunas lenguas aglutinantes.

personas que conversaban quedamente en el cuarto de al lado. Aunque asordinadas, aplastadas, bastardeadas, las voces fueron reconocidas por la señorita Eufrasia como pertenecientes a Rosaura y Camilo. “A ver si éstos, con su charla, no me dejan dormir”, pensó la señorita Eufrasia con fastidio. Durante un rato la señorita Eufrasia no escuchó sino como un jadeo, un jadeo doble, intermitente, agitado, fuertemente respirado. “Más que una conversación, parece una disputa”, pensó la señorita Eufrasia. El murmullo creció apenas. La señorita Eufrasia comenzó a oír aes, oes, eses, sonidos articulados provenientes de palabras, sonidos que marcaban, como un cardiograma, cadencias, inflexiones, arrebatos, los altibajos de un diálogo. Pero la señorita Eufrasia no entendía una sola palabra. Parecía como si aquellos sonidos, al atravesar el muro, perdieran un pequeño elemento sonoro, una mínima vibración que resultaba suficiente, sin embargo, para volverlos ininteligibles. La señorita Eufrasia se decía que le faltaba muy poco, que quizá con un poco más de silencio, o incrustando algo más la cara en la pared, sería bastante, pero no, no lo era, y esa distancia miserable que no terminaba de franquear la desesperaba. Por momentos, hasta dejaba de respirar. Pero entonces se le despertaba en el fondo de los oídos un zumbido de caracola, persistente, odioso, enloquecedor, que parecía agrandarse como un mugido de bestia furiosa y que no la dejaba escuchar nada. De pronto, Rosaura levantó imperceptiblemente la voz. Para la señorita Eufrasia fue suficiente. La señorita Eufrasia oyó palabras, palabras sueltas, pero completas, palabras cargadas de sentido, antiguas, reconocibles, familiares, propicias, triunfales. Oyó “mi”, “sábelo”, “nunca”, “porque”. Luego, dos frases enteras: “Tendrías que estarme agradecido. Después de todo, te hice quedar bien”. “Hum, a la niña se le ha desatado la lengua”, pensó la señorita Eufrasia. Camilo contestaba algo, pero el maldito, o hablaba muy bajo, o estaba más alejado que Rosaura, porque la señorita Eufrasia no escuchó sino el jadeo de antes. Y otra vez Rosaura: “Si me voy, ¿qué van a pensar aquí?”. ¿Si me voy? ¿Qué significaba esto? La señorita Eufrasia se sintió emocionada. Toda la sangre debió de írsele al corazón, porque el rumor de las caracolas auriculares cesó bruscamente. Lo que, en el silencio perfecto que entonces se hizo, oyó la señorita Eufrasia, es cosa que aún hoy no sabe si fue un engaño de sus sentidos, adormilados por el sueño, o si lo escuchó realmente. La señorita Eufrasia se limita a transcribir el horroroso, el increíble, el imposible diálogo. Rosaura farfullaba: “Para que me vaya vas a tener que darme todo lo que tenés en el Banco. Ni por un peso menos me voy de aquí”. Camilo, en un tono agónico, suplicante, demencial, entrecortado de sollozos, gemía: “¡No, por favor, ahora mismo, ahora mismo! Inventaremos un pretexto cualquiera, pero vayase, vayase!”. Y nuevamente Rosaura, una Rosaura sarcástica, colérica, desconocida: “Está bien. Pero antes salgo y les cuento la verdad a todos, a tu linda Matilde, especialmente, porque no vayas a creer que no sé…”. Entonces Camilo levantaba la voz, pero la levantaba, ¡Dios mío!, para mascullar un insulto tan terrible, que la señorita Eufrasia se niega terminantemente a repetirlo, aunque el otro lo repitió varias veces, y con todas sus letras. En ese momento, como si la blasfemia de Camilo hubiera atraído la cólera del cielo y de la tierra, la señorita Eufrasia oyó un estrépito espantoso, oyó gritos, clarines, tambores, fragor de derrumbamientos; oyó a David Réguel que vociferaba: “Atorrante, miserable, te voy a romper la cara”; oyó a Rosaura que lloraba ruidosamente; oyó pasos en la galería; vio varias sombras que cruzaban a la carrera frente a la

Librodot

ventana de su cuarto. La señorita Eufrasia se levantó de la cama, se arregló el pelo, se alisó el vestido, se miró rápidamente en el espejo, comprobó que su mejilla derecha estaba roja, se frotó vigorosamente la otra mejilla, abrió la puerta y salió. Todo el mundo corría hacia la habitación de Rosaura. La señorita Eufrasia, encandilada, aturdida, arrancada de la siesta, preguntó: "¿Qué pasa? ¿Qué pasa?" y corrió junto a los demás).

La señorita Eufrasia decía que la tarde en que se suscitó aquel incidente, Elsa acudió también al cuarto de Rosaura y presenció, sin un estremecimiento en la piedra del rostro, cómo Rosaura lloraba, cómo la señora Milagros interrogaba a los protagonistas del episodio, cómo Camilo Canegato se iba sin decir palabra y David Réguel ensayaba una explicación que no explicaba nada y que nadie (excepto la señorita Eufrasia) creyó; cómo la señora Milagros decía: "Señores, aquí no ha pasado nada, así que vuelvan a sus cuartos", y se llevaba a Rosaura hasta el comedor para hacerle tomar una copa. La interesante reunión quedó disuelta. Los huéspedes, en vista de que no había para más, se fueron metiendo en sus respectivas habitaciones, salvo David Réguel, que, rojo como un gallo de riña, se paseaba por el patio hablando solo y haciendo ademanes. Pero Elsa no había vuelto al altillo de los fondos, donde duerme. Cuando la señorita Eufrasia se introdujo en su cuarto, alcanzó a verla merodeando por la galería, cerca de la habitación de Rosaura. La señorita Eufrasia esperó un minuto, dos minutos, tres minutos. La sombra renqueante no pasaba frente a los agujeros del papel inglés. Entonces la señorita Eufrasia no esperó más. Tomó una estera del suelo y salió a sacudirla. En la galería no había nadie, pero la puerta del cuarto de Rosaura estaba entreabierta. La señorita Eufrasia se volvió de espaldas y se puso a sacudir prolijamente la estera. A los pocos instantes la puerta entreabierta se abría del todo, y Elsa salía sigilosamente del cuarto de la rival. La señorita Eufrasia seguía de espaldas y sacudiendo la esterilla. El intolerable chirrido ortopédico y el vaho empireumático[106] pasaron velozmente detrás de la señorita Eufrasia y se perdieron en los fondos de la galería. Entonces la señorita Eufrasia dejó de fijar la vista en el borde de uno de los cristales de sus lentes (que pueden servir de espejo retrovisor a quien sabe usarlos para ese fin) y se introdujo nuevamente en su habitación.

No acababa de hacerlo, cuando una sombra obliteró[107] durante un segundo los agujeros del papel inglés. Al mismo tiempo la señorita Eufrasia percibió un olor a cosméticos baratos. Era Rosaura, que volvía del comedor. La señorita Eufrasia oyó que su vecina cerraba la puerta de su cuarto. Después la oyó que abría y cerraba cajones, movía sillas, revolvía muebles. ¿Qué pasaba ahora? La señorita Eufrasia no sabía qué hacer. Sentíase como un león en la jaula. No sabía si salir a sacudir otra vez la estera, o acostarse y reanudar la interrumpida siesta, o ponerse a admirar el paisaje a través de los agujeros del papel inglés. Se decidió por esto último. Pero el paisaje, durante una hora, fue tan monótono, que la señorita Eufrasia se quedó dormida en su silla, la cabeza apoyada en la ventana y los brazos púdicamente cruzados sobre la falda. Cuando despertó, eran las cinco de la

[106] El autor usa dos adjetivos de la terminología médica. "Ortopédico" se refiere a la renquera de Elsa y a la forma en que arrastraba su pierna. "Empireumático" se dice del olor característico de los tejidos animales cuando se carbonizan en un recipiente cerrado; alude grotescamente al olor corporal de la mucama.

[107] Obliterar es un término médico quirúrgico que significa "obstruir o cerrar una cavidad".

tarde.

No obstante, despertó a tiempo para presenciar el último de los extraños sucesos de aquel día. Y fue ver a Rosaura que enfrentaba a su novio en un rincón del patio, a Rosaura que exigía a Camilo la devolución de una carta que ella había estado escribiendo en su pieza y que había desaparecido del cajón de la mesita de luz, a Rosaura que decía a media voz: "¡Mira que puede caer en manos de cualquiera!". Camilo miraba a Rosaura con ojos extraviados, se sonreía con una sonrisa de idiota, murmuraba: "No hay más cartas, no hay más cartas de Rosaura". Rosaura preguntaba: "¿La rompistes?" (Así había pronunciado: "rompistes"). Camilo, sin contestar, se alejaba con pasos oblicuos. Rosaura se encogía de hombros y se metía en su cuarto.

La señorita Eufrasia relacionó esta escena con la que unas horas antes había visto reflejada en sus lentes, y llegó a la conclusión de que quien pudo despojar a Rosaura de la carta no era Camilo, como creía Rosaura, sino Elsa, y que lo hizo en las circunstancias anotadas.

Aún más: la señorita Eufrasia ignora, desde luego, qué decía la tal carta y a quién iba dirigida, pero de lo que está segura es de que contenía (o contiene, si la ladrona no la destruyó) revelaciones, confesiones o datos de sumo interés. Lo deduce tanto de las palabras de Rosaura: "¡Mira que puede caer en manos de cualquiera!", cuanto de las extrañas mutaciones que, a partir de aquel famoso sábado, observó en el carácter y en las costumbres de Elsa.

Parecía, dice la señorita Eufrasia, como sumergida en un océano de perplejidad. Encontrábasela a menudo en un rincón, la mirada vaga, los brazos inertes, toda ella perdida en lo que debían de ser laboriosas reflexiones. Su insensibilidad mineral dio paso a un torpor de animal hipnotizado. Y su rostro, humanizándose, adquirió una expresión que la señorita Eufrasia conocía bien. Era la misma expresión que mostraban los niños cuando la señorita Eufrasia, en sus tiempos de maestra, les explicaba una lección difícil que ellos no comprendían. Movida por su profunda vocación pedagógica, una mañana la señorita Eufrasia llamó a su cuarto a aquella alumna en dificultades y se ofreció a ayudarla gratuitamente. La alumna, recuperando la facultad de oír y de hablar, dijo unas palabrotas que no figuraban en el léxico escolar, e hizo un gesto tan obsceno que la profesora, aterrada, puso punto final a la lección.

Poco tiempo después Elsa, contra todo precedente, pidió a su patrona un día libre. El día libre le fue concedido y lo pasó no se sabe dónde (la señorita Eufrasia cree que debe de haber ido a Luján, porque a la mañana siguiente halló en el tacho de basura un boleto para aquella ciudad, de segunda clase y con fecha del día anterior). Regresó muy tarde, cansada y de pésimo humor. La señorita Eufrasia recuerda que le pidió un limón exprimido y que aquel dechado de mucama, por toda respuesta, escupió en el suelo.

Unos días más tarde, dos policías efectuaban en *La Madrileña* la visita que ya conocemos. Durante todo el tiempo que duró aquel mortificante registro, Elsa temblaba. Temblaba y gemía sordamente. Nadie reparó en ello, salvo la señorita Eufrasia. La señorita Eufrasia se pregunta si no habrá sido Elsa quien, revelando el escondite de Rosaura, denunciando quién sabe qué

Librodot

atrocidades, maniobrando con el contenido de la carta, atrajo a los guardianes del orden.

Ayer, día de las bodas de Rosaura y Camilo, en momentos en que los novios y los padrinos partían hacia el Registro Civil a firmar el acta nupcial y premonitoria, la señorita Eufrasia sorprendió a Elsa llorando terriblemente en la cocina. La señorita Eufrasia recordó un éxito anterior y se abstuvo de intervenir.

Y con esto termina la declaración de la señorita Eufrasia. La señorita Eufrasia, que no ha leído a Mateo pero ha leído a Hugo, dice, levantando el dedo como una sibila: "La piedra desechada por los arquitectos puede ser la clave del ángulo"[108].

V

Apremiada por las circunstancias —es una manera de decir—, Elsa Gatica, con dignidad y en silencio, condujo al inspector Julián Baigorri hasta su dormitorio, hasta el último cajón de una cómoda, hasta un sucio libro escondido en el cajón bajo una pila de ropa, hasta un sobre viejo y arrugado escondido entre las páginas del libro, hasta tres hojas de papel escondidas en el sobre.

En esas hojas está escrito lo que hubo de ser una desmesurada carta. Renglones en desorden, como una colérica invasión de hormigas, ennegrecen totalmente el papel. La letra es pequeña y desmañada y, según el testimonio de varias personas, no guarda ninguna analogía o semejanza con la que, conforme esas mismas personas recuerdan, lucían las perfumadas epístolas de Rosaura. Al promediar el tercer pliego la escritura parece haber sido abandonada o bruscamente interrumpida.

En manos de Elsa Gatica la carta exculpa la perplejidad de su poseedora, sus denuncias telefónicas y anónimas a la policía, su inútil peregrinación a Lujan en busca de la señora Rosa Chinea, sus intentos de salvar al prisionero de Rosaura. En manos de Julián Baigorri, la carta justifica que el señor Camilo Canegato ceda su parte en el proceso, la previsible condena por homicidio en la persona de Marta Córrega (o María Correa), la conjeturable perpetuidad de la prisión, a los señores Sarkis Abulaf, alias "El Turco Estropeado", dueño del hotel *La Media Luna*, y Alicio Pereyra, alias "Ministro", su ayudante.

He aquí el fragmento escrito de la infinita carta por escribir:

[108] La cita de Jesús: "La piedra desechada por los arquitectos puede ser la clave del ángulo" viene de la "Parábola de los viñadores infieles" del Evangelio según San Mateo: "Jesús les dijo: ¿No habéis leído alguna vez en las Escrituras: 'La piedra que los edificadores habían rechazado, esa fue colocada como cabeza del ángulo'? Del Señor viene esto y es admirable a nuestros ojos" (Mateo 21, 42) Se refería a las palabras del Señor Jehová que transcribe Isaías, 28, 16: "…dice el Señor Jehova: 'He aquí que he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, piedra angular, de precio, y sólidamente asentada; el que en ella se apoye no titubeará' ". La parábola de la piedra angular ha sido citada literariamente por muchos escritores con diversos sentidos. Denevi hace referencia a las últimas palabras de la novela *Ciudad turbulenta, ciudad alegre*, publicada por el novelista argentino Hugo Wast (seudónimo de Gustavo Martínez Zuviría), en 1924. El nombre ambiguo de "Hugo" es una nueva trampa tendida por el autor al lector.

Señora Rosa Chinea

Lujan

Estimada y nunca bien ponderada tía:

Tomo la pluma para desearle que al recibo de la presente se halle gosando de salud. De la buena, digo. Extrañará que así de sopeton y a la vuelta de tantos sucedidos me atreva con la caligrafia y le mande la presente. Pero mis rasones tengo y no de las que U.d. imagina. Porque U.d. a estas horas estará pensando: salió de la gayola, anda en la mala, y me escribe.

Vayamos por partes. En lo primero acertó. Salí de la gayola. Cinco años justitos, con sus dias y sus noches y todos sus feriados. El que me lo desió que se llame contento, porque no a cualquiera se le cumplen los deseos tan a la medida. Entré de ventitres y salí vieja. No me dieron la libertad condicional porque dicen que adentro no me porté bien. Pero el que hace cuatro puede hacer cinco, como decia el ruso Natalio cuando me visitaba, y al final una se acostumbra. Al final, porque al principio me costó mis lagrimas. Especialmente los sábados a la noche y los domingos. Esos dias una banda asquerosa tocaba retreta. Polcas valsesitos y marchas militares. Pero fue peor para todas. La música nos volvía locas. Yo me acordaba del *Palace*, del *Pigal*, de mis noches triunfales, y lloraba. Hasta que un domingo una estupida se suicidó en su celda. Entonces cambiaron la musiquita por una función de biógrafo. Todas las vistas eran iguales y aburridas. Quien inventó las inyecciones o como se fabrica el asucar. Pero, una en la oscuridad, mientras hace como que mira, puede pensar tranquila en sus cosas. Además ahí puede hacerse de amistades. Lo mismo que en la capilla. Sin volver la cara y moviendo los labios como si resaramos, sabíamos tener nuestras conversaciones.

Como le decía, acertó en que estoy libre. Pero en que ando en la mala, no. Ahora no. Al contrario, tía, al contrario. Ando en una de esas en que acordarse de otro es un favor para el otro. Y yo me acuerdo de U.d. Mire si sere sincera, y si siempre lo habre sido. Ahora que podia cobrarme, doy al fiado. Corasón que una tiene. Y que le conste que me anoticiaron por ahi que U.d. no quería volver a verme ni entre cuatro velas. Muerta, supongo, porque de velas también se alumbran los vivos. No se lo recuerdo para desenterrar pendencias, sino para que, sabiendome enterada, me aprecie la generocidad. De modo que si es gustosa, aparte lo que estorba y dese vuelta para este lado. Como los girasoles.

La historia es algo larga y con sus cosas, así que si pretendo que me entienda tendre que empesar por el principio, aunque con eso no le largue la sorpresa de un golpe, como hubieran sido mis annelos.

Sucedió que cuando me vi libre y en la calle, comprobe que estaba peor afuera que adentro. Calcule, sin un centavo, sin ropa, sin casa, hasta sin un perro que a falta de pariente me esperase a la salida. Atiné a ir por nuestro departamento. Pero la bruja de la portera no me dejó pasar. Empeso a los gritos. Me amenaso con llamar al capatás de la secional si la molestaba. Hui. Por la vecindad me enteraron que había hecho correr la bolilla de que yo me había enfermado, me habian llevado a un hospital y que me había muerto. Como lo mío no pasó en casa ni salio en los diarios, hubo quien lo creyo. Me vieron aparecer como a un fantasma. Los dejé en la crencia de mi

Librodot

enfermedad, y solo retifiqué lo de la muerte. Anemia, les dije, pero ahora estoy bien. De U.d. nadie supo darme noticia, sino que como habia desaparecido del barrio junto conmigo, maliciaron que me habría acompañado al hospital y después de yo finada se habría vuelto a la Provincia. Cuando les dije que no la habia vuelto a ver, se hicieron cruces.

Busqué alguna amiga, la Chela, del *Pigal*, la Mary. Ninguna vivia más donde las habia dejado. Fui a la casa del Chileno, pero en el almacén de la esquina me enteré que hace tres años lo apuñalearon en un velorio y ahora gosa de mejor vida. Pense en el Quique. Lo busqué en su cotorro de Viamonte. La casa no estaba mas y en su lugar habían levantado un rascacielos. Vagué de un lado a otro, un rato largo, como sonsa. Ninguna persona amiga, ninguna cara conocida, como si los cinco años a la sombra me hubieran llevado a otro pais. Vino la noche y yo siempre caminando. Senti hambre, frio, miedo, que se yo. Llegué al bajo. Vi todos los cabarés clausurados. Me pareció que aquella calle, antes tan alegre, estaba de duelo, y que yo era la muerta que velaban. El nombre del *Palacio Marinero* me trajo el recuerdo de la Iris. Esa no debe haberse mudado, pensé. Claro que era rebajarme demasiado. Pero que quiere, en mi situación, no estaba para escrúpulos. Asi que me decidi a ir a verla. Caminé como cuarenta cuadras, pero la encontre. Me recibió con muchos aspavientos, y mucho besuqueo, y mucha alegria de volver a verme, y mucho querida de aquí y de alla. Una fiesta, me hiso, como para recibir a una reina. Yo no le creía ni la mitad de lo que me babeaba. Si la conoceré yo. La encontré mas gorda, le doy el dato.

Y rubia. Figuresé, con su cara de india y la crencha teñida de asafrán, parece una mascarita del corso. Está en plena decadencia, y rabiosa por eso. Y yo, con ser quien soy (o quien fui), yo, con mis prendas, mi figura y mi sexto grado aprobado, tener que pedirle limosna a esa basura. La necesidad, que sino.

Terminó ofreciéndome una piecita al fondo de su casa, porque en adelante, dijo ibamos a vivir juntas, como dos hermanas (cuando mi mama te haya parido, le retrucaba yo por lo bajo), porque ella me ayudaria y no me haria faltar ni un techo ni un pedaso de pan, y vuelta a abrasarme, la grasienta, y a besarme. Le pregunté por U.d. Callate, chilló, la vieja (y disculpe, pero el piropo no es mío), la vieja esta de cuidadora en una casa quinta en Lujan (y me dio la direccion), pero no vayas a verla, porque no quiere saber nada con vos, cuando tuvistes la desgracia, dijo que no queria volver a verte ni entre cuatro velas.

Y alli se estuvo, machacando media hora con lo que U.d. había dicho de esta servidora, me mordí los labios para no responderle. Se tener mi dignidad. Y me quedé.

Me quedé, pero alerta y durmiendo con un solo ojo, dispuesta a levantar vuelo en cuanto pudiese. Mal olor le sentía ya a la generosidad de la Iris. Y no me equivoqué. Primero todo marchó bien. Me facilito unos pesos, me dio ropa prestada y hasta me consiguio una nueva cedula de identidad, donde de Maria Correa paso a llamarme Marta Correga y tengo 25 años. La cedula la fabricó un amigo de ella, por mal nombre el Turco Estropeado, del que enseguida voy a hablarle. Volvi a ser casi la de antes. Me arreglé el pelo, la cara, las manos. Hacete linda, me aconsejaba la puerca. Y cuando estuve linda mostró las intenciones.

Librodot

Una noche, entre ella y dos tipos que la frecuentan me propusieron la cosa, U.d. sabe, empupilarme. Mire hasta donde ha desendido esa porqueria. Parece que forman una banda y que el jefe es el Turco que le mencioné. A este Turco no tengo el gusto de conocerlo personalmente, porque nunca aparecio por la casa de la Iris. Debe andar disimulando lo que es con algun disfras decente y no quiere que le vean la cara. Alrededor de él todo era miedo y misterio. La noche que le cuento empesaron con buenas palabras, mansitos. Pero cuando yo me negué, cuando le grité a la Iris lo que pensaba de ella y de sus cafisios, me amenasaron con el Turco como si me amenasaran con la muerte, y terminaron encerrandome en mi piesa bajo llave. Antes de dejarme ahí, todavía uno de ellos, un tal Ministro, un invertido asqueroso que es el sirviente de todos, me dio uno golpes, claro, como no le gustan las mujeres.

Esa noche no pude dormir. Los oia chillar y reir, hasta la madrugada. Hasta que se hizo día y se callaron. Las horas no pasaban nunca. No me traian de comer. Junté todas mis cosas y con un canutito como me había enseñado el Chileno una ves, estuve una eternidad tratando de abrir la puerta. Al fin lo consegui. Para ir desde mi cuarto hasta la calle hay que crusar un patio y varias piesas. Avancé en puntas de pies, calcule, llena de miedo. Pero no se veía a nadie. Cerca de la salida esta la piesa de la Iris. Y tenía la puerta abierta, para mayor desgracia. Me asome y espie. La Iris, media borracha, se levantaba torpemente de la cama. Estaba sola. Sola y borracha ¿me comprende, tía? ¡Ah, perra! Me abalancé sobre ella, que al oir ruido se dio vuelta. Me vio, puso cara de estupida e intentó meterse otra ves en la cama. Pera ya era tarde. La china es pura grasa. Con ella son inútiles las bofetadas y los arañasos. No los siente. Le refalan. De modo que preferí tomarla de las mechas, y asi, como quien revolea una gayina, con una fuersa que no se de donde me salia, la tiré al suelo y la pisotié furiosamente, como lo que es, como una alimaña, hasta desacerla.

Y entretanto le escupía cosas hediondas, la amenasaba con ir de los milicos, le gritaba que sabia quien era el Turco, (mentira, no sabia nada), y que iba a denunciarlos a todos. Cuando me calmé la Iris, tendida en el suelo, perdiendo sangre por la boca parecía muerta. Revolví algunos cajones, busque en los muebles, pero no encontre mas que un peso que aquella mugre de mujer tenía escondido en la media. Y antes de que viniera alguno, hui. No se por donde anduve. Solo se que camine mucho. Anochecía. Hasta que me di cuenta, o me parecio, que un tipo me seguía. Uno de la banda, pensé. Pensé en ir a la policía, de verdad. Pero si los denunciaba, ¿que podia probarles? ¿Quién iba a hacerme caso a mi, a una que acababa de salir de la cárcel? Los largarían al poco tiempo y entonces si que estaba sentenciada. U.d. sabe lo que son tipos de esa calaña.

Traté de darle el esquinaso al que me seguía. Lo consegui cuando tuve que crusar unas vias. Crusé a gatas, cuando el tren se me venia encima. El guardabarrera me gritó. Pero el otro no pudo crusar y tuvo que esperar el tren. Yo aproveché para subirme a un onnibus que pasaba por allí. A la media hora de viaje me bajé. Estaba en plasa Once y era de noche. Hacia frio. La gente se metía en los cafés, en las bocas del subterranio. Al ver la estación del tren, me acordé de Ud.

Tenía su direccion en la cartera, pero no tenía plata para comprar el

Librodot

boleto hasta Lujan. Ademas, U.d. no queria volver a verme, según la Iris. Yo estaba sola. Sola en la ciudad, sola en el mundo. Me sente en un banco de la plasa, en un rincón oscuro. Las carnes me temblaban bajo la ropa. ¿Qué iba a ser de mi? Lloré, lloré mucho, lloré como cuando, despué de alguna fiesta, me ponia a leer alguna novela triste, de amor, y lloraba toda la mañana como una sonsa.

Y fue ahí, tía, ahí, sentada en un helado banco de piedra, en la plasa Once, cuando se me ocurrió de pronto, cuando me saltó su nombre en medio de mis tristes pensamientos, cuando así, de golpe, me acordé de el, de el, idiota, como no me acordé antes. Casi grite su nombre: Camilo Canegato.

Si, tia, Camilo Canegato, ¿se recuerda? Aquel infelis de la pensión *La Madrileña*, al que U.d. le plancho en un tiempo los cuellos duros y que como andabamos en la mala en esos momentos, U.d. le dio una foto mía (una foto que yo, parece mentira, ahora tengo delante convertida en una cuadro pintado), lo atrajo al departamento y lo convenció de que me frecuentase, y que yo acepté casi en broma, porque parecía un chico. Se pegaba a mi costado como un caracol a una piedra. Y yo me sentia inmensa. Pero me daba risa. Cuando se devestia, con el sombrero puesto hasta el ultimo momento, con aquellas piernitas flacas, cortitas, de niño, y el pecho angostito, rosado, sin vello, una risa tremenda me subia del vientre como un vomito y no podia contenerme. La risa se me soltaba sola y tenía que reirme a carcajadas. El, al serenarse, me miraba con odio, pero que iba a hacer, nada más que con la mirada. Y volvía a los ocho dias justos. Después lo seguí aguantando por la plata. Supe desvalijarlo. Creo que el Quique jugó un año entero a las carreras con lo que yo le sacaba a Camilo Canegato. Me frecuentó hasta lo ultimo, quiero decir hasta que me ocurrió la desgracia. Me imagino que habra ido por el departamento, lo habra encontrado cerrado, habra vuelto varias veces, hasta que se habra atrevido a preguntar por mi a la portera. Entonces la bruja le habra hecho como a todos el cuento de mi enfermedad y de mi muerte. Le digo esto para que entienda lo que sigue.

Como le decía, lo recorde de golpe. El me ayudaría, no me negaría alguna proteccion, algunos pesos para irme lejos, para volverme a mi Provincia. Me conformaba con que me dijese lo que tenía que hacer para defenderme de la banda del Turco. Me volvio el alma al cuerpo con este solo pensamiento. Me sentí octimista. Me miré en el espejito de la cartera, me empolvé la cara, me pinté los labios. Por calles que me parecieron lindas, como en primavera, me fui para *La Madrileña*. Por el camino pense que podia haberse mudado, pero allá me facilitarian su nueva dirección. Pense que podia haberse casado, pero me daba lo mismo. Cuando llegue a la puerta de la pensión dude un rato, todavía. Por fin me decidi. Hice sonar el timbre. Una china con aspecto de mucama salió a atenderme. Le pregunté si alli vivia el señor Camilo Canegato. Y en eso un mundo de gente salió del interior de la casa y vino a mi encuentro, gritando, riendo y llamándome Rosaura. Y aquí comiensa, tia, lo que deseaba contarle…